

PEARL HARBOUR

Traición de ROOSEVELT

«La potencia de América era lo bastante grande para permitirle soportar aquella dura prueba que exigía la constitución americana..., pues era espantosa la posibilidad de un ataque japonés contra británicos y holandeses, evitando meticulosamente insultar a los Estados Unidos, y así el Congreso jamás habría aprobado una declaración de guerra..., y esto podía significar una victoria alemana en Rusia.»

Churchill.

MAURICIO CARLAVILLA
«MAURICIO KARL»

Pearl Harbour,

Traición de Roosevelt

NOS
MADRID
1954

OBRAS DEL AUTOR

El Comunismo en España (1931)

El Enemigo: Marxismo, Anarquismo, Masonería (1934)

Asesinos de España (1935)

Técnica del Komintern en España (1937)

El Tenebroso Plan Roosevelt-Stalin (1946)

Sinfonía en Rojo Mayor (T) (1950)

Guerra (1952)

En Torno al XIX Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. (1953) Editado por un Centro Oficial para personalidades.

BERIA (1953) Editado por un Centro Oficial para personalidades.

Malenkov (1954)

Pearl Harbour, Traición de Roosevelt (1954)

Hace menos de un mes he publicado la biografía de Malenkov—480 páginas—; hoy, PEARL HARBOUR*—unas 300 páginas—, y antes de dos meses aparecerá "Beria", que tendrá más.*

Con cierto fundamento, quien no los lea puede suponer que son libros hechos a la ligera, obedeciendo a la oportunidad circunstancial, pues no es posible llegar a escribir mucho más de mil páginas en el año que media entre hoy y la exaltación de Malenkov, motivo inicial de estos tres libros.

No tema nuestro lector que sean un "montaje" de recortes de prensa, como es costumbre en tantos libros "circunstanciales". De ninguna manera. Salvo la mención de algunos episodios ruidosos, la prensa no ha mencionado ninguno de los tratados en estos tres libros. Las "nodrizas" de los periódicos son las "grandes" Agencias internacionales, que, por ser "grandes" y para seguir siendo "grandes", guardan silencio unánime sobre las "causas primeras" de los acontecimientos que afloran a la superficie mundial y sobre sus consecuencias..., ni men-

cionan siquiera las fuerzas invisibles, abisales que determinarán el curso de los acontecimientos, *como diría Stalin en su obra postrera. Y menos mal si siempre se callasen, porque, cuando dicen informar, perversamente* desinforman...

En realidad, yo no he escrito estas tres obras en un año. En la presente sólo he tenido el trabajo de seleccionar y desglosar las biografías de Malenkov y Beria, y el presente PEARL HARBOUR, *de mi "Historia de la U. R. S. S.", en cuya elaboración llevo empleados más de diez años, sin contar varios más invertidos en documentarla. En este momento me ocupo principalmente en redactarla.*

Quien haya seguido durante estos diez años mi producción lo ha de comprender. En prólogos, notas, ensayos y en los libros publicados por mí durante este período, ha de haber hallado alusiones, incitaciones y mención sintética de lo tratado en estas tres obras.

Por ejemplo, en cuanto a Pearl Harbour, allá en 1947, yo decía:

"¿Que hubo agresión nipona?... Técnicamente *hubo agresión. Mas preguntamos: ¿Por qué precisamente entonces y no antes se puso el dogal económico estrangulador en el cuello del Japón?..., y, como no era bastante, ¿por qué se le* sirvió en bandeja *Pearl Harbour?...*

"Diríase que no era suficiente el mágico poder... para llevar a la magnífica juventud americana a morir para salvar al Comunismo, y fué

necesario organizar la derrota *de Pearl Harbour..."* (1).

Más recientemente, en abril del pasado año, entregué mi trabajo "En torno al XIX Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S." (2), *y en él, de la página 99 a la 127, doy una síntesis del presente libro.*

He ahí cómo he podido yo escribir tres obras en un año. El "secreto" es que ya estaban elaboradas desde hacía mucho tiempo.

Y si son superficiales o atropelladas, nuestro lector juzgará.

Acaso se arguya que, científicamente, sería más atinado y más didáctico haber dejado estos tres libros dentro de la "Historia de la U. R. S. S.", donde su despliegue y conexión tienen ámbito natural.

En efecto; este sistema de desglose monográfico no es didáctico... ni tampoco es "económicamente" beneficioso para el autor. Lo didáctico y beneficioso sería esperar a la publicación completa de la "Historia de la U. R. S. S." y no adelantar estos "especimen" que la desfloran.

¿Esperar?..., me he preguntado yo, y mi respuesta fué: No. Aun debería esperar un año, acaso dos o más, para terminar la obra y empezar la publicación.

Demasiado tiempo, lector. Demasiado tiempo,

---

(1) Mauricio Karl: Prólogo al libro de Trotsky «Stalin y sus crímenes», pág. 21 (1947).

(2) Obra editada por un centro oficial, destinada sólo para personalidades (1953).

teniendo Malenkov en su poder la bomba de hidrógeno...

El autor puede resignarse a morir atomizado cualquier madrugada. Pero no se resigna por nada del mundo a no decir de Malenkov, Roosevelt y Beria todo cuanto el mundo ignora.

No quiero correr el riesgo de ser atomizado por Malenkov cualquier madrugada sin decir mi verdad histórica. Quiero darles tal disgusto a tantos como la callaron, por complicidad o pánico, antes de que puedan ser volatilizados en el prefabricado infierno atómico. Y también por la esperanza lejana de que algunos de mis libros puedan salvarse, y así, leyéndolos algún superviviente del Diluvio ígneo, piense que en la tierra hubo uno, yo, que hizo cuanto pudo para evitar el atómico final de su generación. Y que si cuanto pude hice, no merecí ser atomizado. *Que, para mí, no es lo más importante conseguir, sino merecer...*

EXPLICACION PREVIA

La publicación de la presente obra es motivada por el anuncio de la próxima aparición en la revista «U. S. News and World Report» de las primicias de un libro escrito por el almirante americano Robert Theobald acusando a Roosevelt de traición en el ataque japonés a Pearl Harbour.

Augusto Assía, hoy el mejor cronista internacional de nuestra prensa, y cuya pluma es ahora la mejor defensora de España y de la Cristiandad en tierras extranjeras—y lo digo así con gozo, viéndole rectificar, valeroso, pasados errores—, nos da la noticia en el «Ya» del 31 de marzo de esta magnífica manera:

«ACUSA A ROOSEVELT DE HABER CAUSADO EL ATAQUE JAPONES A PEARL HARBOUR

Se dice que quería provocar la guerra de Estados Unidos contra Alemania cuando ésta daba la batalla al Comunismo en Rusia

Los almirantes Theobald, Kimmel y Halsey —jefes de la escuadra que sufrió el ataque— descubren las intenciones de la maniobra política del difunto Presidente

---

REVELACIONES DE UN LIBRO QUE VA A PUBLICARSE EN ESTADOS UNIDOS

«Con el propósito de envolver a los Estados Unidos en la guerra, el presidente Roosevelt provocó deliberada y sigilosamente el ataque de los japoneses contra el Puerto de las Perlas, según coinciden en denunciar hoy los tres almirantes norteamericanos cuyas fuerzas fueron las primeras víctimas del holocausto.

»El ataque del Puerto de las Perlas, que, venciendo la resistencia y repugnancia del pueblo, precipitó irrevocablemente a los Estados Unidos en la conflagración, ocurrió el 7 de diciembre de 1941. El 22 de julio Alemania había iniciado su marcha contra la Rusia soviética, y el día del Puerto de las Perlas los ejércitos nazis estaban a las puertas de Moscú y Leningrado...»

Sin la intervención de los Estados Unidos, el bolchevismo se encontraba irremisiblemente domeñado.

Quizá haya que tener en cuenta tal dato y relacionarlo con la historia emanada de la conferencia de Yalta, tres años más tarde, para for-

marse el cuadro completo de los motivos que pudieron impulsar al presidente Roosevelt.

En Yalta, tres años después de meter a los Estados Unidos en la guerra con el aparente propósito de salvar a la China de las garras japonesas, el presidente Roosevelt entregaba la China a las garras comunistas.

El proceso de la política internacional norteamericana había consumado un viraje de 180 grados, siempre a espaldas del pueblo norteamericano.

No supo nada el pueblo norteamericano de los compromisos contraídos por Roosevelt en Yalta hasta que comenzó a sentir sus consecuencias, y sólo ahora comienza a saber de los manejos que precedieron a la precipitación de los Estados Unidos en la guerra.

Uno de los propósitos que, según el vicealmirante Robert Theobald, persiguió Roosevelt con su premeditada y bien planeada provocación contra los japoneses, fué el de burlar los sentimientos pacíficos y neutralistas del pueblo de «la lucha a muerte» con un enemigo que no daba ni pedía cuartel.

Robert Theobald era el comandante de una flotilla de destructores en el Puerto de las Perlas el día que descargaron su ataque los japoneses.

TRES ALMIRANTES ACUSAN CONCRETAMENTE

Las nuevas revelaciones sobre el misterioso

papel representado por Roosevelt en la historia de aquellos días están contenidas en un libro del vicealmirante Theobald, al que ponen prólogo y corroboración el entonces comandante del Puerto de las Perlas, almirante Husband Kimmel, y el almirante de la flota, William Halsey. El libro va a ser publicado en serie por la revista «U. S. News and World Report».

«Diplomáticamente, la estrategia del presidente Roosevelt consistió en forzar al Japón a realizar un acto de guerra aplicándole cada vez mayor presión económico-política, y al mismo tiempo, poniéndole nuestra flota ante las narices en Haway, reunidita e incapaz de defenderse, hasta constituir una invitación irresistible a la idea de un ataque por sorpresa», dice el vicealmirante, muchos de cuyos barcos y hombres desaparecieron bajo las bombas japonesas.

Cuenta también el vicealmirante con la corroboración de sus dos compañeros de armas y, especialmente, la del entonces comandante en jefe de la flota del Pacífico, que Roosevelt, además de provocar sistemática e incesantemente al Japón, al ver que sus maniobras tenían éxito y la escuadra japonesa iniciaba su marcha hacia Hawai, les ocultó los informes a los jefes militares de la escuadra norteamericana. «Si nosotros hubiéramos conocido todos los datos e informes que existían en Wáshington, el día antes del ataque japonés, hubiéramos podido evitarlo o, por lo menos, hubiéramos podido evitar gran

parte de los daños que nos causó, cogiéndonos totalmente descuidados como patos en el agua», escribe el vicealmirante.

«Un gran número de informes sobre las intenciones y los movimientos de la escuadra japonesa no fueron nunca transmitidos a los interesados», subraya el vicealmirante, que dice también que el «Japón fué colocado por Roosevelt en una tesitura que no le dejaba más alternativa que la de capitular o luchar».

Antes que los tres almirantes, habían ya expuesto la misma tesis dos emabajadores.

DOS EMBAJADORES DESACREDITARON TAMBIEN LA POLITICA DE ROOSEVELT

Mr. Grew, que representaba a los Estados Unidos en Tokio el día del ataque al Puerto de las Perlas, y Kennan, el autor de la «táctica de contención» y durante algún tiempo embajador en Rusia.

En su libro «Cincuenta años de política internacional norteamericana», del que le hablé a usted oportunamente, Kennan, que prestaba servicios en el departamento de Estado, dice abiertamente que el Japón fué empujado a la guerra, aunque no explica muy claramente por quién ni cómo.

En el mismo libro, el embajador e historiador desacredita también la farsa histórica sostenida con monumentos en todas las ciudades norteamericanas, según la cual el acorazado «Maine» fué volado por los españoles.

En realidad, pues, la tesis de los tres almirantes no es nueva. Lo que es nuevo es la serie de datos militares y estratégicos con que la apoyan y la autoridad que tienen sus palabras, ya que son los jefes de la escuadra norteamericana que sufrió el primer choque.»

AUGUSTO ASSIA.

Como es natural, yo no pretendo aventajar en documentación a los tres almirantes americanos. Aparte de sus testimonios personales, han de tener ellos hoy a mano una gran documentación para la «prueba», ya que, al marcharse Truman, han tenido acceso a ciertos archivos hasta su marcha cerrados.

Si me decido con toda premura hoy a lanzar este libro no es para rivalizar con los almirantes en el terreno de las pruebas de la traición de Roosevelt. De antemano, ya sé que las suyas han de ser más copiosas, y la mayoría de primera mano.

No es mi objeto competir con ellos en ese terreno, ni mucho menos. Tan sólo pretendo complementar su acusación y, dentro de mis posibilidades, darle trascendencia. Porque si yo reconozco que la obra de los almirantes será perfecta como prueba testifical y documental, por anticipado, y sin conocerla, me atrevo a decir que adolecerá de un defecto capital.

Roosevelt, según ha de surgir de las páginas de la obra, beneficia con su traición a Stalin; esto será una evidencia completa. La traición de Pearl Harbour es cometida por Roosevelt para,

siendo agredidos los Estados Unidos, llevarlos a la guerra y salvar a Stalin, en peligro de sufrir una derrota total.

Así se revelará la traición. Con ese fin se mostrará cometida, si es vista en sí, aislada, sin conexión con la secuencia de la Historia.

Y, siendo así, la consecuencia que se deducirá del hecho será falsa, porque muchos llegarán a la conclusión de que Roosevelt era subjetivamente un comunista, un espía servidor de Stalin, porque su traición, cercenada de la Historia, tan sólo tiene tal explicación. Acaso una minoría perspicaz, como de razón es, no llegue a esa conclusión y quede cavilando sobre tal enigma, pues enigma tremendo es ver a un presidente americano traicionar a su patria en favor de la patria comunista sin causa suficiente ni racional.

Y acaso sea reforzado una vez más, y en esta ocasión de manera decisiva, ese «slogan», tan reiterado por los cómplices de Roosevelt y repetido por tantos y tantos a impulsos de su inercia mental, **justificando** los crímenes de Roosevelt con sus **errores.**

Sería lamentable que un momento tan culminante como es la traición de Roosevelt en Pearl Harbour no sirviese para rasgar ese velo inconsutil del gran misterio de la Historia Universal, ese misterio por el cual un puñado de judíos, agrupados en torno de Marx, en 1847,. llegados al Londres victoriano, donde reinan Lionel Rothschild y Benjamín Disraeli, han logrado es-

clavizar en un siglo a media Humanidad. Porque si era verdad, como Marx y Engels dijeron entonces en las primeras líneas del «Manifiesto Comunista», que el «Comunismo era un fantasma», misterio, y misterio sin igual, es que aquel «fantasma» se haya convertido sólo en cien años en ese Imperio que ya esclaviza 900 millones de humanos y tiene ya número y potencia para esclavizar al resto de la Humanidad.

Ya lo sé yo.

No es académico problema el intento de resolver esa incógnita magistral de nuestra Historia de hoy. En resolverlo o no, radica el **ser o no ser** de la Humanidad. Ser o no ser esclava. Ser o no ser humana sociedad con vida.

Ya lo sé yo. No es problema digno de las Academias el intento de resolver esa incógnita-clave de la Historia Universal contemporánea. Sólo tiene dignidad para tantos dignos académicos la numismática de Ur, el color de la barba del rey Wamba o la estética rupestre del búfalo «argenté»...

No es digno de casacas y barbazas, tras cuyo bardal se asoman la estulticia senil y el pánico infantil, si no la complicidad masónica, del solemne académico, descifrar el «misterio encerrado en un enigma»—como Churchill dijera—de por qué, sólo en un siglo, aquel Comunismo fantasma llegó a esclavizar a media Humanidad y se dispone a esclavizar al resto de los hombres...

Quede tal misterio y enigma para nosotros,

los no doctorados ni academizados, y quédense con sus fracs y casacas, sus cruces y sus bandas, sus calvas y sus barbas, su éxtasis científico ante los cacharros rotos en una trifulca conyugal del siglo XXX.

KAGANOVITCH ha dicho:

«Sólo cuanto favorece al Comunismo es ciencia.

Todo aquello que no lo favorece es inconsciencia.»

Parece ser que la fórmula, invertida, del judío debería tener validez para los «intelectuales» de Occidente, cuyo axioma habría de ser:

Todo cuanto se opone al Comunismo es ciencia.

Todo cuanto no se opone es inconsciencia.

Pero no; se quedarán en su cacharrería cuaternaria. Queden en paz, con sus bandas, barbas, calvas y toda su inconsciencia.

En tanto el solemne académico no abandone su cacharrería, sea permitido al autor obedecer a su conciencia, que es lo contrario de inconsciencia...

Es en conexión con el prodigio sin par del triunfo del Comunismo como quiero ver la traición de Roosevelt en Pearl Harbour... Es ella una traición arquetípica en la cadena secular de traiciones que han dado al Comunismo el dominio de medio planeta sólo en un siglo. Que no eran dioses Marx y su puñado de judíos para realizar tal milagro, y fué necesaria la secular trai-

ción de muchos Roosevelts para someter a 900 millones de hombres al esclavismo, llamado Comunismo...

Revelar hoy la traición de Roosevelt, tan sólo es hacer caer sobre su memoria el más tremendo veredicto de la Historia; que sólo la execración histórica es la sanción posible para un traidor vil si él está ya muerto.

Es justa, es necesaria, la sanción de la Historia; pero intrascendente e inútil en absoluto. Si la traición de Roosevelt fué única y aislada, un «caso» singular, el daño está hecho: los 900 millones de esclavos, esclavos son, y la sanción histórica no los redimirá de sus cadenas y abyección...

Ahora bien, si, como la Historia delata, el ascenso constante del Comunismo no es debido al propio poderío de aquel «fantasma» de que Marx hablara, es decir, al impulso propio de los comunistas, sino a las traiciones disfrazadas de **errores**, cometidas permanentemente, con un efecto único: darle sucesivos y crecientes triunfos al Comunismo..., a un hecho **permanente** corresponde acción **permanente** y, como es natural, entidad permanente; ya que **no hay hecho sin acción ni acto sin autor**..., y si **hecho** y **acción** son seculares, ha de ser secular la entidad. No puede ser sólo un ente, un Roosevelt, efímero actor, el único protagonista de la traición secular.

No empieza con Roosevelt la traición. No empieza con él, ni con él acabó... Muerto Roosevelt,

siguió la cadena de traiciones—«errores»—de Harri Salomón Truman. América perdió bajo su mandato el monopolio de la bomba atómica y de hidrógeno, y la Humanidad en libertad perdió a China. El Comunismo ganó con Truman potencia física y demografía bastante para poder esclavizar a todos los seres del Planeta.

Sí; porque ya, con complicidad o sin ella, Malenkov puede cualquier día desencadenar su Pearl Harbour atómico sobre América y Europa.

Y ese nuevo Pearl Harbour es el que, a todo trance, a costa de lo que sea, debemos evitar, desenmascarando a los traidores insertados en la Cristiandad, que la siguen traicionando para su aniquilación.

Esa es hoy para mí la única ciencia...

Todo lo demás es inconsciencia.

ANTECEDENTES «DIPLOMATICOS»

Es de rigor fijar la respectiva situación entre agredido y agresor antes de producirse la agresión.

A efectos polémicos, damos la ventaja total a nuestro acusado, Roosevelt, y será su secretario de Estado, Cordell Hull, quien fije la posición respectiva de América y Japón, antes de agredir éste.

Utilizamos a tal fin una publicación oficial y americana, prologada por el secretario de Estado, titulada «Paz y Guerra», llevando por subtítulo «La política exterior de los Estados Unidos. 1931-1941». La edita el Departamento de Estado en la imprenta del Gobierno de los Estados Unidos (Wáshington, D. C.).

Estimamos que los «defensores» del acusado no podrán recusar esta prueba documental.

En ella empezamos por leer:

«AGRESIONES DEL JAPON A CHINA

El 18 de septiembre de 1931 lanza el Japón un ataque contra Manchuria.»

Es en el 18 de septiembre de 1931; Mussolini no agredió a nadie aún. Hítler, sólo soñar en agresiones internacionales puede. Aun se halla muy lejos del poder.

«El ministro de Estados Unidos en China informa, en telegrama de 22 de septiembre, al secretario de Estado, Stimson, que, en su opinión, aquel ataque constituía «UN ACTO DE AGRESION DEL JAPON», evidentemente proyectado desde hacía tiempo y ejecutado cuidadosamente y sistemáticamente...; la agresión se había ejecutado deliberadamente, «haciendo crasa y cínica omisión» de las obligaciones del Japón en el pacto Kellog-Briand de 27 de agosto de 1928, en el que se renunciaba a la guerra como instrumento de política nacional» (1).

«A comienzos de 1932... las hostilidades entre el Japón y China se extendieron a la región de Shanghai» (2).

«A principios de abril de 1933... las fuerzas militares japonesas procedieron a extender las fronteras del nuevo Estado títere con la ocupación de la provincia de Jehol, en la China del norte» (3).

«En carta de fecha 5 de abril de 1933, dirigida a los comités permanentes del Congreso, el secretario de Estado pidió al Congreso que aprobase una medida legislativa que prohibiera el

---

(1), (2) y (3) «Paz y Guerra», págs. 5, 6 y 9,

embarque de armas en ciertas condiciones. Ya a principios de 1933, el presidente Hoover y el secretario de Estado, Stimson, habían urgido al Congreso que aprobara similar proposición... Esta proposición hubiera autorizado a los Estados Unidos a cooperar con otros Gobiernos para prohibir el embarque de armas a una nación agresora» (4).

En esta fecha sólo había una: el Japón.

«A fines de mayo, la resolución que prohibía el embarque armas, aprobada ya por la Cámara de Representantes, fué requerida (redactada) por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado con una enmienda a los efectos de que cualquier prohibición se aplicaría imparcialmente a todo beligerante. El 29 de mayo, el secretario Hull manifestó que tal enmienda no concordaba con el criterio del Presidente ni con el suyo propio. La resolución enmendada fué aprobada luego por el Senado, pero no llegó a convertirse en ley» (5).

Es decir, que Roosevelt no la sancionó. Por lo tanto, siguió la exportación de armas al Japón.

«El 7 de julio de 1937 ocurrió un encuentro entre tropas chinas y japonesas en las cercanías de Peiping, en el norte de China... (6). **A medi-**

(4), (5) y (6) Obra citada, págs. 12, 25, 26 y 48.

da que tocaba a su fin el año 1937... las hostilidades entre China y Japón continuaban aumentando en intensidad» (7).

Hasta el último punto, lo tomado de la publicación oficial.

De toda evidencia, los defensores del acusado no podrán recusar el testimonio del secretario de Estado del propio Roosevelt.

Ahora bien, sería ingenuidad imperdonable limitarnos a informar a los lectores únicamente con lo tomado de tal fuente.

El autor recurrirá con preferencia constante a los «testimonios de parte», de la parte acusada, buscando la brevedad, ya que lo confesado por los cómplices de Roosevelt, si resulta testimonio contra él, evita más amplia prueba, y ella tiene fuerza irrefutable.

Naturalmente, la razón esencial de la preferencia de tales testimonios es puramente polémica; pero, aun sintetizándolos y reduciendo al menor número posible otros testimonios imparciales y contrastados, debo ponerlos en conocimiento de los lectores.

Así, es de hacer notar que el Secretario de la Guerra, Stimson, intentó que los Estados Unidos declararan la guerra al Japón cuando el Imperio nipón intervino en Manchuria. Pero el presidente Hoover, pulsando la existencia de una gran

---

(7) O. c., pág. 48.

masa mayoritaria del pueblo americano, adversa en absoluto a las aventuras guerreras, se opuso al Secretario.

Como los lectores han de haber advertido, Stimson, Secretario de la Guerra con Roosevelt, había pertenecido hasta su disolución al Gabinete del presidente derrotado, Hoover; un presidente republicano, y republicano el mismo Stimson; lo cual no fué obstáculo para ser nombrado por Roosevelt para su gobierno demócrata.

Cabe preguntar si los méritos de Stimson para ser colocado por Roosevelt en su Gabinete, a pesar de su filiación republicana, no fueron los de belicismo contra el Japón.

Bien es verdad que, sin perjuicio de la validez de tal mérito, Stimson podía ser uno de tantos secretarios, senadores, representantes, gobernadores, jueces, etc., etc., que son **oficialmente** republicanos e ideológicamente, y obedeciéndolo secretamente, pertenecen al Partido Demócrata. Este pudo ser el caso de Stimson, como el del secretario de Estado, Hull, explicándose así la extraña anomalía de seguir en el Gobierno del partido enemigo, que acaba de vencer al «oficialmente» suyo.

¿Que el «caso» de tales «republicanos» es un caso de traición política?... Es evidente; tanto más grave la maniobra cuanto que no es realizada por individuos aislados, obedeciendo a su ambición personal e iniciativa circunstancial, sino que la inserción de «criptodemócratas»—lla-

mémosles decentemente así—es un antiguo sistema. Tan perfecto ha llegado a ser, que hasta candidatos republicanos a la Presidencia hubo cuya misión fué hacerlo todo para ser derrotados, como Wilkie y Dewey, y alguno, al ser elegido en virtud de la repulsión popular contra los demócratas, incontenible, gobernó al dictado del partido derrotado, rodeado por Secretarios de su Gobierno dedicados a destruir a los hombres de mayor prestigio y popularidad, organizando así la derrota electoral de su partido **oficial**, el Republicano, para dar la victoria a su partido real, el Demócrata.

Si vemos a la luz de tal realidad, de tal traición, muchos episodios de la política de Estados Unidos, les hallaremos una explicación que no aparece por ninguna otra razón.

Y, terminado el necesario inciso, volvamos a la secuencia de la política internacional norteamericana en relación al Japón.

Los ingleses, bajo la inspiración de Chamberlain, durante el período de su mando que termina en enero de 1939, son aun más complacientes con el Japón. En tanto domina la política internacional británica la maniobra de fortalecer a Hítler para lanzarlo contra la U. R. S. S., correlativamente, y en complemento, al Japón se le asigna idéntico papel en las fronteras orientales soviéticas.

Y hasta cuando Chamberlain es forzado por el mundo judío y Roosevelt a atraer sobre Eu-

ropa occidental y sobre su propia patria el rayo de la guerra hitleriana que los dos tanto contribuyeron a forjar, no les interesa provocar al Japón, ya que harto tienen con hacer frente a la potencia militar alemana, dada su propia debilidad bélica.

Así, en 1939, Sir Robert Craig, de acuerdo con Chamberlain, está a punto de reconocer el derecho de beligerancia en China al Japón, despreciando el decreto de la S. N.

Al estallar la guerra en Europa, Chian-Kai-Chek realizó una gestión secreta cerca de Roosevelt para conseguir la intervención americana o, en caso contrario, una mediación. El Presidente americano quiso asociarse a Francia e Inglaterra, pero éstas se negaron. La continuación de la guerra en China disminuía el peligro japonés respecto a sus colonias del Pacífico e Indico.

En 15 de marzo de 1940 fué establecido el nuevo Gobierno chino en Nankín, bajo la protección japonesa y presidido por Wang Ching Wei. Londres lo acogió con simpatía. Roosevelt con enérgica repulsa.

Una de las consecuencia secundarias del bloqueo decretado por Roosevelt contra el Japón era la de obligarle a dirigir la mirada en dirección a las colonias anglo-holandesas, donde únicamente podía encontrar aquello de lo cual había sido privado. Inglaterra y Holanda hubieran de buen grado seguido suministrando petróleo y otras materias primas al Japón; pero, en reali-

dad, sus Gobiernos eran en el momento satélites de América, pues la posibilidad de continuar su resistencia en la guerra dependía cada día más del Presidente americano. Por lo tanto, ambos Gobiernos, inglés y neerlandés, se vieron obligados a secundar el bloqueo del Japón, aun constándoles que, a x meses fecha, se atraían sobre sus colonias la invasión japonesa, y constándoles también que su incapacidad para defenderlas era total.

Sin embargo, aun existía una gran oportunidad para que no se produjera la invasión japonesa. Existía en el Japón un hombre, antiguo tolstoiano, pacifista, izquierdista en cierto sentido y occidentalista. Era el príncipe Konoye, presidente del Consejo, secundado por su futuro ministro de Asuntos Extranjeros, Matsuka. No dejándose cegar por las apariencias, estimaban en su justo valor las victorias y conquistas del ejército japonés en el Continente. Temían al porvenir, pues, para ellos, las victorias y conquistas en China no aumentaban la potencia militar japonesa, y cualquiera que fuera el resultado de la contienda chino-japonesa, aun llegando a la victoria total, su consagración definitiva o su anulación dependerían del resultado de la guerra mundial que se libraba en el resto del mundo.

Y, obedeciendo a las anteriores tesis políticas, Matsuka recurre a un procedimiento extraordinario, sin precedentes en la historia de la

diplomacia. En noviembre de 1940 se entrevista con los misioneros americanos Rvdos. PP. Walsh y Drught, y solicita de ellos que hagan saber que el Gobierno japonés firmaría gustoso un acuerdo anulando su adhesión al Pacto Tripartito y, además, garantizaría la retirada de todas sus fuerzas de China, devolviéndole su integridad política y geográfica. Los PP. Walsh y Drought marcharon a Wáshington, donde celebraron una conferencia con el secretario de Estado, Hull, que duró dos horas. El resultado fué nulo (1).

La gestión fracasada de los misioneros tuvo reiteración varias veces, con el mismo resultado negativo, durante la permanencia en el poder del príncipe Konoye y Matsuka.

No deberá extrañar que usasen tan extraños métodos para comunicar sus proposiciones a Roosevelt. Trataban de disminuir en lo posible los riesgos para sus vidas. La sociedad secreta que dirigía el general Tojo, ministro de la Guerra, impuesto coactivamente al jefe del Gobierno, hubiera ordenado la muerte del príncipe si su espionaje conoce aquellas proposiciones, que colmaban por anticipado las exigencias que luego formularía Roosevelt para levantar el bloqueo. La promesa de una rápida respuesta favorable resultaba ser la garantía mínima para sus vidas que podían pedir ambos ministros japoneses antes de atreverse a formular oficialmente aquella

(1) Episodio referido en la obra «Back Door to War», de Charles Callan Tansil, págs. 628-629, y en «Design for War», de R. Sanborn, pág. 278.

«rendición incondicional», según la considerarían los fanáticos militares.

Reconózcase que su riesgo y posible sacrificio deseaban que no fuera estéril.

A Ribbentrop llegó noticia de las intenciones pacifistas japonesas, disgustándole enormemente, aun cuando no lo demostró, dedicándose a prodigar sus mejores ademanes amistosos, animando al Gobierno nipón para que se decidiese a la invasión de las colonias anglo-holandesas.

Lejos de atender aquellas sugestiones nazis, Konoye nombró al almirante Nomura como embajador a Wáshington. Este almirante había sido el agregado naval de la Embajada durante la primera guerra mundial, cuando Estados Unidos y Japón eran aliados contra la Alemania del Kaiser. Esperaban los pacifistas japoneses que las numerosas y antiguas amistades del viejo marino japonés le ayudarían mucho en sus tentativas de mantener la paz en el Pacífico. En especial se pensaba que el almirante Nomura podría impresionar a Roosevelt, con el cual había tenido numerosos contactos cuando el presidente fué Secretario adjunto de Marina durante la guerra mundial precedente.

Nomura abrió las negociaciones con proposiciones escalonadas que, dada la situación de hecho en el Extremo Oriente, constituían crecientes concesiones. Llegaron a celebrarse más de cuarenta conferencias entre el embajador japonés y el Secretario de Estado americano. El

fracaso es rotundo. Hull, encastillado en una posición amurallada con «principios morales»—esos «principios» que tanto reprochará Kennan ulteriormente a la diplomacia americana (1)—, no se digna examinar las proposiciones japonesas técnicamente.

Su respuesta, contenida en cuatro puntos, con el énfasis de cuatro «mandamientos» divinos, imponen: el respeto a la integridad territorial y a la soberanía de todas las naciones; vigencia del principio de no ingerencia en los asuntos interiores de otros países; establecimiento del principio de **igualdad**, incluso en las oportunidades comerciales; **statu quo** en el Pacífico, salvo si él era modificado voluntariamente por las naciones interesadas y no por medios bélicos (2).

Para el respetable «puritano» Hull—también un «republicano» pasado a los demócratas—, el Japón es un agresor, un delincuente y, como tal, indigno del diálogo; tan sólo merece ser juzgado, previo su desarme voluntario. Su rendición sin combate ante su «juez» americano le debe hacer esperar que será magnánimo en su **sentencia.** Desde luego, el pueblo japonés ha de volver a la estrecha prisión de sus islas temblorosas, de donde sólo se le permitiera salir un día para batir al Imperio zarista y posibilitar con aquella de-

(1) George F. Kennan: «American Diplomacy 1900-1950».
(2) Charles Callan Tansill: «Back Door War», pág. 634.

rrota del autócrata el primer asalto de la revolución comunista soviética...

Que la prisión es demasiado estrecha, que para vivir aquellos noventa millones de japoneses deben trabajar como bestias, regalar sus productos a cambio de un puñado de arroz por cabeza, eso es **natural** y **moral**...; el ser nación latifundista, aun manteniendo yermos y vacíos continentes y territorios inmensos y en explotación la barbarie y la ignorancia, meticulosamente conservadas por el rubio dominador holandés o británico, es algo reservado en monopolio para esas razas puritanas. Tan sólo le permiten su conciencia y su moral a Hull una excepción expansionista, y es en favor de esa gran **moralista** que es la Unión Soviética..., la que, «ahogándose» dentro de sus «estrechas» fronteras, se ha visto precisada, antes de resignarse a morir «asfixiada», a invadir Polonia, Lituania, Estonia, Latvia, Besaravia, Rutenia y, con dolor inmenso, retorciendo su conciencia, se halla ensangrentando sus manos para obtener «espacio vital» en Finlandia...

Para la geopolítica del moralista Secretario de Estado americano, desde luego, no es cierto que si la población entera del Planeta fuera colocada dentro de las fronteras soviéticas de 1939, se hallaría menos estrecha que la demografía japonesa y alemana dentro de las suyas en aquella misma fecha... ¡Y no digamos ahora!...

Y, vista esa moral y esa geopolítica puritana

—masónica, en su propio nombre—, ya se podrá comprender la exigencia de Hull, negándose a considerar nada, ni la evacuación de la China con la fusión de los Gobiernos de Chank-Kai-Chek y Wan-Ching-Wei.

Tan sólo una rendición incondicional y una neutralización total del victorioso y potente Japón, que debería dejar manos libres a la Unión Soviética y Estados Unidos en todos los continentes (1) a cambio de nada. Todo lo más, a cambio de siete granos de arroz más por criatura humana...

Aquel puritano y «gran» psicólogo que fué Hull no pensó cuán peligroso es llevar a la desesperación a un pueblo que tan sólo tiene para perder su miseria...

Acaso sí lo pensó él. Y, si no, desde luego, lo adivinó su jefe, Roosevelt.

(1) Federic R. Sanborn: «Pearl Harbour», pág. 296.

ROOSEVELT AYUDA AL JAPON AGRESOR

Ahora sólo se trata de exponer hechos.

Como prueba sigo ateniéndome al documento del Departamento de Estado.

Y los hechos son éstos:

Transcurren ocho años desde la primera agresión del Japón hasta el estallido de la guerra mundial. Las conquistas japonesas llegan a ser inmensas; pero en esos ocho años Roosevelt no propone y no intenta nada práctico ni eficaz contra el agresor. En la inacción le secundan todas las grandes potencias: Gran Bretaña, U. R. S. S. y Francia; todas ellas también amenazadas directamente en sus imperios por la expansión agresiva e imperialista japonesa.

Posee ya Japón más de media China: las costas, casi totalmente, y todas las islas; pero conquistas tan enormes no deben inquietar; no hay guerra, ni siquiera sanciones; hay, eso sí, facilidades para el «dumping» japonés; hay, desde luego, abastecimiento de materiales estratégicos y, sobre todo, envíos de petróleo, lo más vital

para el ejército nipón; lo más vital para continuar la agresión. Al parecer, nada importa al inmenso poderío de las cuatro grandes potencias la creación del gran Imperio nipón, que será inmenso como un mar, superior en población a cuantos se han conocido...; pero, en cambio, importa, tienen importancia infinita unos kilómetros de tierra: los kilómetros del «pasillo». Y por el «pasillo» estallará la guerra.

Son así los hechos.

La inacción de Roosevelt continúa; nada podemos registrar en los documentos oficiales respecto a su mayor preocupación frente al aumento del avance japonés en China.

Los envíos de «materiales estratégicos» y de petróleo siguen. Al estallar la guerra en Europa, en mayor escala, pues hallándose metidos en la guerra Inglaterra y Holanda, estas naciones coabastecedoras han de aminorar o suspender sus envíos. Así, la agresión del Japón depende materialmente, casi exclusivamente, de Roosevelt.

Pasa el resto de 1939 y pasa todo el año 1940. El abastecimiento del agresor japonés continúa sin alteración.

«En el invierno de 1940 a 1941 este Gobierno (el americano) recibió informes de que Alemania se disponía a atacar a la Unión Soviética, a pesar del pacto ruso-alemán de no agresión. EL SEÑOR WELLES, SUBSECRETARIO DE ESTADO, HIZO LLEGAR ESTA INFORMACION

AL EMBAJADOR RUSO A PRINCIPIOS DE 1941. El 20 de marzo de este año el señor Welles informó al embajador ruso que este Gobierno tenía nuevos informes que confirmaban los anteriores de que Alemania intentaba atacar a la Unión Soviética» (1).

Es muy extraño, dentro de un razonamiento normal, este aviso de Roosevelt a la Unión Soviética.

Oficialmente, América es neutral, aun cuando, en uso de su perfecto derecho, muestre simpatías el Gobierno americano por los países demócratas, dadas sus mutuas afinidades ideológicas con todos ellos y, además, raciales con Inglaterra.

Tales determinantes, lógicas y naturales, dentro de un discurrir normal, no parece que deban tener vigencia en Roosevelt a favor de la U. R. S. S.

La U. R. S. S. es el primer país antidemocrático; su régimen es el **prototipo** y hasta el **arquetipo** de todos los totalitarios.

Es así, aun cuando en esta postguerra el «anticomunismo» parcial y ocasional—el trotskista—se haya permitido decir que «el sovietismo es copia del fascismo», y las gentes lo acepta-

(1) «Paz y guerra», pág. 118.

ron, sin captar el absurdo cronológico de que la «copia» sea más antigua que el «modelo».

Si, además de las afinidades ideológicas, de régimen y raciales, jugaba en Roosevelt como determinante de sus simpatías la calidad de agredido y como determinante de su enemistad la calidad de agresor, tampoco podía Stalin gozar del favor del Presidente americano.

Stalin era un agresor con alevosía y premeditación. En estas fechas, ya era conquistador de media Polonia, invasor de Estonia, Letonia y Lituania. Y, en el momento de hacerse Roosevelt su **espía honorario**, Stalin tenía sus manos manchadas con la sangre aun caliente de la democrática Finlandia.

De ser sus amores puramente democráticos, Roosevelt jamás debió llegar a ser **espía honorario** de Stalin. Si Hítler tenía el propósito de atacar a la Unión Soviética, él debía desearlo, por ser ello un bien para su «amada» Inglaterra, en aquel momento, sola bajo las bombas hitlerianas y amenazada de invasión. De atacar Hítler a la U. R. S. S., desviaba su ataque de Inglaterra y, de hallarse sola frente a Italia y Alemania, pasaba a tener una gran aliada. El **espía honorario** de Stalin, con su informe gratuito, prestó un pésimo servicio a su «amada» Inglaterra, porque decidió con él a Stalin a un esfuerzo mayor para **aplacar** a Hítler, para lo cual envió a Molotov a Berlín; y si el miedo le hubiera permitido a Stalin movilizar a fondo el Ejército Rojo cuan-

do Roosevelt le avisa, Hítler no ataca y queda Inglaterra sin aliada, recibiendo sobre sus ciudades la totalidad de las bombas hitlerianas.

Si lo anterior no está discurrido sin rigor, pido perdón al lector.

«ALEVOSO» ATAQUE DE HITLER A STALIN

Refiera y califique el hecho en su documento el Departamento de Estado:

«El **alevoso** ataque de Hítler a la Unión Soviética tuvo lugar el 22 de junio de 1941... Al día siguiente, el señor Welles que sustituía interinamente al Secretario de Estado, hizo una declaración pública al efecto de que para los dirigentes del Reich alemán las promesas solemnes, tales como pactos de no agresión, **eran sólo símbolos de impostura** y constituyen funesto augurio de parte de Alemania de sus hostiles y criminales intenciones; que **el Gobierno alemán desconocía hasta el significado de la palabra «honor».** Dijo que la cuestión inmediata ante el pueblo de los Estados Unidos era de si había de detenerse con éxito y derrotarse el plan de Hítler de conquista mundial y de destrucción definitiva de las democracias libres. Añadió que, en la opinión de este Gobierno, toda defensa contra el hitlerismo, y toda conjunción de fuerzas opues-

tas a Hítler, donde quiera que éstas surgiesen, aceleraría la caída de los dirigentes alemanes y, por lo tanto, redundaría en beneficio de nuestra propia defensa y seguridad. Finalmente, el secretario interino declaró que «**los ejércitos de Hítler constituyen hoy el principal peligro de América**» (1).

Exacto y justo. El portavoz de Roosevelt tiene toda la razón para hablar tan duramente, con un lenguaje sin precedentes en los anales históricos de ningún Estado neutral, si ve al III Reich con intención de invadir los Estados Unidos, a pesar de ser tan débil navalmente y de no haberse aún resuelto el avance de los tanques y de la infantería por mar.

Mucho más justo es aún, y mucho más motivado, su discurso por ser **alevoso** el ataque de Hítler a Stalin, a su aliado hasta el último minuto—aliado de Hítler, naturalmente, no de América—, pues ahí está la gran **alevosía**...

Comprendamos el estado de indignación moral de Roosevelt y de su portavoz Welles. Cualquier hombre decente lo debía compartir. Ellos se habían visto antes obligados a guardar silencio cuando el **alevoso** ataque, y éste por la espalda, contra Polonia, que es rematada, ya en el suelo, en el primer día; silencio cuando el **alevoso** ataque contra la democrática y pulcra Finlandia; silencio cuando el **alevoso** ataque contra Estonia, que la mata; silencio cuando el **alevoso**

(1) «Paz y Guerra», pág. 118.

ataque contra Lituania, que la mata; silencio cuando el **alevoso** ataque contra Latvia, que también la mata. Compréndase; ya era mucho silencio, pues, además, también en cada nuevo y **aleve** ataque se demostraba que **«para los dirigentes del Imperio soviético, las promesas solemnes, tales como pactos de no agresión—y de amistad y ayuda mutua—eran símbolos de impostura y constituían funesto augurio de parte de la U. R. S. S. de sus hostiles y criminales intenciones, desconociendo el Gobierno soviético hasta el significado mismo de la palabra «honor»...; la cuestión inmediata ante el pueblo de los Estados Unidos era si había de detenerse con éxito, y derrotarse, el plan de Stalin de conquista mundial y de destrucción definitiva de las democracias libres»**; pues, **«en la opinión del Gobierno, toda defensa contra el Comunismo, y toda conjunción de fuerzas opuestas a Stalin, doquiera que éstas surgiesen, aceleraría la caída final de los dirigentes soviéticos y, por tanto, redundaría en beneficio de nuestra propia defensa y seguridad..., ya que los ejércitos de Stalin constituyen hoy el principal peligro para las Américas».**

Tanto se vieron obligados a callar Roosevelt y su portavoz Welles, retorciendo hasta sangrar su conciencia humana y americana: pero cuando con **alevosía** es atacado el **aleve,** lógicamente, ¡ya es demasiada **alevosía**!... ¡Y sería sobrehumano para Roosevelt y Welles callar!...

El inteligente lector comprenderá.

Algo más; Roosevelt abandona su quietismo frente al Japón. Desde luego, no en relación a la moribunda China. Su gran inquietud la provoca el peligro que intuye para el **aleve alevosamente atacado,** para Stalin.

«El 22 de junio de 1941, Hítler inició la invasión de Rusia. Días después, el 4 de julio, este Gobierno (el americano) envió un mensaje al Primer Ministro japonés con referencia a los informes que de varias fuentes se recibían al efecto de que el JAPON HABIA DECIDIDO ATACAR A RUSIA. Decía el mensaje que ese propósito de conquista y agresión militar destruía no sólo nuestra esperanza de que no se perturbara la paz en el Pacífico (¿pero dónde se hallaba entonces China?), sino la esperanza de que se reforzara; que deseábamos sinceramente que tales informes fueran inciertos, y que NOS AGRADARIA RECIBIR GARANTIAS DEL GOBIERNO JAPONES EN ESTE SENTIDO.»

«El 8 de julio de 1941 se recibió la contestación japonesa, que decía que el Gobierno japonés siempre había tenido sinceros y legítimos deseos de evitar que la guerra europea se extendiera a las regiones de la gran Asia oriental y de preservar la paz en la región del Pacífico (esto ya no era cierto: China. Y lo otro lo fué aún menos: PEARL HARBOUR), y que hasta la fecha el Gobierno japonés no había pensado en la posi-

bilidad de unirse en hostilidades contra la Unión Soviética» (1).

Sin duda es el anhelo de paz, restringiendo la guerra, el que dicta la noble nota de Roosevelt al Japón. Lo reconocemos. Mas... ¿por qué no hubo notas idénticas anteriores preguntándole si tenía intenciones de atacar al Imperio británico, a Francia, a Holanda, etc., etc. Uno de estos etcéteras es la India, cuyo ataque proyectaban Hítler y Stalin—éste «de verdad», aquél «de mentira»—cuando se concentraban las divisiones alemanas sobre la frontera soviética.

Sin duda, el peligro, el peligro grande y único «para las Américas», radicaba en el ataque de Hítler al Imperio comunista. Esta idea nos parece estratégicamente correcta. El Imperio comunista tiene su extremo límite en Bering, a unos kilómetros de Alaska, territorio americano; el ataque a la U. R. S. S. y el subsiguiente avance hitleriano era tanto como emprender la marcha hacia la conquista de Wáshington, por el camino que pasa por Moscú, Tobolsk, Vladivostok, Kamschatka y Bering... No en vano ésta era la única ruta para la invasión de América por un ejército, como el nazi, cuya potencia invasora era sólo terrestre; terrestre, desde luego, ya que tan sólo el canal de la Mancha sirvió de obstáculo para impedir la invasión de Inglate-

---

(1) «Paz y Guerra», pág. 132.

rra...; ¿no sería un obstáculo mayor para la Wehrmacht el Atlántico?...

Creo haber apurado hasta el último límite las justificaciones para los actos políticos de Roosevelt, durante esta época, en beneficio del Imperio comunista soviético. Naturalmente, unas razones cuya base fueran el interés de su patria y de la Humanidad; algo consustancial con un tan gran patriota y un tan grande humanitario como lo fué aquel presidente, Franklin Delano Roosevelt.

Como hemos visto, las seguridades del Japón respecto a la U. R. S. S. se daban el 8 de julio de 1941.

Hacia el 22 de julio, como resultado de la presión ejercida por las autoridades del Eje sobre el Gobierno de Vichy, los franceses concedieron al Japón el derecho de mantener tropas y establecer bases aéreas y navales en el sur de Indochina. Para explicar esta conducta, el 23 de julio el embajador japonés informó al señor Welles, que el Japón tenía que contar con una fuente segura de abastecimiento de arroz, materias primas y otros víveres, cuyo envío al Japón podría ser obstaculizado por las actividades de los chinos y de los partidarios de De Gaulle en el sur de Indochina.

Era la primera vez que la agresión japonesa revestía forma jurídica, pues la autorización la daba, presionado o no, el Gobierno legal de Francia; desde luego, legal para Roosevelt, pues es-

taba reconocido y en normales relaciones con los Estados Unidos. Por otra parte, la ocupación japonesa era mínima, comparada con los inmensos territorios ya ocupados. Por último, al ir a Indochina, la flecha de la agresión se desviaba decididamente de posibles objetivos norteamericanos.

Sin embargo, aquella relativamente diminuta e incruenta ocupación provoca:

«La tarde del mismo 24 de julio el Presidente Roosevelt recibió al embajador japonés. Le dijo el Presidente que el nuevo movimiento del Japón en la Indochina creaba un problema sumamente serio para los Estados Unidos...; este Gobierno no podía menos que suponer que «el Japón emprendía» la ocupación de la Indochina «con propósitos de nuevas agresiones...»; «en los Estados Unidos se creía que la política que el Japón seguía se debía a la presión alemana». (La política, la guerra continua de agresión del Japón en esta fecha contaba ya **diez años**, ¿serían los Stresemann o los Bruning quienes presionaron en 1931 al Japón?) Y sigue Roosevelt: «el Gobierno japonés no veía tan claramente como nosotros que Hítler estaba empeñado en el dominio del mundo entero SI ALEMANIA LOGRABA DERROTAR A RUSIA y dominar Europa y Africa» (1).

---

(1) O. c., págs. 135 y 136.

Anotamos. Todo radica en que, primero, Hítler **derrotase a Rusia**...; luego, ya todo fácil: toda Europa, toda Africa..., unos 60.000.000 de kilómetros cuadrados; es decir, un alemán y medio por kilómetro, y... para guardar, gobernar y aterrorizar a unos mil ochocientos millones de habitantes, 44 milésimas de alemán; naturalmente, esas 44 milésimas de alemán serían milésimas de alemanes en edad militar, en la vejez extrema y en la lactancia, y también serían esas 44 milésimas de mujeres de toda edad, incluyendo lactantes y lactadas, en gravidez y en extrema senectud: despoblándose Alemania. De esa guarnición «totalitaria» debería ser extraído el ejército conquistador del Japón y de las Américas... y, ¿por qué no?, del resto de Asia, de Oceanía, de la Artida y de la Antártida...

Sí, porque Roosevelt añadía en el panorama que desplegaba frente al atónito embajador nipón:

«Es muy posible que al cabo de algunos años las armadas del Japón y de los Estados Unidos estén luchando contra Hítler, el enemigo común» (1).

En la misma conversación:

«El Presidente recordó al embajador japonés que los Estados Unidos habían estado permitien-

(1) «Paz y Guerra», pág. 136.

do el embarque de petróleo al Japón; que se había permitido porque comprendíamos que, si este suministro de petróleo se hubiera suspendido o restringido, el Gobierno y el pueblo japonés hubieran usado esto como estímulo o pretexto para caer sobre las Indias Holandesas a fin de asegurarse un mayor abastecimiento de petróleo; que los Estados Unidos venían siguiendo esta política principalmente para hacer todo lo que en su poder estuviera por la preservación de la paz en el Pacífico; que nuestros ciudadanos no podían comprender por qué en momentos en que se les urgía a limitar el uso de gasolina, los Estados Unidos permitían que se enviasen cargamentos de petróleo al Japón, mientras éste daba todas las muestras de seguir una política de fuerza y conquista en consonancia con la política de de conquista y dominio mundial seguida por Hítler. El Presidente dijo que si el Japón trataba de apoderarse por la fuerza de fuentes petroleras en las Indias Holandesas, éstas indudablemente resistirían, los ingleses inmediatamente irían en su ayuda, y el resultado sería la guerra. En vista de nuestra propia política de ayudar a la Gran Bretaña, «el resultado inmediato sería una situación sumamente grave». Manifestó el Presidente que, teniendo en cuenta estos hechos, se habían permitido hasta entonces los embarques de petróleo al Japón, a pesar de la acerba crítica dirigida contra la Administración.»

«El 24 de julio el presidente Roosevelt trató

esta cuestión en una conversación informativa en la Casa Blanca. Explicó la necesidad imperativa, desde el punto de vista de nuestro propia defensa y la de la Gran Bretaña, de impedir que estallara la guerra en la región sur del Pacífico. Dijo que si se hubiesen suspendido los embarques de petróleo desde los Estados Unidos, probablemente el Japón hubiera atacado a las Indias Holandesas para obtener petróleo y, como consecuencia, hubiera sobrevenido la guerra; que la política de los Estados Unidos de permitir embarques de petróleo al Japón había logrado evitar la guerra en el sur del Pacífico, «en nuestro propio beneficio, en beneficio de la defensa de la Gran Bretaña y de la libertad de los mares» (1).

(1) O. c., pág. 136.

OPORTUNIDAD IMPERIAL DE ROOSEVELT, CUAL NADIE VIO JAMAS

«Roosevelt y el mundo judío FORZARON a Inglaterra a entrar en la guerra.»

Bien; aceptemos el hecho sin consideraciones de orden cristiano, moral ni de civilización. Aceptémoslo determinado por un inmoralismo político absoluto, dictado por el maquiavelismo, igual a tantos de la Historia, si bien con dimensión sin par.

Forzar a Inglaterra y su constelación europea en 1939 a lanzarse a la guerra contra Hítler, quedando neutrales la U. R. S. S. y Estados Unidos, era tanto como lograr que la Europa occidental se inmolase, se matase a sí misma, para engrandecer a las dos grandes potencias no beligerantes.

Se podría justificar desde tal punto de vista a Roosevelt y su «mundo judío».

Que Roosevelt y su «mundo judío» forzasen a Inglaterra a entrar en la guerra puede justificarse atribuyéndoles una gigantesca ambición imperialista para los Estados Unidos.

El planteamiento primitivo de la segunda guerra mundial abría inmensas perspectivas imperialistas para América y Rusia. Y en tanto los factores de potencia no sufrieron alteración—de 1.º de septiembre de 1939 a 22 de junio de 1941—, tal perspectiva imperial no varió.

El duelo entre Inglaterra y Alemania no tenía posible decisión militar. La superioridad de potencia en dos órdenes distintos de cada beligerante—en el naval Inglaterra y en el terrestre Alemania—no permitía la victoria clásica de una sobre la otra. No podía tener decisión aquella guerra, dentro de la estrategia normal, de no aparecer factores nuevos de orden distinto y decisivos. Lo fatal era un creciente agotamiento de ambos adversarios por acción de las armas aéreas y submarinas, únicas con las cuales podían atacarse. Armas las dos no decisivas, capaces de causar tremendos daños, pero no de aniquilar las fuerzas militares adversarias, por no ser ninguna capaz de ocupar el terreno enemigo. No diremos más en relación a esto, por ser sobradamente conocido; algo clásico en cualquier manual de ciencia militar.

Si al planteamiento básico de tales factores bélicos añadimos los políticos, la deducción se reforzará más aún.

Roosevelt presta su ayuda a Inglaterra y Stalin a Alemania. Esta doble y opuesta ayuda, **sabiamente graduada**, provocará infaliblemente la destrucción de ambos adversarios. Bastará con

que la **sincronicen** y **dosifiquen** perfectamente Wáshington y Moscú durante todo el tiempo necesario, durante años probablemente, para que llegue de manera fatal el aniquilamiento de Inglaterra y Alemania.

En el instante preciso, Estados Unidos y la U. R. S. S., habiendo logrado una potencia militar incontrastable, dictarían su voluntad a una Europa moribunda. Stalin lanzaría sus divisiones acorazadas sobre Occidente a pretexto de «liberar» y «pacificar» a las naciones europeas «oprimidas» y socorrer a las masas proletarias rebeladas...; ¡magnífica «jurisprudencia» popular!...

Roosevelt, más correcto, **humanitario** él, como siempre, llegaría en socorro de los caóticos y hambrientos pueblos coloniales; su empresa sería sólo altruísta, económica y levemente policíaca... Los Imperios coloniales de Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y Portugal serían nuevas constelaciones en el estrellado pabellón americano, ya fenecidas las metrópolis...; nada de anexiones ni conquistas del execrado tipo «imperialista» y «colonialista»; todo contractual, todo jurídico, pactado; una fatalidad surgida de la locura de aquella Europa suicida... No deseado ni buscado aquel Imperio de los cinco mares. Un Imperio dulce, nuevo estilo, sin férreas cadenas militares; tan sólo ligado por su libre y espontáneo consentimiento, en plano de igualdad, por el fraterno lazo de los dólares... Tan sólo

allá lejos, muy lejos, acorazados y portaviones gigantescos... Y al fondo, aun más lejos, como remate del **amoroso** Imperio rooseveltiano, el magnífico penacho atómico...

Hubiera quedado el Planeta dividido en dos hemisferios: a un lado, el hemisferio del Comunismo; al otro lado, el hemisferio del Capitalismo... en espera de su pacífica «síntesis».

Hasta tal punto llegó mi deducción en un afán extraordinario de hallarle una humana explicación—demasiado humana, en verdad—a la política de Roosevelt hasta el día 7 de diciembre de 1941, fecha de su traición en Pearl Harbour.

Dentro de lo humano cabe la maldad en alto grado; es cierto en absoluto. Que Roosevelt hubiese planeado forjar ese maravilloso Imperio para su patria, si no soy capaz de justificarlo, soy capaz de podérmelo explicar... Excesivo se me antoja que Roosevelt tratara de pagar ese colosal Imperio a costa de lo más y lo mejor de la Cristiandad, incluída mi Patria; pero me bastaría para comprenderlo con suponer que el fenecido Presidente no era cristiano y sí un **criptomarrano,** a pesar de tanto blandir su Biblia, habiendo heredado conciencia y odio de sus lejanos antepasados, los «sefarditas» de Holanda...

Monstruoso, desde luego; pero humano. Si levantar un Imperio a costa de verter torrentes de sangre ha sido durante toda la Historia empresa de los grandes conquistadores, lograrlo haciendo que se maten entre sí los destinados a per-

der patria, imperio y libertad, al fin, es algo genial.

Tal fué mi deducción y tal mi juicio hasta el 7 de diciembre de 1941, fecha de la traición de Roosevelt.

Debo ser sincero; mi lógica se derrumbó a contar de tal día, cayendo toda entera por los suelos.

Me explicaré:

Hítler, en un rapto de locura providencial, a las cuatro de la madrugada del 22 de julio de 1941, lanza su ataque contra la U. R. S. S.

El ataque a Stalin ofrece a Roosevelt la oportunidad más maravillosa que se ofreció jamás a un caudillo en toda la Historia Universal.

Sin la ayuda de Roosevelt, Stalin hubiera podido resistir hasta el último límite, agotando mucho también a Hítler. Lucha mortal, sin rendición posible por parte de ninguno de los dictadores, pues ambos sabían muy bien que, de sobrevivir a su derrota, la cuerda del verdugo esperaba...

Pasados años, agotados hasta la estenuación nazi-fascistas y comunistas, arrasada Inglaterra, sin su flota mercante, con una base americana «en arriendo» en cada encrucijada del Imperio, sin una libra oro y con toda Europa en ruinas y hambrienta..., ¡qué oportunidad para Roosevelt!...

Acrecido su ejército, agigantada su escuadra, con una aviación capaz de nublar el sol y

con la bomba atómica en exclusiva—nadie lo dudará—, hubiera dictado al mundo entero la ley americana. Por primera vez hubiera sido una realidad el Imperio universal.

Si ese fin hubiera guiado a Roosevelt, él lo hubiera logrado, y la Historia de todas las edades lo colocaría en su cenit, mucho más alto que Alejandro, César, Atila, Gengis Khan, Napoleón, Hítler, Stalin... Ninguno de esos caudillos hubiera podido llegarle a su paralítico tobillo.

Ninguno de todos esos adalides imperiales logró ni en sueños dominar el Imperio que aquel 22 de junio se le brindó a Roosevelt. Más aún; además de superar a todos cien veces en grandeza su Imperio, él sería mil veces más genial que todos ellos. Porque si todos esos grandes caudillos que a Roosevelt precedieron llegaron a conquistar grandes imperios, los conquistaron a costa de torrentes de sangre vertida por sus propios pueblos. Y Roosevelt hubiera dominado a su Imperio mundial sin verter una sola gota de sangre americana.

Pero no; ese maravilloso Imperio universal fué sacrificado por el «MUNDO JUDIO» y Roosevelt a la supervivencia y engrandecimiento del Estado Esclavista soviético.

ROOSEVELT PROVOCA

Ahora será el hombre que ha merecido ser llamado la «eminencia gris» de la Casa Blanca, el más íntimo amigo del Presidente americano y su «representante personal» para las más íntimas y secretas misiones, quien declarará.

Naturalmente, Harry Hopkins, tal es el hombre, no revelará ningún secreto; lo referido por él es público, lo conoció el mundo entero; pero queremos concederle la palabra, precisamente a él, amigo predilecto del acusado, para que nadie pueda suponer que haya en estas páginas la menor tergiversación.

Ocho días después de atacar Hítler a Stalin, téngase bien presente, Roosevelt, por sí y ante sí, decide algo trascendental.

Es el día 1.° de julio de 1941.

Hopkins lo refiere así:

«... el Presidente destacó SUS primeras patrullas navales al Atlántico norte; su misión consistía en notificar (¿a quién?) si descubrían al-

gún submarino o buque alemán en las aguas entre Estados Unidos e Islandia...; el Presidente aumentó la densidad de tales patrullas...; a finales del mismo mes ordenó que fuesen protegidos (¿cómo?) los barcos que navegasen por aquella ruta, cualquiera que fuese su pabellón.»

La cosa es así: el 1.º de julio Roosevelt manda que la escuadra de la América «neutral» vigile y delate a los buques de guerra alemanes en la ruta de los convoyes que llevan armas y suministros de América a la U. R. S. S.; naturalmente, la delación se hace para que las escuadras inglesa y roja puedan hundir más fácilmente a los buques adversarios.

La actividad bélica de las patrullas navales americanas, aquel primer desafío a los sumergibles alemanes, no provoca ningún incidente. Patrullan los destroyers de los Estados Unidos en pleno Atlántico en confraternidad y contacto con los británicos durante veintiséis días; pero no son atacados.

Dos días antes, el 24, como hemos visto, Roosevelt ha expuesto a sus consejeros las razones que tiene para no privar al Japón de suministros.

Pero, sin duda, el pacifismo de los submarinos alemanes para con los barcos americanos volatiliza en cuarenta y ocho horas aquellas **razones** que han tenido validez durante diez años, y, según el documento del Departamento de Estado:

«El 26 de julio de 1941 el Presidente Roosevelt expidió una orden ejecutiva que congelaba los valores japoneses en los Estados Unidos. Esta orden puso bajo el control del Gobierno todas las operaciones financieras de importación y exportación relacionadas con intereses japoneses, y como resultado, pronto SE PARALIZO VIRTUALMENTE EL COMERCIO ENTRE ESTADOS UNIDOS Y EL JAPON» (1).

Al fin, Roosevelt se decidía, pasados diez años, a castigar al agresor y a privarle de medios para cometer nuevas agresiones. Ya era hora. Pero ahora, precisamente ahora..., ¿por qué?

Se ha leído poco antes la razón dada por Roosevelt para explicar por qué había estado abasteciendo de lo más vital para la guerra al Japón. Una razón temporal, válida desde que Inglaterra y Holanda se hallaban en guerra; inexistente durante los ocho años anteriores; pero, en fin, aceptémosla como razón permanente. Ahora bien, ese temor de Rosevelt de que «si se hubiesen suspedido los embarques de petróleo... el Japón hubiese atacado a las islas holandesas para obtener petróleo..., **que la política de los Estados Unidos de permitir embarques de petróleo había logrado evitar la guerra... en nuestro propio beneficio, en beneficio de la defensa de la Gran Bretaña y de la libertad de los mares...»**

(1) O. c., pág. 136.

son razones poderosas, desde luego; pero subsistentes en todo su valor el día 26 de julio de 1941, cuando Roosevelt decreta el bloqueo económico del Japón, secundado el mismo día por el Imperio británico y el holandés.

¿O es que ya no importan el «beneficio americano», la «defensa de Inglaterra» y la «libertad de los mares»?...

¿Por qué?..., reitero una y otra vez, sin poder llegar a comprender qué razón o motivo superior puedan haber anulado ese día los motivos y razones cuya validez perduró durante diez años y, sobre todo, desde el estallido de la guerra.

Quede constancia de que la interrogación sigue incontestada. No es vana curiosidad averiguarlo.

Léase:

«El 27 de enero de 1941 el embajador Grew informó a la Secretaría de Estado que uno de sus colegas diplomáticos (1) **le había dicho a un miembro de la Embajada que había informes procedentes de muchas fuentes, incluso de una de origen japonés, al efecto de que LAS FUERZAS MILITARES JAPONESAS PREPARABAN UN ATAQUE EN MASA POR SORPRESA CONTRA PEARL HARBOUR, EN CASO DE «DIFICULTADES» con los Estados Unidos»** (2).

---

(1) Este colega diplomático fué el Ministro de Perú en Tokio.

(2) «Paz y Guerra», pág. 128.

Se comprenderá la importancia que asignamos al bloqueo del Japón.

Roosevelt lo decreta sabiendo desde hace seis meses, exactamente, que el Japón, caso de «dificultades»—la privación del petróleo es la máxima dificultad—, atacará por sorpresa a PEARL HARBOUR.

Otra pregunta sin respuesta:

¿Por qué, conociendo Roosevelt con seis meses de anticipación la decisión japonesa de atacar a PEARL HARBOUR, no pone a la base naval y a la escuadra en alarma permanente y cubiertas por la más fuerte vigilancia para frustrar el ataque por sorpresa?

Una objeción es posible, y me anticipo a deshacerla. Se puede argüir que Roosevelt **no creyó** la noticia dada por su embajador en Tokio, y, no creyendo en ese «fantástico» ataque japonés, no adoptó las más elementales precauciones.

Aceptando la hipótesis del «no creer» hay ya una respuesta; precisamente la respuesta que tanto tranquiliza siempre a las gentes..., a las gentes poco inteligentes.

Ese «no creer» del Presidente sería un **error**, un error que costaría millares de vidas y una escuadra, pero absolvería de todo rastro de **maldad** al gobernante, aun cuando fuese a costa de atribuirle **idiotez**; porque, siendo por **error**, las gentes ya se dejan matar tan contentas...

Lo siento, pero el «error» de Roosevelt no sirve para «justificarlo» ni vale como respuesta.

La demostración de lo afirmado no la proporciona ningún enemigo del Presidente Roosevelt; esa demostración me la facilita gratuitamente su hijo predilecto, Elliot...; éste, sí, muy «inteligente»:

«Nosotros somos una nación pacífica. Esto es más que una cualidad, es una modalidad del espíritu. Quiero decir que no buscamos la guerra, que no la deseamos, que no estamos preparados para ella. El hierro viejo—no te rías de ello—no está clasificado como material de guerra. De modo que el Japón, como cualquier otro país con el que mantegamos relaciones comerciales, está en perfecta libertad para comprar nuestra chatarra.

»SI DE PRONTO DECIDIERAMOS PONER FIN A NUESTRAS VENTAS DE HIERRO VIEJO AL JAPON, ESE PAIS ESTARIA EN SU PERFECTO DERECHO DE CONSIDERARLO COMO UN ACTO DE ENEMISTAD, de pensar que estábamos tratando de obstaculizarlo y arruinarlo comercialmente. Y otra cosa más. El Japón tendría sobrados motivos para considerar tal acto nuestro como causa suficiente para romper con nosotros las relaciones diplomática. Iré más lejos todavía. SI EL JAPON CREYERA QUE NOS HALLABAMOS SIN LA SUFIENTE PREPARACION PARA LA GUERRA, LO BASTANTE DESARMADOS, PODRIA INCLUSO TOMAR PRETEX-

TO DE ELLO—de la privación de hierro— PARA DECLARARNOS LA GUERRA.

»—Sería una baladronada.

»—Es posible. Es incluso probable. Pero ¿estamos nosotros en condiciones de poder arrostrarla?» (1).

Esta conversación la sostuvo Roosevelt con su hijo el día 23 de septiembre de 1940; es decir, cuatro meses antes de que el embajador diese la noticia del proyectado ataque contra PEARL HARBOUR.

Roosevelt confiesa en el 23 de septiembre, y hasta casi justifica, que si al Japón se le bloquea y, además, **«si cree que los Estados Unidos se hallan sin la suficiente preparación, podrían declarar la guerra».**

Estima Roosevelt en esa fecha, con visión correcta:

1.° Que no se debe bloquear al Japón.

2.° Que el bloqueo y el estar desarmada América decidiría al Japón a entrar en guerra, y

3.° Que se le debe suministrar, **apaciguándolo**, para ganar tiempo, hasta poseer una gran escuadra y un gran ejército.

Estos tres puntos, tan sensatos y correctos, tan de buen estadista, nos impiden más aún hallar esa respuesta que buscamos para la grave interrogación. Y es así, porque las palabras de

---

(1) Elliott Roosevelt: «Así lo quería mi padre».

Roosevelt a su hijo alejan para siempre hasta la más leve sospecha de un error, porque:

1.º Decreta el bloqueo que ha de desatar la guerra.

2.º No espera a poseer ese gran ejército ni esa gran escuadra; y

3.º Les ofrece **inerme, durmiendo, sin alarma,** a la mitad de la escuadra existente a los torpedos japoneses.

Queda por descifrar si las «dificultades» creadas eran de naturaleza tan grave para el Japón que le decisiesen al ataque. No las calificaré yo; ni una palabra por mi parte. Habla Churchill; creo que se le concederá suficiente autoridad; así habla en sus Memorias:

«La drástica aplicación de sanciones económicas en 26 de julio de 1941 precipitó la crisis interna de la política japonesa...; los embargos impuestos por Estados Unidos, Inglaterra y Holanda habían cortado los suministros de petróleo...»; cuando atacó el Japón «sólo le quedaba petróleo para catorce meses...».

«Evidentemente, LOS EMBARGOS SIGNIFICABAN LA ESTRANGULACION DEL JAPON.»

«En el discurrir de los meses comprobé los TREMENDOS EFECTOS DE LOS EMBARGOS decretados el 26 de julio por el Presidente.»

«... NUESTRO EMBARGO conjunto ESTA FORZANDO... AL JAPON A DECIDIRSE

POR LA PAZ O LA GUERRA.» «Creo personalmente que EL JAPON MAS BIEN SE DEJARA ARRASTRAR A UNA GUERRA, que se decidirá a lanzarse a ella.»

El 25 de noviembre «el Gobierno del JAPON PROPUSO EVACUAR INDOCHINA MERIDIONAL, PREVIO ARREGLO GENERAL CON CHINA, O UNA RESTAURACION GENERAL DE LA PAZ EN EL PACIFICO...»

El Japón parece temer, y está dispuesto a la retirada. No se aceptan sus propuestas. La razón es una razón de gran fuerza.

La realidad de la retirada, no sólo de Indochina, sino también de China—en un arreglo general—, realidad previa y práctica como condición para levantar el bloqueo, ni en hipótesis se acepta. He aquí la razón común dada por Churchill:

«... NO PODIAMOS PRESTAR CONFORMIDAD A UN CONVENIO POR EL CUAL QUEDABA EL JAPON EN LIBERTAD DE ATACAR A RUSIA.»

Seguiré subrayando la común preocupación del beligerante Churchill y del «neutral» Roosevelt respecto a los peligros de la Rusia comunista. Todo parece girar en torno a su salvación; y ellos dos, que han presenciado impávidos el asesinato de tantas naciones a manos de Hít-

ler y Stalin, subordinan todo a la salvación del Comunismo soviético.

El bloqueo del Japón decretado por Roosevelt y secundado por Churchill y demás beligerantes —salvo la U. R. S. S.—**tiene como primer efecto el impedirles a los japoneses el sospechado y temido ataque contra Stalin.** La situación provocada por el bloqueo, privando al Japón de materiales estratégicos y de petróleo, ha de incitarlo a buscarlos y adueñarse de todos ellos. Y no está lo deseado en la U. R. S. S., ni tan al alcance, ni es tan fácil de tomar como en las posesiones británicas y holandesas. El petróleo de Sakhalin (ruso) ya lo adquiere el Japón sin luchar. Es evidente, dentro de la situación dada, que se **atraen sobre sí mismos británicos y holandeses el ataque nipón para evitárselo al Comunismo soviético,** y se lo atraen sobre sus cabezas al secundar la decisión de Roosevelt, el cual sabe muy bien—como se ha visto—cuánto se juega su propia nación.

Encadenada, viene otra cuestión.

El Japón, en trance de llegar a decidirse al ataque para romper el bloqueo, por precisos motivos estratégicos debía lanzar sus fuerzas contra las posesiones anglo-neerlandesas. Allí estaba el petróleo y, además, la correlación de fuerzas jugaba en tal área muy en su favor.

No es ello una opinión mía exclusiva. Con mejores razones era sostenida entonces también por personas de mayor autoridad.

Los papeles del confidente de Roosevelt, de Hopkins, dicen:

«El dilema de Roosevelt era éste:

»Si los japoneses atacan las colonias británicas o neerlandesas, ¿qué debía hacer? LOS HOLANDESES Y BRITANICOS ERAN ABSOLUTAMENTE INCAPACES DE DEFENDERSE POR SI SOLOS...» (1).

Churchill creía que «DE NO ENTRAR EN GUERRA LOS ESTADOS UNIDOS, NO HABRIA MEDIO DE DEFENDER LAS INDIAS ORIENTALES HOLANDESAS, NI TAMPOCO EL IMPERIO INGLES DE ASIA».

«MI MAS PROFUNDO TEMOR—escribe—ERA QUE LOS JAPONESES DECIDIERAN ATACARNOS A NOSOTROS O A LOS HOLANDESES Y QUE LOS PRECEPTOS CONSTITUCIONALES IMPIDIERAN A LOS ESTADOS UNIDOS DECLARAR LA GUERRA.»

Estimo bien probada mi aserción. Un claro imperativo estratégico determinaba que fuera lanzado el ataque japonés contra el Imperio británico y el holandés.

La explicación de que así no fuera queda para después. Está implícita otra cuestión previa cuya exposición debe preceder.

El problema parcial de la imposibilidad de la defensa de las posesiones anglo-neerlandesas sin la entrada en la guerra de América está incluí-

---

(1) «Roosevelt and Hopkins», cap. XIX.

do en el problema total de si la guerra podía ser ganada sin la intervención bélica total de los Estados Unidos.

En el problema general de victoria o de derrota, la primera incógnita es la de si Roosevelt podía declarar la guerra.

Sobre tal asunto son muy abundantes los testimonios más autorizados.

Escuchemos a Hopkins, que es tanto como escuchar a Roosevelt:

«Hace mucho tiempo que soy de la opinión de que los Estados Unidos hagan la guerra totalmente y realicen un esfuerzo militar y naval doquiera que la estrategia lo dicte. SERIA MUY DESEABLE ENTRAR EN LA GUERRA DE FORMA QUE ALEMANIA FUESE LA AGRESORA, EN CUYO CASO EL JAPON PUDIERA PERMANECER NEUTRAL. Sin embargo, creo que LOS ESTADOS UNIDOS DEBEN ENTRAR EN LA GUERRA CONTRA ALEMANIA LO MAS PRONTO POSIBLE, INCLUSO AUN CUANDO DEBAMOS HACER FRENTE A LAS HOSTILIDADES DEL JAPON...»

Así opinaba Hopkins, y por lo tanto Roosevelt, después del ataque de Hítler a la U. R. S. S.

Ahora bien, durante la conferencia del Atlántico, el 12 de agosto, las Cámaras americanas deben votar la ley de «Servicio militar selectivo», que autorizaba la instrucción hasta de novecientos mil reclutas.

La ley se aprobó por UN solo voto de mayoría.

Lo que hace radactar a Hopkins la siguiente nota en su diario:

«Ese voto de ventaja indica claramente que EL GOBIERNO NO PODRA OBTENER LA APROBACION DEL CONGRESO SI DECLARA LA GUERRA... Y es también un aviso de que la llamada situación excepcional sea más peligrosa que lo era hace un año.»

Es nítida la declaración sobre la negativa de las Cámaras a declarar la guerra. Seguiremos con las pruebas; pero antes una pequeña observación.

La ley presentada, que tendía a un aumento de la potencia militar americana, la motivaba el Gobierno en un aumento de peligro. Un aumento de peligro para América. Cuyo peligro había crecido, sin duda, por el ataque de Hítler a la U. R. S. S.

Las Cámaras no creyeron en ese aumento de peligro. Y me lo explico. Hítler, en lugar de ser ayudado y abastecido por Stalin, luchaba contra el Ejército Rojo; se veía privado de grandes suministros, y, aun obteniendo victorias, la Werhmacht sufría un gran desgaste, y todas sus fuerzas serían pocas para dominar a un pueblo de 180 millones de habitantes y para ocupar la sexta parte del Planeta... Nos explicamos la actitud

del Congreso y, hasta un poco, la de los reclutas, según el mismo Hopkins revela:

«... todavía resultaba más importante la extraña moral de los reclutas. Ignoraban el motivo de su servicio militar, murmuraban y rumoreaban, quejándose de que se les había prometido que no permanecerían en filas más de un año, y—aun peor—muchos hacían la instrucción con escobas en vez de fusiles y camiones en lugar de tanques, lo que les hacía creer que perderían el tiempo. LA GUERRA PARECIA ALEJARSE DEL SUELO AMERICANO MAS QUE NUNCA, PUES LOS JAPONESES ESTABAN MAS ENREDADOS EN EL CAOS CHINO Y HITLER YA TENIA BASTANTE CON LIBRARSE DE LA U. R. S. S.»

«¿Por qué—pensaban—debían morir por Tailandia los americanos, o por unas posiciones del imperialismo británico, cual Hong-Kong o Singapur, o por el imperialismo holandés en las Indias, o por el Comunismo?...»

«Churchil le ordenó a lord Beaverbrook que hiciese algunos sondeos...; sus informes desarmaron mucho a sus compañeros de Gabinete. Afirmaban, y con gran verdad, que no había probabilidad ninguna de que los Estados Unidos entrasen en la guerra SI NO ERAN OBLIGADOS POR UN ATAQUE DIRECTO A SU TERRITORIO.»

EL ENIGMA DEL MAPA PRESIDENCIAL

Entre los «papeles de Hopkins» apareció un informe procedente de un «observador militar americano», situado en Londres, entregado por el embajador Winant, en su visita a Wáshington en junio de 1941, pocos días antes del ataque de Hítler a la U. R. S. S.

En el informe hay una frase un tanto irreverente, pero muy expresiva, sobre la situación:

Nunca he creído ni puedo adivinar cómo la Gran Bretaña podrá derrotar a Alemania, sin la ayuda de Dios o del Tío Sam.

Tal apreciación de un técnico militar de la más alta calidad, refrendada por otros argumentos de gran fuerza, entre los que acotamos esta frase para el epitafio del «heroísmo» de la resistencia gala, **«creo que entre los franceses hay el mismo espíritu de resistencia que en un trapo de cocina mojado...»**. Pero cosas tan contunden-

tes no alteraron la impasibilidad de Roosevelt, pues Winant regresó a su puesto de Londres sin que se advirtiese la menor aceleración en el ritmo ni aumento en el volumen de la ayuda americana a Inglaterra, que continuó calibrada y cronometrada con arreglo a la prestada por Stalin al Reich.

El 21 de junio (téngase en cuenta la diferencia de meridiano) se capta en Wáshington la noticia del ataque de Hítler a la U. R. S. S.

SE DESPEJA LA SITUACION EN INGLATERRA

Entre los «papeles de Hopkins» aparece una nota del Secretario del Ejército, dada inmediatamente, que de manera muy certera enfoca el cambio de la situación.

De tal nota mencionamos los puntos siguientes:

1.° Alemania deberá entregarse por completo a derrotar a Rusia durante un tiempo mínimo de un mes y, posiblemente, durante un plazo máximo de tres meses.

2.° Durante tal período, Alemania se verá obligada a renunciar, o deberá efectuarlo a ritmo muy lento, a lo siguiente:

a) La invasión de las Islas Británicas.

b) Todo intento de atacar a Islandia e impedir que la ocupemos.

c) Todo empuje hacia el Africa Occidental, Dakar y América del Sur.

Siguen otros dos apartados relativos a la imposibilidad de que Hítler pueda intentar nada en dirección a Egipto, Siria, Persia, Libia y el Mediterráneo en general. Sólo agregaré el siguiente punto:

3.° Todos abundaron unánimemente—el informe debe ser el resumen de una reunión del Alto Estado Mayor—en la creencia de que éste es un precioso e inesperado período de respiro... La acción de Alemania parece como un acontecimiento providencial...

Una nota de Churchill a Roosevelt, ocho días ulterior, decía:

«Un intento de invasión del Reino Unido puede considerarse temporalmente aplazado...»

Sin más apoyos, concluímos: Durante todo el tiempo que la amenaza de la invasión hitleriana pende sobre Inglaterra, Roosevelt no se altera; pero ahora que «providencialmente» el peligro se aleja de ella, el Presidente americano se decide a tomar iniciativas.

PORQUE AHORA LA CONFERENCIA

La noche del 11 de julio, Roosevelt avisa a Churchill de que le envía a Hopkins.

En la mañana del 13 partía en avión para Londres, después de hacer celebrado largas conferencias a solas con el Presidente; pero de lo

tratado en ellas no hay ni la menor nota entre los papeles de Hopkins.

Un indicio de lo tratado es la carta de Joseph E. Davies, el que ha sido embajador americano en Moscú hasta un año antes. En tal carta existen estos párrafos, bastante reveladores:

Primero, uno disculpando a Stalin:

«Stalin es un asiático, frío, realista y ya con años. No es imposible que se deje convencer y concierte una paz hitleriana, creyéndola un mal menor. Según él cree, Rusia está rodeada de capitalistas enemigos. En 1938 y 1939 no creyó en la buena fe de Francia e Inglaterra, ni tampoco en la capacidad de las democracias para luchar eficazmente contra Hítler. Entonces odiaba y temía a Hítler igual que ahora. Si se dejó convencer sobre la conveniencia de firmar el pacto de no agresión con Alemania, lo hizo imaginando que de ese modo podría mantener en paz a Rusia y salvar su Gobierno, y no tanto debido a razones ideológicas como a prácticas.»

Ahora, el consejo:

«Es de vital importancia que Stalin reciba el convencimiento de que no va a «sacar las castañas del fuego» a unos aliados que se desentenderán luego de él o que serán enemigos suyos después de la guerra, tan enemigos, en caso de vic-

toria de los aliados, como los alemanes en caso de ser ellos los vencedores.»

Sigue el «aval» sobre las buenas intenciones de Stalin:

«En mi opinión, los rusos no intentan llevar el Comunismo a los Estados Unidos, ni está dentro de sus posibilidades (durante muchos años después de terminada la guerra), aun cuando lo desearan, el extenderlo hacia Estados Unidos ni hacia Europa.»

Y, por último, el consejo:

«Debe, pues, darse aviso directo a Stalin de que nuestra actitud es de apoyo a ultranza para derrotar a Hítler, agregando que nuestra histórica amistad hacia Rusia sigue en vigor.»

Como ya conoce todo el mundo, la política ulterior de Roosevelt durante toda la guerra está encuadrada dentro de esas líneas capitales de Davies... ¿De Davies exactamente?...

Davies fué siempre un hombre de muy mediocre calidad política; pero de una fidelidad gramofónica para con Mandel House y Baruch, los dos grandes políticos judíos que lo hicieron «alguien». Tómese buena nota.

EL MISTERIOSO MAPA DE ROOSEVELT

Volvamos al viaje de Hopkins a Londres.

Dos cuestiones principales debe tratar. Primera, de la entrevista del Presidente con Churchill y de la visita precedente del mismo Hopkins a Stalin en Moscú.

Y vuelvo a hacer resaltar: ¿por qué ahora, cuando el peligro sobre Inglaterra disminuye, Roosevelt quiere hablar personalmente con Churchill y no lo quiso antes, cuando el peligro era infinitamente mayor?

La conclusión fluye por sí sola: **no motiva la reunión el peligro británico, sino el peligro para el Comunismo.**

Hopkins era portador de una hoja de la revista «National Geographic», arrancada por el propio Roosevelt, y en la cual había trazado el presidente con lápiz una línea que, según cuenta el enviado: **«seguía el grado 26 de longitud, partiendo desde el sur del Atlántico, comprendiendo las Azores. Al suroeste de Islandia, unas 200 millas antes, la línea trazaba una recta en dirección Este, formando un arco en torno a Islandia, cuyo radio era de unas 200 millas, área calculada para las operaciones de patrullas de la Marina y Aviación de los Estados Unidos.»**

Y agrega Hopkins:

«Toda la navegación al oeste de tal línea sería en un área cuya vigilancia estaría a cargo de la flota de Estados Unidos, dejando así libres a los barcos de escolta británicos PARA SER-

VICIO EN OTRAS RUTAS, PARTICULARMENTE EN LA RUTA DE MURMANSK.»

Naturalmente, en la ruta hacia la U. R. S. S. Esta hoja de la revista facilita un valioso indicio.

Roosevelt tiene muy próximos a él sus ayudantes militares; puede proporcionarse un buen mapa, no uno de ocasión. Parecería natural que algo tan importante como es elegir ese amplio teatro de guerra para la Marina y Aviación americanas mereciera estudio y consejo técnico de su Estado Mayor, fijando los límites del área bélica en forma técnica y no como lo haría un aficionado.

Se induce para tal anomalía una razón muy clara: el deseo de guardar el mayor secreto.

¿Pero secreto sobre qué?... No sobre cuál sería el área que debían vigilar y guardar las fuerzas navales americanas; porque el 1.° de julio de 1941 dió Roosevelt su orden a la escuadra, y la hoja con el mapa y con la línea es entregada a Hopkins mucho después, al partir él para Londres el día 13, fecha en que ya conocen Churchill y el Almirantazgo el relevo de los barcos británicos por los americanos en el Atlántico norte.

Necesariamente, otro ha de ser el secreto relacionado con el mapa marcado por la línea presidencial...; ¿pero cuál?...; **¿cuál puede ser él cuando ningún marino americano merece conocerlo?...**

El mapa se lo muestra Hopkins a Churchill.

No cabe duda; es un secreto que sólo deben conocer, por parte de América, Roosevelt y Hopkins...; por parte de Inglaterra, Churchill... y quien estime oportuno el «premier».

Más adelante trataré de obtener una deducción correcta, cuando aporte otros hechos ulteriores consecuentes.

HOPKINS, A MOSCU

Hopkins emprende su vuelo hacia la U. R. S. S. después de sus extrañas conversaciones «cartográficas» con Churchill.

De «repentino y extraño» califica Sherwood, el comentarista y panegirista de Hopkins aquel viaje a Moscú.

Como credenciales para Stalin, tan sólo lleva un cable que le ha enviado Summer Welles, el secretario adjunto de Estados Unidos. Como inciso, debo hacer notar que en todo lo referente a Rusia no aparece la intervención del Secretario de Estado titular, Cordell Hull. Es en función permanente Summer Welles, el pederasta, el que luego deberá ser echado del cargo por escándalo motivado por su tara. Se diría como si en aquel asunto americano-soviético la poca participación obligada de la diplomacia oficial hubiera interés en que fuera tan sólo a través de un hombre cuya honra, vida política y hasta física—recordemos la misteriosa y nocturna agresión de que fué víctima—estuviese en ma-

nos de su jefe Roosevelt, garantizado así de su obediencia, silencio y discreción. Esa es una táctica masónica de las más clásicas...

En el cable distinguimos estos párrafos:

«Mr. Hopkins visita Moscú a petición mía, para tratar con usted personalmente y con otros funcionarios... la cuestión, tan vital e importante, de cómo podremos entregar la ayuda que Estados Unidos va a prestar a esa nación de usted para su magnífica resistencia a la traidora agresión de la Alemania hitleriana.

»En el próximo invierno podremos abastecer del material, por mucho que sea, que su Gobierno desee conseguir de este país.

»Le ruego que trate a Mr. Hopkins con la misma confianza que si hablase conmigo personalmente.

»El me comunicará a mí, de modo también personal, sus opiniones.»

Ya está Hopkins en el Kremlin.

«... Manifesté a Mr. Stalin que yo era el representante personal del Presidente.»

Y, seguidamente, algo importante:

«El Presidente considera a Hítler como el enemigo del género humano y, por ello, desea ayudar a la Unión Soviética en su lucha contra Alemania.»

Pasemos por alto las conferencias para per-

feccionar, clasificar y aumentar la ayuda americana.

Entre tanto, es convenida una entrevista entre Stalin y Hopkins. No asiste Molotov; cosa muy excepcional. Pero asiste como intérprete Litvinof, el judío, durante tantos años Comisario de Asuntos Extranjeros, destitutído en vísperas del pacto Hítler-Stalin, que es llamado por Stalin para esta escena de nuevo. A no tardar, será nombrado embajador de la Unión Soviética en Wáshington, para ser relevado y volver a la oscuridad y en ella morir cuando Stalin ya no necesite de América y tire la careta.

Hopkins ha legado un amplio informe sobre su conferencia privada con Stalin. El informe lo dividió en tres partes. De las dos primeras fué enviada una copia para cada uno de los secretarios de Estado, Guerra y Marina; pero de la tercera sólo hizo un original, que llevaba la advertencia: «Sólo para el Presidente».

Según dice Sherwood—el coleccionista, comentador y editor de sus papeles—, la razón de tanta reserva era que en esta parte daba cuenta literal de lo dicho por Stalin, demandando la entrada de los Estados Unidos en la guerra contra Alemania.

Debemos crerlo bajo la palabra del panegerista de Hopkins, y aceptar que dicha tercera parte sólo contenía lo publicado por él.

Pero el autor no lo puede creer, y perdónelo el **objetivo** escritor.

Que Stalin desease la entrada de los Estados Unidos en la guerra para salvar su poder y su vida, no sólo con armas, sino también con sangre joven americana, no podía ser un secreto de Estado; menos aún para los más íntimos colaboradores de Roosevelt; todos ellos conocían que el deseo de que América entrase en la guerra no era un deseo exclusivo del Dictador soviético, pues les constaba lo fervorosamente que deseaba combatir su Presidente.

¿Por qué no debía conocer nadie esa parte de la conferencia personal de Hopkins con Stalin?...

Sin duda, lo que se ha publicado está muy «purgado». Nada de ello justifica tanto secreto. Ahora bien, siempre suele quedar un cabo suelto para seguirlo en la inducción, y no falta ese cabo suelto en la fracción publicada de la tercera parte del informe secreto.

Leamos:

«Stalin me manifestó que cree inevitable que lleguemos a chocar con Hítler en los campos de batalla. Aunque Rusia podrá defenderse, será muy difícil que Rusia e Inglaterra solas puedan destruir el mecanismo guerrero alemán, tal es su poderío...; lo único capaz de derrotar a Hítler, y acaso sin un solo disparo, sería la declaración de que los Estados Unidos entraban en la guerra contra Alemania.

»El—Stalin—acogería con sumo placer a las

fuerzas militares americanas en cualquier sector del frente soviético, bajo el mando indiscutido de jefes americanos.»

Y confiesa Hopkins, levantando algo el velo:

«Respondí a Stalin... que NUESTRA ENTRADA EN LA GUERRA LA DEBIA DECIDIR, EN GRAN PARTE, EL MISMO HITLER...»

¿Sólo esto dijo Hopkins?...

Las patrullas navales americanas estaban lanzando cargas de profundidad sobre los submarinos alemanes, desde hacía tres semanas, en el Atlántico... Hopkins es posible que añadiera que las cargas de profundidad eran para **decidir** a Hítler a que **decidiera** a América...

Y también es posible que la experiencia de tres semanas le hiciese dudar a Stalin de que Hítler **decidiera decidir** a los americanos a entrar en la guerra...

Y aquí vendría la respuesta de Hopkins, que justificaría sobradamente el secreto de lo tratado y el que sólo pudiera conocerlo Roosevelt.

Pudo decir Hopkins:

Si Hítler no se **decide** a **decidirnos**, Churchill está **decidido** a hacer que nos **decidamos**... Si Hítler no lanza sus torpedos contra los agresivos destructores americanos, serán lanzados otros torpedos..., otros torpedos, «oficialmente» nazis...; lo hemos acordado y precisado sobre el mapa acotado por el propio Roosevelt.

RAID MOSCU-VATICANO

Entregado Roosevelt de lleno a su complot internacional, no perdía por ello de vista la política interior. Y teniéndola en cuenta era inteligente. No en vano, el origen y la conservación de su Poder dependía de la opinión de las Cámaras y del pueblo americano. En primer término, su intervención bélica directa era económica—Préstamo y Arriendo—, y, sabido es, los poderes presidenciales en las finanzas estatales son los más limitados entre los del Poder Ejecutivo; las asignaciones de dinero y el control de su empleo es una potestad exclusiva de las Cámaras, jamás abdicada.

Y se trataba de financiar sin tasa e inmediatamente al Estado soviético; es decir, de financiar al Comunismo.

Y existe una fuerza en los Estados Unidos, ciertamente no política, la católica; pero movida por sentimientos **metapolíticos**; es decir, religiosos y patrióticos, que superan en momentos decisivos ideología política y disciplina de partido.

Naturalmente, tal sentimiento metapolítico del Catolicismo americano, a pesar de su antinazismo a ultranza, le imponía también una hostilidad no menos denodada contra el Comunismo, y no podía encontrar válidas razones para su conciencia que le permitiesen aprobar la salvación del ateísmo comunista, el más antiguo y más totalitario de los Estados antiteos y anticristianos, mediante aquella ingente ayuda americana.

Los católicos, en su inmensa mayoría pertenecientes al Partido Demócrata, habían aprobado y secundado a Roosevelt en su hostilidad antinazi y también en su moderada ayuda a Inglaterra. Pero al plantearse la ayuda a la Unión Soviética, se inició y creció de día en día su resistencia y repugnancia. Y así, por motivos propios y distintos, los católicos americanos venían a secundar la poderosa corriente mayoritaria del aislacionismo.

Y esto era demasiado peligroso para los proyectos de Roosevelt, pues cortaría el río de suministros americanos a Stalin, ya que tan poderosas fuerzas podían lograr una votación prohibitiva en la Comisión de Asignaciones de la Cámara, decisión que, ni con todo su poder, jamás podría invalidar el Presidente Roosevelt.

Pero Roosevelt actúa:

«Para desvanecer tan seria oposición, sostenida por los católicos contra la ayuda a Rusia,

Roosevelt acordó enviar a Myron C. Taylor, su representante personal, al Papa Pío XII, a Roma.»

Taylor es protestante muy conspicuo. Expresidente y ahora director de la U. S. Steel, la empresa de acero más grande del mundo; director también de la American Telephone & Thelegraph Company, la compañía de teléfonos y telégrafos más grande del mundo. Directivo del New York Central Railroad, un ferrocarril de los más grandes del mundo. Según Hopkins, tales títulos debían acreditarlo ante el Vaticano como un hombre no vendido ni sometido a Stalin.

Taylor salía para Roma, coincidiendo con la salida de Harriman—su consocio en ferrocarriles—para Moscú.

En el «problema católico», cada uno de los socios—Harriman y Taylor—tenía una misión a desempeñar: uno, en Moscú, con Stalin; el otro, en Roma, con S. S. Pío XII.

En la primera entrevista con Stalin, allá de madrugada, Harriman insinuó algo:

«Mencionando que Roosevelt se hallaba preocupado por el estado de la opinión americana en lo que se refería a la cuestión religiosa en Rusia.»

Pero Stalin ignoró a la «opinión pública» americana y siguió hablando de cañones.

Harriman redactó luego un informe sobre la

cuestión religiosa en la Rusia comunista, y en él dice:

«Urgí que se adoptasen medidas que, en DECLARACIONES PUBLICAS Y ACTOS, LE INDICASEN A AMERICA QUE LOS SOVIETS SE HALLABAN DISPUESTOS A PERMITIR LA LIBERTAD DE CULTOS, no teóricamente, sino en la práctica.

»Todos asintieron y dijeron que sí. Al serle explicado el asunto a Stalin, asintió con un movimiento de cabeza, lo que interpreté como su buena voluntad para DEMOSTRAR que se había hecho algo.

Umansky—el embajador soviético en América—, me prometió que la declaración pública del Presidente Roosevelt sobre la cuestión religiosa sería correspondida por UN ALTO FUNCIONARIO SOVIETICO EN FORMA QUE TUVIESE LA MAYOR RESONANCIA en América.»

Y opina Harriman en el mismo informe:

«No obstante las seguridades de los soviéticos, me marché con la impresión de que no piensan pasar a cumplirlas nada más que de palabra, consintiendo tan sólo algunos casos que den cierta impresión de alivio, sin llegar a suprimir su sistema actual.»

Esto es cuanto logra uno de los brazos, Harriman, en la misión dual: algo falso, una simu-

lación, nada real; unas promesas, no de llegar a conceder alguna libertad religiosa en la Rusia comunista, sino **promesas de prometer** verbalmente tal libertad; es decir, palabras, meras palabras, que, a sabiendas de su falsedad, servirán para orquestar la propaganda rooseveltiana, convenciendo por tal medio a los católicos americanos de que su Presidente ha logrado **imponerle** a Stalin un cambio radical, haciéndole cesar en su persecución religiosa.

Resta saber el resultado de la gestión del otro brazo de la maniobra, Taylor.

Dice Hopkins:

«Taylor—merecedor del rancio título de «embajador extraordinario»—planteó el asunto con suprema delicadeza, exponiendo los motivos legítimos al Vaticano, en el cual halló una muy favorable acogida...; los resultados de su gestión se reflejaron en la actitud de la jerarquía católica en los Estados Unidos, y así no surgió ya ningún problema serio—con los católicos—al mandar a la Rusia comunista más de 11.000.000.000 de dólares de material...»

Los once mil millones de dólares, pensaría Stalin, «bien valían una misa»... Pero ni una misa debió él oír; le bastó un movimiento ligero de cabeza y unas líneas en la «Pravda» para que Roosevelt pudiera **convencer** al Vaticano, y el Vaticano a las jerarquías de la Iglesia en los Es-

tados Unidos, y las jerarquías a los católicos americanos. A los católicos americanos y también a muchos millones de católicos del resto del mundo; naturalmente, no a todos; algunos no nos convencimos...

¿Y sólo consiguió Roosevelt que no se opusiera a su ingente ayuda en favor de la Rusia comunista?...

Los votos de las masas católicas eran más del triple que la mayor diferencia obtenida por Roosevelt sobre los candidatos a la Presidencia que se le opusieron. Lógico es suponer, si no hubiese sobrados testimonios, que los votos de los católicos fueron los decisivos y que en virtud de lo votos católicos pudo ser reiteradamente reelegido.

Fué buen rédito el obtenido, tanto por Stalin como por Roosevelt. Un rédito superior al valor de París, obtenido sin oír la misa de aquel rey francés.

Convencidos los católicos, aun restaban muchas e invencibles dificultades. Dirá Hopkins:

«... no sólo eran los católicos americanos los que ponían dificultades al envío de armas y materiales a la Rusia comunista. Existía un sector fuerte en el Departamento de Estado, convencido de que los soviéticos acabarían haciendo una paz separada, como la de Brest-Litovsk en 1917, volviendo a obrar como cuando firmaron el pacto Molotov-Ribbentrop...; pero las reiteradas ad-

vertencias sobre la perfidia soviética recibidas por Roosevelt sólo sirvieron para esforzarle a convencer a los comunistas de la absoluta buena fe de América.»

Pero como «piensa el ladrón...»—según Hopkins confiesa—, **«los soviéticos muestran siempre recelos, a pesar de que AMERICA ESTA HACIENDO POR LA RUSIA COMUNISTA COSAS QUE NO HARIA POR NINGUNA OTRA NACION sin totales y previos informes».**

Otro peligro.

Extractamos. Según informes de Hopkins, a pesar de Churchill, aun existía en Inglaterra la idea de un posible «apaciguamiento»; eran una minoría, pero fuerte por su calidad. Las propuestas de Hess, que continuaba «sus exhortaciones a entrar en «razón», podían hallar oídos propicios en la Alta Cámara. **Lo que Hess prometía —y otros creían que prometía en nombre de Hítler—era una paz que garantizaría el Imperio Británico, pidiendo manos libres contra los bolcheviques.»**

Esta es la situación en el período comprendido entre el ataque de Hítler a la Rusia comunista y Pearl Harbour. Innumerables testimonios podrían incluirse para demostrar la imposibilidad de que entraran en la guerra los Estados Unidos. Pero los alegados tienen sobrada realidad y autoridad para necesitar otros avales.

Tal es la situación que Roosevelt confesará en cierta ocasión a Churchill:

«ES POSIBLE QUE JAMAS DECLARE LA GUERRA: PERO ES POSIBLE QUE HAGA LA GUERRA. Si llegase a pedir al Congreso una declaración de guerra, tal vez se pasase discutiéndola tres meses.» «La ley de reclutamiento, sin la cual el Ejército americano no puede existir, ha sido aprobada por un solo voto de mayoría.»

Y Churchill reflexionará con clarísimo **presentimiento:**

«... si sólo la agresión japonesa podía arrastrar a América a la guerra, era preciso esperar a que tal agresión se produjera...»

La reflexión se hace en vista de que las agresiones alemanas, **reales u «oficiales»**, a la escuadra de los Estados Unidos no sirven para provocar la declaración de guerra americana.

Aquellos reiterados «Maines» no provocaban la reacción bélica del pueblo americano ni de las Cámaras; por lo tanto, se frustraba el deseo de Roosevelt.

No podía participar con urgencia en la guerra para salvar a la patria del Comunismo, que parecía entrar en agonía.

Los tanques hitlerianos hacían oír ya el chirrido de sus cremalleras en el Kremlin.

LA CARTA DEL ATLANTICO

Cuando Churchill pisó la cubierta del «Prince of Wales» para dirigirse a conferenciar por primera vez con Roosevelt, según gráfica frase de Hopkins...

«Se hubiera dicho que Winston iba al cielo para hablar con DIOS.»

A la conferencia en Terranova, del 9 de agosto, y de la cual el mundo sólo ha conocido que sirvió para redactar la llamada Carta del Atlántico, un documento tan **elevado y humanitario,** va Churchill encuadrado por el primer Lord del Mar, almirante Pound; el Jefe del Estado Mayor Imperial, general Dill; el Vice-jefe de las Fuerzas Aéreas, Freeman; los coroneles Hollins y Jacob, de la Oficina de Defensa, rodeados cada uno de gran parte de sus respectivos Estados Mayores.

Por su lado, Roosevelt iba acompañado por el Jefe del Alto Estado Mayor, general Marshall;

por el Jefe de la Flota, almirante King; por el Jefe de las Fuerzas Aéreas, general Arnold, también cada uno al frente de gran parte de sus respectivos Estados Mayores.

Como se ve, aquellos cortejos del Presidente y el «Premier» eran los más apropiados para discutir y redactar un documento de filosofía política y humanitaria como pretendió ser la famosa Carta...

Este libro no es ni pretende ser una historia general del período que precede a la entrada en la guerra de los Estados Unidos. Por ello, tan sólo puede contener hechos en conexión con el culminante que la provoca, la traición de Pearl Harbour.

Hasta la conferencia de la rada de Placentia, tanto en las conferencias de Hopkins con Churchill y Stalin como en las de Roosevelt con el «Premier» británico, en relación al Japón, sólo tratan de impedir su agresión. Aunque ya Roosevelt ha decretado el bloqueo económico, la coacción parece que sólo es utilizada como arma de negociación. No hay por esas fechas indicios de otras intenciones. Nuestros lectores pueden ilustrarse leyendo a Hopkins, Churchill, Roosevelt (hijo), Hull y numerosos libros que tratan de este período, y no hallarán base para suponer lo contrario.

Sin duda, Roosevelt y Churchill, cuando se reúnen, a los cuarenta días de ordenar a la Escuadra de Estados Unidos agredir a los subma-

rinos alemanes, los agresores no han sufrido la menor réplica hitleriana, y han de hallarse muy escépticos sobre la eficacia del método para provocar la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

En conferencia personal debió ser convenido el medio y su técnica para remediar aquella deficiencia en la agresividad hitleriana; medio, en principio, ya aceptado por Churchill, a requerimiento de Hopkins, en su viaje de ida a Londres y Moscú.

No podían dudar, dada la experiencia de la Primera Guerra Mundial, que las Cámaras y el Pueblo americano habían de reaccionar bélicamente ante la menor agresión de los odiados submarinos germánicos.

Acaso algún lector moteje al autor de lanzar juicios temerarios al formular sus inducciones y llegar por ellas a la conclusión de que Roosevelt, Stalin y Churchill decidieron, enlazados por Hopkins, a falta de agresión hitleriana, cometer una infame auto-agresión... En efecto, hay motivo para ser yo acusado de juicio temerario, pero no por ningún español consciente. Un español consciente ha de tener en carne viva su patriotismo y, por lo tanto, su memoria también. Y debe recordar que contra su propia Patria, contra su España, fué cometida por otros gobernantes de América otra auto-agresión: la de MAINE. Auto-agresión necesaria para que los Estados Unidos entraran en la guerra civil

hispano-cubana, transformándola en guerra internacional; única manera de hacer perder a España, la descubridora, civilizadora y cristianizadora, sus últimos hombres y territorios en Asia y América.

Que mi afirmación en nada ofende de intención ni hecho al pueblo americano, es de toda evidencia. Más o menos pronto, él fué y es la víctima de tan viles traiciones. El pueblo americano, dicho sea en honor de su moral y también de su ingenuidad, está dando las mayores pruebas de su falta de intenciones agresivas. Ninguno con su potencia hubiera tolerado las vilezas, escarnios, asesinatos y matanzas—provocación sin par en la Historia—de que lo hace víctima la perfidia y barbarie soviética.

Desde luego; no fueron en vano los Estados Mayores a Terranova.

En hipótesis, discutieron y tomaron acuerdos conjuntos para el caso de una agresión japonesa contra las posesiones inglesas.

Desde luego, Roosevelt y Churchill acordaron allí una alianza militar; claro es, ilegal, fraudulenta; pero que garantizaba la intervención americana en caso de ataque japonés.

Es evidente, Roosevelt ignoraba—y grandes dudas debía tener—si las Cámaras americanas aceptarían el hecho consumado premeditado por él en la Conferencia.

De lo convenido, aunque fortuitamente, se ha obtenido prueba.

El Ministerio de la Guerra británico cursó el 6 de diciembre de 1941 al Comandante en Jefe de Malaya, el mariscal del Aire Broke, la instrucción siguiente:

«Hemos recibido seguridades de apoyo por parte de las fuerzas militares americanas en los casos siguientes:

A) Cuando nos veamos obligados a ejecutar nuestros planes para impedir un desembarco japonés en los istmos de Kra o replicar a la invasión de cualquier otra parte de Siam.

B) Si son atacadas las Indias Holandesas y acudimos a defenderlas.

C) Si los japoneses nos atacan a nosotros, los ingleses. Por esas razones, y sin consultar a Londres, ponga este plan en acción: primero, si tiene informes fidedignos de que la expedición japonesa avanza con clara intención de desembarcar en Kra, y segundo, si los japoneses violan cualquier parte de Tailandia.

Si N. E. I. (*) es atacada, ponga en ejecución los planes convenidos entre británicos y holandeses.»

Esta instrucción fué copiada literalmente por el observador naval americano destacado en Singapour. El marino la remitió a su jefe, el almirante Hart, a Manila.

El almirante Hart ignoraba tales acuerdos por completo. Sin duda, él sólo debía recibir ór-

(*) Indias Holandesas.

denes en caso de producirse los acontecimientos previstos en el convenio. Por lo tanto, el almirante retransmitió el mensaje de su observador al Departamento de Marina, pidiendo que le dieran instrucciones sobre aquello.

No las recibió nunca. Pasaron algunos días y se produjo el ataque japonés a Pearl Harbour. Y la respuesta resultó ya innecesaria...

El documento quedó en los archivos del Departamento de Marina y, pasados los años, de allí fué sacado por la Comisión parlamentaria.

No resiste el autor la tentación de finalizar este capítulo con el texto de la famosa Carta del Atlántico. Ha pasado mucho tiempo y han pasado demasiadas cosas en el mundo para que no sea útil releer aquel «monumento» de escarnio a la Humanidad.

«DECLARACION CONJUNTA DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL PRIMER MINISTRO DE LA GRAN BRETAÑA

12 de agosto de 1941

El Presidente de los Estados Unidos de América y el Primer Ministro Mr. Churchill, en representación del Gobierno de Su Majestad del Reino Unido, habiéndose reunido, consideran conveniente dar a conocer ciertos principios comunes a las políticas nacionales de sus respectivos países, en los que fundamentan sus esperanzas de un futuro mejor para el mundo.

Primero. Sus respectivos países no aspiran

a engrandecimiento alguno, ya sea territorial o de otra índole.

Segundo. Desean que **no se realicen modificaciones territoriales que no estén de acuerdo con la voluntad libremente expresada de los pueblos interesados.**

Tercero. **Respetan el derecho de todos los pueblos a escoger la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir; desean el restablecimiento de los derechos soberanos y de autodeterminación de aquellas naciones que han sido privadas de los mismos por la fuerza.**

Cuarto. Se esforzarán, con el respeto debido a sus actuales obligaciones, a extender el disfrute por parte de todos los Estados, grandes o pequeños, vencedores o vencidos, del acceso en iguales condiciones al comercio y a las materias primas de todo el mundo que necesitan para su prosperidad económica.

Quinto. Desean implantar la máxima colaboración entre todas las naciones en el terreno económico, con objeto de asegurar a todos mejoras en los sistemas de trabajo, en la economía y en la seguridad social.

Sexto. **Una vez destruída definitivamente la tiranía nazi, aspiran a ver establecida una paz que proporcione a todas las naciones los medios de vivir seguras dentro de sus fronteras,** y que procure a todos los hombres de todas las tierras la seguridad de que podrán vivir sus vidas libres del temor y de la necesidad.

Séptimo. **Una paz así establecida habría de permitir a todos los hombres atravesar sin restricción todos los mares y océanos.**

Octavo. Creen que todas las naciones del mundo, lo mismo por razones espirituales que realistas, **deben abandonar el empleo de la fuerza.** Dado que no será posible el mantenimiento de la paz futura si las naciones que amenazan, o puedan amenazar, con emplear la fuerza allende sus fronteras, siguen utilizando armamentos terrestres, marítimos o aéreos, creen, por lo tanto, y mientras está pendiente el establecimiento de un más amplio y permanente sistema de seguridad general, que es esencial desarmar a dichas naciones. Asimismo propugnarán todas aquellas otras medidas practicables que puedan aliviar de la abrumadora carga de los armamentos a los pueblos amantes de la paz.»

Tras la edificante lectura, tan sólo evocar a Churchill y Roosevelt, rodeados de sus Estados Mayores bajo los tremendos cañones del «Prince of Wales», muy compungidos, con la vista en sus biblias y cantando los himnos:

«Por lo que están en peligro en el mar.»

«¡Oh Dios, ayuda nuestra en todos los tiempos!»

«¡Adelante, soldados de Cristo!...»

¿Adelante, soldados de Cristo?...
Adelante, soldados de Stalin...
¿No lo demuestra el mapa mundial?...

ROOSEVELT Y SU FRUSTRADO «MAINE»

Como Hopkins delata, Roosevelt **«hacía mucho tiempo era de la opinión de que los Estados Unidos hicieran la guerra totalmente».**

¿Pero cómo lograr entrar en la guerra contra la voluntad del pueblo americano y contra el voto del Congreso?

Hopkins contesta:

«Es deseable entrar en la guerra de forma que sea Alemania agresora; en cuyo caso, el Japón podría permanecer neutral.»

De ahí que. OCHO DIAS DESPUES DE ATACAR HITLER A STALIN, el 1.º de agosto de 1941, Roosevelt lance a sus primeras patrullas al Atlántico. Trata, según es su anterior deseo, de que sea Alemania la agresora.

¿Pero desde cuándo siente Roosevelt «deseo» de ser agredido por Alemania para que puedan así entrar en la guerra los Estados Unidos?

Si tal deseo de Roosevelt fuera muy antiguo. extrañará que no haya mandado sus patrullas

navales al Atlántico mucho tiempo antes. Si el deseo de entrar en la guerra se lo dictase a Roosevelt un propósito de salvar a los países democráticos, de salvar a Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Francia, Yugoslavia, Grecia, Albania e Inglaterra, naturalmente, Roosevelt debió enviar sus destroyers al Atlántico mucho antes, pues hacía ya dos años que estaban siendo invadidos esos países democráticos...; como es evidente, en la invasión de uno, Polonia, había tomado parte Stalin, y él sólo también había invadido otros tres—Letonia, Estonia y Lituania—, parte de otros dos —Finlandia y Rumania—y, poco tiempo antes de ser atacado por Hítler, Molotov pedía en Berlín autorización al Führer para invadir totalmente Rumania, Bulgaria, Turquía e Irán... nada más.

Que no dictó a Roosevelt su deseo de ser agredido por Hítler el querer acudir en ayuda de las democracias, a mi parecer, es una evidencia. No envía sus provocadoras patrullas al mar cuando están siendo invadidas; ni siquiera cuando la «fraterna» Inglaterra queda sola frente a Hítler en la más peligrosa situación. Las manda cuando la situación británica mejora por lanzar Alemania sus mayores fuerzas contra la U. R. S. S.

Envía Roosevelt sus patrullas al mar **ocho** días después de ser atacada la Unión Soviética...; era la patria del Comunismo la que debía ser salvada y no ninguna otra nación democrática.

Tal conclusión surge nítida, evidente, de aquellas primeras decisiones de Roosevelt, **sin siquiera** recordar lo acaecido en Teherán y Yalta, ni la realidad plasmada en el mapa europeo el día de la victoria rooseveltiana.

* * *

Ahora pasamos a ver cómo Hítler, adivinando, sin duda, los deseos de Roosevelt, los va satisfaciendo puntualmente y realiza cuanto en su mano está para satisfacerlos, aun cuando sea con alguna lentitud.

Hace un mes que los barcos de Roosevelt patrullan por el Atlántico norte; pero no pasa nada.

Y discurre Roosevelt, y lo expresa Hopkins:

«... **los Estados Unidos deben entrar en la guerra contra Alemania lo más pronto posible, INCLUSO AUN CUANDO DEBAMOS HACER FRENTE A LAS HOSTILIDADES DEL JAPON.**»

Por lo tanto, el bloqueo del Japón, para provocar sus hostilidades, lo decreta Roosevelt en función de poderle hacer él la guerra a Alemania, la invasora de la patria comunista.

Deseando entrar en guerra contra Alemania **«lo más pronto posible»**—dada la grave situación de la nación comunista—, nada importa el atraerse un enemigo más. **Lo esencial es el ser**

atacado, no importa por quién sea, y ser atacado con toda urgencia.

Por ello, a la orden de bloquear al Japón, se acompaña otra, la dada por Roosevelt a la flota.

Roosevelt aumenta sus patrullas a últimos de mes y les ordena que no se limiten a delatar a los submarinos alemanes, sino que protejan a todos los barcos que naveguen por la ruta naval anglo-soviética. Naturalmente, la «protección» es hundir al submarino cuya presencia sea descubierta.

Pero hasta el 4 de septiembre no pasa nada.

«El 4 de septiembre—sesenta días después de haber empezado sus agresiones los barcos americanos—un destructor, el «Gerer», es atacado por un sumergible alemán cuando navegaba solo.»

Creemos al honorable Churchill bajo su palabra. El atacante fué un submarino alemán. Y nos congratulamos de su mala puntería o de la ineficacia de los torpedos alemanes—tan temibles siempre hasta entonces—, que sólo abollan un poco la chapa del destructor americano. Celebro que no fuera hundido, como lo celebraría el honorable Churchill... Y, naturalmente, rechazo el mal pensamiento—sugerido por ajenas e insidiosas insinuaciones—de que fuera un submarino británico el torpeador del destructor americano... Ni a Roosevelt puedo creerle capaz de fraguar otro «Maine». Y, claro está, tampo-

co a Churchill, el pulcro **«copenagueante»** de Meser-Kibir. Yo no lo puedo imaginar, aun recordando el adagio de **Qui bono fuerit?...** Tampoco me atrevo a suponer que el buen «tío Joe» Stalin fuera capaz, él, tan humanitario, de lanzar un torpedo contra el destructor americano, adivinando el deseo de Roosevelt de entrar en la guerra para ayudarlo en su desesperada situación.

Además, ¿para qué torpedear?...; torpedo alemán, inglés o ruso, no pasa nada. No declaran la guerra las Cámaras americanas.

Pero Roosevelt no tolera ni un rasguño en una de sus chapas.

«Una semana después, el día 11, el Presidente dicta su famosa orden de «DISPAREN PRIMERO»... El Secretario Stimson (Ministro de Marina) por entonces, insistía en que se comunicase al país el carácter de las patrullas...»

Su carácter agresivo, naturalmente, porque la orden de «disparar primero» fué secreta. Y un secreto continuó siendo hasta el 6 de septiembre, en cuya fecha decide hablar Roosevelt

Sin duda se halla muy atareado, pues encarga la redacción de «su» discurso a Hopkins y al judío Rosenman. Estos redactan un borrador que, según Hopkins, estaba encabezado con la siguiente justificación de la orden de «disparad primero»:

«Cuando uno ve a un reptil venenoso...»

Reptiles venenosos debían parecerles a los alemanes aquellos destructores americanos que les lanzaban sus cargas de profundidad a cada paso...

Pues precisa Churchill:

«El 16 de septiembre los convoyes navegaban ya bajo la protección directa de los barcos de guerra americanos.»

Pero sigue sin pasar nada.

Aunque Hopkins declara con franqueza:

«Si Hítler se inclinase a declararnos la guerra, ya tiene todas las excusas imaginables.»

El 9 de octubre—sin duda, visto el «pacifismo» de Hítler para con los barcos americanos—Roosevelt pide al Congreso que modifique la vigente ley de neutralidad, autorizando el armamento de los buques mercantes americanos y que puedan entrar en puertos de países beligerantes. La ley encuentra una grande y enconada oposición en las Cámaras.

Van ocho días de debate..., y los alemanes sabían, como Churchill dice en carta a Smuts, del día 9, que:

«Si es aprobada la ley por las Cámaras, SUPONDRA UNA LUCHA PERMANENTE EN-

TRE BUQUES ALEMANES Y AMERICANOS.»

Pues bien, sabiéndolo así los alemanes—siempre tan «idiotas»—, sólo se les ocurre torpedear al destructor americano «Kearny» y matar a once tripulantes, el día 17 de octubre, cuando el debate ha empezado hace ocho días...

«Quid prodest?»...; sin duda estos nazis, en su repulsa de todo lo latino, no conocen el célebre adagio jurídico griego...; no han supuesto «a quién beneficia» su acto, que beneficia al enemigo...

Pero acaso conozcan el adagio y, en su feroz odio a Churchill, lo hayan querido mancillar con la «prueba» de un crimen maquiavélico, para que las gentes del mundo, al decidir quién es el autor, piensen que, como en cualquier crimen, lo traduzcan y se pregunten: ¿A quién benefició?..., y siendo Churchill el beneficiado, a Churchill creerán su vil autor...

Tal «éxito» de propaganda puede costarles que América les declare la guerra o, por lo menos, que la Ley en discusión, cuyos efectos pueden posibilitar la declaración, sea aprobada por clamorosa y aplastante mayoría.

Pero no; no pasa nada.

La oposición contra la Ley en las Cámaras no afloja y parece que ha de eternizarse.

En cuanto a la reacción del pueblo americano, el torpedeo del destructor más bien produce

un efecto contrario a la guerra, pues Hopkins nos informa:

«... **este «incidente»** (el hundimiento del «Kearny») **fué tomado como cosa natural por las gentes de los Estados Unidos.»**

Esto, naturalmente, hiere hondamente la conciencia «militarista» del viejo **tolstoiano** Hopkins:

«... **esas gentes siempre han considerado a los hombres del ejército y armada... como toscos mercenarios...»**

Si yo fuera ciudadano americano, considerando tal imputación una vileza, hubiera abofeteado a Hopkins; acaso no; teniendo en cuenta que sólo era un «medio hombre», según dijo el mismo Roosevelt, tal vez un ex-hombre..., le hubiera lanzado al rostro un salivazo...

Pero, después de tal insulto, Hopkins se consuela, porque, en cambio:

«... **tampoco se levantó un gran clamor del pueblo contra Roosevelt, a pesar de ser él quien así exponía los barcos americanos...»**

Y las vidas también.

Y agrega, ¡qué PRESENTIMIENTO!...:

«Al parecer, DEBIAMOS ESPERAR A UN DUNQUERQUE QUE NOS LANZASE A UNA ACCION POSITIVA..., A LA GUERRA.»

La reacción es contraria a la prevista:

El «Wáshington Times», tan afecto a la Casa Blanca, informa aquel día:

«Los funcionarios gubernamentales estaban anoche en un completo desconcierto respecto a la forma de buscar medios legales para combatir una forma única de propaganda antibélica surgida a raíz del torpedeamiento del destructor «Kearny», en el que se han perdido la mayoría de sus oficiales y tripulantes.

»Este nuevo método de atacar la política extranjera del Gobierno ha tomado la forma de enviar mensajes provocadores a las familias y parientes de los hombres que perecieron cuando el «Kearny» fué torpedeado.

»La familia de George Alexander Calvert, hijo, fogonero del «Kearny», que ha sido dado por desaparecido, recibió una caricatura representando al Tío Sam crucificado en una «cruz de oro», con la Justicia y la Libertad pendientes de cruces a entrambos lados, a todo lo cual se añadían unos mensajes a lápiz.

»Esos mensajes incitativos, entre los que iba incluída la declaración de que «su querido hijo fué enviado a la muerte por **el imbécil criminal que está al frente de nuestro Gobierno»**, fueron recibidos por la familia Calvert a poco de anunciar los periódicos que el padre de Calvert había sufrido un colapso al saber la desgracia de su hijo.

»Figuraba entre los envíos un grabado en el

que se representaba el ahorcamiento del Tío Sam, con varias figuras tirando de la cuerda. Una de ellas llevaba la inscripción «F. D. R.» —Roosevelt—, y en otra se leía: «Yo también, W. W.» Otras varias caricaturas llevaban los nombres de Carter Glass, Bernard Baruch, Dotty Tom Tom, Frank Knox, Harry Hopkins, La Guardia, Pepper, Henry L. Stimson, etc.

»La familia Calvert, que vive cerca de Gillespie (Illinois), envió esos mensajes a los funcionarios de la capital, pidiéndoles que los expedidores de esas cosas sean perseguidos «para que no torturen más a las familias que pierdan a sus hijos».

No retrocede Roosevelt. Su discurso del 17, diez días después del ataque, es incendiario:

Ha empezado el fuego... La Historia dará constancia de quién fué el que tiró primero... al fin, lo único importante será saber quién tiró el último...

Declaro que estamos decididos a no dejar pasar esto...

Pero no; no pasa nada.

Mas, por tercera vez, y tres días después del discurso de Rooselvet, la idiotez alemana vuelve a hacerle el juego a Churchill. Nuevo torpedo, y esta vez con «éxito», el destructor «Rubén James» es hundido y perecen ciento quince miembros de la tripulación, entre ellos, todos los oficiales.

Pero tampoco pasa nada. Sólo que, diez días después, el 17 de noviembre, es aprobada la Ley por 13 votos de mayoría en el Senado y 18 en la Cámara.

En contrapartida, la reacción popular es más adversa cada día. Confiesa Hopkins que despertó más interés que el funeral por las víctimas, celebrado con gran pompa en «Notre Dame», el partido de fútbol entre los equipos del ejército, y al hecho agrega:

«... **había una especie de tácito acuerdo entre los norteamericanos para no indignarse ninguno, aunque los alemanes hundieran nuestros barcos, por si esta indignación podía llevarlos a la guerra**...»

JAPON ESPERANZA DE GUERRA

El Japón sufría el bloqueo de Roosevelt desde hacía más de cuatro meses cuando entraba en el mes de noviembre de 1941.

Su reacción única durante ese lapso de tiempo tan sólo fué diplomática. Se limitó a negociar con América, con vistas al levantamiento del bloqueo, ofreciendo compensaciones cada día mayores.

No entraré de ningún modo en el fondo de tales negociaciones. A fines dialécticos, yo acepto la tesis oficial americana: «Las negociaciones diplomáticas sólo eran una diversión, un disfraz, para engañar a los americanos en tanto preparaban su pérfido y vil ataque.»

Tal es la tesis de los más extremistas, y yo la tomo literalmente como exacta. Y lo hago, a pesar de un testimonio valioso en contra de tal tesis, valioso para los creadores de la tesis, pues el testimonio es del propio Stalin.

Harriman informa que Stalin, en una de las conversaciones tenidas con él y con Lord Beaver-

brook, **«dijo que su creencia era que el Japón podía ser convencido de que abandonara su alianza con Hítler... y que resultaría fácil apartarlo de él».**

Esto, es de suponer que debía obedecer a informes fidedignos sobre la disposición de los japoneses; pero, como he dicho, aparto la opinión de Stalin; si se quiere, no deseo compartirla ni dándome la razón. Yo no quiero de Stalin ni siquiera su asentimiento.

La tesis aceptada sobre la certeza de una premeditada decisión de agredir, se bifurca, según ya he aludido, en la cuestión de saber contra quién habían decidido cometer su agresión.

El asunto puede ser iluminado con la luz de estos textos:

Hull—Secretario de Estado—dice a Halifax embajador inglés:

«El peligro japonés pende sobre nuestras cabezas... ES POSIBLE QUE EL JAPON ACTUE DE IMPROVISO, VALIENDOSE HASTA EL MAXIMO DEL ELEMENTO SORPRESA.»

Y Churchill escribe a Roosevelt (30-11-41):

«Me hago cargo de las DIFICULTADES CONSTITUCIONALES con que tropieza usted...; estudie si en el momento que considere oportuno, que puede ser muy próximo, debería

declarar que «una nueva agresión japonesa le obligaría a demandar al Congreso una muy trascendental decisión...»; estoy convencido que con ella... SE IMPEDIRIA LA EXTENSION DE LA GUERRA.»

Churchill, anhelando la entrada de los Estados Unidos en la guerra, solicita una declaración de Roosevelt capaz de intimidar al Japón, para «impedir la extensión de la guerra». Es evidente que ni siquiera sueña con un ataque japonés contra Estados Unidos; teme, y sus razones tendrá, un ataque contra el Imperio Británico, «imposible de ser defendido», como antes declaró, sin la ansiada intervención de América.

Estas previsiones prevalecen (30-11-41) en Churchill cuando Tojo ha tomado hace mes y medio el poder (17-10-41).

El día 9-11-1941, el general Lee telegrafía a Wáshington desde Londres:

«El embajador británico en Tokio ha opinado que el objetivo más verosímil en el futuro ataque japonés serán las Indias Orientales..., lo que les proporcionaría la entrada en los campos petrolíferos.»

Otro informe del Servicio Secreto de la Armada americana, del capitán R. E. Schwirmann al almirante Stark, Jefe de Estado Mayor de la misma, entre otras cosas, resume:

«El Japón puede atacar a Rusia o hacia el sur...»

Nada recogen los Servicios Secretos capaz de hacer suponer un ataque contra los Estados Unidos.

El temido ataque al Imperio Británico—el tan temido ataque para Churchill—sí se dibuja nítido, motivado por el imperativo de vida o muerte para el Japón de buscar el petróleo que se le agota de mes en mes, y en la fecha del informe ya han transcurrido cuatro.

Y también, con prelación, señala el informe un ataque contra la U. R. S. S., el ataque más temido por Roosevelt.

El Gobierno americano hacía meses que había logrado conocer la clave telegráfica del Gobierno japonés. Un telegrama cifrado—descifrado por los americanos, mediante el sistema llamado «magia»—de Tojo a su embajador en Wáshington, Nomura, les hace saber que la nota a Hull es la última, que **«es un esfuerzo último para evitar que ocurra algo»**, y señala la fecha del 29 de noviembre como límite para poder él evitarlo; porque luego **«las cosas ocurrirán automáticamente»**.

Ahora se sabe que la escuadra japonesa zarpó el 25 de noviembre.

La tarde del 25, Roosevelt envió al Alto Comisario de Filipinas el siguiente mensaje:

«SON CADA VEZ MAS EVIDENTES LOS

PREPARATIVOS PARA UN PROXIMO MOVIMIENTO AGRESIVO..., aunque, de momento, no tenemos idea clara de su potencia y de si lo dirigirán contra Birmania, Tailandia, Malaya, Indias Holandesas o Filipinas...; contra Tailandia parece ser el más probable.»

En esa situación, el día 2 de diciembre, Churchill informa a su ministro de Asuntos Exteriores:

«En cualquier momento puede producirse un ataque japonés a las posesiones holandesas.»

En esta fecha es cuando confiesa Churchill que sus más profundo temor era tal ataque y que los preceptos constitucionales impidieran a Roosevelt declarar la guerra. Y debía temerlo, porque en la encuesta oficial realizada por el magistrado O. J. Roberts figura lo siguiente, correspondiendo al 27 de noviembre, es decir, dos días después de zarpar la escuadra japonesa:

»El jefe de Operaciones Navales envió un aviso al Comandante en jefe de la flota del Pacífico, aviso que decía, en sustancia, que su texto debía ser considerado como una advertencia de guerra; que las negociaciones con el Japón, en un esfuerzo para estabilizar las condiciones prevalecientes en el Pacífico, habían terminado; que era de esperar una iniciativa agresiva del Japón en un término de pocos días, Y QUE CABIA

CONTAR CON UNA EXPEDICION ANFIBIA NIPONA CONTRA LAS FILIPINAS, TAILANDIA, LA PENINSULA DE KRA O POSIBLEMENTE BORNEO, según indicaban el número y armamento de las tropas japonesas y la organización de sus fuerzas navales de operaciones. El mensaje ordenaba que se desplegasen medidas defensivas como preparación para emprender acciones de guerra.»

Y para cerrar los informes sobre la cuestión, lo dicho por Hopkins:

«En Londres, y también en Wáshington, hasta la misma víspera del ataque a PEARL HARBOUR, los mejor informados pensaban que la agresión japonesa era inminente, pero dirigida hacia el sur del Pacífico, hacia Kra, a seis mil millas de Pearl Harbour.

»En ningún informe del Servicio Secreto Militar, ni en los demás informes llegados a la Casa Blanca durante las varias semanas que preceden al 7 de diciembre, fecha del ataque, hallé una sola indicación sobre la posibilidad de que fuera Pearl Harbour verosímilmente el primer punto elegido por los japoneses para su agresión.»

Roosevelt esperaba lo peor; no lo peor para su patria, pues los informes no indicaban ningún propósito japonés contra ella. Era lo peor para sus planes de entrar en la guerra para acudir en socorro de la patria del Comunismo, ame-

nazada de colapso, porque, no habiendo agresión japonesa, no podría de ningún modo entrar en la guerra.

Su sarcástica desesperación la refleja Hopkins magistralmente con estas irónicas palabras:

«... la opinión aislacionista aumentaba. Roosevelt era casi impotente para combatirla. Había dicho cuanto era posible llegar a decir, menos la palabra «guerra». Ya no le restaban ardides por emplear. El sombrero de prestidigitador, del cual había extraído tantos conejos, se hallaba ya vacío. El Presidente era en aquel instante hijo de las circunstancias, que sólo podían determinarlas sus enemigos y no SU VOLUNTAD Y SU INGENIOSIDAD.»

«**Tanto Stimson** (ministro del Ejército) **como Marshall** (jefe del Estado Mayor) **opinan que no podemos vencer** (**¿podemos?** Estados Unidos no son beligerantes) **sin entrar en la guerra; pero carecen de la menor idea de cómo se puede realizar eso.»**

De tal manera describe Hopkins el estado en que se halla el asunto de entrar en la guerra. Los técnicos no son capaces de imaginar nada y Roosevelt agotó sus «ardides». Tal es la situación después del hundimiento del destructor americano, al ver que el ataque del submarino alemán—oficialmente alemán—no ha quebrantado el «aislacionismo» americano.

Sin duda Roosevelt pasó aún cierto tiempo intentando sacar otro «conejo» de su vacío sombrero...; ¿pero cuánto tiempo tardó su «voluntad e ingenio» en hallar el nuevo y anhelado «ardid»?

Hay unas frases muy luminosas en el informe ya citado del capitán R. E. Schuirmann, capaces por sí solas de hacer saltar un magnífico conejo del agotado sombrero de Roosevelt...

Las frases iluminadoras dirigidas al almirante Stark, jefe del Estado Mayor de la Marina, que son las últimas del informe, y dicen:

«... **en último análisis, ESO**—el objetivo del ataque—**SERA DECIDIDO POR LOS MILITARES A LA VISTA DE LAS OPORTUNIDADES QUE SE LES PRESENTEN.**»

La OPORTUNIDAD ofrecida fué la escuadra americana fondeada en Pearl Harbour.

LA EXTRANA Y OPORTUNA DESTITUCION DE UN ALMIRANTE

La flota sacrificada en la base de Hawai había sido emplazada en ella en virtud de una orden de Roosevelt en abril de 1940. El emplazamiento, sin duda, tenía relación con la Segunda Guerra, ya empezada en tal fecha. Y no es una suposición. El mismo Roosevelt justificó la presencia de la escuadra en Pearl Harbour, contestando a las objeciones del almirante Richardson, que por entonces la mandaba, diciendo que su misión era infundir temor al Japón, impidiéndole lanzarse a una agresión en el Extremo Oriente.

Ignoro si ya preveía la imaginación presidencial el «ofrecer en bandeja» la flota de Hawai al ataque japonés. Creo que no; pero debo reconocer que hay ciertos indicios para sospecharlo.

El almirante Richardson hace su visita a los Secretarios de los Departamentos de Marina y Estado y al Presidente a mediados de 1940.

A todos expuso su punto de vista técnico, en oposición al estacionamiento de la escuadra en

Pearl Harbour. Su opinión la basaba en las razones siguientes:

Primera. Los barcos no se hallaban dotados de la tripulación necesaria para entrar en guerra.

Segunda. El área de aquellas islas se hallaba demasiado expuesta a los ataques del presunto agresor, el Japón, para que pudiera servir sin riesgos innecesarios para realizar prácticas de instrucción.

Tercera. Los elementos defensivos de la flota en aquella base eran insuficientes para protegerla contra los ataques hechos desde el mar, el aire o por submarinos.

Por tales razones, el Almirante recomendaba que su escuadra fuera retirada de Hawai y llevada a las bases de la costa oriental.

El almirante Richardson debía ser un marino consciente de su responsabilidad. En su conversación con Roosevelt intentó conocer hasta dónde podrían llegar las exigencias del mando con relación a las fuerzas que mandaba. Consciente de sus debilidades, sin duda, pretendía calcular si las posibles misiones futuras podían exceder de sus posibilidades. A tal fin, preguntó al Presidente si los Estados Unidos declararían la guerra al Japón si éste invadía Malaya, las colonias francesas o las holandesas. Y el Presidente dió una respuesta evasiva, diciendo que no tenía la seguridad de que los americanos quisieran luchar por tal motivo, ni siquiera si fueran

atacadas las Filipinas. Y después, pasados unos instantes meditativos, agregó que **se hallaba plenamente convencido de que el país sería arrastrado a la guerra en el Pacífico, porque el Japón, más o menos pronto, realizaría el acto que arrastraría a la guerra a la nación.**

Es muy extraña tal seguridad en el Presidente. La posee ya a mediados de 1940; es decir, siete meses antes de darle a conocer el embajador americano en Tokio, Grev, el proyecto japonés de atacar a Pearl Harbour, si se daban ciertas circunstancias.

No parece aventurado suponer que ya tenía conocimiento Roosevelt antes del aviso de Grev del proyecto del Almirantazgo japonés; y teniéndolo, sabía bien, **por ser potestad suya, que, más o menos pronto, el Japón se hallaría en las circunstancias determinantes del ataque, por ser él mismo quien lo colocaría en ellas.**

Sin asignar a Roosevelt dotes de adivino, al autor no se le alcanza la existencia de otro motivo, aparte del ya expuesto en el punto anterior, para que pudiera él expresarse con tal seguridad sobre un futuro acontecimiento que tan fielmente se realizó.

Un detalle. Algo debió disgustar a Roosevelt en la personalidad del almirante Richardson. Acaso su conciencia sobre la peligrosa situación de la escuadra en Pearl Harbour y sobre su deficiencia en elementos de combate y, sobre todo,

su curiosidad sobre el futuro. Lo supongo, porque medio año después, en enero de 1941, Richarson es inesperadamente privado de su mando.

Es en enero de 1941, precisamente, su destitución. Al pronto, podría creerse que el cese de Richardson lo motivó el aviso del embajador Grev, por no considerar a este almirante muy adecuado para dejarse «copenhaguear» por la escuadra japonesa. No puede ser. El mensaje de Grev es del 27 de enero, y dada la diferencia de Meridiano, no pudo llegar de Tokio a Wáshington, ser descifrado y entregado al Presidente antes del 28, y acaso, lo sería después, y Richardson había sido destituído antes.

Como se ve, no privo por mi parte de lo que pueda ser descargo para Roosevelt.

Pero en este caso específico debo agregar que el descargo tiene doble filo, porque la destitución del almirante pudo decretarla por la razón indicada, por no ser apto para permitir ser atacado por sorpresa, en el caso de que Roosevelt conociera los proyectos japoneses contra Pearl Harbour, como parece delatar su seguridad de que el Japón cometería el acto necesario para arrastrar a Estados Unidos a la guerra; acto que sólo podía ser un ataque directo contra América.

Debo apurar la inducción sobre los motivos de la destitución a la luz de un hecho compro-

bado; comprobado, por ser confesión de parte.
Tómese buena nota del texto:

«En el invierno de 1940 a 1941, este Gobierno (el americano) recibió informes de que Alemania se disponía a atacar a la Unión Soviética, a pesar del Pacto rusoalemán de no agresión. El señor Welles, subsecretario de Estado, hizo llegar esta información al embajador ruso a principios de 1941. El 20 de marzo de ese año, el señor Welles informó al embajador ruso que este Gobierno tenía nuevos informes que confirmaban los anteriores, de que Alemania intentaba atacar a la Unión Soviética» (1).

Aun cuando el libro del Departamento de Estado es impreciso en cuanto a la fecha de los informes y habla del **«invierno de 1940 a 1941»** y de que la primera notificación la hizo Wells a **principios de 1941**, no precisa si fué en los primeros días del año. Lo fijo es que fué antes del 20 de marzo, fecha de la ratificación del informe debido a haber recibido **otros nuevos**... La recepción de nuevos (plural) informes debió requerir cierto tiempo; por lo tanto, la fecha de la primera comunicación retrocede, no sabemos si a febrero o si a enero. Por otra parte, señalar un período—el invernal—que empieza en el año 1940, parece indicar que las primeras noticias de los proyectos agresivos hitlerianos contra la

(1) «Paz y Guerra», pág. 118.

Unión Soviética han empezado a llegar dentro de tal año, durante el principio del invierno, aunque la comunicación se haga al embajador a primeros del año.

Hay otra prueba importante como base. Según refiere Churchill en sus Memorias:

Keitel y Jold y el Gran Estado Mayor recibieron órdenes de Hítler de trazar los planes para proceder al traslado hacia el Este del ejército alemán, estableciendo el dispositivo para el ataque a la U. R. S. S. a principios del verano de 1941.

La orden de empezar a realizar el plan fué dada por el Führer en el mes de octubre de 1940; es decir, poco antes del invierno en que se empiezan a recibir informes en Wáshington sobre el proyecto de ataque a la U. R. S. S.

En el libro oficial americano titulado «Relaciones nazi-soviéticas», en el que aparecen gran número de documentos secretos alemanes incautados, en su página 260, se incluye la famosa orden número 21 de Hítler, poniendo en ejecución la OPERACION «BARBARROJA», que principia diciendo:

«Las fuerzas armadas alemanas deben prepararse para aplastar a Rusia en una campaña rápida, incluso antes de terminar la guerra contra Inglaterra.»

La orden número 21 es de fecha 18 de diciembre de 1940.

Bien fuera la orden dada en octubre, bien la de diciembre, o ambas, son la base indudable de los informes llegados a Wáshington. Una u otra y ambas pudieron llegar, y llegarían, antes del mes de enero.

Por lo tanto, hay base para creer que la noticia del proyecto de atacar a la U. R. S. S. es anterior al relevo de Richardson.

Si algún americano quiere y puede precisar el mes y el día de la recepción de los informes y de su traslado al diplomático ruso, estoy seguro de haber acertado en mis inducciones anteriores.

Y si es así, como creo, ya tendríamos la causa capital de la destitución del almirante Richardson...

Algo que, automáticamente, implica que el peligro para la U. R. S. S., aún siendo lejano, ya determinó el primer acto de Roosevelt para facilitar la impunidad a la agresión, que fué éste de destituir a un almirante, al cual suponía con capacidad, temperamento y personalidad para no dejarse «copenhaguear» su escuadra en Pearl Harbour.

Un hecho final en conexión:

En el mes de marzo de 1941 se ordena que tres acorazados, un portaaviones, cuatro cruceros ligeros y dieciocho destructores abandonen la escuadra basada en Pearl Harbour. Hasta esta fecha, en cuanto a buques de línea, esta escuadra

americana casi equilibraba con la japonesa. Si se le sumaban uno o dos acorazados británicos estacionados en la India para caso de emergencia, se podría decir que hasta tenían una mínima ventaja en el Pacífico los posibles enemigos del Japón.

Pero, desde marzo de 1941, cuando la amenaza contra la U. R. S. S. va precisándose más cada día—Sorge, el famoso espía soviético en el Japón, la comunicará a Moscú el 20 de mayo—, Roosevelt pone a la escuadra de Pearl Harbour en franca inferioridad.

¿Por qué?... Sin duda no quiere que en ningún momento el almirante Kimmel sienta la veleidad de realizar con sus barcos un movimiento explorativo muy alejado de su base. Podría toparse con la escuadra japonesa en ruta hacia Hawai, con igualdad de fuerzas.

¿Acaso existían en aquel instante otros peligros que obligasen a correr aquel riesgo en el Pacífico?

Las unidades separadas de la escuadra de Pearl Harbour fueron enviadas al Atlántico... y, ciertamente, allí estaba en franca superioridad la escuadra inglesa en toda clase de buques, principalmente en los de línea...

¿Más claro?...

MAGIA

Como en todos los países, el Japón utilizaba códigos de cifra para sus comunicaciones exteriores.

Utilizaba varios sistemas de los que se vienen empleando desde antiguo; pero poseía uno de «alta seguridad», conocido por el nombre de **Código Púrpura.** Su particularidad era que el cifrado lo realizaba una máquina muy perfecta, cuyo método permitía un número de variaciones enorme en los despachos, haciendo imposible que pudieran ser descifrados sin poseer la máquina de descifrar gemela.

Debo advertir que los principales países poseían y utilizaban este sistema mecánico para cifrar y descifrar, aun cuando, como es natural, las máquinas respectivas de cada nación no sirvieran para descifrar lo cifrado en las de otras.

Sin embargo, la técnica o el espionaje americanos, acaso ambos a la vez, rayaron a gran altura en esta ocasión. Lograron descifrar el **Código Púrpura** japonés y hasta consiguieron

construir un modelo de máquina que descifraba los despachos con la misma facilidad que el aparato instalado en la Embajada nipona de Wáshington. Aquello fué un prodigio de técnica y organización.

La máquina **Púrpura** establecía la clave de cada cifrado mediante su propio mecanismo. Sin poseer su máquina gemela, hubiera sido imposible descifrar ningún despacho japonés cifrado por ella, ni aun interceptando las tablas de cifras que se transmitían desde Tokio.

El modelo construído por los americanos recibió el nombre de **Magia**; ciertamente, bastante apropiado, pues cosa de magia parecía obtener aquellos resultados.

Se construyeron pronto c i n c o máquinas **Magia.**

Su distribución fué la siguiente:

Dos para la Sección de Información y Comunicaciones del Departamento de Marina.

Dos para el Servicio de Información y Señales del Departamento de Guerra.

Una enviada a Londres.

Luego, en abril de 1941, fué enviada otra máquina **Magia** a la base de Filipinas, dotada con su correspondiente personal.

Para Pearl Harbour no hubo máquina «Magia».

La privación a la base de Pearl Harbour de la **Magia** suponía impedirle conocer el intercambio de mensajes entre los japoneses, quedando

así base y escuadra reducidas a saber tan sólo aquello que quisiera comunicarles Roosevelt.

No hay razón técnica ni militar para privar de la **Magia** a la flota de Hawai, en la cual estaba concentrado el noventa por ciento de las fuerzas navales del Pacífico.

Ante los investigadores del «caso» se dió la disculpa de que si se privó de la **Magia** a Pearl Harbour fué para evitar la posibilidad de que la retransmisión por **Magia** entre Wáshington y Hawai pudiera ser identificada por los japoneses y supieran así que los americanos tenían conocimiento de su código más secreto.

Pero es lógico preguntar:

¿No existía el mismo peligro al usar **la Magia** en Londres y Filipinas?...

¿O es que en Londres y Filipinas existía algo más importante que la escuadra del Pacífico para salvaguardar y merecía correr tal riesgo?...

Dejamos esas dos interrogaciones en pie para que sean contestadas por el sentido común.

Si el privar de una máquina **Magia** a la escuadra del Pacífico tuviera como verdadero motivo el alegado, la carencia de este medio de información directa debió ser compensada facilitándole copia de cuanto en Wáshington era obtenido sobre la marcha de los acontecimientos, y, sobre todo, de todos aquellos que pudieran delatar peligros más o menos próximos para tales fuerzas avanzadas.

Vamos a ver lo que se hace.

El almirante Kimmel, jefe de la escuadra, escribe dos cartas al almirante Stark, jefe del Estado Mayor de la Armada. Una, en 18 de febrero, y otra, en 26 de mayo de 1941.

El contenido de ambas puede colegirse por el siguiente párrafo de la segunda:

«Me permito sugerir que debe constituir un principio esencial que el Jefe de la Flota del Pacífico sea informado con la mayor urgencia de todos los hechos importantes que ocurran, a medida que se produzcan y por los medios más rápidos de que se disponga.»

Esta demanda la entregó en persona el almirante Kimmel a Stark en el mes de junio de 1941, dándole seguridades el segundo de que le sería facilitada la información.

Pero tal promesa tan sólo fué cumplida durante los dos meses siguientes. Desde tres meses antes del ataque japonés, el almirante Kimmel fué privado de todo informe. Los muy contados que le fueron enviados durante tal período, por su contenido y por la forma de su envío, no le proporcionaban base deductiva necesaria para formarse idea de la evolución de las relaciones nipo-americanas hacia una situación de tremendo peligro.

Si el Jefe de la Escuadra fué privado de tal base deductiva, tampoco el Departamento de

Marina ni el Estado Mayor de la Flota le facilitaron el concepto que tenían formado ambos altos organismos sobre la situación respecto al Japón.

DESTINATARIOS DE LA «MAGIA»

Las únicas personas autorizadas y designadas para recibir los mensajes japoneses descifrados eran las siguientes:

Presidente..	Roosevelt.
Secretario de Estado	Hull.
Secretario de Marina	Konox.
Secretario de Guerra	Stimson.
General	Marshall.
Almirante	Stark.
General de brigada...	Gerow.
Idem	Miles.
Coronel	Bratton.
Comandante	McCollun.
Contralmirante	Turner.
Idem	Noyes.
Capitán	Vilkinson.

El personal dedicado al servicio de descifrar y distribuir los mensajes a las trece personas antes relacionadas pertenecía a los Departamentos de Guerra y de Marina, y recibían una copia encerrada en una cartera con doble cerradura; de una, llevaba la llave el portador; de otra, tenía la llave el destinatario.

En cada Departamento se archivaba una copia de lo descifrado por el mismo.

El coronel Bratton, por el Ejército, y el comandante Kramer, por la Marina, dirigían la distribución. A veces, casi siempre, la cartera destinada al Presidente era llevada por ellos mismos, que realizaban las entregas personalmente.

La operación de descifre y distribución duró muchos meses antes del ataque.

El ser tan precioso el sistema Magia para descifrar el ultrasecreto «Código Púrpura» japonés justifica tantas precauciones y que se guardase tan absolutamente el secreto sobre el contenido de los mensajes.

Pero son trece las personas que conocían los textos; las más, de la mayor categoría; por lo tanto, en continua relación con almirantes, generales y elevados funcionarios, secretarios adjuntos de Departamento, embajadores, etc., con personalidades que, por sus funciones, tenían contacto y misiones ejecutivas en relación directa con el contenido de los mensajes.

Hubiera sido normal, sin romper el secreto ni descubrir el procedimiento de obtención, que el contenido de muchos mensajes hubiera tenido mayor difusión y que, a través de cualquier compañero de los Estados Mayores de la Marina o del Ejército, el almirante Kimmel o el general Short, los dos comandante de Hawai, hubieran obtenido información, aun cuando fuera ocasional o parcial.

Sin duda, el rigor del secreto, en especial para las fuerzas armadas de Pearl Harbour, fué absoluto.

Sí, absoluto; pero anormal.

Ante el Comité de la Comisión investigadora del Congreso, el almirante Kimmel precisó que durante el mes de julio de 1941—es decir, el primer mes de la ofensiva hitleriana contra la U. R. S. S.—recibió el resumen de siete despachos japoneses interceptados y descifrados por Wáshington. Mas, desde los primeros días del mes de agosto ya no recibió ninguna información sobre la creciente tirantez de las relaciones nipo-americanas. El bloqueo económico del Japón, como sabemos, había sido decretado por Roosevelt el día 26 de julio. Si, como declara el almirante Kimmel, sin ser desmentido, el corte de información se produce cinco días después, la conclusión es patente y de suma gravedad: **la escuadra del Pacífico es privada de toda información sobre las intenciones japonesas inmediatamente después de producir Roosevelt aquellas «dificultades» señaladas por el embajador americano en Tokio, Grev, que determinarían precisamente el ataque japonés a Pearl Harbour.**

En cuanto a quién fraguó este complot y dónde se acordó, también hay prueba indiciaria muy patente. Roosevelt y Churchill se reúnen para la Conferencia del Atlántico el día 9 de agosto; el corte de información a Kimmel se produce también dentro de esta primera decena del mismo

mes. La coincidencia de ambos hechos no puede ser más elocuente.

No es juicio temerario inducir, partiendo de los acontecimientos ulteriores, los acuerdos secretos tomados por Roosevelt y Churchill tras el telón altruísta y embustero de su Carta del Atlántico.

Roosevelt garantizó al «premier» su decisión de llevar a los Estados Unidos a la guerra. Decisión tomada por él desde el momento que Hítler ataca a la Unión Soviética.

Antes de la reunión, pero después del ataque hitleriano a la U. R. S. S.—**¡no antes!..., ¡recuérdese siempre!**—Roosevelt ha realizado, con escasa diferencia de fechas, dos actos determinantes de guerra. Dos actos de guerra que pueden y deben provocar la réplica violenta de Alemania y el Japón.

Uno—1.° de julio de 1941—, envío de las patrullas navales a combatir a los submarinos alemanes.

Otro—26 de julio de 1941—, bloqueo económico del Japón, sabiendo que tal bloqueo determinaría, según los proyectos japoneses conocidos por Roosevelt, el ataque a Pearl Harbour.

El primer acto, ocho días después, y el segundo, treinta y cuatro días después del ataque de Hítler a la U. R. S. S., ocurrido el día 22 de junio del mismo año.

No toma Roosevelt la decisión de realizar los dos actos que deben llevarlo a la guerra en la

conferencia con Churchill, pues ya los ha realizado, contra Alemania, cuarenta y ocho días antes, y contra el Japón catorce días antes de reunirse en Terranova.

La conferencia de Roosevelt y Churchill no puede celebrarse para decidir el realizar lo ya realizado; ha de tener otro fin, convenir la realización de otros hechos, aun cuando sean conexos, cuya naturaleza delictiva impone sean tratados directa y personalmente, sin dejar prueba, en el más riguroso secreto.

Los cuarenta y ocho días de provocación a Hítler ya eran bastantes para dudar de que los submarinos alemanes se decidiesen al ataque contra los destructores americanos agresores Y, sin ataque alemán, Roosevelt no podría arrastrar al pueblo americano a la guerra mundial. El único recurso que tenían los dos conferenciantes era el de **fabricar** la deseada y provocada «agresión» hitleriana... Y la provocada y deseada agresión se produjo el día 4 de septiembre, dieciséis días después de pisar tierra inglesa Churchill a su regreso de la Conferencia.

Mejor técnica y mayor celeridad en decidir, organizar y ejecutar algo tan complicado y secreto como es un nuevo «**Maine**», no admite superación. Hagamos justicia al viejo Churchill, y sea dicho en su **honor**..., sin restar el **honor** merecido a Roosevelt como coautor.

Paralelamente, por si el pacifismo americano prevalecía a pesar del premeditado «**Maine**», de-

bía ser acordado otro medio «técnico» para evitar que el Japón se lanzase a romper el estrangulador bloqueo económico por su frente más débil, por el anglo-holandés, eludiendo toda ofensa militar a los Estados Unidos, ya que sin agresión japonesa Roosevelt no arrastraría al pueblo americano a la guerra.

Y los dos «expertos» dedujeron, con entero acierto y con una visión exacta de la psicología militar japonesa, que si a los dirigentes japoneses les era ofrecida la oportunidad de lograr ellos superioridad naval en el Pacífico, no resistirían a la tentación de alcanzarla por cualquier medio.

La oportunidad de lograr la superioridad en el mar, dentro del mayor rigor de la ciencia naval, cuando se hallan en presencia escuadras con una paridad de potencia muy aproximada, sólo puede conseguirse causando suficientes pérdidas al adversario sin sufrirlas propias.

La solución del problema es atacar sin que pueda luchar el adversario. Y ello no es posible conseguirlo sin hacer jugar en favor del atacante el **factor sorpresa.**

La **sorpresa** tan sólo puede lograrla el atacante si el atacado ignora en absoluto el propósito y los movimientos del agresor hasta no producirse su agresión.

De ahí que sea capital una carencia de información, o una desinformación absoluta en el agredido.

Todo esto es puramente axiomático.

Carencia de información decidida por Roosevelt, cuando él ordena privar de noticias sobre la situación diplomática y propósitos bélicos del Japón, como primera condición para que el Japón no resista la tentación de atacar, buscando su ansiada superioridad naval en el Pacífico sobre los Estados Unidos; superioridad naval, condición básica e ineludible para siquiera poder suponer la posibilidad de su victoria final sobre los americanos.

Como han de apreciar nuestros lectores, las deducciones de Roosevelt forman un sorites perfecto, al cual obedeció después con toda fidelidad y lógica el encadenamiento de los hechos.

Y aquí debemos rendir homenaje al «mágico» genio dialéctico del Presidente americano..., sea también proclamado en su honor.

Un genio dialéctico absolutamente antitético con su fatalidad para el **error...**, para el **error permanente contra la Cristiandad y en beneficio, permanente también, a favor del esclavismo soviético...**

EL PLAZO FATAL

Pocas palabras propias en este capítulo. Lo llenará por completo la documentación de la MAGIA.

Ninguna literatura más elocuente y más emotiva que su esquelética prosa telegráfica.

Resisto al deseo literario de plasmar en lenguaje vivo, imaginativo, la realidad que se adivina tras cada seco verbo de los escuetos mensajes japoneses. Superpuesto a ese gigantesco esqueleto el despliegue de los músculos guerreros, los nervios telegráficos, el cerebro bélico imperial con sus centros vitales, Estados Mayores, Gobierno, Teno, en suprema tensión, forjando su rayo guerrero...; todo en sombras, en el secreto de un inmenso «hara kiri» nacional...

Hay, lector, para escribir el más dramático capítulo de la Historia Universal, ¿no es verdad?...

Pero sólo tal evocación. Estimo que para forjar la más comprensiva imagen de lo inconmensurable y de lo disforme, nada más elocuente

para cada hombre que su propia imaginación.

Y a la tuya, lector, dejo el proyectar aquel trágico «film» japonés con tu propia imaginación en las retinas de tu razón.

* * *

Ni siquiera puede alegar Roosevelt la disculpa de no haber estado servido en Tokio por un diplomático de la más alta clase. Grev fué un embajador fuera de serie. Y hasta el mismo Presidente debió reconocerlo así, cuando, al regresar del Japón, ya la guerra declarada, lo nombró Secretario adjunto de Estado.

Este telegrama de Grev, copiado a continuación, da prueba de las altas dotes atribuídas al embajador:

3 de noviembre de 1941.—Telegrama del embajador en Tokio al Departamento de Estado:

«NICHI NICHI» (importante periódico de Tokio) DE PRIMERO DE NOVIEMBRE TRAE UN TITULO SIGNIFICATIVO, «EL IMPERIO SE ENFRENTA CON LA MAYOR DE LAS CRISIS», ENCABEZANDO UN ARTICULO SOBRE LA NECESIDAD DE PONER UN TERMINO A LA GUERRA ECONOMICA ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL JAPON. ARTICULO Y EDITORIAL (telegrafiado a Wáshington el 1 de noviembre) REFLEJAN LA ACTITUD QUE AHORA PREVALECE EN ESTE PAIS:

»LA OPINION DE QUE LA GUERRA EN EL EXTREMO ORIENTE PUEDE SER EVITADA POR LA CONTINUACION DE UN EMBARGO DEL COMERCIO... NO ESTA APOYADA POR LO QUE HA OCURRIDO.

»JAPON SE ARRIESGARIA HASTA UN «HARA KIRI» NACIONAL ANTES QUE CEDER A LA PRESION EXTRANJERA.

»EL PUNTO PRIMARIO PARA UNA DECISION DEBERIA IMPLICAR LAS CUESTIONES DE SI NUESTRAS NECESIDADES NACIONALES, POLITICA Y OBJETIVOS, JUSTIFICAN LA GUERRA CON EL JAPON EN LA CONTINGENCIA DE QUE LA DIPLOMACIA PUDIERA FALLAR.

»MI PROPOSITO ES SOLAMENTE ASEGURARME CONTRA LA ENTRADA DE MI PAIS EN GUERRA CON EL JAPON POR UNA POSIBLE CONCEPCION EQUIVOCADA DE LA CAPACIDAD DEL JAPON PARA LANZARSE DE CABEZA A UN CONFLICTO SUICIDA CON LOS ESTADOS UNIDOS.»

La elocuencia del despacho no puede ser mayor. Grev es hombre con alta noción de su responsabilidad. La siente hasta por las posibles faltas ajenas; por los errores de apreciación de otros, adivinados por él. Y quiere destruir las falsas ilusiones en Wáshington, empeñando su palabra de honor en su afirmación de que es UNA CONCEPCION EQUIVOCADA EL

CREER INCAPAZ AL JAPON DE SUICIDARSE LANZANDOSE A LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS.

Naturalmente, al expresarse así Mr. Grev, no podía imaginar siquiera que con su afirmación confirmaba de la manera más plena la genial intuición de Roosevelt de que atacaría el Japón, con precisión algebraica, si él mantenía el bloqueo estrangulador del Imperio.

Y menos aun podía suponer el embajador americano que el más ferviente deseo de su Presidente era ese ataque suicida japonés; porque un patriota y un hombre de honor como él tiene prohibición absoluta de su conciencia insobornable de pensar que haya un americano digno de tal nombre capaz de sacrificar a sus hermanos, a los que lo eligieron su jefe, para salvar a nación extraña y, menos aún, para salvar a la monstruosa patria del esclavismo universal.

Y nada más por mi parte.

Véamos cómo los despachos descifrados por la MAGIA van corroborando día por día la profecía de Grev:

Tokio a la Embajada en Wáshington.—5 de noviembre de 1941 (736):

«A CAUSA DE VARIAS CIRCUNSTANCIAS, ES ABSOLUTAMENTE NECESARIO QUE TODAS LAS CONDICIONES PARA LA FIRMA DE ESTE CONVENIO SE HALLEN CONCERTADAS PARA EL 25 DE ESTE

MES. COMPRENDO QUE ES UNA ORDEN DIFICIL, PERO EN LAS CIRCUNSTANCIAS PRESENTES ES INEVITABLE. SIRVASE ENTENDER ESTO EN SU TOTALIDAD Y AFERRARSE AL PROBLEMA DE SALVAR LAS RELACIONES JAPONESAS - ESTADOUNIDENSES DE CAER EN UN ESTADO CAOTICO. HAGALO CON GRAN DETERMINACION Y ESFUERZO SUPERIOR, SE LO RUEGO.»

(Descifrado en el Departamento de Estado, 5 de noviembre 1941.)

TOKIO A LA EMBAJADA EN WASHINGTON.—11 DE NOVIEMBRE 1941 (762):

«A JUZGAR POR EL PROGRESO DE LAS CONVERSACIONES, PARECE HABER INDICIOS DE QUE LOS ESTADOS UNIDOS SE HAN DADO TOTALMENTE CUENTA DE LO EXCESIVAMENTE CRITICO DE LA SITUACION. SUBSISTE EL HECHO DE QUE LA FECHA SEÑALADA EN MI MENSAJE 736 ES ABSOLUTAMENTE INAMOVIBLE EN LAS ACTUALES CIRCUNSTANCIAS. ESTA FECHA ES UNA LINEA MUERTA DEFINITIVA, Y POR ESTA CAUSA ES ESENCIAL QUE QUEDE EL CASO RESUELTO AL LLEGAR DICHA FECHA. LAS SESIONES DEL PARLAMENTO SE ABREN EL DIA 15. EL GOBIERNO DEBE TENER UN CLARO CONCEPTO DE LA SITUACION PARA PRESEN-

TAR EL ASUNTO EN LA SESION. COMPRENDA POR ESTO QUE LAS COSAS ESTAN CERCA DE SU PUNTO CULMINANTE Y EL PLAZO ES CADA VEZ MAS CORTO.»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 12 noviembre 1941.)

TOKIO AL CONSUL GENERAL EN HONG KONG.—14 NOVIEMBRE 1941:

«SI SE PRODUJERA UN COLAPSO DE LAS NEGOCIACIONES, LA SITUACION INTERNACIONAL EN LA QUE SE VERIA ENVUELTO EL IMPERIO SERIA UNA TREMENDA CRISIS. HE AQUI LA POLITICA EXTRANJERA DEL IMPERIO TAL Y COMO HA SIDO DECIDIDA POR EL GABINETE, EN LO QUE A LA CHINA RESPECTA:

»A) DESTRUIREMOS COMPLETAMENTE EL PODERIO BRITANICO Y AMERICANO EN CHINA.

»B) TOMAREMOS TODAS LAS CONCESIONES DEL ENEMIGO Y SUS DERECHOS E INTERESES IMPORTANTES EN CHINA.

»C) TOMAREMOS TODOS LOS DERECHOS E INTERESES DE PROPIEDAD DEL ENEMIGO AUNQUE PUEDA TENER CONEXION CON EL NUEVO GOBIERNO CHINO, SI ELLO FUERA NECESARIO.»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 26 noviembre 1941.)

TOKIO A LA EMBAJADA, WASHINGTON.—15 NOVIEMBRE 1941 (X 775):

«CUALQUIERA QUE SEA EL CASO, SUBSISTE EL HECHO DE QUE LA FECHA SEÑALADA EN MI MENSAJE 736 ES ABSOLUTAMENTE INAMOVIBLE. SIRVASE HACERSELO VER A LOS ESTADOS UNIDOS DE MODO QUE HAGA POSIBLE LA FIRMA DEL ACUERDO PARA AQUELLA FECHA.»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 15 noviembre 1941.)

TOKIO A KURUSU, WASHINGTON.—16 NOVIEMBRE 1941:

«PARA CONOCIMIENTO DE NUESTRO HONOR:

»1.° HE LEIDO VUESTRO 1090, Y PUEDE ESTAR SEGURO QUE TIENE TODA MI GRATITUD POR LOS ESFUERZOS QUE HA HECHO, PERO LA SUERTE DE NUESTRO IMPERIO ESTA PENDIENTE DEL FINO HILO DE UNOS POCOS DIAS; ASI, PUES, SIRVASE LUCHAR CON MAS ENERGIA AUN DE LA QUE HA PUESTO HASTA AQUI.

»2.° EN NUESTRA OPINION, DEBEMOS ESPERAR A VER QUE EVOLUCION TOMA LA GUERRA Y A TENER PACIENCIA. SIN EMBARGO, SIENTO TERRIBLEMENTE DECIR QUE LA SITUACION DEJA ESTO FUERA DE LA CUESTION. FIJE LA LINEA MUERTA PARA SOLUCIONAR ES-

TAS NEGOCIACIONES EN MI 736 Y NO HABRA CAMBIO. VEA QUE POCO TIEMPO FALTA. POR ESTA RAZON NO CONSIENTA A LOS ESTADOS UNIDOS DESVIACIONES DEL CAMINO PARA DILATAR MAS LAS NEGOCIACIONES. APREMIELES PARA UNA SOLUCION A BASE DE NUESTRAS SUPOSICIONES Y HAGA LO MEJOR QUE PUEDA PARA LLEGAR A ELLA.»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 17 noviembre 1941.)

TOKIO A LA EMBAJADA, WASHINGTON—22 NOVIEMBRE 1941:

«ES TERRIBLEMENTE DIFICIL PARA NOSOTROS VARIAR LA FECHA QUE ESTABLECI EN MI 736; USTED SABE ESTO. YO SE QUE ESTA TRABAJANDO MUCHO. ATENGASE A LA POLITICA QUE HEMOS FIJADO Y HAGA TODO LO QUE PUEDA. NO AHORRE ESFUERZOS E INTENTE ALCANZAR LA SOLUCION QUE DESEAMOS. HAY RAZONES PARA SU PERICIA PARA CONJETURAR POR QUE NECESITAMOS RESTABLECER LAS RELACIONES AMERICANO-JAPONESAS ANTES DEL 25; PERO SI DENTRO DE LOS PROXIMOS TRES O CUATRO DIAS PUEDE USTED TERMINAR SUS CONVERSACIONES CON LOS AMERICANOS; SI LA FIRMA PUEDE LOGRARSE PARA EL 29, QUE LE REITERO A USTED

—¡VEINTINUEVE!—; SI PUEDEN SER CAMBIADAS LAS NOTAS PERTINENTES; SI PODEMOS LOGRAR UNA INTELIGENCIA CON LA GRAN BRETAÑA Y LOS PAISES BAJOS; Y, EN RESUMEN, SI TODAS LAS COSAS PUEDEN TERMINARSE, HEMOS DECIDIDO ESPERAR HASTA ESA FECHA, Y DECIMOS QUE ESTA VEZ LA LINEA MUERTA NO PUEDE CAMBIARSE. DESPUES DE ELLA LAS COSAS OCURRIRAN AUTOMATICAMENTE. SIRVASE PONER EN ESTO SU CUIDADOSA ATENCION Y TRABAJE AUN MAS DE LO QUE HA TRABAJADO HASTA AHORA. DE MOMENTO, ESTO ES PARA INFORMACION DE USTEDES, LOS DOS EMBAJADORES, SOLAMENTE.»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 22 noviembre 1941.)

TOKIO A LA EMBAJADA DE WASHINGTON.—24 NOVIEMBRE 1941:

«EL TIEMPO FIJADO EN MI DESPACHO X 812 ES CON ARREGLO A LA HORA DE TOKYO.»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 22 noviembre 1941.)

EMBAJADA DE WASHINGTON A TOKIO.—26 NOVIEMBRE 1941 (X 1.180):

«... NUESTRO FRACASO Y HUMILLACION COMPLETOS: PODRIAMOS PROPO-

NER: PRIMERO, QUE EL PRESIDENTE ROOSEVELT TELEGRAFIE A USTED (el Emperador) QUE POR LA CAUSA DE LA POSTERIDAD ESPERA QUE EL JAPON Y LOS ESTADOS UNIDOS COOPERARAN PARA EL MANTENIMIENTO DE LA PAZ EN EL PACIFICO.»

(Descifrado en el Departamento de la Armada, 28 noviembre 1941.)

EMBAJADA WASHINGTON A TOKIO.— 26 NOVIEMBRE 1941 (X 1.189):

«A LAS 4,45 DE LA TARDE, YO Y EL EMBAJADOR KURUSU NOS REUNIMOS CON EL SECRETARIO HULL Y HABLAMOS DURANTE DOS HORAS.

»HULL DIJO: «LAMENTO DECIR A USTEDES QUE NO PODEMOS ESTAR DE ACUERDO CON ELLAS (con las proposiciones del Japón del 20 de noviembre). ESTAMOS PROPICIOS A PROPONER UN PLAN... CONCILIANDO LOS PUNTOS DE DIFERENCIA ENTRE NUESTRA PROPOSICION DE 21 DE JUNIO Y LAS VUESTRAS DEL 25 DE SEPTIEMBRE.» Y DESPUES DE DECIR ESTO NOS PRESENTO LAS PROPOSICIONES SIGUIENTES:

»A) UNA QUE TRATA DE NUESTRO RECONOCIMIENTO DE SUS SEDICENTES «CUATRO PRINCIPIOS».

»B) 1.° CONCLUSION DE UN TRATA-

DO MUTUO DE NO AGRESION ENTRE TOKYO, WASHINGTON, MOSCU, LOS PAISES BAJOS, CHUNGKING Y BANGKOK.

»2.° CONVENIO ENTRE EL JAPON, LOS ESTADOS UNIDOS, INGLATERRA, PAISES BAJOS, CHINA Y THAI SOBRE LA INVIOLABILIDAD DE LA INDOCHINA FRANCESA E IGUALDAD DE TRATO ECONOMICO EN ESTA PARTE DEL MUNDO.

»3.° LA COMPLETA EVACUACION DE LAS FUERZAS JAPONESAS DE CHINA Y DE TODA LA INDOCHINA FRANCESA.

»4.° EL JAPON Y LOS ESTADOS UNIDOS SE COMPROMETEN DEFINITIVAMENTE A NO APOYAR OTRO REGIMEN QUE EL DE CHIANG-KAY-SHEK.

»5.° ABOLICION DE LA EXTRATERRITORIALIDAD Y CONCESIONES EN CHINA.

»6.° LA CONCLUSION DE UN TRATADO RECIPROCO ENTRE EL JAPON Y LOS ESTADOS UNIDOS Y LAS BASES SOBRE UN TRATO DE NACION MAS FAVORECIDA.

»7.° LA MUTUA RESCISION DE LAS ORDENES DE CONGELACION DEL JAPON Y LOS ESTADOS UNIDOS.

»8.° ESTABILIZACION DEL CAMBIO YEN-DOLAR.

»9.° NO OBSTANTE LA CLASE DE TRATADOS QUE HAYAN CONCERTADO, BIEN EL JAPON O LOS ESTADOS UNIDOS, CON

UN TERCER PAIS, AMBOS PROMETEN DEFINITIVAMENTE QUE ESTOS TRATADOS NO SERAN INTERPRETADOS COMO HOSTILES A LOS OBJETIVOS DE ESTE TRATADO O AL MANTENIMIENTO DE LA PAZ EN EL PACIFICO (ESTO, NATURALMENTE, ESTA PENSADO PARA CASTRAR EL PACTO DE LAS TRES POTENCIAS).»

(Descifrado por el Departamento de Guerra, 28 noviembre 1941.)

TOKIO A LA EMBAJADA DE WASHINGTON.—28 NOVIEMBRE 1941 (X 844):

«BIEN, USTEDES LOS DOS EMBAJADORES HAN HECHO ESFUERZOS SOBREHUMANOS. PERO A DESPECHO DE ESTO, LOS ESTADOS UNIDOS HAN SEGUIDO ADELANTE Y HAN PRESENTADO SU HUMILLANTE PROPOSICION. ESTA ES COMPLETAMENTE INESPERADA Y EXTREMADAMENTE LAMENTABLE. EL GOBIERNO IMPERIAL DE NINGUNA MANERA PUEDE TOMARLA COMO UNA BASE PARA NEGOCIACIONES. POR ESTA RAZON, Y CON UN INFORME DE LOS PUNTOS DE VISTA DEL GOBIERNO IMPERIAL, QUE LE ENVIARE A USTED, LAS NEGOCIACIONES SERAN ROTAS **DE FACTO**; ESTO ES INEVITABLE. SIN EMBARGO, NO QUIERO QUE USTED DE LA IMPRESION DE QUE LAS NEGOCIACIONES ESTAN ROTAS.

UNICAMENTE DIGALES QUE USTED ESTA ESPERANDO INSTRUCCIONES. Y QUE AUNQUE LAS OPINIONES DE SU GOBIERNO NO ESTAN CLARAS PARA USTED, PARA SU MODO DE PENSAR, EL GOBIERNO IMPERIAL HA HECHO SIEMPRE RECLAMACIONES JUSTAS Y HA HECHO GRANDES SACRIFICIOS POR LA CAUSA DE LA PAZ EN EL PACIFICO... PUES QUE LAS COSAS LLEGARON A ESTO, ME PUSE EN CONTACTO CON EL HOMBRE QUE USTED ME DIJO (el Emperador) EN SU MENSAJE X 1.180, Y ME CONTESTO QUE EN LAS PRESENTES CIRCUNSTANCIAS LO QUE USTED SUGERIA ERA ENTERAMENTE INCONVENIENTE...»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 28 noviembre 1941.)

TOKIO A EMBAJADA WASHINGTON.— 29 NOVIEMBRE 1941 (X 857):

«... AL LLEVAR A CABO ESTAS INSTRUCCIONES, SIRVASE TENER CUIDADO DE QUE NO SE LLEGUE A NADA SEMEJANTE A UNA RUPTURA DE LAS NEGOCIACIONES.»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 30 noviembre 1941.)

Del 27 al 30 de noviembre de 1941 se verificaron frecuentes y amplias conversaciones por

teléfono transpacífico entre el embajador Kurusu y Mr. Yamamoto, jefe de la División Americana del Ministerio de Negocios Extranjeros japonés. He aquí algunas frases de las más reveladoras:

YAMAMOTO A KURUSU (27 noviembre 1941).—REFERENTE A LAS NEGOCIACIONES. NO LAS ROMPA.

(Traducido por el Departamento de Estado, 28 noviembre 1941.)

KURUSU A YAMAMOTO (30 noviembre 1941). — ¿VAN A CONTINUAR LAS NEGOCIACIONES JAPONESAS-AMERICANAS?

YAMAMOTO.—SI.

KURUSU. — USTEDES ESTUVIERON MUY APREMIANTES ANTERIORMENTE ACERCA DE ELLAS. ¿NO FUE ASI? PERO AHORA QUIEREN ALARGARLAS. NECESITAREMOS VUESTRA AYUDA. AMBOS, EL PRIMER MINISTRO Y EL DE NEGOCIOS EXTRANJEROS, NECESITARAN CAMBIAR EL TONO DE SUS DISCURSOS. ¿COMPRENDE? SIRVASE USAR MAYOR DISCRECION.

(Traducido por el Departamento Naval, 30 noviembre 1941.)

TOKIO A EMBAJADA DE BERLIN. — 30 NOVIEMBRE 1941 (X 985).—INSTRUCCIONES AL EMBAJADOR PARA INFORMAR A

HITLER LO QUE SIGUE:

«LAS CONVERSACIONES EMPEZARON ENTRE TOKYO Y WASHINGTON EN ABRIL ULTIMO... AHORA ESTAN ROTAS... DIGALES MUY SECRETAMENTE (a Hítler y Von Ribbentrop) QUE HAY SUMO PELIGRO DE QUE LA GUERRA PUEDA ESTALLAR REPENTINAMENTE ENTRE LAS NACIONES ANGLOSAJONAS Y EL JAPON, POR MEDIO DE UN GOLPE DE FUERZA, Y QUE LA HORA DEL PRINCIPIO DE LA GUERRA PUEDE LLEGAR MAS RAPIDAMENTE DE LO QUE CUALQUIERA PUEDE SOÑAR.»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 1 diciembre 1941.)

TOKIO A EMBAJADOR BERLIN. — 30 NOVIEMBRE 1941 (X 986).

Este mensaje fué el segundo largo del día y constaba de dos partes. Daba la versión japonesa de las negociaciones con los Estados Unidos y afirmaba que «UNA CONTINUACION DE LAS NEGOCIACIONES SERIA UN DETRIMENTO DE NUESTRA CAUSA», y calificaba ciertas de las proposiciones americanas del 26 de noviembre como «INSULTANTES... CLARAMENTE, UNA TRETA». Japón concluía que los Estados Unidos habían decidido considerarlos como un enemigo.

(Descifrado en el Departamento de la Marina, 1 diciembre 1941.)

TOKIO A EMBAJADA WASHINGTON. — 30 NOVIEMBRE 1941:

«LA FECHA CONSIGNADA EN MI MENSAJE X 812 HA LLEGADO Y HA PASADO, Y LA SITUACION CONTINUA HACIENDOSE MAS CRITICA CADA VEZ. PARA IMPEDIR QUE LOS ESTADOS UNIDOS SOSPECHEN INDEBIDAMENTE, HEMOS AVISADO A LA PRENSA Y A OTROS DE QUE, AUNQUE HAY ALGUNAS GRANDES DIFERENCIAS ENTRE EL JAPON Y LOS ESTADOS UNIDOS, LAS NEGOCIACIONES CONTINUAN (ESTO ES SOLAMENTE PARA VUESTRA INFORMACION).»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 1 diciembre 1941.)

TOKIO SE INTERESA POR LA ESCUADRA DE PEARL HARBOUR

Es práctica rutinaria de todos los Servicios de Información Militar de las grandes potencias el dar a conocer desde el mayor número de puntos posibles de todo el mundo la situación y movimientos de las unidades de guerra y de las escuadras de los demás países.

Esto lo practicaba el Japón y, naturalmente, los Estados Unidos.

Se conocía en Wáshington que desde los consulados japoneses de toda la costa oriental americana se cruzaban mensajes a Tokio sobre la escuadra de Hawai, así como sobre el resto de las unidades destacadas en otros parajes del Pacífico.

Con toda seguridad, en Tokio conocían que igual información facilitarían a Wáshington sus agentes desde el Japón.

Estas prácticas cotidianas de los Servicios Secretos acaban por perder importancia, dada su reiteración, para los jefes de los mismos, y quedan reducidas a una especie de servicio burocrático.

Todo eso como disculpa por anticipado.

Ahora bien, si entre la masa de información rutinaria aparece descifrado un mensaje como el hallado el día 24 de septiembre de 1941, referido a la base naval más insignificante de cualquier país, los técnicos militares y navales nos dirán; pero el autor estima que ninguno, ni en ninguna circunstancia, hubiera dejado de darle la máxima importancia, ni tampoco se hubieran dejado de tomar las medidas preventivas pertinentes, y, sobre todo, se hubiera informado al jefe de las fuerzas amenazadas.

El texto descifrado decía:

TOKIO AL CONSUL GENERAL DE HONOLULU.—24 SEPTIEMBRE 1941 (83):

«DE AQUI EN ADELANTE QUISIERAMOS QUE NOS INFORMARA RESPECTO A LOS NAVIOS, AJUSTANDOSE LO MAS POSIBLE A LAS SIGUIENTES LINEAS:

»PRIMERO. — LAS AGUAS DE PEARL HARBOUR SERAN DIVIDIDAS, APROXIMADAMENTE, EN CINCO SUBZONAS. NO OBJETAMOS QUE ABREVIE USTED TANTO COMO LE PAREZCA.

»ZONA A.—AGUAS ENTRE LA ISLA DE FORD Y EL ARSENAL.

»ZONA B. — AGUAS ADYACENTES AL SUR DE LA ISLA Y AL OESTE DE LA DE FORD. ESTA ZONA ESTA EN EL LADO

OPUESTO DE LA ISLA, DESDE LA ZONA A.

»ZONA C.—ESTE DE LA ENSENADA.

»ZONA D.—CENTRO DE LA ENSENADA.

»ZONA E.—OESTE DE LA ENSENADA Y AGUAS DE COMUNICACION CON LAS RUTAS.

»SEGUNDO.—CON REFERENCIA A LOS BARCOS DE GUERRA Y PORTAVIONES, QUISIERAMOS EL INFORME DE LOS QUE ESTAN ANCLADOS (ESTO ES MUY IMPORTANTE), DE LOS QUE ESTAN EN AMARRAS EN LOS MUELLES, BOYAS Y DOCKS. DESIGNE BREVEMENTE LOS TIPOS Y LAS CLASES. Y SI ES POSIBLE, MENCIONE CUANDO DOS BARCOS Y MAS ESTEN JUNTOS EN UN MISMO MUELLE.»

(Descifrado por el Departamento de Guerra, 9 octubre 1941.)

CONSUL GENERAL DE HONOLULU A TOKIO.—29 SEPTIEMBRE 1941 (178).

Este mensaje corresponde al despacho 83 de Tokio, y establece un código de designación para cada una de las cinco zonas prescritas para Pearl Harbour.

TOKIO AL CONSUL GENERAL EN HONOLULU.—15 NOVIEMBRE 1941 (111):

«COMO LAS RELACIONES ENTRE EL JAPON Y LOS ESTADOS UNIDOS SON MUY CRITICAS, HAGA IRREGULARES SUS «IN-

FORMES DE BARCOS EN EL PUERTO», A UN PROMEDIO DE DOS POR SEMANA. AUNQUE YA ESTA USTED ENTERADO, SIRVASE TENER UN CUIDADO EXTRAORDINARIO EN MANTENER EL SECRETO.»

(Descifrado por el Departamento de Marina, 6 diciembre 1941.)

CONSUL GENERAL DE HONOLULU A TOKIO.—18 NOVIEMBRE 1941 (222).

En este despacho se facilitaba un largo informe muy detallado de la situación de los barcos de guerra dentro de las diferentes zonas en que habían dividido el área de Pearl Harbour.

(Descifrado por el Departamento de Guerra, 6 diciembre 1941.)

TOKIO AL CONSUL GENERAL DE HONOLULU.—18 NOVIEMBRE 1951 (113):

«SIRVASE INFORMAR DE LAS SIGUIENTES ZONAS, RESPECTO A LOS NAVIOS ANCLADOS EN ELLAS: ZONA «N» DE PEARL HARBOUR, BAHIA DE MAMALA (HONOLULU) Y LAS ADYACENTES A ELLAS. HAGA SUS INVESTIGACIONES CON EL MAYOR SECRETO.»

(Descifrado por el Departamento de Guerra, 5 diciembre 1941.)

TOKIO AL CONSUL GENERAL DE HONOLULU.—20 NOVIEMBRE 1941 (111):

«SIRVASE INVESTIGAR COMPRENSIBLEMENTE LA FLOTA... BASES EN LA VECINDAD DE LA RESERVA MILITAR HAWAIANA.»

(Descifrado por el Departamento de Guerra, 4 diciembre 1941.)

TOKIO AL CONSUL GENERAL DE HONOLULU.—29 NOVIEMBRE 1941 (122):

«HEMOS ESTADO RECIBIENDO DE USTED INFORMES SOBRE LOS MOVIMIENTOS DE LOS BARCOS, PERO EN LO SUCESIVO TENDRA USTED TAMBIEN QUE INFORMAR AUNQUE NO HAYA MOVIMIENTOS.»

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 5 diciembre 1941.)

Sobre cualquier análisis, el técnico militar más estúpido es capaz de interpretar con toda exactitud la significación de los despachos descifrados.

Si lo habitual y sabido era que el Servicio Secreto japonés conociera los movimientos de la escuadra y de sus unidades aisladas, la novedad de «cuadricular» el puerto para dar la situación exacta de cada barco anclado, y ratificar luego la orden de que si hasta el momento sólo había interesado la situación de los barcos en movimiento, ahora interesaba la situación de los barcos en reposo, no podía tener más significación, hasta para el más lerdo, sino que si el Almiran-

tazgo japonés pedía tales datos, tan sólo podía desearlos para un ataque a la escuadra cuando se hallase fondeada en el puerto; llevando el hecho al convencimiento final de que tal ataque se realizaría por aire, ya que siendo un puerto cerrado y defendido, sólo por el aire podrían ser alcanzados los barcos en sus fondeaderos.

A mayor abundancia, tanto Roosevelt como Marshall y Stark conocían el 24 de septiembre la crítica situación de las negociaciones que se celebraban en Washington, las reacciones de Tokyo al día y, por último, los efectos del bloqueo económico poniendo en crítica situación militar al Japón. Todo ello daba la más alta significación a los mensajes, si literalmente no la hubieran tenido ya por sí mismos, como se ha visto.

Para volatilizar cualquier atenuante, he ahí el texto de un mensaje, ya copiado y aludido, tal como es en su versión original y tal como figura en la documentación publicada por las Comisiones parlamentarias americanas:

EMBAJADOR GREW, TOKIO, AL DEPARTAMENTO DE ESTADO. — 27 ENERO 1941:

«EL MINISTRO PERUANO HA INFORMADO A UN MIEMBRO DE MI PERSONAL QUE HA OIDO DE VARIAS FUENTES, INCLUYENDO UNA JAPONESA, QUE EN EL EVENTO DE UN CONFLICTO ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL JAPON, LOS JA-

PONESES INTENTARIAN UN ATAQUE POR SORPRESA CONTRA PEARL HARBOUR CON TODA SU FUERZA Y EMPLEANDO TODO SU EQUIPO. EL MINISTRO DEL PERU CONSIDERA EL RUMOR FANTASTICO, PERO, SIN EMBARGO, CREE QUE TIENE SUFICIENTE IMPORTANCIA PARA DAR ESTA INFORMACION A UN MIEMBRO DE LA EMBAJADA.»

Convendrá el más ingenuo lector que el miembro del Estado Mayor más idiota no podía tener la menor duda de que el Almirantazgo japonés preparaba el anunciado ataque por sorpresa a Pearl Harbour.

Pero aquel «idiota genial» que se llamó Franklin Delano Roosevelt, decretó, y obedecieron los 12 conocedores de la «Magia», que nada de todo ello debían conocerlo el almirante Kimmel ni el general Short.

Y menos aún aquellos millares de marinos cuyo asesinato decidía Tokio...

Sin duda, el **genial idiota** se decía en su interior:

¡Todo sea por acudir a salvar al Comunismo, en trance de morir!...

* * *

Investigaciones realizadas con posterioridad al ataque han dado a conocer el servicio mon-

tado por el espionaje japonés para poder informar a la escuadra atacante en todo momento sobre cualquier cambio de actitud o formación en las fuerzas americanas de la base.

. El sistema. montado desde hacía mucho tiempo, consistía en la observación realizada por un submarino japonés, cuyo periscopio enfocaba tres puntos de la isla, desde los cuales los agentes de espionaje le hacían las señales convenidas según el código previamente establecido.

El submarino conectaba por su radio con el mando de la escuadra japonesa, si recibía un mensaje que podía determinar un cambio necesario en el dispositivo del ataque.

Los tres puntos de la costa eran los siguientes:

Para ser observados durante las horas del día: uno en la bahía de Laniki y otro en el poblado de Kemala; éste distante casi una milla de la playa de la isla, en la vertiente meridional de Maui.

Para observación nocturna, las luces de unas casas situadas en las mismas posiciones observadas durante el día, es decir, en el poblado de Kemala y bahía de Laniki, y, además, una hoguera en Manui.

La transmisión diurna se realizaba por medio de señales hechas desde un bote anclado en Laniki, cuyas señales correspondían a los números del código.

La transmisión nocturna se realizaba por medio de posiciones de luces. Las figuras formadas

con ellas, en combinación con la hora en que se mostraban, significaban los números correspondientes del código.

Este sistema, en sí clásico, era reforzado y ratificado en caso necesario por emisiones de la radio comercial de Honolulú VKGMG. A esta radio le eran enviados falsos anuncios para sus emisiones de publicidad, en los cuales eran intercaladas palabras correspondientes a un código.

Como se ve, las precauciones tomadas por el espionaje japonés llegaban al extremo, a fin de que cualquier azar no pudiera impedir que el almirante japonés, jefe de la escuadra atacante, conociese hasta el último instante si había variación en la base de Pearl Harbour. Y, como es natural, conocer si su proximidad e intenciones habían sido descubiertas y si se habían tomado disposiciones militares en la base para frustrar su ataque.

Como anteriormente se ha hecho notar, el factor SORPRESA jugaba decisivamente en la realización del ataque. Y era en absoluto necesario que el almirante japonés tuviese noticias hasta el último instante, al dar la orden de despegue a sus aviones, de que la escuadra seguía ignorante y «dormida».

Ningún marino del mundo, encargado de una misión de guerra similar, se hubiera lanzado al ataque si lo informan de que ha sido descubierto por el mando enemigo y de que se dispone a recibirlo adecuadamente.

Y el almirante japonés también habría virado en redondo si sabe que ha sido descubierto, y se hubiera alejado de Pearl Harbour a toda máquina.

Pero, sin su ataque.... ¿cómo podían los Estados Unidos acudir a salvar al Comunismo?...

Hasta el último instante se cumplieron las órdenes siniestras de que los servicios americanos cerrasen los ojos ante el espionaje japonés radicado en la isla de Hawai.

Aportemos primero una muy calificada acusación. Es de Robert E. Stripling, ex-investigador en jefe del **Comité de Actividades Antiamericanas** del Congreso de los Estados Unidos, uno de los hombres más destacados en la técnica del descubrimiento de espías, en cuyo haber se halla el haber tenido intervención principal en el descubrimiento del famoso espía Hiss, consejero íntimo de Roosevelt y primer presidente de la O. N. U.

Dice Stripling:

«No había transcurrido mucho del año 1940 el día que Roosevelt llamó desde la Casa Blanca a Dies—el presidente de la Comisión de Actividades Antiamericanas—, **que se hallaba en aquel momento en su patria chica de Tejas. En un instante de optimismo irreflexivo, el representante**

demócrata tejano creyó que volvía a la gracia del presidente Roosevelt.

»Yo le acompañé a la Casa Blanca. Dies esperaba ingenuamente ser recibido en el acto por Roosevelt, pero se le obligó a hacer una antesala de cuarenta y cinco minutos. Al fin fué introducido en el despacho presidencial, pero, con gran sorpresa por su parte, advirtió que Roosevelt no se hallaba solo; a su lado apareció la figura de Robert Gradner Jackson.

»Roosevelt comunicó a Dies que el procurador general, Jackson, acusaba a la Comisión que él presidía de anticiparse con sus intervenciones en asuntos que ponían en peligro la seguridad nacional. (La verdad es que la Comisión estaba actuando con energía en asuntos sobre los cuales el Departamento de Justicia se había mostrado negligente con toda evidencia.)

»Roosevelt amonestó larga y severamente a Dies, y éste, al fin y casi a la fuerza, consintió en que, para el futuro, todos los casos en que la Comisión proyectase intervenir serían consultados previamente con el Departamento de Justicia. Accedió—según nos indicó más tarde—«debido solamente a la difícil situación internacional del momento».

»En forma silenciosa, pero creo que bastante eficiente, continuamos nuestra larga investigación sobre las actividades del espionaje japonés en toda la costa del Pacífico y en las islas de Hawai (Pearl Harbour).

»A mediados de junio de 1941 (1) teníamos la información del caso completa.

»Dies—el Presidente de la Comisión—, que en aquel instante se hallaba en Jasper (Tejas), informó al Departamento de Justicia de que proyectaba iniciar las audiencias referentes al asunto del espionaje japonés el día 1.° del próximo julio, y le anticipaba algunas conclusiones a que habíamos llegado en la información.

»La respuesta del Departamento de Justicia la recibimos unos cuantos días antes de la fecha que habíamos señalado para dar principio a las audiencias (2). La respuesta se hallaba firmada por el procurador interino, Matthew Mac Guire, e informaba a Dies de que el Departamento, DESPUES DE TRATAR DEL ASUNTO CON EL PRESIDENTE Y EL SECRETARIO DE ESTADO, CORDELL HULL, NO PODIA CONCEDER AUTORIZACION PARA CELEBRAR AQUELLAS AUDIENCIAS.

»Durante todo el resto de mi vida seguiré creyendo que nuestras revelaciones habrían provocado alarma bastante en el pueblo de los Estados Unidos para que los japoneses abandonaran sus proyectos de atacar a Pearl Harbour, y en caso

---

(1) Debo hacerlo observar. La terminación de la investigación coincide con el principio de la guerra en la U. R. S. S., aun cuando, como ya conocemos, Roosevelt tenía noticias de los proyectos de Hítler desde hacía muchos meses.

(2) Vuelvo a hacerlo notar. La respuesta del Departamento se da, indudablemente, días después del ataque a la Unión Soviética, que ha empezado el 22 de junio.

de no conseguir esto, creo que nuestras revelaciones habrían motivado que los Estados Unidos se prepararan más adecuadamente para los próximos y difíciles días que llegaban» (1).

Sin comentarios. Esto acaeció en la tercera decena de junio, coincidiendo con el principio de la guerra entre Alemania y la U. R. S. S. El espionaje que se le prohibe descubrir a la Comisión parlamentaria es el de una potencia, el Japón, aliada de Hítler, del odiado Hítler...

El hecho revela que en sus líneas generales, y hasta en muchos detalles, **el plan de Roosevelt de sacrificar la escuadra de Pearl Harbour para poder arrastrar a los Estados Unidos a la guerra databa de muy antiguo, y lo puso en ejecución en el mismo instante que Hítler atacó a la Unión Soviética.** El primer acto, sin duda, es este **veto** a la investigación de la Comisión de Actividades Antiamericanas.

Otro, el último en relación al espionaje japonés en Pearl Harbour, es cometido setenta y dos horas antes del ataque, y constituye el último en este aspecto específico de la traición.

Se ha informado antes de que el espionaje japonés reforzó su sistema de transmisión a la escuadra atacante haciendo radiar a la estación comercial VKGMG mensajes disfrazados como anuncios publicitarios.

Esto lo supo Wáshington el día 3 de diciem-

---

(1) Robert E. Stripling: «La conspiración comunista en los Estados Unidos».

bre de 1941. En esta fecha fué captado el mensaje cifrado del cónsul general de Honolulú (245), y en el cual se convenía este nuevo medio que se utilizaría para las comunicaciones entre la isla y Tokio y, naturalmente, también para la escuadra.

En las numerosas investigaciones realizadas años después, tan sólo se ha descubierto la **negligencia** de no haber sido descifrado este mensaje hasta después del día 7 de diciembre...

No habrá hoy pruebas de que fuera descifrado antes, concédase; pero, dada la bien conocida situación, ¿por qué no se hizo descifrar con toda urgencia?...; ¿cuándo era la urgencia más justificada?...

Ahora bien, yo creo que fué descifrado en el debido momento; pero como ya no era un mensaje de la «Magia», cuya distribución estaba estrictamente reglamentada, y quedaban pruebas horarias, en este caso, como en otros, tales pruebas han debido desaparecer, si las hubo, y ya la responsabilidad quedó reducida únicamente a la deficiencia de un técnico cualquiera, cuya persona no se ha identificado.

ACCION PREBELICA: DESTRUCCION DE CODIGOS

El volumen y la claridad de las evidencias guerreras del Japón crece sin cesar:

TOKIO A EMBAJADA WASHINGTON.— 27 NOVIEMBRE 1941 (Circular X 2.409. En cuatro partes completas):

«CON LAS RELACIONES INTERNACIONALES MAS TENSAS CADA DIA, SE PONE EN EJECUCION EL SIGUIENTE SISTEMA DE DESPACHOS DE EMERGENCIA, USANDO **INGO DEMPO** (Palabras ocultas). SIRVASE ESTUDIARLO CUIDADOSAMENTE.

»HAGA UNA TABLA CUYA COLUMNA IZQUIERDA CONTENGA LAS PALABRAS DEL CODIGO Y LA DERECHA LAS SENCILLAS (descifradas). SIRVASE COMPROBAR QUE NO HAYA EQUIVOCACION AL TRANSCRIBIR ESTO:

1.ª PARTE

»EJEMPLO: UN MENSAJE QUE SIGNIFIQUE: LAS FUERZAS MILITARES DEL

JAPON Y DE LA U. R. S. S. HAN CHOCADO, SE ESCRIBIRA: A LOS EMPLEADOS HIJIKATA Y KUBOTA SE LES HA ENVIADO A VUESTRA EMBAJADA EL DIA 15 (EMPIEZA LA LECTURA) STOP (TERMINA).

»A FIN DE DISTINGUIR ESTOS CABLES DE OTROS, LA PALABRA INGLESA STOP SERA AÑADIDA AL FIN COMO INDICADORA. LA PALABRA JAPONESA OWARI (fin) NO SE USARA.

2.ª PARTE

Palabra del Código	Significado
«HAKATEYANA»	Las relaciones entre Japón y... se han roto.
«HATTORI»	Las relaciones entre el Japón y... no están de acuerdo con lo esperado.

3.ª PARTE

«HIJIKATA»	El Japón y las fuerzas militares de... han chocado.
«KASHIWAGI»	Comenzamos la acción militar contra...
«KOYANAGI»	Inglaterra.
«KUBOTA»	U. R. S. S.

4.ª PARTE

«MINANI»	Estados Unidos.

(Descifrado por el Departamento de la Armada, 2 diciembre 1941.)

Este mensaje era más amplio: contenía 53 palabras del código y su significado. Para comprender su gravedad, basta con las insertadas.

Se mencionan solamente las palabras del código para poder entender el ejemplo dado en la primera parte del mensaje y del despacho con el código «Palabras ocultas». (Descifrado en Wáshington el 7 de diciembre de 1941.)

TOKIO A EMBAJADA WASHINGTON.— 1 DICIEMBRE 1941 (Circular X 2.444):

«A LAS CUATRO OFICINAS DE LONDRES, HONG KONG, SINGAPOORE Y MANILA SE LES HA INSTRUIDO PARA QUE ABANDONEN EL USO DE LAS MAQUINAS CODIGO, Y PARA ACONDICIONARLAS, LAS MAQUINAS DE BATAVIA SE HAN DEVUELTO AL JAPON. SIN TENER EN CUENTA EL CONTENIDO DE MI CIRCULAR X 2.447, LA EMBAJADA EN LOS ESTADOS UNIDOS RETENDRA LAS MAQUINAS Y CODIGOS DE ELLAS.

»SIRVASE RETRANSMITIR A FRANCIA, ALEMANIA, ITALIA Y TURQUIA, DESDE SUIZA; Y AL BRASIL, ARGENTINA Y CIUDAD DE MEJICO, DESDE WASHINGTON.»

(Descifrado en el Departamento de la Armada, 1 diciembre 1941.)

TOKIO (TOGO) A EMBAJADA WASHINGTON.—2 DICIEMBRE 1941 (867):

«1.° ENTRE LOS CODIGOS TELEGRAFICOS CON LOS CUALES ESTA EQUIPADA VUESTRA OFICINA, QUEME TODOS, EXCEPTO LOS USADOS AHORA CON LA MAQUINA Y UNA COPIA DE LOS CODIGOS O. (Oite) Y EL ABREVIADO (L.). QUEME TAMBIEN LOS OTROS QUE ESTAN BAJO SU SUPERVISION.

»2.° SUSPENDA EN SEGUIDA EL USO DEL CODIGO DE MAQUINA Y DESTRUYALO INMEDIATAMENTE.

»3.° CUANDO HAYA TERMINADO DE HACER ESTO, TELEGRAFIEME UNA SOLA PALABRA: «HARUNA».

»4.° EN EL TIEMPO Y DEL MODO QUE JUZGUE USTED MAS PROPIO, DISPONGA DE TODAS LAS FICHAS DE MENSAJES DE IDA Y VUELTA Y DE LOS DEMAS DOCUMENTOS SECRETOS.

»5.° QUEME TODOS LOS CODIGOS QUE LE LLEVO EL OFICIAL DE TELEGRAFOS KOSATA. POR CONSIGUIENTE, LA NECESIDAD DEL CONTACTO CON LA CIUDAD DE MEJICO, MENCIONADA EN MI 860, YA NO EXISTE.»

(Descifrado en el Departamento de Guerra, 1 diciembre 1941.)

Las órdenes de destrucción de códigos se

cumplieron rápidamente. El 6 de diciembre habían captado los servicio de Wáshington dieciséis mensajes de distintos Consulados y Embajadas con la palabra «HARUNA». La primera en la destrucción debió ser la Embajada japonesa de Londres, pues el día 3 ya comunicaba el Almirantazgo británico que se había consumado en ella.

EMBAJADA JAPONESA BERNA A EMBAJADA JAPONESA ANKARA.—2 DICIEMBRE 1941 (TOKIO, Circular 2.447):

«SE HAN DADO ORDENES A NUESTROS OFICIALES DIPLOMATICOS DE NORTEAMERICA, INCLUYENDO MANILA, CANADA, PANAMA, CUBA; LOS MARES DEL SUR, INCLUYENDO TIMOR, SINORA, CHIENMAL, Y A TODOS NUESTROS OFICIALES DE INGLATERRA (INCLUYENDO NUESTRA EMBAJADA EN LONDRES) Y TERRITORIOS DE LOS PAISES BAJOS, PARA QUE ME INFORMEN SOBRE LA QUEMA DE TODOS SUS CODIGOS TELEGRAFICOS, EXCEPTO SENDAS COPIAS DEL «OITE» Y «L».

»RETRANSMITA DESDE BERLIN A LISBOA, HELSINKI, BUDAPEST Y VIENA; RETRANSMITA DESDE ROMA A BUCAREST...; RETRANSMITA DESDE BERNA A VICHY, ANKARA, LISBOA, MADRID; RETRANSMITA DESDE RIO A BUENOS AI-

RES, LIMA, SANTIAGO...; CIUDAD DE MEJICO, PANAMA, BOGOTA; RETRANSMITA DESDE BANGKOK A HANOI, SAIGON...»

(Descifrado por el Departamento de Guerra, 6 diciembre 1941.)

EMBAJADA WASHINGTON A TOKIO.— 3 DICIEMBRE 1941 (X 1.245):

«TERASAKI, AHORA EN EL CENTRO DE... TRABAJO DE INVESTIGACION EN LA HORA MAS IMPORTANTE. QUISIERA TENERLE POR ALGUN TIEMPO Y QUE SALGA POR MAR EL 19. TAKAGI EN ASUNTOS TATSUTA MARU...»

(Descifrado por el Departamento Naval, 6 diciembre 1941.)

TOKIO A EMBAJADA WASHINGTON.— 5 DICIEMBRE 1941 (896):

«RETRANSMITA SU X 1.245. SIRVASE ORDENAR QUE TERASAKI, ANDO, YAMAMOTO Y OTROS SALGAN POR AVION DENTRO DE LOS DOS PROXIMOS DIAS.»

(Descifrado por el Departamento Naval, 6 diciembre 1941.)

Estos dos mensajes últimos se refieren al secretario de Embajada Terasaky, un jefe del espionaje japonés que, a cubierto por la inmunidad diplomática, había estado en Wáshington durante el verano y el otoño de 1941; según informes

americanos, para organizar el espionaje japonés en la América latina.

En 3 de diciembre el Departamento de Marina había descifrado la circular de Tokio X 2.444 y el despacho de Tokio X 867, y envió los cuatro despachos que se copian. En cabeza se pusieron las palabras que siguen, cuyo significado se da:

OPNAV	Oficina del jefe de Operaciones Navales.
CINCAF...	Comandante jefe Flota Asiática.
CINCPAC..	Comandante jefe de la Flota del Pacífico.
COM. 14	Comandante del 14 Distrito Naval (islas hawaianas).
COM. 16	Comandante del 16 Distrito Naval (islas Filipinas).
NAVSTA GUAM..	ESTACION NAVAL. GUAM.

El sistema es reglamentario en la sección de Comunicaciones Navales. Los destinatarios se dividen en dos clases: aquellos a quienes el recibo de tales mensajes constituye orden de acción y aquellos otros para quienes tan sólo es un medio de información.

OPNAV. — PARA ACCION: A CINCAF, CINSPAC, COM. 14 Y COM. 16.—3 DICIEMBRE 1941:

«SE HA RECIBIDO INFORMACION DE GRAN CONFIANZA DE QUE HAN SIDO ENVIADAS AYER INSTRUCCIONES URGENTES Y CATEGORICAS A LOS DIPLOMATICOS JAPONESES Y PUESTOS CONSULARES DE HONG-KONGK, SINGAPOORE, BATAVIA, MANILA, WASHINGTON Y LONDRES PARA QUE DESTRUYAN LA MAYOR PARTE DE SUS CODIGOS Y CIFRAS EN SEGUIDA, Y PARA QUEMAR TODOS LOS DEMAS DOCUMENTOS CONFIDENCIALES Y SECRETOS IMPORTANTES.»

En la copia que luego apareció en los archivos de Wáshington existían las frases siguientes insertadas en el mensaje:

«POR LO QUE ANTECEDE, DEDUZCO QUE LOS PLANES ORANGE SERAN PUESTOS PRONTO EN EJECUCION EN EL SUDESTE DE ASIA.»

El párrafo, aun deduciendo solamente que pronto se producirían ataques japoneses, pero sólo muy lejos de Hawai, tenía gravedad y podía poner en alerta a la base de Pearl Harbour.

Sin duda ese temor de alarmar al almirante Kimmel dictó el suprimir el párrafo en su mensaje, pues no lo recibió, y en la copia de Wáshington aparece tachado.

¿Quién pudo dar orden de suprimirlo?...

Sólo dos personas tenían autoridad militar para ello: Stark y Turner.

¿Tacharon en este caso concreto por propia iniciativa?... ¿Recibieron una orden presidencial específica para ello?... ¿Lo hicieron obedeciendo la orden general de privar de información a Pearl Harbour, que venía rigiendo desde la Conferencia Roosevelt-Churchill en el Atlántico?

Se ignora. Ninguno de los dos marinos lo ha querido recordar en la investigación parlamentaria.

OPNAV. — PARA ACCION: A CINCAF, COM. 16.—3 DICIEMBRE 1941.

PARA INFORMACION: A CINCPAC, COM. 14. COPEC.

«CIRCULAR VEINTICUATRO CUARENTA Y CUATRO DE TOKYO ORDENA HONG KONG, SINGAPOORE Y MANILA DESTRUIR LA MAQUINA PURPURA. LA MAQUINA DE BATAVIA ENVIADA YA A TOKYO. NOVIEMBRE DOS. WASHINGTON TAMBIEN DIRIGIDA A DESTRUIR LA PURPURA. TODAS MENOS UNA COPIA DE OTROS SISTEMAS Y TODOS LOS DOCUMENTOS SECRETOS. ALMIRANTAZGO BRITANICO LONDRES HOY INFORMA EMBAJADA EN LONDRES HA CUMPLIDO LA ORDEN»

OPNAV. — PARA ACCION: A NAVSTA, GUAM.—4 DICIEMBRE 1941.

PARA INFORMACION: A CINCAF, CINCPAC, COM. 14, COM. 16.

TRANSMITIDO CON REFERENCIA DIFERIDA.

«GUAM, DESTRUYA TODAS LAS PUBLICACIONES SECRETAS Y CONFIDENCIALES Y OTRAS MATERIAS CLASIFICADAS, EXCEPTO LAS QUE SON ESENCIALES PARA LOS PROPOSITOS CORRIENTES DE INFORMACION ESPECIAL, RETENIENDO EL MINIMUM DE LOS CONDUCTOS CRIPTOGRAFICOS NECESARIOS PARA COMUNICACIONES ESENCIALES CON CINCAF, COM. 14, COM. 16 y OPNAV. PREPARESE PARA DESTRUIR INSTANTANEAMENTE EN CASO DE CONTINGENCIA TODO EL MATERIAL CLASIFICADO QUE RETENGA. EL INFORME, POR CONDUCTO CRIPTOGRAFICO RETENIDO.»

OPNAV.—PARA ACCION: A CINCPAC.—6 DICIEMBRE 1941.

PARA INFORMACION: A CINCAF.

TRANSMITIDO CON PRECEDENCIA DIFERIDA.

«EN VISTA DE LA SITUACION INTERNACIONAL Y DE LA EXPUESTA POSICION DE NUESTRAS ISLAS DISTANTES DEL PACIFICO, PUEDE ORDENAR LA DESTRUCCION EN ELLAS DE LOS DOCUMENTOS SECRETOS Y CONFIDENCIALES, AHORA

O BAJO POSTERIORES CONDICIONES DE MAYOR CONTINGENCIA. LOS MEDIOS DE COMUNICACION PARA ASEGURAR NUESTRAS COMUNICACIONES CORRIENTES E INFORMACION ESPECIAL DEBERAN SER, NATURALMENTE, CONSERVADOS HASTA EL ULTIMO MOMENTO.»

Examinemos estos despachos un poco detenidamente, puesto que constituyen la única información facilitada a Pearl Harbour y han de ser el agarradero de los acusados para negar que han privado de informes a la base naval sobre el inminente peligro que la amenazaba.

Primero; estos despachos, como se aprecia por su origen, procedían de la División de Comunicaciones y Seguridad de la Marina. Sus textos, aun cuando deben sugerir algo extraordinario, no pueden ser considerados por el jefe de una escuadra como aviso del peligro de un ataque. La División que se lo envía carece de autoridad para ordenar ni sugerir siquiera medidas preventivas que supongan acción bélica, ni siquiera prebélica. Su jurisdicción es puramente burocrática y técnica y sólo abarca específicamente a comunicaciones y su seguridad. Igual puede ordenar esas medidas por haber tomado la decisión de cambiar los códigos como para prevenir que puedan caer en manos de un enemigo potencial, ya sea por un ataque o por un golpe del espionaje.

No puede imaginar el jefe de una escuadra que si el mensaje de una Sección secundaria de su Departamento está motivado por tener información fidedigna de que va a ser atacado, él no sea prevenido por el mismo Jefe del Estado Mayor de la Marina; y no sólo prevenido, sino que le dará órdenes precisas para disponer su propio dispositivo defensivo u ofensivo a fin de procurar la frustración del éxito que busca con su ataque el presunto adversario; dispositivo particular de la escuadra y base naval que el Jefe del Estado Mayor General de la Marina debe armonizar con el dispositivo total de la Armada, y sobra decir que con el total de las fuerzas armadas.

Son éstas unas reglas tan elementales y tan ineludibles en la técnica militar de todos los países, que si a ellas falta un Estado Mayor General, todo jefe de unidad o flota será incapaz de suplirlas y de pasar a tomar posición o situación extraordinaria por el mero hecho de que cualquier servicio burocrático, ajeno a la Sección de Operaciones, dé instrucciones de cualquier clase.

En la copia del último despacho, extraída de los archivos de Wáshington, aparece que su primera redacción empezaba con estas frases:

EN VISTA DE LA INMINENCIA DE LA GUERRA.

Pero se tachó, no siendo transmitida, y alguien la cambió por las frases imprecisas y atenuantes:

AHORA O BAJO POSTERIORES CONDICIONES DE MAYOR CONTINGENCIA.

Aun cuando en la investigación parlamentaria no se haya dilucidado el extremo, no es difícil inducir lo acaecido.

El jefe de Comunicaciones, dado su cargo, tenía que conocer LA INMINENCIA DE LA GUERRA, y así empieza su despacho; jefe a la vez de la Seguridad de Comunicaciones, debía cumplir con el deber de su cargo y dar órdenes para evitar el riesgo de sus códigos. Y así lo hace. Todo reglamentario y normal, como puede apreciarse. Pero su mensaje necesita el visto bueno superior del jefe o subjefe del Estado Mayor de la Marina, Stark o Turner. Y al leer el despacho han de darse cuenta de que aquella sola frase derrumba el muro levantado en torno a Pearl Harbour por «órdenes de la más alta autoridad», y que, aun no procediendo el despacho de un origen legítimo y normal, ha de bastar para que el jefe de la escuadra tome precauciones y pida órdenes a la vista de la INMINENCIA DE LA GUERRA que le denuncia el jefe de la División de Comunicaciones.

Sin duda no se atreve nadie a asumir la responsabilidad de prohibir que el despacho sea cur-

sado. Es tanto como imponer al jefe de la División que falte a su deber, y esto puede ser grave algún día. Y se discurre cercenar aquellas frases reveladoras de la inminencia de la guerra, cambiándolas por otras vagas, de sentido condicional y alternativo, con margen para ser interpretado el sentido del despacho según el destinatario perciba por sí mismo los acontecimientos o aprecie la situación según las informaciones que reciba.

Otro importante detalle, que puede pasar inadvertido, confirma la reconstrucción precedente.

La clasificación preferencial en las transmisiones de los despachos militares es triple en los Estados Unidos:

1.° PRIORIDAD, que impone transmisión y entrega con la mayor urgencia posible.

2.° ORDINARIO; transmisión y entrega normal, sin dilación no justificada.

3.° DIFERIDO; transmisión dando preferencia a los de las dos clases preferentes, e indicando que no existe urgencia en su transmisión y entrega.

El despacho lleva la palabra DIFERIDO. El abogado del Tribunal de la Marina interrogó al almirante Noyes, jefe de la Sección de Comunicaciones, sobre el motivo de haber dado curso al último telegrama con la clasificación de DIFERIDO, constándole la peligrosa situación en aquel instante.

La respuesta de Noyes careció de precisión.

Ni siquiera quiso escudarse diciendo que la clasificación para la transmisión del despacho había sido dispuesta por orden superior. Se limitó a decir que, a pesar de la clasificación, el telegrama fué transmitido muy pronto.

Y a nadie se le ocurrió profundizar más en el asunto, como si el celo o el capricho de un operador salvara la responsabilidad de un superior que no había clasificado como de máxima urgencia un despacho con aquel contenido, que sólo se cursa en momento del máximo peligro. La sola palabra DIFERIDO en el despacho aleja en el destinatario toda idea de inminencia de peligro.

Y así, el muro prohibitivo continuó intacto y sin fisura aislando Pearl Harbour.

Naturalmente, si el almirante Kimmel no hubiera sido privado de la voluminosa información de la MAGIA durante aquellos meses, suprimidas o no las frases reveladoras del despacho, automáticamente hubiera deducido la inminencia de la guerra y hubiera puesto las fuerzas de su mando en disposición de impedir la sorpresa. Y, por lo tanto, siendo la sorpresa la premisa esencial del ataque japonés, no hubiera sido lanzado el ataque Y sin ataque no hay guerra para los Estados Unidos.

SE REUNEN ROOSEVELT Y SUS COMPLICES

El Presidente reúne a Hull, Secretario de Estado; Stimson, de Guerra; Knok, Jefe del Estado Mayor del Ejército, y al Almirante Stark, de la Marina.

Es el día 25 de noviembre de 1941.

Se tiene noticia fidedigna, pero, naturalmente, parcial de lo tratado entre el Presidente y sus más altos consejeros **oficiales**, tanto políticos como militares.

El Secretario de Guerra, Stimson, declaró ante el Comité de Investigaciones del Congreso, y de sus manifestaciones pueden ser extraídos los siguientes aspectos como más interesantes:

«El Presidente puso inmediatamente a la consideración de los reunidos el estado de las relaciones diplomáticas con los japoneses.

»Mr. Hull manifestó que los japoneses estaban en disposición de lanzarse al ataque y que podían atacar en cualquier momento.

»El Presidente añadió que los japoneses te-

nían por costumbre atacar por sorpresa, y afirmó que podíamos ser atacados, por ejemplo, el próximo lunes.»

Téngase presente; aquel día, el 25 de noviembre, era martes. Roosevelt preveía el ataque para siete días después. Tardó menos de una semana más.

Al testimonio de Stimson ante la Comisión debe agregarse este párrafo de su diario personal:

«El problema consistía en cómo deberíamos manejarlos (a los japoneses) para que fueran ellos los que hicieran el primer disparo, pero que fuera en forma de que no nos causaran mucho daño.»

Comentar estos dos textos, que figuran atestiguados en las actas de la Comisión investigadora, sería ofender a los lectores, porque sería tanto como negarles la menor perspicacia.

Tan sólo me permito ilustrarlos con un dato que una inercia mental muy corriente puede hacer pasar inadvertido.

El dato se refiere precisamente a otro fenómeno de inercia mental que le ocurre al Presidente cuando habla en aquella reunión.

Como hemos visto, Roosevelt vaticina el ataque japonés para el próximo **lunes**, día 1 de diciembre.

Un hombre tan atento a las incidencias de la guerra como Roosevelt no podía ignorar que la costumbre adoptada por los países totalitarios

en su lucha con los anglosajones era la de atacar los sábados por la tarde, en su noche o los domingos. El conocimiento del inveterado hábito anglo-americano de abandonar todo trabajo desde la tarde del sábado al lunes por la mañana impedía que el aparato estatal, y hasta el militar, pudieran replicar con rapidez y agilidad a los ataques lanzados por sorpresa.

¿Por qué con antecedentes tan reiterados y tan recientes vaticina Roosevelt el ataque japonés para un lunes?...

Además, las presunciones de los Estados Mayores, tanto del Ejército como de la Marina, señalaban un sábado o un domingo como los días más indicados para el ataque japonés... Existe prueba documental.

El día 19 de abril de 1941, la Sección de Operaciones del Estado Mayor de la Marina envió a los Comandantes de todas las bases navales el siguiente mensaje:

«AL PERSONAL DE VUESTRO SERVICIO DE INFORMACION DEBE INFORMARLE QUE DEBIDO AL HECHO, DEMOSTRADO POR ANTERIORES EXPERIENCIAS, DE QUE LAS POTENCIAS DEL EJE DAN PRINCIPIO FRECUENTEMENTE A SUS ACTIVIDADES EN SABADOS Y DOMINGOS O EN DIA DE FIESTA NACIONAL DEL PAIS AFECTADO, DEBERAN TOMAR SUS MEDIDAS PARA ASEGURAR QUE EN ESOS

DIAS SEAN EFECTIVAS LAS GUARDIAS PROPIAS Y TOMADAS LAS DEBIDAS PRECAUCIONES.»

¿Por qué Roosevelt, que conocía también esas fundadas presunciones, indica el lunes?...

Sencillamente, por inercia mental. Es un fenómeno que nos sucede a todos de la manera más natural. Nadie, sin un esfuerzo grande, es capaz en España de imaginar, cuando hiela en enero, que se asan en aquel mismo instante allá, en Argentina o en Australia. Nadie, y Roosevelt como cualquiera, piensa un domingo en Estados Unidos que aquel mismo día es lunes en el Japón...

Ya intuirán los lectores la explicación.

Todas las fechas japonesas, como es natural, estaban referidas al calendario de su meridiano. Tanto es así, para mayor evidencia, que en todos los textos japoneses, ya sean anteriores o ulteriores al ataque a Pearl Harbour, lo sitúan en el 8 de diciembre, o sea el lunes...; lunes en Tokio: **domingo en Wáshington y en Pearl Harbour.**

Ya puede inducirse con toda seguridad el motivo que tenía Roosevelt para señalar un lunes como día del ataque...; el Presidente daba la fecha literalmente; literalmente, el día de la semana de Tokio..., tal y conforme se la habían transmitido..., sin que su inercia mental le permitiera rectificarla, al razonar que el lunes del Japón era el domingo americano.

¿Entonces—reflexionarán los lectores—Roosevelt se hallaba informado el día 25 de que el Japón atacaría, y que atacaría un lunes «japonés»?...

Sí, lector; sí lo sabía.

Ya es conocido uno de los más grandes espías de la Historia. Se trata del Dr. Richard Sorge, un alemán al servicio de la Unión Soviética, cuyas grandes hazañas en el Japón han sido relatadas por él mismo antes de su ejecución y publicadas en un excelente libro del general americano Charles A. Willoughby, Jefe del Servicio de Contraespionaje de Mac Arthur.

Es verdad que en el citado libro no se dice nada referente al ataque japonés en Pearl Harbour en conexión con el espía Sorge.

Pero ha sido voz pública en Wáshington que Stalin había informado a Roosevelt de la inminencia del ataque nipón a la escuadra de Pearl Harbour.

Ciertamente, la «voz pública» no es base suficiente para esta acusación. Pero existe un texto responsable que la formuló sin sufrir sanción o rectificación.

Mr. John O'Donnell, redactor en Wáshington del diario «Daily Newes», de Nueva York, publicó el 17 de mayo de 1951 un artículo en su diario, mencionando varios informes políticos que se hallaban herméticamente guardados en el Capitol Hill de Wáshington. Entre los documentos mencionados por Mr. O'Donnell se hallaban

los informes secretos que la policía japonesa entregó al general Mac Arthur en Tokio, en septiembre de 1945, y la confesión total del espía Sorge, que tenía 32.000 palabras.

Lo importante del artículo de Mr. O'Donnell se sintetiza en este párrafo:

«**Cuando fué enviada aquí** (a Wáshington) **la confesión del espía, uno del Pentágono** (edificio de los Ministerios de las Fuerzas Armadas) **vió en el original la afirmación de Sorge de que en octubre de 1941 había informado al Kremlin de que los japoneses intentaban realizar el ataque a Pearl Harbour dentro de sesenta días, y que por tal informe había recibido las gracias, y la noticia de que Wáshington** (Roosevelt) **había sido avisado del proyecto japonés. No hay prueba de que tal informe fuera conocido aquí; pero los documentos de la policía japonesa afirman claramente que Stalin y compañía tuvieron exacta información y nos la enviaron en pago de la nuestra, revelándoles el inminente ataque alemán a Rusia.**»

Mr. O'Donnell, al principio de su artículo, dice lo siguiente:

«Antes de escribir esta columna, el informe completo y la confesión de Sorge han estado a mi disposición, aun cuando sólo he estado en posesión de ellos el tiempo necesario para leer los documentos.»

A lo dicho por O'Donnell debe agregarse que,

ulteriormente, se ha comprobado que ciertas partes de la confesión de Sorge habían sido tachadas en la copia que se guarda en el Pentágono.

Por lo tanto, el presidente Roosevelt fué avisado, por lo menos, dos veces: una por el embajador Grev en enero de 1941; otra por Sorge—a través del Kremlin—en octubre de 1941.

En la del espía soviético se señalaba un plazo de sesenta días para lanzar el ataque, como así fué. Dada la calidad del espía Sorge y la de su red de espionaje, es demasiado verosímil que también fijase el día de la semana señalado para atacar. Tuvo sobrados medios para conocerlo, pero también le sobraban dotes para deducirlo; aun cuando me inclino a creer que lo supiera de fuente japonesa y no por propia deducción. De haberlo deducido él, su mecanismo mental debió asociar el día de la semana a la idea de fiesta, y al comunicar hubiera dicho «domingo» y no «lunes»; pues «lunes» significa traslado literal del informe japonés recibido por él...; «un **LUNES** a contar después de los sesenta días de esta fecha», es lo que hubo de oír Sorge de labios japoneses... Y también por inercia mental, así lo trasladó al Kremlin.

Y he ahí el motivo de augurar Roosevelt que el ataque sería en lunes...

El más listo padece un desliz; raro es el criminal que no lo ha padecido.

«AVISO» A KIMMEL

El 27 de noviembre, a los dos días de la reunión de Roosevelt con sus cómplices, cuando, para el Presidente, puede ser desencadenado el ataque tres días después, el **lunes,** día 1, es enviado por el Departamento de Marina este despacho al almirante Kimmel:

«El presente despacho debe ser considerado como un aviso de guerra. Las negociaciones con el Japón encaminadas a la consolidación de la situación en el Pacífico han terminado, y se espera un movimiento agresivo del Japón dentro de pocos días.»

Esto rima exactamente con las palabras pronunciadas por el Presidente en la reunión del día 25.

Y continúa el despacho:

«El número y equipo de las tropas y la organización de las fuerzas navales denuncian una

expedición anfibia, bien contra las Filipinas, contra Thailandia, la península de Kra o, posiblemente, Borneo. Ejecute un despliegue defensivo adecuado y preparatorio para asignar las misiones determinadas en WPL-46. Informe a las autoridades del Distrito y del Ejército. Un informe similar es enviado por el Departamento de Guerra. Informe británico de Spanado. Que los distritos terrestres de Guam y Samoa tomen medidas contra el sabotaje.»

Ante el Comité de la Comisión del Congreso, el almirante Kimmel no dejó de calificar este mensaje al Departamento de Marina con muy duros términos.

Kimmel habló así:

«El informe que me dirigió el Departamento de Marina, participándome que las negociaciones habían cesado el 27 de noviembre era un pálido reflejo de la situación real y tan parcial como si hubiera sido redactado para inducir a error: los diplomáticos no sólo habían dejado de hablar, estaban con las puntas de las espadas en el pecho. En cuanto al Japón, las conversaciones que siguieron después del 26 de noviembre—como se supo—eran una pura comedia. Eran una estratagema para ocultar el golpe que el Japón estaba preparando. Tal estratagema no engañó al Departamento de Marina. Este conocía perfectamente el plan. La escuadra quedó expuesta ante la maniobra japonesa porque el Departamento

de Marina no me comunicó los informes que poseía sobre lo que tramaban los japoneses.»

El autor no trata de hallar atenuantes ni de disculpar al general Short ni al almirante Kimmel. No se trata para nada de su conducta ni de su suerte personal.

Leído el informe precedente, a mí, como a cualquiera—y los técnicos militares dirán—, parecerá que debió bastar para que el jefe de la escuadra y el de las fuerzas terrestres «ejecutaran un despliegue adecuado según el WPL-46, que es el plan de alerta».

Pero esto se le ocurre a cualquiera si esta comunicación es la única recibida del Departamento correspondiente y no conoce otros mensajes expedidos anteriormente ordenando situarse en posición de alerta.

Kimmel y Short habían recibido ya otros con muy distinta redacción. Naturalmente, una **redacción** bien conocida por quien los había redactado.

Se copian los despachos:

DEPARTAMENTO DE GUERRA A COMANDANTE HAWAI.—17 JUNIO 1940:

«ALERTA INMEDIATA. COMPLETE ORGANIZACION DEFENSIVA PARA HACER FRENTE A UN POSIBLE RAID TRANSPACIFICO... MANTENGA EL ALERTA HASTA NUEVA ORDEN.»

DEPARTAMENTO NAVAL A COMANDANTE JEFE DE LA FLOTA DEL PACIFICO.—17 JUNIO 1940:

«ESTE ALERTA CONTRA RAID AEREO.»

OPERACIONES NAVALES A COMANDANTES JEFES DE LA FLOTA DEL PACIFICO.—21 ENERO 1941:

«SI MIS PREVISIONES RESULTAN CORRECTAS PIENSO ORDENAR LA MOVILIZACION SEGUN RAINBOW (Arco Iris) 3 CON LAS S I G U I E N T E S MODIFICACIONES...»

Los lectores, al cotejar estos antiguos despachos con el enviado el 27, advertirán esenciales diferencias. Los anteriores son órdenes y entrañan ejecución inmediata. El despacho que nos ocupa es informativo; si se quiere, un preaviso para estar dispuesto a recibir órdenes concretas con la claridad acostumbrada en caso de alerta. Pero podemos admitir que así no sea y que la redacción y contenido del despacho no admitan que se tengan en cuenta los precedentes.

En realidad, existe la orden de **ejecutar el despliegue defensivo.** Esto está bien claro.

Ignoramos el plan WPL-46, pero la sola palabra «despliegue» nos indica que la escuadra debería salir de la base naval, en disposición de navegar y combatir, dejando así de ser un blanco inmóvil para los ataques aéreos, los únicos

posibles, dada la distancia, conocida, a que se hallaban los buques de línea de la escuadra japonesa.

Bien; pero precisamente a las veinticuatro horas de recibirse aquel mensaje, que luego ha querido ser presentado como de **alerta**, el día 28, se realiza un hecho que tiene mucha más elocuencia para un almirante que cualquier mensaje del Departamento.

El día 28 de noviembre—tres días antes de la fecha en que Roosevelt suponía que se lanzara el ataque, se le ordenó al portaviones «Enterprise» que abandonase Pearl Harbour, con la misión de transportar aeroplanos a la isla de Wake; aeroplanos que tanta falta hicieron diez días después.

Según estimo, ningún oficial de la Marina de Guerra puede pensar en amenaza ni en que se le ordenan «despliegues defensivos» si, a la vez, le retiran una de las unidades más esenciales y más eficaces para la defensa, dado el tipo de ataque posible.

Y, en efecto, así lo estiman Kimmel y Short, después de asesorados y de reiteradas discusiones.

Tomamos del informe de la Comisión Roberts:

«El general Short discutió con el almirante Kimmel sus mutuas diferencias de criterio en los días 27 de noviembre y 1, 2 y 3 de diciembre. (Tres días antes del ataque.)

»Durante una de las reuniones, el almirante Kimmel demandó a su subalterno capitán Mc Morris, encargado de los planes de guerra, que expusiera su criterio sobre la probabilidad de un ataque por sorpresa a la isla. Afirma el general Short que el capitán Mc Morris contestó que no había posibilidad alguna de semejante ataque; y, según ratifica el capitán Mc Morris, su respuesta fué que los japoneses no atacarían jamás. De acuerdo con los testimonios presentados, ni el almirante Kimmel ni el general Short discutieron medida alguna para la defensa de las islas Hawai.»

Es natural que si hubieran tenido alguna orden, siquiera de «alerta», estos militares no hubieran discutido sobre si era posible tal ataque, y se hubieran limitado a obedecerlas, tomando las medidas que disponía el plan del Estado Mayor WPL-46.

No se prescinde ni del menor detalle para **tranquilizar** a los comandantes de Hawai.

Como se sabe, diariamente se redacta un parte en los Ministerios de Marina de las grandes potencias marítimas indicando la situación «al día» de las unidades de las escuadras de las demás potencias. Y así se hacía en el Departamento de Marina de Wáshington, que recibía noticia diaria de la posición de los buques japoneses; pero...

La Comisión conjunta de ambas Cámaras obtiene un documento del Ministerio de Marina,

fechado el mismo día del ataque, el 7 de diciembre, en el cual hay un estado indicando la situación de todos los grandes barcos de guerra en el Pacífico, y con relación a los japoneses dice lo siguiente:

«Se asegura que el grueso de la escuadra japonesa se halla en sus dos principales bases navales. «Kure» y «Sasebo», en las grandes islas de Hondo y Kiusiu. Entre los barcos japoneses mencionados por su nombre en el informe, que según el mismo se hallaban aquella misma mañana en las dos bases navales japonesas, estaban todos los buques que se encontraban en aquel mismo instante a menos de 300 millas del archipiélago de Hawai.»

Es una grosera falsificación de los partes diarios dados por el Servicio de Información americano en el Japón; falsificación realizada con el único fin de que el almirante Kimmel no pueda pensar ni por un momento en que puede ser atacado por fuerzas navales japonesas, ya que él ha de tener por fidedignos los partes del Servicio, que sitúan a todas las unidades del presunto adversario capaces por sus características de intentar el ataque a miles de millas de distancia.

Y ningún marino, ni ninguna persona razonable, puede creer en el milagro de que los buques que se hallan fondeados en Hondo y Kiusiu hoy, puedan aparecer en la madrugada siguiente a la vista de Hawai...

Pero hay reincidencia. El día 5 de diciembre, cuarenta y ocho horas antes del ataque, también recibe orden de abandonar Pearl Harbour el portaviones «Lexington», que partió para Midway el mismo día para llevar allí aviones; aviones que tanta falta hicieron en la base dos días después.

Es tan contradictoria una orden de «despliegue defensivo» con mermar en tal medida el poder explorador y defensivo de base y escuadra, que Kimmel y Short era muy difícil que pudieran interpretar el mensaje como un aviso de peligro directo e inmediato para ellos. En el mensaje se precisaban las posiciones que el mando consideraba bajo amenaza, y todas se hallaban a miles de millas de distancia.

Si la escuadra de Pearl Harbour realiza el «despliegue defensivo» el día 28 de noviembre, lo hubiera realizado con una protección aérea insuficiente, con un solo portaviones, y para verse privada siete días después de toda protección en el aire, ya que el único que le restaba también abandonó la escuadra el día 5.

En el mensaje había otra orden ejecutiva en su parte final: la de «medidas contra el sabotaje».

El general Short, a quien correspondía la ejecución, informó al Departamento de Guerra el día siguiente, 28, de que había dado cumplimiento a lo ordenado.

Sin duda, en las fuerzas armadas america-

nas, como en todas las del mundo, tiene vigencia la regla por la cual quien recibe una orden se halla obligado a dar cuenta de su cumplimiento a quien se la dió. Y, como también es regla en todo el mundo, quien da una orden y no es informado de que ha sido cumplimentada por quien la recibió, automáticamente reclama de quien debió obedecerla que le manifieste si la cumplimentó.

De algo tan elemental se olvidaron tanto el Departamento de Marina como el Estado Mayor. Si ciertamente su comunicación al almirante Kimmel—comunicación circular, dirigida también al almirante Hart, jefe de la flota de Asia—era una orden para realizar el mencionado «despliegue defensivo», ¿cómo no le reclamaron nunca que diese cuenta de haberlo realizado?

Sin duda en Wáshington estimaron que la comunicación sólo tenía para Kimmel carácter informativo, y ejecutivo para Hart, cuyo sector en aguas asiáticas era el concretamente amenazado.

Los hechos así son. Ahora pasemos a formular las conclusiones deducidas de los mismos.

Empiezo por la orden cumplimentada, la de medidas contra el sabotaje.

Según sabía el Estado Mayor de Wáshington, esa orden, con arreglo al plan vigente, imponía lo primero agrupar en el espacio más mínimo posible los aviones de las islas, con el fin de poder establecer una vigilancia más perfecta, distra-

yendo en la custodia el menor número de hombres posible.

Ahora bien, tal agrupación suponía colocar los aviones formando un blanco ideal para un ataque aéreo, ya que se eliminaba la dispersión de los acantonamientos y los aparatos se situaban en formación muy compacta. Y, por lo tanto, el agresor necesitaría de menor número de ataques, al disminuir el de objetivos, y también de menor número de bombas y balas de ametralladora, ya que unas y otras causarían el mayor daño, dada la aglomeración de los aviones concentrados.

Como es natural, esta orden de medidas contra el sabotaje resultaba contraproducente, y hasta idiota, si no se acompañaba del «despliegue defensivo» y de la alerta general a las fuerzas armadas.

Algo tan elemental no pudo pasar desapercibido para el eficiente Estado Mayor de Wáshington. Y cabe inducir sin temeridad que **en el perfecto plan de organizar la derrota de Pearl Harbour fué un refinamiento más.**

Como final del episodio, pasemos a examinar el alejamiento de los portaviones y aeroplanos terrestres de la base.

Parto del punto primero: de que Roosevelt esperaba el ataque para el lunes siguiente, día 1 de diciembre.

El alejar al portaviones «Enterprise» de la escuadra y disminuir el número de aviones ba-

sados en tierra con los enviados en él a Wake, matemáticamente, suponía disminuir los riesgos para el enemigo, cuyo ataque esperaba para tres días después, y en cuyo plazo sabía bien que el enemigo sería informado de la disminución de potencia aérea defensiva en la base por su espionaje, que espiaba con impunidad gracias a las órdenes del Presidente, que lo protegían contra el contraespionaje americano.

Podemos imaginar el **desconsuelo** de Roosevelt cuando pasó aquel lunes y no hubo ataque japonés. Con certera lógica, debió pensar que si el ataque no se había desatado era por haber estimado el mando japonés excesivo el riesgo para realizarlo. Y, también con estricta lógica, decidió disminuir aún más el riesgo para el agresor, y el «Lexington» partió, cargado de aviones, el día 5 de diciembre... Y, al fin, el mando japonés, informado por su impune espionaje, ¡al fin!... se decidió al ataque, cuarenta y ocho horas después.

Como vemos, **Roosevelt, en la organización de la derrota de su escuadra, llegó a refinamientos artísticos que rayan en lo exquisito**...

LA SEMANA TRAGICA

Con el contenido de los cuarenta volúmenes en los que se copian las actuaciones de los distintos tribunales y comités que han investigado los hechos puede reconstruirse, hasta cierto punto, lo acaecido en los siete días de la semana que termina en el desastre.

No todos los componentes de los Estados Mayores eran cómplices conscientes o inconscientes en la **organización de la derrota.**

Técnicos de la más elevada calidad y patriotas tuvieron el atenuante de la obediencia debida para su silencio culpable.

Sí; culpable, a nuestro juicio; porque no existe la «obediencia debida» ni se quebrantan juramentos cuando el que manda traiciona.

El ejército y el pueblo han escrito las mejores páginas de la Historia de España desobedeciendo y rebelándose contra Gobiernos y mandos «legítimos» y «legales» cuando los hombres que los formaban fueron identificados como traidores...

¡Qué hubiera sido de España si la «legitimidad» y la «legalidad» de Gobiernos y mandos hubieran atado a los patriotas cuando Gobiernos y mandos militares se aprestaban a consumar el asesinato de su Patria!...

No fué bastante; pero muchos militares hubo en aquella circunstancia que, sin salirse de la «legalidad», sin quebrantar la «obediencia debida», hicieron cuanto pudieron para evitar el desastre.

LUNES 1.° DE DICIEMBRE DE 1941

El día indicado, el comandante Mac Callum presentó una recopilación documental sobre la situación frente al Japón, extraída de todo el reciente material obtenido mediante la captación y descifre de los despachos japoneses. Presentó la recopilación, sugiriendo al mando la conveniencia de que fuera enviada para conocimiento de los Comandante Navales, y principalmente para el conocimiento del Almirante Jefe de la Escuadra de Pearl Harbour, la más amenazada según de los informes se deducía.

El comandante Mac Callum halló dificultades en sus superiores inmediatos, pero logró que su propuesta llegase al Jefe del Estado Mayor, almirante Stark, y provocó una reunión de los altos jefes más calificados. En la reunión estuvo presente Mac Callum, y pudo defender su propuesta. Pero se impuso la superior autoridad de

Stark, y se decidió que no fuera cursado ningún mensaje a Pearl Harbour.

4 DE DICIEMBRE

A la vista de los mensajes japoneses ordenando la destrucción de los códigos de cifra, el mismo comandante Mac Callum redactó la minuta de un despacho, proponiendo que fuese transmitido al Almirante Jefe de la Escuadra del Pacífico, Kimmel.

Tal borrador contenía esta frase:

LA GUERRA ENTRE EL JAPON Y ESTADOS UNIDOS ES INMINENTE.

Mac Callum carecía de autoridad para cursar aquel despacho. Por consejo del capitán Wilkison lo presentó al almirante Turner; pero éste volvió a oponerse al envío. Pero se dignó motivar su negativa, diciendo que resultaba inútil enviar aquel despacho, ya que el día 27 se había enviado un informe, que él tituló: «Despacho de aviso de guerra». Hizo leer a Mac Callum el despacho —ya insertado en capítulo anterior—, y, cuando lo hizo, le preguntó si aun estimaba necesario el envío del mensaje propuesto por él. El comandante respondió que sí.

Entonces el almirante Turner manifestó que, caso de enviarse, debía cursarse suprimiendo mucho, y procedió a tachar lo que estimó conve-

niente, devolviéndoselo a Mac Callum. Este lo entregó seguidamente al capitán Wilkison, encargado de la transmisión.

Pero aquel despacho no fué cursado jamás a Pearl Harbour.

5 DE DICIEMBRE

Este día el almirante Noyes, Jefe de Transmisiones, telefoneó al coronel Sadtler, perteneciente al Cuerpo de Transmisiones del Ejército, para comunicarle que había sido captado un «ejecutivo» del código «Winds».

La noticia, y las anteriores sobre destrucción de los códigos japoneses, hicieron deducir inmediatamente al coronel que el estallido de la guerra con el Japón se hallaba muy próximo, y tomó la decisión de redactar el siguiente mensaje:

«GUERRA CON EL JAPON INMINENTE. ELIMINE TODA POSIBILIDAD DE UN NUEVO PORT-ARTHUR.»

La elocuencia de este proyecto de mensaje no puede ser más grande. Para el militar menos instruído, evocar el ataque por sorpresa de los japoneses a la base rusa, con el cual iniciaron la guerra en 1904, era decirle cómo los japoneses iniciarían la de 1941.

No carecen los altos jefes de Wáshington del atenuante de haber estado privados de subordinados perspicaces.

Reglamentariamente, sólo el general Marshall y el general de brigada Gerow tenían facultades para cursar órdenes de aquella gravedad. Sadtler acudió al general Gerow al Departamento de Guerra. Pero Gerow se negó en absoluto a autorizar la transmisión del despacho.

No se resignó el coronel, e intentó llegar hasta Marshall; pero no logró alcanzar más que al coronel Bedell Smith, primer Secretario del general.

Pero al saber Bedell Smith que el general Gerow había denegado ya su autorización, no intentó ir en alzada ante Marshall, que tenía superior autoridad que Gerow, y por sí mismo negó la autorización.

6 DE DICIEMBRE

El Departamento de Estado tuvo conocimiento en esta fecha de que en el mismo día el ministro japonés acreditado en Budapest había informado a Tokio que el ministro americano había entregado una nota del Gobierno británico para el húngaro anunciándole el estado de guerra para el siguiente día 7. El despacho japonés de referencia tenía una redacción confusa. Tan sólo podía significar para el Japón guerra con Estados Unidos, pues Inglaterra ya se hallaba en guerra con Hungría, por lo cual el ministro americano se hallaba encargado de la protección de los intereses británicos en Budapest.

Por otra parte, aquel mismo sábado, el embajador americano en Londres, Winant, cablegrafió al Departamento de Estado que los ingleses habían localizado a una formación naval japonesa, de tipo anfibio, a la altura de Cambodia-Point, navegando en dirección a la península de Kra, distante de ella unas catorce horas de navegación.

Todos los que conocían estos informes en Wáshington tenían aquel día el convencimiento absoluto de que el siguiente, domingo, 7, sería el primero de la guerra con el Japón.

VISPERA DE GUERRA

El momento crítico del **plan para organizar la derrota** de Pearl Harbour es la víspera del ataque japonés, día 6 de diciembre de 1941.

Es un sábado; clásico día de brujas, cuyo aquelarre no esperó la noche para empezar.

En las primeras horas de la mañana fué captado en Wáshington el que se llamó «Mensaje Piloto» japonés. A las tres de la tarde había sido descifrado y copiado, siendo entregado para su distribución.

Literalmente decía así:

TOKIO A EMBAJADOR WASHINGTON. 6 DICIEMBRE 1941 (X 901):

«1.° EL GOBIERNO HA DELIBERADO EXTENSAMENTE SOBRE LA PROPOSICION AMERICANA DEL 26 DE NOVIEMBRE, Y COMO RESULTADO HEMOS REDACTADO UN MEMORANDUM PARA LOS ESTADOS UNIDOS CONTENIDO EN MI MENSAJF APARTE NUMERO X 902.

»2.° EL MENSAJE SEPARADO ES MUY EXTENSO. SE LO ENVIARE EN CATORCE PARTES, Y CREO QUE LO RECIBIRA USTED MAÑANA. SIN EMBARGO, NO ESTOY SEGURO. LA SITUACION ES EXTREMADAMENTE DELICADA; Y CUANDO USTED LO HAYA RECIBIDO SIRVASE CONSERVARLO SECRETO HASTA RECIBIR AVISO.

»3.° EN LO REFERENTE AL MOMENTO DE PRESENTAR EL MEMORANDUM A LOS ESTADOS UNIDOS, SE LO TELEGRAFIARE EN MENSAJE SEPARADO. DESEO QUE, ENTRE TANTO, USTED LO REDACTE EN FORMA CORRECTA Y SE PREPARE PARA PRESENTARLO A LOS AMERICANOS TAN PRONTO COMO RECIBA INSTRUCCIONES.»

(Descifrado por el Departamento de Guerra antes de las tres de la tarde del 6 de diciembre de 1941.)

El reparto de las copias de este mensaje lo empezó el coronel Bratton a las tres de la tarde. Hay la seguridad de que los cinco destinatarios de la «Magia» del Departamento de Guerra los recibieron inmediatamente.

En cuanto a las copias asignadas a los siete destinatarios del Departamento de Marina, también existe la seguridad de que llegaron sobre las tres de la tarde a tal Departamento, aun cuando el comandante Kramer, encargado de efectuar las entregas personales, en las audien-

cias de la investigación padeciese muy extrañas ausencias de memoria sobre las horas en que hizo las entregas. Pero, como es natural, no debió tardar muchos minutos en realizarlas, porque, de lo contrario, habría incurrido en responsabilidad personal, y a nadie se le ocurrió hasta hoy exigírsela. De habérsela exigido, es muy probable que hubiera despertado instantáneamente su memoria.

En cambio, el capitán Wilkison declaró que recordaba haber visto el «Mensaje Piloto» antes de las seis de la tarde, hora en que dejó su oficina en el Departamento.

Trece partes de las catorce del mensaje anunciado por el «Mensaje Piloto» habían sido ya captados en Wáshington a las 11.45 de la mañana del día 6, y la máquina «Púrpura» las tenía descifradas y escritas en inglés a las 2.55 de la tarde. La redacción correcta y definitiva empezó poco después de las 3 de la misma. En estas tareas tomaron parte los respectivos equipos del Ejército y la Marina, aun cuando correspondía en esta fecha el servicio al Ejército; el de la Marina redactó las ocho partes primeras y las 11, 12 y 13, y el del Ejército sólo la 9ª y la 10.

Las trece partes completas estuvieron listas para su distribución sobre las 9 de la noche.

Elimino la mayor parte del amplio mensaje japonés, porque su contenido fué redactado como justificación histórica del ataque que lanzaría horas después.

En los trozos que se copian a continuación se verá que la interpretación más optimista y cándida sólo podía leer en ellos una declaración de guerra.

TOKIO A EMBAJADOR WASHINGTON. 6 DICIEMBRE 1941 (X 902):

PARTE 2.ª

«SIN EMBARGO, LOS ESTADOS UNIDOS Y LA GRAN BRETAÑA HAN RECURRIDO A TODAS LAS MEDIDAS POSIBLES PARA AYUDAR AL REGIMEN DE CHUNGKINK, HASTA EL PUNTO DE IMPEDIR EL ESTABLECIMIENTO DE UNA PAZ GENERAL ENTRE EL JAPON Y CHINA, INTERFIRIENDO LOS ESFUERZOS CONSTRUTIVOS DEL JAPON HACIA LA ESTABILIZACION DEL ASIA ORIENTAL, EJERCIENDO PRESION SOBRE LAS INDIAS ORIENTALES DE LOS PAISES BAJOS O AMENAZANDO A LA INDOCHINA FRANCESA, HAN INTENTADO FRUSTRAR LAS ASPIRACIONES DEL JAPON PARA REALIZAR EL IDEAL DE PROSPERIDAD COMUN EN COOPERACION CON ESAS NACIONES. ADEMAS, CUANDO JAPON, DE ACUERDO CON SU PROTOCOLO CON FRANCIA, TOMO MEDIDAS CONJUNTAS DE DEFENSA DE LA INDOCHINA FRANCESA, AMBOS GOBIERNOS, EL AMERICANO Y EL BRITANICO, LO INTERPRETARON MALICIOSAMENTE COMO UNA

AMENAZA A SUS POSESIONES E INDUJERON AL GOBIERNO DE LOS PAISES BAJOS A SEGUIRLES. REFORZARON LA ORDEN DE CONGELACION DE FONDOS, CORTANDO DE ESTA MANERA LAS RELACIONES ECONOMICAS CON EL JAPON. MIENTRAS TAN OBVIAMENTE MANIFESTABAN ASI SU ACTITUD HOSTIL, ESOS PAISES HAN REFORZADO SUS PREPARATIVOS MILITARES, PERFECCIONANDO EL BLOQUEO DEL JAPON **Y LLEVANDONOS A UNA SITUACION QUE PONE EN PELIGRO LA EXISTENCIA MISMA DEL IMPERIO.»**

PARTE 9.ª

«EL GOBIERNO AMERICANO, OBSESO CON SUS PROPIAS MIRAS Y OPINIONES, PUEDE DECIRSE QUE **ESTA PLANEANDO LA EXTENSION DE LA GUERRA.** MIENTRAS BUSCA ASEGURAR SU RETAGUARDIA ESTABILIZANDO LA ZONA DEL PACIFICO POR UN LADO, SE OCUPA POR EL OTRO EN AYUDAR A GRAN BRETAÑA Y SE PREPARA PARA ATACAR EN NOMBRE DE LA PROPIA DEFENSA A ALEMANIA E ITALIA, DOS PAISES QUE ESTAN LUCHANDO PARA ESTABILIZAR UN NUEVO ORDEN EN EUROPA..., ESTAN EJERCIENDO, EN UNION CON LA GRAN BRETAÑA Y OTRAS NACIONES, UNA PRESION ECONOMICA. RECURRIR A TAL PRESION

COMO MEDIO DE FORZAR LAS RELACIONES INTERNACIONALES DEBE SER CONDENADO, PORQUE ES A VECES MAS INHUMANA QUE LA PRESION MILITAR.»

PARTE 13

«**LA PROPOSICION AMERICANA AMENAZA LA EXISTENCIA MISMA DEL IMPERIO Y HIERE SU HONOR Y SU PRESTIGIO.** POR ESA RAZON, REVISADAS EN SU TOTALIDAD, EL GOBIERNO JAPONES LAMENTA NO PODER ACEPTAR LAS PROPUESTAS AMERICANAS COMO BASE DE NEGOCIACION...»

PARTE 10

«... ES UN HECHO HISTORICO QUE LOS PAISES DEL ESTE DEL ASIA, DURANTE LOS ULTIMOS CIEN AÑOS O MAS, SE HAN VISTO OBLIGADOS, BAJO LA POLITICA ANGLO - AMERICANA DE EXPLOTACION IMPERIALISTA, A SACRIFICARSE PARA LA PROSPERIDAD DE AMBAS NACIONES. EL GOBIERNO JAPONES NO PUEDE TOLERAR LA PERPETUACION DE SITUACION SEMEJANTE...»

Ahora vamos a penetrar en la Casa Blanca, entrando en el propio despacho de Roosevelt.

Acaba de anochecer.

El Presidente, sentado tras su mesa de trabajo, cambia de vez en cuando alguna frase con Hopkins, que se pasea de un lado para otro de la estancia.

En el gesto, miradas y laconismo de las palabras se refleja preocupación, contenido nerviosismo, expectativa de graves acontecimientos. Desde las primeras horas de la tarde avisaron al Presidente de que los mensajes anunciados por el «Piloto» habían empezado a ser captados y que las dos máquinas de la «Magia» de Guerra y de Marina, dada la urgencia de conocer su contenido, trabajaban a la vez en descifrarlos, y también, extraordinariamente, los equipos de corrección y redacción de los Departamentos estaban dedicados de lleno a la tarea de obtener el texto correcto y definitivo, que sería enviado a la Casa Blanca en cuanto se hallase listo.

En efecto, antes de las 8, el oficial de guardia Schultz, de la secretaría del capitán BEARDALL, ayudante del Presidente, pidió permiso para entrar.

Lo acaecido en el despacho presidencial fué referido por el oficial Schultz en el interrogatorio a que fué sometido por el Comité investigador del Congreso, y el interrogatorio fué así:

«RICHARDSON: ¿Qué sucedió después de entregar aquellos papeles al Presidente? ¿Continuó allí?

SCHULTZ: Sí, señor; continué en la habitación.

RICHARDSON: ¿Y qué sucedió?

SCHULTZ: El Presidente leyó los documentos; invertiría unos diez minutos; y acto seguido se los pasó a Mr. Hopkins.

RICHARDSON: ¿A qué distancia se hallaba el señor Hopkins del Presidente?

SCHULTZ: Hopkins paseaba pausadamente de un lado a otro; pero no se alejaba más de unos diez pies.

RICHARDSON: ¿El Presidente leyó en alta voz los documentos?

SCHULTZ: No recuerdo que lo hiciera.

RICHARDSON: Ahora continúe y explique, si hace el favor, detalladamente lo sucedido.

SCHULTZ: Después de leer los documentos, Mr. Hopkins los devolvió al Presidente. El Presidente se volvió hacia Mr. Hopkins y le dijo en síntesis, pues no recuerdo con exactitud las palabras, aun cuando sí puedo recordar lo que indicaban: **«Esto significa la guerra.»** Mr. Hopkins asintió, y ambos discutirían durante unos cinco minutos la situación, o sea el dispositivo de las fuerzas japonesas y...

RICHARDSON: ¿Y no puede usted recordar lo que ambos dijeron?

SCHULTZ: Sí, pero sólo en esencia. Son tan sólo pocas palabras literales las que recuerdo, pero la esencia del asunto—Mr. Hopkins fué el primero en afirmarlo—era que ya que la guerra era un hecho inminente y ya que los japoneses se proponían atacar en cuanto se hallasen en disposición, en el momento en que todo era favorable para ellos...

RICHARDSON: ¿Todo qué era?

SCHULTZ: Que todo era favorabilísimo para

ellos. Esto es, por hallarse sus fuerzas desplegadas en una situación de la mayor ventaja. Mencionaron particularmente a la Indochina, a causa de las fuerzas que antes habían ya desembarcado allí y existían indicios de la próxima iniciativa que tomarían. El Presidente aludió a un mensaje que él había enviado al Emperador del Japón en relación a la presencia de tropas japonesas en la Indochina, en el cual pedía su retirada. Mr. Hopkins expresó su parecer de que si la guerra iba indudablemente a estallar según la conveniencia del Japón, era muy de lamentar que no pudiésemos nosotros dar el primer golpe, evitando así toda clase de sorpresas. El Presidente asintió y convino:

—Efectivamente, mas no podemos hacer tal cosa. Somos una democracia y también un pueblo pacífico.

Y seguidamente, alzando la voz—lo que puedo recordar esto muy claramente—, agregó:

—Pero poseemos un buen historial.

—La impresión que obtuve fué la de que por tener un buen historial no debíamos realizar el primer movimiento claro y que deberíamos esperar lo que pudiera suceder. Durante este diálogo no se mencionó a Pearl Harbour en absoluto. El único nombre que recuerdo se pronunció fué el de Indochina. El momento en que pudiera empezar la guerra no se indicó, pero, dada la forma en que se desarrolló el diálogo, no se deducía que pudiera ser precisamente al día si-

guiente. Indico esto porque tal deducción determinó en gran parte la sorpresa que causaron en mí las noticias siguientes.

RICHARDSON: ¿Se habló algo en relación a algún aviso como consecuencia de los documentos leídos entonces?

SCHULTZ: No se mencionó en absoluto el envío de ningún aviso o advertencia; pero, no obstante, al terminar la conversación en el punto de que la guerra empezaría a conveniencia de los japoneses, dijo el Presidente que deseaba hablar con el almirante Stark, llamando al almirante por el teléfono. Entonces se acordó..., mejor dicho, no recuerdo exactamente—pero creo que el telefonista de la Casa Blanca debe recordarlo—, que se respondió al Presidente que el almirante Stark podía ser hallado en el teatro Nacional.

RICHARDSON: ¿Qué se dijo para llevarle a usted a deducir que fué eso lo dicho por el telefonista de la Casa Blanca?

SCHULTZ: Yo no escuché, señor, lo dicho por el telefonista, pero mencionaron el teatro Nacional en mi presencia, y el Presidente, en resumen, dijo que ya vería él después al almirante, pues no deseaba provocar alarma en el público haciendo que buscaran o llamaran al almirante en el teatro, donde me parece que se dijo que tenía un palco reservado. Y si el almirante hubiera salido del teatro repentinamente, dado el cargo que ocupaba, seguramente habría sido advertido, lo cual hubiera podido causar una alar-

ma. El Presidente no deseaba que la alarma se produjera, y en todo caso, estimaba que podía entrevistarse con el almirante una media hora más tarde todo lo más.»

Un ligero examen. A mi juicio, hay una frase capital, dirigida por Roosevelt a Hopkins después de ser leído el informe. Y la frase es: **«Esto significa la guerra.»** En páginas anteriores se han insertado con reiteración, hasta la saciedad, las autorizadas declaraciones en las cuales se afirma que un ataque japonés a Inglaterra, Holanda o Rusia no motivaría jamás la entrada en guerra de los Estados Unidos, que sólo un ataque al territorio americano sería causa de guerra.

Evidentemente resulta que si «esto» leído por Roosevelt, significa la guerra, era la guerra con Estados Unidos.

SABADO DE AQUELARRE

La parte 14 y última del mensaje japonés X 902 fué recibida en el Departamento de Marina entre las 4 y 6 horas de la mañana del 7. La máquina «Magia» fué descifrando a medida que se recibía el texto cifrado del mensaje, a la vez que correctores y redactores ponían a punto las copias para su entrega.

PARTE 14 Y ULTIMA DEL MENSAJE 902

«CLARA ES LA INTENCION DEL GOBIERNO AMERICANO DE CONSPIRAR CON INGLATERRA Y OTROS PAISES A FIN DE OBSTRUIR LOS ESFUERZOS DEL JAPON PARA LA CONSOLIDACION DE LA PAZ —CREANDO UN NUEVO ORDEN EN EL ESTE DE ASIA—Y ESPECIALMENTE PARA SALVAGUARDAR LOS DERECHOS E INTERESES ANGLO - AMERICANOS, MANTENIENDO EN GUERRA A LA CHINA CON EL JAPON. ESTA INTENCION SE HA REVE-

LADO CLARAMENTE DURANTE EL CURSO DE LAS PRESENTES NEGOCIACIONES. ASI SE HA PERDIDO FINALMENTE LA SERIA ESPERANZA DEL GOBIERNO JAPONES DE CONCERTAR LAS RELACIONES JAPONESAS-AMERICANAS PARA SALVAGUARDAR LA PAZ EN EL PACIFICO POR MEDIO DE LA COOPERACION CON EL GOBIERNO AMERICANO.

»EL GOBIERNO JAPONES LAMENTA TENER QUE PARTICIPAR AL GOBIERNO AMERICANO QUE, EN VISTA DE LA ACTITUD DE ESTE, NO PODEMOS MAS QUE CONSIDERAR QUE ES IMPOSIBLE LLEGAR A UN ACUERDO POR MEDIO DE NUEVAS NEGOCIACIONES.»

Como fué anotado antes, el precedente mensaje, cuyos más esenciales y reveladores párrafos han sido copiados, no debía ser entregado hasta que la Embajada japonesa de Wáshington recibiese un despacho en el cual se le ordenara la entrega.

Puntualmente, el mensaje ordenando la entrega llegó a Wáshington y, como siempre, fué captado, descifrado y enviado a los destinatarios.

El mensaje decía:

TOKIO A EMBAJADA WASHINGTON.— 7 DICIEMBRE 1941 (X 907):

«RETRANSMITA MI X 902. MUY IMPOR-

TANTE. SIRVANSE LOS EMBAJADORES SOMETER AL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS—SI ES POSIBLE AL SECRETARIO DE ESTADO—NUESTRA REPLICA A LOS ESTADOS UNIDOS A LA UNA DE LA TARDE, A LAS SIETE DE VUESTRA HORA.»

Seguidamente se recibió éste:

TOKIO A EMBAJADA WASHINGTON.— 7 DICIEMBRE 1941 (X 910):

«DESPUES DE DESCIFRAR PARTE 14 DE MI X 902, Y TAMBIEN MI X 907, 908 Y 909, SIRVASE DESTRUIR SEGUIDAMENTE LA RESTANTE MAQUINA DESCIFRADORA Y TODOS LOS CODIGOS DE MAQUINA. DISPONGA IGUALMENTE DE TODOS LOS DOCUMENTOS SECRETOS.»

No se copian los despachos 908 y 909, que sólo contenían mensajes de afecto y de gracias para los embajadores japoneses y para los restantes miembros de la Embajada. Si su literatura carece de importancia, la tiene muy grande su transmisión en aquel momento, en el mismo que se ordena la destrucción de códigos de cifra y de la documentación secreta. Si esa destrucción sólo se ordena por las potencias en el último instante, cuando la guerra está decidida y la inmunidad diplomática deja de ser salvaguardia de la Embajada, que ha de ser invadida inme-

diatamente, dar las gracias a todo el personal diplomático de una Embajada por la labor realizada en ella, sólo tiene un claro significado: que su labor ha terminado.

Aun tuvo Wáshington una última noticia aquella misma mañana del domingo 7.

He aquí el despacho:

TOKIO A CONSUL GENERAL PANAMA. 7 DICIEMBRE 1941 (CIRCULAR X 2.494). URGENTE:

«KOYANAGI» RIJIYORE SEIRINOTUGOO ARUNITUKY «HATTORI» «MINAMI» KIENBUKO SETURITO KIKINO KYOKAINGAKU SYKYUU DEMPOO ARITASS STOP.—TOGO.

»DISTRIBUCION MINISTRO OTAWA Y SIGUIENTES CONSULADOS: PANAMA, HABANA, HONOLULU, NUEVA YORK, VANCOUVER, SAN FRANCISCO, PORTLAND, OREGON, SEATTLE, NUEVA ORLEANS, CHICAGO, LOS ANGELES.»

(Descifrado por el Departamento de Marina a las 10 de la mañana del 7 de diciembre.)

El código usado para este mensaje era el establecido por Tokio en su circular X 2 409, designado con el nombre de «Palabras Ocultas».

Las palabras con significado convenido están entrecomilladas, y su traducción es la siguiente:

«Las relaciones entre el Japón, Inglaterra y

los Estados Unidos no están de acuerdo con lo esperado.»

Desde luego, este texto no se hallaba en relación con la situación real. El mensaje debió emplear para reflejarla la palabra «KASHIWAGI», cuyo significado era: «estamos empezando la acción militar contra...»; o. por lo menos, emplear la palabra «HAKATEYAMA»: «relaciones entre Japón y... han sido rotas».

Pero esta inexactitud no podía engañar a Wáshington, que sabía desde hacía días que el Japón había ordenado a sus diplomáticos que no dejaran traslucir de ningún modo que las negociaciones estaban ya rotas y que procuraran dar la sensación de que Tokio estaba estudiando nuevas proposiciones para continuarlas.

Aun teniendo ese texto en sí un refrendo del mensaje ya conocido, **alguien** creyó necesario suprimir en la copia enviada al Presidente la palabra «MINAMI»: «Estados Unidos». Sin duda, ese **alguien**, apurando las precauciones, no quiso inducir a nadie a que pensara que el nombre de los Estados Unidos en un mensaje cifrado con el código «PALABRAS OCULTAS»—cuyo uso debía empezar cuando se hubiera destruído la máquina «PURPURA»—significaba cosa grave; **guerra**, por ejemplo.

Sin comentario casi, se han insertado los mensajes japoneses que llegaron a manos del Presidente y de los más altos jerarcas políticos y militares de los Estados Unidos.

La noche anterior, como se ha leído en la declaración del oficial Schultz, Roosevelt había formulado con toda exactitud su significado:

SIGNIFICA LA GUERRA.

No dudamos que los más altos jefes militares, Marshall y Stark, coincidieron en la interpretación con su Presidente y comandante en jefe.

Un Churchill, un Hítler, cualquier Jefe de Estado o de Gobierno, al adquirir la convicción de que su país va a ser atacado, convoca inmediatamente a los altos jefes militares.

Acaso, si tales jefes han recibido los mismos informes y a la misma hora que su jefe de Estado o jefe de Gobierno, ellos no esperen a ser llamados y corran a presentarse.

Es así la Historia. No existe crisis bélica en los Estados modernos en que así no haya sucedido. Nadie podrá probar lo contrario.

Pero, caso único en la Historia, ni Roosevelt siente la necesidad de llamar a Marshall y Stark, ni los dos jefes de los Estados Mayores creen necesario ver a su Presidente y comandante en jefe.

Roosevelt estima suficiente la compañía de su confidente Hopkins.

Es insólito el caso; pero aun lo es más, si cabe, lo que hacen Marshall y Stark desde que empiezan a recibir los mensajes japoneses descifrados.

Los mensajes estuvieron a disposición de sus destinatarios a las 3 de la tarde del sábado. No

es de creer que a tan temprana hora hubiesen abandonado sus despachos todos los altos jefes aquel día precisamente, de no marcharse deliberadamente.

Sí, **deliberadamente**; porque a todos ellos les constaba desde hacía doce días, por lo menos, desde su reunión con Roosevelt el día 25 de noviembre, que el Japón atacaría muy pronto. Y todos sabían también que el Estado Mayor japonés había empezado sus tres guerras anteriores con ataques por sorpresa, sin previa declaración de guerra. Así lo hizo contra China, en 1894; contra Rusia, en 1904; contra Alemania, en Tsingtao, en 1914; con la particularidad de que las tres veces sincronizó el ataque al minuto con la entrega de sendas declaraciones de guerra.

Pues bien, hasta hoy, después de las trece investigaciones realizadas, en los cuarenta voluminosos tomos de sus actuaciones, no aparece nada de lo hecho por Roosevelt, Marshall y Stark, los tres jefes de las Fuerzas Armadas más elevados, durante aquel famoso sábado...; ¿he sido excesivo al calificarlo como un «sábado de aquelarre»?...

De Roosevelt, ni hablar. Como si él fuera el monarca más absoluto, las investigaciones jamás rozaron su mayestática persona.

En cuanto a Marshall y Stark, cuantas veces fueron interrogados, padecieron amnesia total sobre cuanto realizaron la tarde y la noche del sábado...; ¿qué harían?

En realidad, cuanto tuvieron que hacer fué **no hacer; no hacer absolutamente nada.**

En su comparecencia última ante el Comité investigador del Congreso, Marshall pareció vencer su **amnesia** perniciosa. Pudo llegar a recordar que entre el día 1.° y 7 de diciembre no había aceptado ninguna invitación de sociedad, debido a que su esposa había sufrido en un accidente la fractura de tres costillas; por cuyo motivo creía que permaneció en su domicilio durante toda la tarde y la noche del sábado.

Recordó también que aquella noche no habló por teléfono con el Presidente ni lo visitó.

Algo más se logró averiguar sobre el almirante Stark, aun cuando no de mucha mayor importancia.

Según todos los indicios, y sin pruebas en contrario, el almirante permaneció en su despacho del Departamento hasta después de las 6 de la tarde. A las 3 ya estaban dispuestas las 13 partes del mensaje japonés para su entrega. Sería un absurdo pensar que en aquellas tres horas no las leyera el almirante.

Según se supo, al capitán Mac Callum le llamó la atención la importancia de ciertos pasajes del mensaje, a medida que iban siendo descifrados. No deberá extrañar que su probado celo y el ver confirmados sus anteriores pronósticos, despreciados por el general Gerow y por el coronel Bedell Smith, le harían no perder tiempo en presentar los mensajes a su jefe inmediato,

capitán Wilkinson, e inmediatamente a Stark y Turner.

En efecto, ante el Comité investigador Hevitt, en 5 de junio de 1945, el capitán Wilkinson declaró que había leído distintas partes por separado el día 6 de diciembre de 1941, antes de abandonar su despacho a las seis de la tarde. Pero luego, en 17 de diciembre de 1945, ante el Comité del Congreso, se desdice y manifiesta que no había visto ninguna parte aquella tarde.

La contradicción la deshace el capitán Mac Callum, dando por verdadera la primera declaración de Wilkinson, afirmando que recibió los textos aquella tarde.

Gracias a que el capitán Kirk conservó un poco más de memoria que su jefe, sabemos algo del almirante Stark.

Kirk manifestó al Comité que él y su esposa cenaron, por invitación de Stark, en casa del almirante. Después—sin duda para el alivio de sus **graves** preocupaciones—se marcharon todos al teatro. Terminada la función, volvieron al domicilio del jefe, donde aun permanecieron unos veinte minutos. No lo declaró Kirk, pero suponemos que se tomarían unas copitas, también para matar preocupaciones... Del esperado ataque japonés no hablaron ni una palabra...; ¿para qué?

Un pequeño detalle sobre las preocupaciones del almirante. Cuando llegó a su casa, sobre las 7, procedente del Departamento de Marina, al mar-

charse a la función dió a un criado el número del teléfono del teatro Nacional. Al volver, el sirviente informó al almirante de que la Casa Blanca lo había llamado durante su ausencia. En vista de ello, Stark subió a su despacho del segundo piso, donde tenía el teléfono directo con la residencia presidencial. Por lo tanto, el almirante habló aún aquella noche con Roosevelt; pero se ignora lo tratado entre ambos. Y no consta que se moviera de su casa ni que diese orden alguna.

Sin duda recibió ratificación de la orden de **no hacer**, que ya era mucho hacer... Ignoramos si aquel marino durmió, y si durmió bien aquella noche, sabiendo como sabía que los torpedos japoneses ya estaban engrasados para partir contra los barcos de su escuadra y que despedazarían jóvenes y vigorosos cuerpos de oficiales y marineros... Y que si algún viejo camarada suyo de la Academia Naval no perecía con ellos, lo ahogarían el deshonor y la infamia...

¿Dormiría bien Stark?...

Sigo reconstruyendo los hechos de aquellas veinticuatro horas hasta donde lo permite la documentación.

Según muchos testimonios, el coronel Bratton, como sabemos, el jefe encargado de distribuir la «Magia», no mostró ningún deseo en las primeras horas de la noche del sábado de enviar las copias de los despachos descifrados al secretario de Marina ni a los generales Marshall, Gerow y Miles, faltando precisamente aquella no-

che a las órdenes y precedentes que habían regido hasta el momento sobre el envío urgente a todos los destinatarios de la relación establecida, cualquiera que fuera la hora del día o de la noche, tanto si se hallaban en sus despachos oficiales como si ya estaban en sus domicilios particulares.

Unicamente mandó una copia al secretario de Estado, Hull, y después lo comunicó al general Miles, el cual le dijo que no hiciera el reparto hasta el siguiente día, domingo, por la mañana.

Se advierte que la primera coartada que se quiere fabricar es la de «ignorar» el contenido de los despachos, por no haberlos recibido los destinatarios; un retraso cuya responsabilidad puede ser cargada, en su día, sobre cualquier oficial de baja categoría; sobre todo si tal oficial ha muerto heroicamente luchando en cualquier parte...

Pero, al parecer, no se dispone de otro coronel Bratton en el Departamento de Marina. El comandante Kramer, encargado en el mismo de idéntica misión, intentó hablar telefónicamente con los almirantes Stark y Turner antes de abandonar su oficina, pero sin conseguirlo. Por lo tanto, la ronda de distribución de los documentos empezó poco después de las nueve de la noche, siendo entregadas las 13 partes del despacho japonés. Fueron entregadas a Roosevelt, al secretario de Marina, Knox, y, por último, al capitán Wilkinson. Por cierto, este último se hallaba re-

unido con el capitán Beardall y con el general Miles, el que había ordenado ya al coronel Bratton que retrasara la distribución hasta el día siguiente, y los dos últimos leyeron también la copia de Wilkinson después de leerla éste. Por lo tanto, el general Miles no pudo alegar la ignorancia que hubiera deseado padecer aquella noche.

Como el comandante Kramer informase al capitán Wilkinson que no había podido comunicar con los almirantes Stark y Turner, Wilkinson le ordenó que les hiciese la entrega al mediodía del siguiente.

Se comprueba que, tanto en el Ejército como en la Marina, los cuatro jefes primeros de los Estados Mayores no debían recibir los mensajes aquella noche decisiva. Marshall y Gerow, en el Ejército; Stark y Turner, en la Marina, eran los únicos con autoridad propia para poder dar las órdenes de alerta y con obligación de darla a la vista de los despachos japoneses.

Naturalmente, podía y debía dar tales órdenes el comandante supremo de las Fuerzas Armadas, Roosevelt; pero este mayestático jerarca, prácticamente, ya que no constitucionalmente, se hallaba exento de toda responsabilidad; más exento que un Nerón, ya que no podía temer, como cualquier emperador romano, la sublevación y el asesinato de una guardia pretoriana rebelada. Por eso él pudo leer sin escrúpulo alguno los despachos japoneses y, sabiendo que sig-

nificaban la «**guerra**», no dar una orden siquiera; si alguna dió él a Marshall y Stark, fué la **orden de que ellos no dieran orden ninguna.**

Señalemos un detalle. Cuando Kramer llega junto al capitán Wilkinson, está con él el capitán Beardall, primer ayudante del Presidente Roosevelt, y ante él recibe la orden de no entregar las copias a Stark y Turner hasta el mediodía siguiente... Debe ser la orden que el ayudante Beardall ha llevado de Roosevelt. Sin una orden presidencial, ninguno de aquellos oficiales se hubiera jugado la carrera y hasta la vida cometiendo aquella acción tan grave contra su deber.

No hay otra explicación. El coronel Bratton y el capitán Wilkinson, respectivamente, son los jefes en el Ejército y la Marina del Servicio de Información Militar y del Naval. Para que estos dos jefes, cuya categoría y función específica les impone no ignorar nada y razonarlo todo, se atrevan aquella noche crucial a suspender las entregas a los cuatro más altos jefes del Ejército y la Marina, sólo cabe la siguiente alternativa: se hallaban informados de que Marshall, Gerow, Stark y Turner conocían por conducto presidencial los despachos japoneses, o el Presidente les había ordenado que los ignoraran durante aquella noche.

No hay duda. Se quería privar de prueba material a los futuros y posibles consejos de guerra contra aquellos cuatro militares.

Como final de este **sábado de aquelarre,** un

episodio acaecido en Pearl Harbour, contado por el almirante Theobald, que lo presenció.

Knox, el secretario de Marina, y su ayudante, capitán Bealty, volaron hacia Pearl Harbour en cuanto llegaron noticias a Wáshington del desastre.

Reunidos el Secretario y su ayudante con el almirante Kimmel, el contralmirante Bloch y Theobald, éste, capitán entonces, se informaban sobre los trágicos acontecimientos.

De repente, el secretario de Marina, volviéndose hacia Kimmel, le preguntó:

—¿Pero qué fué de aquel despacho que le enviamos en la noche del sábado, 6 de diciembre?...

El almirante negó haber recibido tal despacho, ni antes ni después del ataque.

El Secretario reflejó una gran sorpresa en su rostro, y Knox miró a su ayudante buscando una corroboración para sus palabras.

Instantáneamente la cara del ayudante retrató un gran espanto. Quedó tan confuso, que ni fué capaz de articular una palabra de respuesta para su jefe.

Hubo un silencio general, que nadie se atrevió a romper. Knox, por fin, derivó la conversación por otros derroteros, y el almirante Kimmel chocó desde aquel instante con un muro pétreo las numerosas veces que intentó volver sobre aquel famoso mensaje de la noche del sábado.

ATAQUE Y DESASTRE

Domingo, día 7 de diciembre de 1941.

Ningún otro día en la historia de los Estados Unidos tuvo presagios y anuncios más dramáticos.

El enemigo potencial, más aún, el enemigo ya declarado, había ultimado todos los preparativos que cualquier nación realiza cuando le faltan sólo pocas horas para entrar en guerra.

No hay ejemplo en la Historia de que ningún Estado haya poseído al día tan amplia y detallada información sobre los propósitos y planes de su adversario como la que poseían los Estados Unidos.

Pueden ser desafiados los historiadores a presentar un caso que se parezca en algo al de Estados Unidos respecto al Japón.

Y siendo así, ¿qué hacen Roosevelt y sus más altos jefes militares?...; ¿qué hacen durante la mañana de aquel domingo, noche aún en Pearl Harbour, sabiendo que aquel día festivo es el preferido para lanzar sus ataques el enemigo?...

Un jefe de Estado Mayor, como el general Marshall, en un momento tan crítico, cuando la espada de la guerra pende de un cabello sobre la cabeza de su patria, hubiera pasado la noche en vela en su despacho oficial, o junto a la máquina «Magia», leyendo letra por letra cada palabra según iban siendo descifradas.

Y, naturalmente, hubiera tenido en vela la noche entera a todos los altos jefes del Ejército y la Escuadra, con el dedo en el disparador de los cañones y de las baterías antiaéreas en todas las lejanas bases y hasta en todas las de la nación.

Pero, ya lo hemos visto, Marshall permite o concierta el quedar aislado del Departamento. No intenta o no quiere saber nada; por lo menos, saberlo en forma tal que pueda serle exigida un día responsabilidad por su inacción.

¿Acaso enmienda su conducta en la mañana siguiente?...

No; de ninguna manera. Ni siquiera cumple su programa de trabajo rutinario aquel domingo. No quiere saber lo que ha pasado aquella noche antes de abandonar su domicilio, pues él rompe todo posible contacto con su Estado Mayor, cuando, muy de mañana, mucho antes de las 8,30, montó su caballo y partió para cabalgar por los campos de Virginia.

Sobre las 8,30 recibía el coronel Bratton las copias de la parte 14 y última del mensaje japo-

nés, procedente del equipo descifrador del Departamento de Guerra.

No se le ocultó a Bratton el significado de la última parte del mensaje, que ratificaba para él la opinión formulada la noche anterior por Roosevelt de que **significaba la guerra.**

Como se ha visto en el capítulo precedente, Bratton conocía la negativa de Marshall y Stark a recibir información durante la noche anterior; pero ya era el domingo y carecía de orden que lo respaldase si retenía la información. El ser jefe del Servicio de Información ha de indicar que el coronel debía ser persona inteligente y que no carecía de ningún elemento de juicio, pues no había secretos para él; todo ello le debió inducir a pensar que faltaban muy pocas horas para que sufrieran ataques las bases y los barcos americanos del Pacífico. La diferencia de meridiano con Pearl Harbour sólo daba un margen de algo más de tres horas desde las 8,30 de Wáshington para que llegase la hora crítica en Pearl Harbour, donde pasadas tres horas amanecería...

Estimó, sin duda, demasiado grave su responsabilidad e intentó ponerse en contacto con el general Marshall. Es la hipótesis más favorable para el coronel Bratton; porque también es verosímil, acaso más verosímil, que intentase comunicar con el general cuando de antemano sabía que no podría localizarlo, constándole que ya cabalgaba...

La cosa tiene todos los caracteres de una coartada. Pues al llamar por teléfono al general Marshall a su domicilio y comunicarle su ordenanza que había salido de paseo a caballo, Bratton dijo al modesto militar que tenía un mensaje muy urgente y que necesitaba ver inmediatamente al general.

El ordenanza se ofreció a salir para buscar al general, diciendo que conocía los parajes por donde tenía la costumbre de pasear; pero Bratton no se lo autorizó. Sin duda le bastaba con haber fabricado aquel testimonio sobre su propia diligencia en el cumplimiento del deber, no importándole nada si se abreviaba o no el tiempo para poner en manos de Marshall el urgente mensaje. Abona también esta segunda hipótesis el hecho de que, siendo tan urgentes las 13 primeras partes del mensaje japonés, las tenía en su poder desde hacía once horas y media, desde las 9 de la noche anterior, y no sintió ninguna prisa por llevárselas a Marshall.

En fin, a las 10,25 desmontó el general Marshall ante su casa, después de su matinal cabalgada de tres horas. Cabalgada demasiado prolongada para su costumbre y para la desapacible temperatura de aquella temprana mañana decembrina...

Si nos permitimos penetrar en el dintorno psicológico del general, estamos autorizados a suponer cuánta sería su angustia bajo su tosca e impenetrable máscara facial cuando, al echar

pie a tierra y entregar las riendas a su ordenanza, éste le dijo que el coronel Bratton había llamado hacía dos horas porque tenía un mensaje muy urgente para él.

No se alteró la faz de patán de Marshall; ni un movimiento acelerado de sus pesados miembros delató en él aquella interior emoción que lo invadía. Como si fuera cosa de rutina, penetró en su despacho; alzó el auricular telefónico, pidió comunicación con Bratton, y al ponerse a sus órdenes el coronel, tan sólo pronunció esta única sílaba:

—¿Ya?...

—Tengo aquí desde las ocho y media la última parte del mensaje; está ya completo...; se lo llevo al momento.

—No, no venga. Yo estaré ahí inmediatamente—y colgó sin esperar otra respuesta.

Miró al reloj. Eran las 10.30.

Quedó un momento abstraído, calculando mentalmente...

—Diez treinta, menos cuatro y media...; las seis allí; en Hawai... empieza a amanecer...; sí, ya; pero aun no hay visibilidad... ¡Una hora más y!...

Se cambió de ropa lentamente; paseó de un lado para otro y miro al cielo con reiteración, sin dejar de mirar a su reloj cada cinco minutos, cual si temiera que sus agujas se hubieran parado. Pocas horas se le han parecido a ningún

hombre más largas que le pareció aquella de 10,30 a 11,30 a Marshall.

Al fin dieron las 11; pidió su coche, que se presentó, según se le antojó, con premura extraordinaria.

Aun dejó pasar unos minutos después de ser avisado de que su automóvil esperaba. Pausado, penetró en el vehículo, que partió sin darle dirección al conductor.

Las gentes domingueras pululaban por aceras y jardines, muy abrigadas, llevando gran cantidad de niños tan envueltos en lanas multicolores, que parecían capullos de rosa escarchados acabados de salir de un inmenso invernadero.

Todo aquello resbaló sobre Marshall, cuyo rostro de labriego no se contrajo ni por un momento, cual si se le hubiese congelado.

Tan sólo le parecía que, por una extraña suerte, no existían las luces rojas en los postes del tráfico y que su coche no se detenía en una sola parada...; le parecía que llegaría al Estado Mayor mucho antes de lo que calculaba y deseaba, pues aquel maldito reloj de pulsera parecía reumático...

Llegó, por fin. Pausado, serio, inalterado, se dirigió hacia su despacho. Volvió por centésima vez a consultar el reloj: las 11,25...

—Las siete allí—calculó mentalmente.

Y se interrogó:

—¿Se sabrá ya la noticia?...

Los generales Gerow y Miles y el coronel

Bratton ya esperaban a Marshall desde hacía una hora, consumidos de impaciencia. Observó a los tres furtivamente, y se contestó a sí mismo:

—No, aun no hay nada...

Sintió como si su tráquea se le agarrotase... y, a la vez, pensó que sería superior a sus fuerzas continuar así una semana más; los nervios no lo resistirían...

Se sentó trabajosamente en su sillón, pero fingiendo indiferencia y naturalidad. Sobre la carpeta de la mesa se hallaba la parte 14 y última del mensaje japonés; lo advirtió y se dispuso a leerla, no sin antes limpiar meticulosamente sus gafas.

El coronel Bratton intentó hacerle leer antes el mensaje último captado, el de «hora de entrega», porque su sola naturaleza, dada la experiencia japonesa, indicaba cronométricamente que a esa hora se habría realizado el ataque...

No consintió el general Marshall; empezó y continuó la lectura del mensaje, y lo hizo pausadamente, como si lo deletrease...

El tiempo pasaba..., pero pasaba demasiado lentamente para los tensos nervios de Marshall.

Al fin terminó su lectura. Bratton casi le metió en la nariz el mensaje «hora de entrega»...; lo leyó el general, también con gran pausa, y quitándose sus gafas con solemnidad, alzó la mirada para sostener con forzada tranquilidad las tres fijas en él.

—¿Y bien, caballeros?...—interrogó con el

tono de ritual, cual si les preguntase por el parte metereológico.

Atropelladamente, sin respeto para las respectivas jerarquías, Gerow, Miles y Bratton, cada uno por un lado, convinieron en que el ataque japonés era infalible y que sería lanzado en cuestión de horas, acaso de minutos.

Ha de ser un ataque aéreo, con torpedos: si no puede empezar antes de que haya visibilidad en Pearl Harbour, tampoco se puede retrasar después del alba.

Eran las 11,30..., las 7 de la mañana en Hawai: el alba.

Guardó silencio Marshall bajo las miradas expectantes de sus tres subordinados. Tomó sus gafas, las fijó con sumo cuidado sobre su chata nariz, para no desenfocarlas. Alargó una mano hacia la pluma y con la otra puso el bloc sobre su carpeta.

Y pensando cada palabra que escribía y contándolas, como si careciese de dinero para pagar un telegrama demasiado largo, escribió:

LOS JAPONESES PRESENTARAN A LA UNA DE LA TARDE, HORA ORIENTAL DE HOY, LO QUE PARECE SER UN ULTIMATUM. TAMBIEN TIENEN ORDENES DE DESTRUIR SUS MAQUINAS CODIGO INMEDIATAMENTE. LO QUE SIGNIFICA EXACTAMENTE LA HORA ESTABLECIDA NO LO

SABEMOS. PERO ESTE ALERTA EN CONSECUENCIA. INFORME DE ESTA COMUNICACION A LAS AUTORIDADS NAVALES.

MARSHALL.

Dejo por un momento al general Marshall para pasar al otro cómplice, también principal. Es necesario seguir los pasos al almirante Stark para poder apreciar la exacta coincidencia en las acciones de ambos, bien patente durante todo el período y elocuentísima como nunca en aquella mañana del trágico domingo.

Como los lectores han de comprender, no es ningún crucigrama el probar la coincidencia subjetiva y objetiva entre Marshall y Stark. Entre las reglas de la investigación en general, pero sobre todo en las de la investigación criminal—y soy un técnico, lector—, hay una ejemplar, la cual nos dice que no puede jamás darse la coincidencia continuada en el empleo de medios y en la persecución de fines si no existe una previa connivencia u obediencia simultánea y dual, o una misma orden acatada por los dos que coinciden. Por lo tanto, según la regla, Marshall y Stark no pudieron coincidir en sus actos y en el fin si antes no se pusieron de acuerdo los dos o si no obedecían ambos una misma orden..., orden que nadie podía dársela más que el Presidente Roosevelt.

Teniendo lo dicho bien presente, conozcamos el comportamiento del almirante Stark.

El Almirante llegó a su despacho a las 9,25 de la mañana. Menos cauto que Marshall, no esquivó el recibo de la información. Esto parece así a primera vista, y también parece fallar la coincidencia entre ambos jefes. Así sería si esta diferencia en los actos personales no fuera necesaria para conseguir la común finalidad.

Lo explicaré; no sólo para demostrar la validez de la regla, sino por evidenciar una prueba más de lo premeditada y cerebral que fué la acción desplegada para evitar una casual frustración de la sorpresa en el ataque japonés, por saber todos los organizadores de la derrota que no se produciría el ataque si la escuadra americana recibía la orden de alerta.

El ataque esperado, por ser el único rentable para la estrategia japonesa, debía ser lanzado contra la escuadra; no puede olvidarse.

Y, siendo así, pregunto: ¿Quién sino el almirante Stark tenía suficiente autoridad para impedir que un jefe subalterno suyo—como ya lo intentara Mac Callum—cursase la orden de alerta o el informe que la provocase en la base?...

Si Stark «se pierde», como Marshall, aquella crítica mañana, el peligro era sumo de que algún almirante del Departamento, al no poder hallar a Stark, y sabiendo, como todos sabían, que el blanco seguro de los japoneses tan sólo podía ser la Marina, en un ataque de responsabilidad personal, se hubiera decidido informar al almi-

rante Kimmel, frustrando así el deseado ataque japonés.

He ahí por qué Stark se halla en su puesto, y he ahí superada su diferencia de situación física con Marshall en la identidad del efecto conseguido con la ausencia de éste y la presencia de aquél, ya que ambas determinan que no se dé orden de alerta a Pearl Harbour con tiempo suficiente para que llegue antes de que se produzca el ataque.

Como está dicho, Stark llegó a las 9.25, cuando, desde hacía ya una hora, la copia de la última parte del mensaje se hallaba a su disposición sobre la mesa de su despacho.

En cuanto la hubo leído, el capitán Wilkinson sugirió a Stark que debía ser enviado un despacho de alerta a la escuadra de Pearl Harbour y demás fuerzas navales del Pacífico. Pero el Almirante se negó.

Poco después, sobre las 10.20, cuando le entregaron el mensaje «Hora de entrega», volvió a insistir el capitán sobre la necesidad de avisar a la escuadra del Pacífico. Y Stark volvió a negarse.

Y así permaneció de guardia el Almirante, formando con su presencia física y su autoridad insuperable un dique intraspasable para toda tentativa de aviso a la escuadra.

Así permaneció hasta después de las 11,30 de aquella mañana, hora en que recibe la llamada telefónica de Marshall, que le da lectura del te-

legrama que ha redactado para las fuerzas militares terrestres del Pacífico, y pedirle parecer sobre si estima oportuno que se dé traslado a los mandos de la Armada en la misma área.

Stark tampoco accedió esta vez, y era la tercera, y colgó. Pero debió reflexionar que sería inútil su negativa y que se comprometería sin necesidad, ya que el telegrama de Marshall debía provocar tal movimiento entre las fuerzas terrestres que no podría pasar desapercibido para la flota, que por sí misma se pondría en alerta.

Por lo tanto, llamó a Marshall y le pidió que fueran también incluídos como destinatarios del despacho de alerta los Comandantes de la Marina.

El mensaje de Marshall sólo estuvo dispuesto para la cifra a las 11.58.

Pero aun habiendo perdido sin justificación posible tanto tiempo—eran ya las 7.30 en Pearl Harbour—, llegó Marshall a mayor refinamiento.

El General dispuso que el cifrado se cursase por vía ordinaria. Por lo tanto, fué transmitido de Wáshington a San Francisco por la línea de la «Western Union», y desde esta ciudad pasado a la Compañía R. C. A., comercial, que lo transmitió a Honolulú.

Marshall disponía del teléfono transpacífico. Si transmite por él, su mensaje hubiera llegado al general Short y al almirante Kimmel, por lo

menos, de treinta a cuarenta minutos antes de empezar el ataque.

Enviado por la «Western» y la R. C. A., llegó al cuartel general de Short SEIS HORAS DESPUES DEL ATAQUE, Y AL ALMIRANTE KIMMEL LE LLEGO OCHO HORAS DESPUES.

Seis y ocho horas después de haber sufrido las siguientes pérdidas:

FUERZAS DE LA MARINA:

Jefes, oficiales y marinos... ... 3.077 muertos.

EJERCITO DE TIERRA Y AIRE:

Jefes, oficiales y soldados... ... 266 muertos.

FUERZAS DE LA MARINA:

Jefes, oficiales y marinos... ... 879 heridos.

FUERZAS DEL EJERCITO:

Jefes, oficiales y soldados... ... 396 heridos.

TOTAL:

Muertos	3.303
Heridos	1.272
Total general	4.575

BUQUES PERDIDOS

Acorazado ARIZONA: Pérdida total. Volado.
Acorazado OKLAHOMA: Pérdida total. Hundido en el puerto, sacado a flote para abrir la entrada del puerto y vuelto a hundir.
Acorazado CALIFORNIA: Hundido en su fondeadero. Reparado mucho más tarde.
Acorazado WEST VIRGINIA: Hundido en su fondeadero. Reparado mucho más tarde.
Acorazado NEVADA: Encallado fuera del puerto para impedir que se hundiera por las averías. Reparado más tarde.
Acorazado PENSYLVANIA: Daños de menos importancia.
Acorazado MARYLAND: Daños de menos importancia.
Acorazado TENNESE: Daños de menos importancia.
Crucero HELENA: Averiado y reparado tiempo después.
Crucero HONOLULU: Averiado y reparado

tiempo después.
Crucero RALEIGH: Averiado y reparado tiempo después.
Destructor, uno: Averiado, sin posible reparación.
Destructor, uno: Averiado, sin posible reparación.
Barco auxiliar ténder de hidros: Muy averiado.
Barco auxiliar, barco de reparación: Muy averiado.
Acorazado DIANA para tiro al blanco, antiguo UTAH: Hundido.
Aviones perdidos: 177.

PERDIDAS JAPONESAS

Aviones: 48 derribados.
Submarinos: 3 (de bolsillo).

¿POR QUE TRAICIONO ROOSEVELT?

Lector, la contestación a la interrogación del título de este capítulo final me ha costado más esfuerzo y más tiempo que la elaboración de todo este libro.

Ahí me queda en una carpeta original para llenar ciento cincuenta páginas, y ciertamente no había conseguido encerrar en tantas ni la tercera parte de las razones y los hechos alegables. Y debo añadir que si la respuesta sobrepasaba en volumen a la obra era trazando una síntesis en un esfuerzo muy superior a mis fuerzas. Quedan para momento más propicio razones, hechos y pruebas en cantidad infinitamente mayor. Y, como han de comprender los lectores, el sentido de la proporción, la naturaleza de la obra y la oportunidad no permiten insertar algo tan desmesurado y tan fuera de lugar. Tanto es así, que, sin pretenderlo y sin darme cuenta, estaba escribiendo la Historia Secreta Universal de la Epoca Contemporánea. Y claro es, esa Historia, ni en la más reducida síntesis, puede ser encerrada en trescientas ni en quinientas páginas.

Acaso extrañe a los lectores; pero tiene clara explicación. La traición de Roosevelt en Pearl Harbour es tan sólo **un episodio, una escena;** no es ni siquiera **un acto** de ese drama ignorado que es la Historia Universal de los últimos cien años. De ese drama en el cual, escena tras escena y acto tras acto, la mitad de la Humanidad ha sido esclavizada y ya se alza el telón para el último acto, cuyo final—**está escrito**—es la esclavización de todo el género humano...

Se comprenderá que si así es—y es así—difícil, imposible realmente ha de ser hacer comprender las razones, causas y fines de la traición de Roosevelt, ya que han de ser de tanta trascendencia, dimensión y complicación como es su consecuencia, esa esclavización universal.

Si la vigente «cultura prefabricada» por los autores de la traición, que han erigido ya el Imperio más colosal de todos los tiempos, puede satisfacerse, como se satisface, con que la «razón» de tal Imperio es el «error», es decir, la **sinrazón,** a mí, lector, no me satisface en absoluto.

Nada sucede sin razón suficiente, nos dice Leibnitz. El ignorar la causa no implica su inexistencia, como cada día nos prueban los descubrimientos de la ciencia. Es necesario que haya llegado la Humanidad a un grado de idiotez o de hipnotismo total para poder creer que algo tan inmenso y atroz como jamás la Historia vió ha sucedido **por nada: por error...**

Debemos advertirlo; ante la obra más modesta, como ante la mas colosal, hasta el salvaje piensa en la existencia de un autor con voluntad, razon y plan; pero, caso único, el imperio esclavista soviético, infinitamente más inmenso y mas intenso que el soñado por Alejandro, César, Felipe, Napoleon o Hitler, es obra de eso, de un **error**..., sin autor con voluntad, razón y plan.

¡Ah!..., si; existió un Marx, un Lenin, un Stalin, autores «oficiales» del imperio...; pero da la casualidad que un Roosevelt y un Truman engrandecieron su imperio esclavista con mas millones de kilómetros y más millones de hombres que todos ellos.

¿Por qué, señores historiadores?...

La respuesta total está en esa Historia que, por complicidad o miedo, vosotros no escribiréis jamás.

Y que yo, y lo siento, no puedo insertar aquí.

Sólo puedo aquí poner ante la vista de mi lector una serie de hombres y hechos para incitar a su razón e imaginación a rasgar ese telón de mentiras «prefabricadas» en gran serie para ocultarle la verdad histórica y cegarlo para impedirle ver el abismo insondable a que lo llevan.

He dicho antes que la traición de Roosevelt en Pearl Harbour—no la primera ni la última—es tan sólo una escena de un drama secular. Un drama **escrito** hace cien años, dividido en actos y con final...

Ningún historiador hasta hoy, ni siquiera

cuando presenció la «representación» puntual del prólogo y los dos actos primeros, y ni siquiera cuando se alza ya el telón para el final, se creyó en la obligación de aportar el texto del drama en sus laureadas historias...

El «drama»—**programa**—vió la luz el día 12 de julio de 1942, en la revista titulada «Französische Zustäde», de Hamburgo, y, unos años después, en el libro titulado «Lutetia».

No fué el autor del «drama»—programa—ningún hombre desconocido, ni guardó el anonimato; si pecó, fué de ser algo exhibicionista; él fué y es admirado por el mundo entero como exquisito y dulcísimo poeta, y alguien llegó a decir de él que era «un ruiseñor alemán que había hecho su nido en la peluca de Voltaire».

Desde luego, el autor del «drama»—programa—fué un tipo de muy extraña personalidad. Era judío; se hizo bautizar sacrílegamente y blasfemaba de Cristo; sobrino y pensionado por su tío, el banquero Salomón, de Hamburgo, era el más inteligente y fanático de los comunistas secretos; íntimo, colaborador y protector de su hermano de raza, Carlos Marx, jefe «visible» del Comunismo mundial, y, a la vez, íntimo amigo de los hermanos Rothschild, reyes de la finanza mundial, con uno de los cuales, James, «rey Rothschild de Francia», se le veía pasear muchas veces, cogidos del brazo, por las calles de París durante la noche.

Antes de salir de Alemania para París, pere-

grinó hasta Munster, donde, arrodillado, besó en adoración mística las cadenas e instrumentos con los cuales fué ejecutado aquel «mesías» comunista, rey de la «Nueva Israel», instaurada en aquel territorio, en cuya capital, «Nueva Jerusalén» (Munster), instaló su trono de rey judío comunista; «rey» que la Historia cita con su pseudónimo, «Juan de Leyden», y no con su propio nombre de judío, Juan Böckelsen.

Tal era el autor del «drama»—programa—, cuyo nombre figura en todas las Historias literarias y en todas las antologías poéticas, pero no en ninguna Historia del Comunismo, y menos aún en ninguna Historia nacional o universal.

El se llamó Enrique Heine.

Y he aquí el «drama»—programa—redactado por él:

«El Comunismo, que aun no ha aparecido, pero que aparecerá poderoso, y será intrépido y desinteresado como el pensamiento..., se identificará con la Dictadura del Proletariado (Proletarienherrschaft). Será un duelo terrible. ¿Cómo terminará? ESO LO SABEN LOS DIOSES Y DIOSAS DE QUIEN ES CONOCIDO EL FUTURO. Sólo esto sabemos nosotros: El Comunismo, aunque de él se hable poco ahora y yazga sobre jergones de paja en buhardillas desconocidas, es el héroe tenebroso a quien está reservado un magno, pero PASAJERO PAPEL en la moderna tragedia y que sólo ESPERA LA ORDEN PARA ENTRAR EN ESCENA. Por

eso no perderemos nunca de vista a este ACTOR y hablaremos alguna vez de los ENSAYOS SECRETOS con los cuales se preparara para su debut en escena. Esto es quizá más importante que todas las informaciones sobre asuntos electorales, riñas de partido e intrigas de gabinete.»

«... LA GUERRA ENTRE FRANCIA Y ALEMANIA SERA SOLO EL PRIMER ACTO DEL GRAN DRAMA, A SABER, EL PROLOGO EL SEGUNDO ACTO ES EL EUROPEO, LA REVOLUCION UNIVERSAL, EL GRAN DUELO DE LOS DESPOSEIDOS CON LA ARISTOCRACIA DE LA PROPIEDAD: Y ENTONCES NO SE HABLARA DE NACION NI DE RELIGION, SOLO EXISTIRA UNA PATRIA, A SABER, LA TIERRA, Y UNA SOLA FE, A SABER, LA FELICIDAD SOBRE LA TIERRA.

¿Se levantarán las doctrinas religiosas del pasado en todos los países en una resistencia desesperada, y será quizá este intento el tercer acto?

¿Volverá otra vez a entrar en escena la antigua tradición absoluta, pero con nuevos uniformes y nuevos lemas y contraseñas?

¿Cómo terminará este drama?...

Existirá quizá tan sólo UN PASTOR Y UN REBAÑO; UN PASTOR LIBRE CON UN CAYADO DE HIERRO, Y UN REBAÑO HUMANO ESQUILADO Y BALANDO DE MODO UNIFORME.

SALVAJES. ATROCES TIEMPOS NOS AMENAZAN, Y EL PROFETA QUE QUIERA ESCRIBIR ESTA NUEVA APOCALIPSIS DEBERA INVENTAR BESTIAS COMPLETAMENTE NUEVAS, Y TAN HORRIBLES, QUE LOS VIEJOS ANIMALES SIMBOLICOS DE SAN JUAN RESULTARAN, COMPARADOS CON ELLAS, DULCES PALOMITAS Y AMORCILLOS.

LOS DIOSES OCULTAN SU ROSTRO POR COMPASION HACIA LOS HUMANOS Y QUIZA TAMBIEN POR TEMOR SOBRE SU PROPIO DESTINO.»

Parecería todo ello un poco **kábala** por entonces a los lectores de Heine; hoy la **kábala** está ya bastante clara y no es necesario descifrarla.

La realidad espantosa de la Historia la proclama.

Sin embargo, bien merecerían los textos un análisis espectral a fondo. De momento, me debo limitar a ilustrar únicamente lo subrayado por mí:

1.ª «Dictadura del Proletariado». Es la primera vez que tales palabras han sido escritas. Marx las repite luego, pasados los años, y con ellas justifica Lenin «marxistamente» la dictadura esclavista bolchevique. Si las destaco es para señalar que el primero en enunciar la idea de la Dictadura del Proletariado es Heine—el comunista Enrique Heine—, **el sobrino del ban-**

quero Salomón Heine, y por éste y su heredero pensionado durante toda su vida.

2.ª **«El Comunismo... tiene reservado un pasajero papel... y espera la orden para entrar en escena.»**

¿Papel pasajero? Es decir, que, como tal Comunismo, con sus jefes y organización, no prevalecerá y, además, ha de esperar a recibir la orden... Implícito está que el Comunismo ha de recibir la orden de alzarse procedente de «alguien» de fuera; naturalmente, de «alguien» con autoridad y poder para dársela y para ser obedecido por él...; ¿pero quién puede ser y quién es **ese alguien?**... Responderá el mismo Heine, a la vez que resuelve la cuestión del «pasajero papel» asignado por ese **«alguien»** al Comunismo.

Por mi parte, diré que sólo dos hipótesis hay para explicarse lo del «pasajero papel» del Comunismo: una, la restauración del régimen destruído por él; otra, la instauración de otro régimen nuevo y distinto.

Ahora, la respuesta de Heine, insertada en el transcurso de su «profecía» histórica:

3.ª **«Pero esto—la guerra entre Francia y Alemania—sería sólo el primer acto del gran drama... El segundo acto es el europeo, la revolución universal, el gran duelo de los desposeídos con la aristocracia de la propiedad, y entonces...»**

Esto ya es bien claro; la «profecía» se ha cumplido y está realizándose su parte final.

Primer acto.—**La guerra entre Francia y Alemania** estalla veintiocho años después, en 1870. Atención: **la guerra francoprusiana termina en la COMMUNE.**

Segundo acto. — **El europeo, la revolución universal.** Estalla la guerra europea setenta y dos años después; y, como se anuncia, termina con la revolución internacional, su consecuencia, triunfante en Rusia. Revolución que será ya permanente: asaltos de Hungría, Baviera, China, España, etc., dentro de su continuidad de asesinatos, sabotajes, atentados, huelgas: guerra social.

Tercer acto.—**¿Volverá a entrar en escena la antigua tradición absoluta, pero con nuevos uniformes, nuevos lemas y contraseñas?** El **Fascismo** en 1922; el **Nacionalsocialismo** en 1933

Cuarto acto.—**¿Se levantarán las doctrinas religiosas del pasado?**... Levantamiento **religioso-nacional español,** 1936.

Los cuatro actos se realizaron. Más aún, la interrogación que sigue al cuarto—«¿Cómo terminará este drama?»—terminó aplastando a la antigua «reacción absoluta», al fascismo y al nacismo, en una guerra mundial..., en una «GUERRA INNECESARIA», según la calificó uno de sus grandes protagonistas, Churchill..., sin duda porque **«debían ayudar a Rusia en el caso de que Alemania fuese ganando la guerra y a Alema-**

nia en caso de que estuviese ganando Rusia, dejando que se matasen mutuamente», como dijo Truman cuando sólo era senador, cuando aun él no se hallaba en el secreto y padeció un insólito ataque de sentido común (1). ¿Guerra innecesaria? Míster Churchill..., en efecto, innecesaria y fatal para Europa e Inglaterra y para la Cristiandad entera, que se suicidó en ella. **Necesaria, sí, en absoluto necesaria, para someter al esclavismo staliniano la mitad del Planeta.** Y para llegar al epílogo previsto por Heine.

Quinto.—**«No se hablará de nación ni de religión, sólo existirá una patria, la tierra, y una sola fe, la felicidad.»**

La ecuación guerra-revolución, vigente desde las de 1870, ha impuesto a medio mundo **que no se hable de religión ni nación y que sólo exista una «patria», la U. R. S. S.** Una patria que constantemente crece y amenaza con que sólo exista una «patria» en la tierra..., la soviética.

Lo de que **«sólo exista una sola fe: la felicidad»,** que es la profecía final, no dice ahí para quién ha de ser esa felicidad; pero en las líneas siguientes lo veremos:

Sexto.—**«Existirá quizá tan sólo un pastor y un rebaño, un pastor libre con un cayado de hierro, y un rebaño humano esquilado y balando de modo uniforme...»**

Un señor, el «pastor»; si es una sola persona,

(1) Palabras de Truman el 24 de junio de 1941, dos días después del ataque de Hítler a la U. R. S. S. («Daily Worker», de New York, 25-6-41.)

deberá ser un **mesías**, un **«dios»**; la metáfora debe referirse a un pueblo, una raza, una organización; pues, humanamente, sólo un pueblo, una raza, una organización, puede blandir ese tremendo cayado sobre tan inmenso rebaño humano, para obligarle a dejarse esquilar y para que bale con un balido uniforme... Naturalmente, **un Pueblo-dios, un Pueblo mesiánico.**

La felicidad sería para este pastor **libre**, hombre o pueblo; esto es indudable. A no ser que al rebaño humano universal lo amaestrasen para que se sintiese feliz **esquilado y balando de modo uniforme**; es decir, que se sintiese feliz en una esclavitud animal y apaleado por el cayado férreo... ¡De acero!: Stalin...

Mas veamos con qué «cayado» será esclavizado el rebaño del género humano.

Séptimo. — **«Salvajes, atroces tiempos nos amenazan, y el profeta que quiera escribir un nuevo Apocalipsis deberá inventar bestias completamente inéditas, y tan horribles, que los viejos animales simbólicos de San Juan resultarán en comparación dulces palomitas y amorcillos...»** ¿Pero esas «nuevas bestias» no son los tanques, los aviones gigantescos y la bestia de las bestias, la monstruosa bomba atómica?...

Es claro que sólo con tanques, aviones y bombas atómicas podrá ser sometido todo el «rebaño» humano a una esclavitud total, animal y universal...

Octavo.—Resta el último y principal enigma

¿Quién es EL o quién son ELLOS?... El «dulce poeta» comunista lleva en esto al extremo su metáfora y el misterio:

«Eso—el fin—lo saben los DIOSES y DIOSAS de quien es conocido el futuro.» «Los DIOSES ocultan su rostro por compasión a los humanos y quizá también por temor sobre su propio destino...»

¿Quiénes pueden ser estos «dioses»... que conocen el futuro... y ocultan su rostro y que, siendo «dioses», sienten temor por sí mismos?...

Calla el sobrino del banquero Salomón e íntimo de los Rothschild. Mas cierto día ulterior habla con la coartada de su fina ironía...:

«Herr von Rothschild es de hecho el mejor termómetro político, y no digo la mejor «rana» barométrica, porque no sonaría suficientemente respetuoso... Aquel su gabinete privado es en realidad maravilloso, e inspira ideas y sentimientos sublimes, como la contemplación del mar o la del cielo estrellado. Allí vemos claro cuán pequeño es el hombre y cuán grande es DIOS.»

¿No es descubrirnos quiénes son los «dioses»?... ELLOS son los más grandes financieros de la época. «Ellos», banqueros, de la misma raza y amigos del «profeta», serían los «dioses» **conocedores del futuro, los que darían la orden al Comunismo y los que blandirían sobre el rebaño humano el apocalíptico cayado atómico.**

Pero aun quiere decirnos más Heine. Declara

que **«los «dioses» ocultan su rostro»**... ¿Qué debemos interpretar? Sin duda, que los auténticos jefes del Comunismo, los que pueden **«darle la orden para entrar en escena... y le reservan un pasajero papel»**, se ocultan ELLOS y son **desconocidos.** ¿Y cómo se han de ocultar?... Fingiendo no ser jefes del Comunismo y erigiéndose en jefes de sus enemigos, tan sólo identificables cuando con sus «errores» como tales jefes del Anticomunismo **organicen la derrota** de sus «patrias oficiales» y la derrota de la Cristiandad... por medio de una serie de traiciones como la de Roosevelt en Pearl Harbour, Teherán y Yalta...

Y algo más nos revela Heine.

Siendo tan omnipotentes esos «dioses», que llegarán a ser los mesiánicos «pastores de todo el rebaño humano», naturalmente, después del «pasajero papel» asignado a los comunistas, ELLOS, los «dioses», sienten «temor por su propio destino...»

¿Por qué tal temor, siendo los auténticos jefes del Comunismo?...

¿Por qué han de sentir temor después de haber desempeñado su papel los comunistas y de haber asesinado y encarcelado a todos sus enemigos?...

Sólo cabe un motivo para tal temor: el miedo de los «dioses», de los jefes ocultos del Comunismo, a los mismos comunistas, a los comunistas auténticos, que pueden no resignarse a desem-

peñar tan sólo un «pasajero papel»; los que, una vez triunfantes, asesinen a los «falsos comunistas», a los cómplices de los «dioses»..., a los Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Yagoda, Beria..., y que así, no lo dioses, sino **un Stalin o un Malenkov llegue a ser ese «único pastor del rebaño humano»** que con su «férreo cayado» atómico «esquile y haga balar unánimemente» a todos, incluso al pueblo, secta u organización que pretende suplantarlos en el mando... Y, claro es, los «dioses», los que organizan la derrota de la Cristiandad y dieron el triunfo absoluto a los comunistas, serían los primeros en morir...

Visto así, ya es para que los «dioses» sientan temor por su propio destino...

Ahora bien, aun cuando los «dioses» han visto caer uno tras otro a sus hombres-puente dentro del Comunismo, dentro de la U. R. S. S. y satélites, Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Radek, Rakowsky, Yagoda, debe ser tal su ansia de dominio universal y tal su odio a la Cristiandad, que no dudaron en **forzarla** a combatir en una GUERRA INNECESARIA, en la cual Europa se suicidó...

Y ni aun viendo caer a su «último hombre», Beria, se deciden a lanzar al mundo aun libre contra el Imperio Comunista. Todo lo más, quieren **contenerlo** en «paralelos», y cuando no es posible, entretenerlo echándole a las fauces nuevas masas humanas, nuevos pueblos...

«Tiempo, más tiempo», piden, reclaman y **ganan los «dioses»...**

Tiempo para situar otro Trotsky, otro Beria, otro Tito en la U. R. S. S. para lograr que Malenkov sólo desempeñe un **pasajero papel,** que le arrebate el Supremo Poder..., y entonces hacer caer ya todas las «contenciones», organizar la última y definitiva derrota de la Cristiandad...; y el sueño ancestral de los «dioses» se realizará:

Un solo Pastor mesiánico; en su mano todas las bestias apocalípticas atómicas e hidrógenas suspendidas sobre las cabezas del Rebaño Humano Universal, esclavizado, explotado, esquilado y balando mansamente, humildemente, como si fuera rebaño de corderos...

Sólo un poco más en torno al escrito de Heine.

Su fecha es 1842; es cinco años anterior al «Manifiesto Comunista» de 1847, momento en que aquellos «desconocidos comunistas», con Marx como cabeza visible, «reciben la orden de entrar en escena», y seis años anterior a la revolución europea de 1848, la primera de tipo social internacional.

Revolución, la del 48, anunciada por el judío Disraeli, cuando nadie podía soñar con que sería él «premier» de Inglaterra. Por Disraeli, el hermano de raza de Heine, que la anuncia en 1844, efcha en que publica su «Coninsgby», y donde dice que será «una nueva Reforma»..., «Reforma» que dirigirían los judíos...

Ahora bien, creo que debemos preguntarnos:

¿Por qué un Disraeli, un Herzen y, sobre todo, un Heine pueden anunciar los acontecimientos

revolucionarios que acaecerán a pocos y a muchos años fecha?...

¿Poseyeron Disraeli, Herzen y Heine el don de la profecía?...

Prácticamente, lo poseyeron...; ¿pero es la profecía el único medio de conocer el futuro humano?

Desde luego, no; en absoluto, no. Los acontecimientos del futuro los conocen quienes los proyectan y están decididos a realizarlos dentro de un plan preconcebido. Para que acierten basta con una condición: **que tengan éxito en la realización de sus proyectos**; en el caso de Heine, Herzen y Disraeli, que tengan éxito en su Revolución permanente, tanto ellos como sus continuadores.

Así, nos colocamos dentro de la siguiente alternativa: PROFETAS O CONSPIRADORES.

Conspiradores comunistas, lo suficientemente conectados con los auténticos jefes del Comunismo como para conocer el plan trazado por ELLOS para ser ejecutado durante varias generaciones, a través de varias revoluciones, por una dinastía de jerarcas revolucionarios.

Yo invito a mis lectores a plantearse tal alternativa y a que la planteen a los más «egregios» historiadores para ver si son capaces de hallar otra distinta. Y si no la encuentran—que no la encontrarán—, que se decidan por cualquiera de sus términos y digan si ellos fueron

«profetas» o altos miembros de una secular conspiración comunista.

Yo me permito «profetizar», y los lectores verán si acierto: los «egregios» historiadores guardarán un silencio solemne, asnal; pero si algunos se decidieran a pronunciarse, yo vaticino que cuanto más materialistas y ateos sean, más afirmarán que Heine, Herzen y Disraeli fueron profetas inspirados por el mismo DIOS...

Dejo a los «egregios» la opción y termino anotando lo siguiente, por evidenciarlo el tema del presente libro:

Heine vincula en su «profecía» el sucesivo y creciente Comunismo al estallido de las guerras; de las guerras **intercristianas**, naturalmente. Aun llegó a más él; establece su programa y prelación: guerra **franco-alemana, guerra europea**, guerra de la reacción nacional y religiosa, la empezada en 1939, que continúa..., de cuyo resultado dependerá que sólo exista un «pastor libre, con su báculo férreo, reinando sobre todo el género humano, transformado en rebaño...».

Esas guerras en función de engrandecer al Imperio Esclavista se han librado todas ellas con el resultado **previsto** de darle más tierras y más hombres al Comunismo...; las generaciones vivientes hoy las han presenciado y sufrido...; ¿es o no cierto?...

Bien; pero a nadie, ni estando las guerras anunciadas y su finalidad revelada desde hace

más de un siglo; a ninguno de los «egregios» filósofos, políticos, historiadores, sociólogos; a ninguno de esos tipos tan recamados de cruces, tan cruzados por bandas, con tantos collares, togas y borlas se le ocurrió discurrir:

Ni Heine, Herzen, Marx, Lassalle, Lenin, Trotsky o Stalin poseyeron poder para obligarles a las naciones de la Cristiandad a suicidarse en las guerras «vaticinadas» por cualquiera de ellos. Las guerras las organizaron, hicieron que estallasen y las dirigieron otros hombres, políticos, banqueros, generales, pertenecientes «oficialmente» a las naciones cristianas...; y si las guerras, **una tras otra, tuvieron el mismo fin y resultado, instaurar y engrandecer el Imperio Esclavista soviético...**, ¿no es fatalmente necesario que entre tales políticos, banqueros y generales haya muchos con poder personal bastante y arte suficiente para organizar la permanente derrota de la Cristiandad y, en consecuencia, la permanente victoria del Anticristianismo, del Esclavismo, llamado Comunismo?...

La interrogación precedente lleva otra implícita, y ella es así:

¿Esos grandes organizadores de derrotas, eran realmente patriotas de su «patria oficial» o ellos eran en secreto patriotas de la **patria ideal e invisible** que pretende convertir a la Humanidad en un rebaño humano universal y hacerle obedecer zoológicamente a un pastor mesiánico

dotado con el poder terrorífico de las armas atómicas apocalípticas?...

A esas dos preguntas ha respondido afirmativamente la parte de este libro que los lectores acaban de conocer... Porque, como jamás se vió, ahí han visto a Roosevelt organizar la derrota de Pearl Harbour.

Pero, atención; esa derrota es tan sólo una batalla de la guerra librada contra la Cristiandad; un eslabón, y no el primero ni el último, de la cadena de traiciones que llevó a la esclavitud a 900 millones de criaturas humanas. Y sólo viendo la enorme teoría de traiciones engarzadas podrán los lectores percibir que su iniquidad corresponde a la cósmica grandeza del crimen de lesa Humanidad perpetrado por esa larga y secular línea histórica de traidores—patriotas de una patria ideal invisible y abisal—, cuyo sueño es instaurar una Dictadura totalitaria, espiritual, política y física, sobre toda la Humanidad, y reinar sobre los hombres animalizados y aterrorizados como lo que creen ser y quieren ser: como «dioses».

* * *

Y vuelvo a tropezar con la gran dificultad...: ¿cómo puedo darles yo aquí a los lectores la secuencia total de las traiciones cometidas por los organizadores de la derrota de la Cristiandad durante un siglo?... Ni siquiera cabe dentro de las pocas páginas restantes el índice completo de las cometidas desde 1914.

¿Qué hacer, lector?...

Me decido por insertar en lenguaje telegráfico algo así como los estribos de un puente histórico imaginario para llegar a la verdad... Tú, lector, por tu parte, deberás calzar tu imaginación con las famosas «botas de siete leguas» para poder volar de estribo a estribo; porque sólo así podrás llegar hasta la verdad histórica del instante vivido ahora por la Humanidad.

1914-1918. GUERRA EUROPEA

La guerra es conducida de tal forma por los aliados, que su «inmovilismo» en el frente occidental permite al ejército alemán derrotar tan copiosamente al ejército ruso, que la mortandad moscovita será la causa primera y principal de la abdicación del zar y del triunfo de la Revolución.

Lloyd George, el «premier» británico, el aliado «leal» del zar, al recibir la noticia de la instauración de la República, declarará:

«Uno de los fines de guerra de Inglaterra ha sido alcanzado» (1).

A la vez lo refrenda Sir George Buchanan, embajador británico en Petrogrado:

«El régimen autocrático y reaccionario no nos ha inspirado jamás simpatías... He aquí por qué **el advenimiento del Gobierno provisional es**

(1) Princesa Paley: «Souvenirs de Russie», pág. 35.

aclamado con entusiasmo por toda la Gran Bretaña» (1).

Días después dirá en público el embajador:

«La última vez que yo he tenido el honor de dirigirme a los miembros de la Sociedad Anglo-Rusa fué precisamente la víspera de la sesión de la Duma, en la que mi honorable amigo Miliukov pronuncia su célebre discurso en el cual clava el primer clavo en el ataúd del antiguo régimen. Yo dije entonces que nosotros debíamos, no sólo llegar a un final victorioso, sino que la **victoria definitiva debía ser conseguida sobre el enemigo situado dentro de nuestro propio campo. Hoy yo puedo felicitar al pueblo ruso por haberse librado tan pronto de tal enemigo»** (2).

Después de la Revolución republicana, premisa del próximo triunfo del Bolchevismo, ya podía ser derrotada Alemania.

El zar cae el día 13 de marzo de 1917. Los Estados Unidos entran en guerra veintitrés días después, el 6 de abril.

LOS «DIOSES» JUDIOS DE LA FINANZA INTERNACIONAL FINANCIAN LA REVOLUCION COMUNISTA RUSA

Primero hablará el **Servicio Secreto** americano.

He aquí copiado el documento entregado por

(1) M. Buchanan: Declaración a los periodistas. Tomada del «Russkoie Slovo» de 21 de marzo de 1917.

(2) Sir George Buchanan: Discurso en la «Sociedad Anglo-Rusa». Tomado del «Russkoie Slovo» de 12 de abril de 1917.

el Servicio Secreto al Alto Comisario de Francia en Estados Unidos, André Tardieu, a principios de 1919, cuyo texto es como sigue:

7-618-6 **Transmitido por el**
N.° 912-S. R. 2 **Estado Mayor del Ejército**
II **2.ª Sección**

I. En febrero de 1916 se supo por primera vez que en Rusia se estaba fomentando una revolución. Se descubrió que las personas y firmas que se mencionan estaban complicadas en esta obra de destrucción:

1. Jacob Schiff, judío.

2. Kuhn, Loeb & Cía., firma judía.

DIRECCION

Jacob Schiff, judío (1).
Félix Warburg, judío.
Otto Kahn, judío (2).

---

(1) Schiff interviene personalmente y como presidente del Banco Kuhn, Loeb y Cía.

(2) Otto Kahn presenta una curiosa personalidad, típicamente judía. Por un lado, es protector de los artistas; por otro, financiador de la revolución mundial. He aquí cómo lo caracteriza el Dr. Friedrich Wichtl en su ya mencionado libro «Weltfreinaurerei, Weltrevolution, Weltrepublik» (Munich, 1936, 12.ª edición, a cargo de Robert Schneider; pág. 248, nota 1): «Otto Kahn, nacido en Mannheim, en 1867, trasladóse a Nueva York en 1893. Desde 1897 es socio de la influyente firma bancaria Kuhn, Loeb & Cía. Kahn es el prototipo del millonario judío que trata de hacer simpático al judaísmo mediante subvenciones al arte. Fué presidente de la Comisión Financiera y Monetaria de la Cámara de Comercio de Nueva York; es comendador de la Legión de Honor francesa; presidente del Consejo de Administración de la «Metropolitan Opera House», de Nueva York; vicepresidente de la Sociedad de la Orquesta Filarmónica de la misma ciudad, etc. Solía decir Roosevelt de Kahn

Mortimer Schiff, judío (3).
Jerónimo H. Hanauer, judío.
3. Guggenheim, judío (4).
4. Max Breitung, judío.

No hay, pues, casi duda de que la revolución rusa, que estalló un año después de la información precedente, fué iniciada y fomentada por influencias claramente judías. Y en efecto, en abril de 1917 Jacob Schiff hizo una declaración pública, en la cual decía que gracias a su apoyo financiero había podido triunfar la Revolución rusa.

II. En la primavera de 1917 Jacobo Schiff comenzó a comanditar a Trotsky (judío) para que hiciera la revolución social en Rusia. El diario judío bolchevique de Nueva York «Forward» se financió también con el mismo objeto.

Desde Estocolmo, el judío Max Warburg (1) financiaba igualmente a Trotsky y Cía.; y lo

---

que su rostro estaba dirigido hacia la luz (evidentemente se refería a la luz de la Logia).» Véase, finalmente, cómo se expresa respecto a su propio judaísmo este ardiente protector de las artes y de los revolucionarios comunistas: «Mis padres, que eran cosmopolitas declarados y habían tomado parte activa en la revolución de 1848, no me hicieron impartir una educación judía, ni en el sentido nacional del término. Sin embargo, cada día que pasa me penetra más la convicción de que el judaísmo es una cuestión de raza y de sangre, a la cual nunca podremos sustraernos en la vida...» (Cita tomada de la publicación «Hammer» del 15 de julio de 1928 por Theodor Fritsch, op. cit., pág. 507.)

(3) Hijo de Jacobo Schiff.

(4) Este capitalista del bolchevismo es el «filántropo cultural» que costea becas de perfeccionamiento científico en América. Personalidad semejante a la de Otto Kahn.

(1) Este Max Warburg era el principal accionista de las empresas navieras **Deutsche Lloyd y Hamburg-America Line y,**

mismo hacían el Sindicato Westfaliano-Renano, importante consorcio judío; el judío Olaf Aschberg del Nye Banken de Estocolmo, y Givotovsky, un judío con cuya hija está casado Trotsky. Así se establecieron las relaciones entre los judíos multimillonarios y los judíos proletarios.

III. En octubre de 1917 se verificó la Revolución social en Rusia, y gracias a ella, ciertas organizaciones de Soviets tomaron la dirección del pueblo ruso. En estos Soviets se destacaron los nombres que consignamos:

Apellidos adoptados	Apellidos verdaderos	Raza
Lenin..	Ulianov	Ruso (2)
Trotsky...	Bronstein...	Judío
Steklov	Najamkes..	Judío
Martov	Zederbaum.	Judío

al mismo tiempo, el presidente del Banco Max Warburg & Cía. Tenía dos hermanos: Pablo, casado con la cuñada de Jacobo Schiff, y Félix, casado con la hija del mismo, ambos socios del Banco Kuhn Loeb & Cía., que presidía Schiff. Acerca de la participación del Banco Max Warburg en la revolución rusa informa suficientemente la publicación oficial norteamericana «The german-bolchevic conspiration», editada por la Comisión de Información Pública de Washington (octubre de 1918, página 27), la cual transcribe el siguiente telegrama:

«Estocolmo, 21 de septiembre de 1917.

»Sr. Rafael Sholak, Haparand.

»Estimado camarada: La dirección del Banco M. Warburg informa, conforme el telegrama de la dirección del Sindicato Renano-Westfaliano, que ha sido abierta una cuenta corriente para la empresa del camarada Trotsky.

»J. FÜRSTENBERG.»

(Cfr. A. Netchvolodow, op. cit., pág. 99.)

(2) Hijo de la judía apellidad Blank; por lo tanto, Lenin es **medio-judío.**

Zinoviev...	Apfelbaum.	Judío
Kamenev..	Rosenfeld...	Judío
Sujanov...	Gimel...	Judío
Saguersky	Krochmal..	Judío
Bogdanov	Silberstein.	Judío
Uritsky	Radomilsky	Judío
Larin...	Lurie...	Judío
Kamkov...	Katz...	Judío
Ganetsky..	Fürstenberg... ...	Judío
Dan	Gurevich...	Judío
Meshkovsky... ...	Goldberg...	Judío
Parvus	Helphand...	Judío
Riazanov..	Goldenbach	Judío
Martinov..	Zibar...	Judío
Chernomorsky ...	Chernomordik. ...	Judío
Soltntzev..	Bleichmann	Judío
Piatnisky..	Zivin...	Judío
Abramovich. ...	Rein	Judío
Zvesdin...	Voinstein...	Judío
Maklakovsky. ...	Rosenblum	Judío
Lapinsky..	Loewenschein. ...	Judío
Bobrof	Natansohn	Judío
Axelrod...	Orthodox...	Judío
Garin..	Garfeld.	Judío
Glazunov..	Schultze	Judío
Joffe...	Joffe	Judío

IV. Al mismo tiempo el judío Paúl Warburg, al demostrarse que tenía relaciones tan estrechas con los personajes bolcheviques, no fué reelegido en la Federal Reserve Board.

V. Entre los amigos íntimos de Jacob Schiff estaba el rabino Judas Magnes, que era amigo, devoto y agente incondicional de Schiff. El rabino Magnes es un enérgico dirigente del judaísmo internacional; el judío Jacobo Milikof declaró un día que Magnes era un profeta.

A principios de 1917 este profeta judío estableció la primera asociación verdaderamente bolchevique en este país, bajo el nombre de «Consejo del Pueblo». El peligro de esta asociación no se reveló hasta más tarde. El 24 de octubre de 1918 Judas Magnes (rabino) declaró públicamente que era bolchevique y que estaba de completo acuerdo con la doctrina e ideal bolchevique. Esta declaración la hizo Magnes en una reunión del «Consejo Judío Americano», en Nueva York. Jacobo Schiff condenó las ideas de Judas Magnes, y éste, para engañar a la opinión pública, abandonó el «Comité Judío Americano». Sin embargo, Schiff y Magnes quedaron en perfecta armonía como miembros del Consejo de Administración de la Kehilla (Kahal) judía.

VI. Judas Magnes, por otra parte, está en relaciones estrechas con la organización sionista universal Poale, de la que fué director. Su fin último es establecer la supremacía internacional del partido laborista judío, y una vez más se ve

la unión entre judíos multimillonarios y proletarios (1).

VII. Hace algunas semanas estalló la revolución social en Alemania; automáticamente, la judía Rosa Luxemburgo tomó la dirección política, y el judío Haase fué uno de los principales jefes del movimiento bolchevique internacional. En este momento la revolución social en Alemania se desarrolla siguiendo las mismas directrices judías que la revolución social en Rusia.

VIII. Si tenemos en cuenta el hecho de que la firma judía Kuhn, Loeb y Cía. está en relaciones con el Sindicato Westfaliano-Renano, firma judía de Alemania; con Lazard Frères, casa judía de París, y también con la casa bancaria Gunzburg, firma judía de Petrogrado, Tokio y París, y si advertimos además que las precedentes casas judías mantienen estrechas relaciones con la casa judía «Speyer & Cía.», de Londres, Nueva York y Francfort del Main, lo mismo que con el «Nye Banken», casa judía bolchevique de

---

(1) Conviene precisar mejor lo que es la Poale: «La política moderada del Partido Laborista (se refiere al judío, adherido a la II Internacional) es combatida sobre todo por el Poale Zion, cuyos miembros profesan una ortodoxia marxista extrema. No obstante sus teorías puramente comunistas, no está afiliado a la III Internacional a causa de sus «herejías nacionalistas». Su concepción ortodoxa de marxismo no le impide, en efecto, adherirse al movimiento sionista. No participa en los Congresos sionistas, porque piensa que tales Congresos son instrumentos de colaboración de la clases que él rechaza como buen comunista. Se opone al sionismo idealista y quiere reemplazarlo con un sionismo proletario que desempeñe su papel en la lucha contra el orden vigente.» (Cfr. H. de Vries de Heekelingen: «Israel», pág. 182.)

Estocolmo, comprobaremos que el movimiento bolchevique en sí es, hasta cierto punto, la expresión de un movimiento general judío y que determinadas casas bancarias judías están interesadas en la organización de este movimiento (1).

QUIENES HICIERON LA REVOLUCION Y QUIENES OCUPARON EL PODER

Documento del Senado de los EE. UU., volumen III, núms. 62-66. Congreso. Primera sesión.

(Extractos de la evidencia del Rvdo. George A. Simons, superintendente de la Misión Episcopal Metodista de Petrogrado, desde 1907 al 6 de octubre de 1918.)

El Rvdo. A. Simons evidenció en su informe ante el Senado el 12 de febrero de 1919 que... de **388 miembros** (del Soviet bolchevique de Petrogrado), **sólo 16 eran rusos auténticos, y el resto judíos**, a excepción de uno, que era un negro procedente de América del Norte...: **entre los 371 judíos pertenecientes al Soviet Comunista septentrional, con sede en el viejo Instituto Smonly, 265 de tales judíos habían llegado a Rusia procedentes de Lower East Sice de Nueva York.**

(1) Este notable documento fué publicado por vez primera en 1920, en la «Documentación Católica», y luego reproducido varias veces, entre otros, por el «Times», de Londres, el 9 de febrero de 1918, y por el «New York Times», en dos artículos de Samuel Gompers, del 1.° de mayo de 1922 y el 31 de diciembre de 1923, en los cuales este destacado judío reconoce y explica el apoyo prestado al Comunismo por la alta finanza hebrea.

INFORME SISSON

Este informe fué emitido por Mr. Edgard Sisson en octubre de 1918, con el título de **«La conspiración germano-bolchevique»**. El autor actuaba como delegado del Presidente Wilson. El Comité de Información Pública publicó los «Documentos Sisson» como información de guerra —serie núm. 20, octubre 1918—, después de haberlos sometido a examen de los investigadores de la Oficina Nacional del Servicio Histórico de Estados Unidos.

Comentando el informe, Roberto H. Williams (que perteneció al Servicio Militar de EE. UU.), en su libro «Conozca a su enemigo», pág. 14, declara:

Una multitud de informes emitidos por agentes diplomáticos, agencias de información y observadores privados, incluyendo a Edgard Sisson, enviado especial del presidente Woodrow Wilson, nos hablan del carácter judío del triunfo bolchevique en la Revolución de Octubre.

El «Informe Sisson» nos hace saber que ciertos banqueros internacionales judíos, pertenecientes a las Bancas Warburg y a la Khun Loeb y Cía. (la segunda de New York City), contribuyeron a financiar a Lenin y Trotsky para la toma del Poder.

Seguramente los culpables negarán estos cargos, pero Mr. Jacob Schiff, entonces jefe de la Banca Kuhn Loeb y Cía., en un telegrama diri-

gido a sus amigos que celebraban una gran demostración comunista en el «Carnegie Hall» en la noche del 23 de marzo de 1918, en la cual se celebraba el triunfo de la Revolución rusa (que hizo posible el triunfo del bolchevismo ocho meses más tarde), demostró su complicidad.

El telegrama decía así:

«Dirá usted en mi nombre a los asistentes a la reunión de esta noche cuán profundamente lamento la imposibilidad en que me hallo de poder celebrar con los amigos de la libertad de Rusia el triunfo tan esperado por el cual hemos luchado durante estos largos años.

JACOB H. SCHIFF.»

(Telegrama publicado en la mañana siguiente en la pág. 2 del «New York Times».)

Cholly Knickerbocker, de la «Asociación de Escritores de Artículos Editoriales», dijo en el «New York Journal-American» el 3 de febrero de 1949:

«Hasta el nieto de Jacob (Schiff), miembro eminente de la alta sociedad de Nueva York, calcula que el viejo empleó cerca de 20.000.000 de dólares para lograr el triunfo final del bolchevismo en Rusia.»

TESTIMONIO DE UN TESTIGO DE VISTA

Durante diecisiete años, el corresponsal en Rusia del «Times», de Londres, Robert Wilton, fué testigo visual de todos los acontecimientos de la revolución bolchevique. En la página 29 de

su obra «Los últimos días de los Romanov» leemos: «A fin de ponerme a cubierto de cualquier acusación de prejuicio, doy (en las páginas 136-137) la lista de los miembros del Comité Central, de la Comisión Extraordinaria (Cheka) y del Consejo de Comisarios que funcionaban en la época del asesinato de la familia imperial. Los 62 miembros que componían el Comité eran: cinco rusos, un ucraniano, seis letones, dos alemanes, un checo, dos armenios, tres georgianos, un karaim (secta judía) y 41 judíos. La Comisión Extraordinaria (Cheka) de Moscú la componían 36 miembros: un alemán, un polaco, un armenio, dos rusos, ocho letones y 23 judíos. El Consejo de Comisarios del Pueblo se componía de dos armenios, tres rusos y 17 judíos. De acuerdo con los datos suministrados por la prensa soviética, de los 556 funcionarios importantes del Estado bolchevique, incluyendo los arriba mencionados, eran en 1918-19, 17 rusos, dos ucranianos, 11 armenios, 25 letones, 15 alemanes, un húngaro, 10 georgianos, tres polacos, tres finlandeses, un checo, un karaim y 457 judíos.

Si el lector se asombra de encontrar por todas partes la mano de los judíos en el caso del asesinato de la familia imperial rusa, debe tener en cuenta la formidable preponderancia numérica de los judíos en la administración soviética.»

En las páginas 136 a 138 de la misma obra el autor escribe:

«Es en el Comité Central del Partido Bolche-

vique dónde reside el poder. En 1918 estaba compuesto de los nueve judíos siguientes: Bronstein (Trotsky), Apfelbaum (Zinoviev), Lourie (Larin), Uritsky, Volodarski, Rosenfeldt (Kamenev), Smidovich, Sverdlof (Yankel), Nakhamkes (Steklcj), y de los tres rusos: Ulianov (Lenin), Krylenko y Lunatcharsky.»

LA FUNCION COMUNISTA DE LA GUERRA 1917-18, OBRA DE LOS «DIOSES» DE LA FINANZA

Enry Vickham Steed, redactor jefe de política internacional y luego director de «The Times», nos dice:

«Entre las influencias adversas (a los aliados), yo estoy convencido de que la de la judería internacional fué la más formidable (1).

La influencia judía fué la más persistente y eficaz. La más unificada o dirigida con más coherencia.

Este idealismo tenía dos aspectos: de un lado, fortaleció durante cierto tiempo las tendencias pro-alemanas de la finanza judía, haciendo entrar en línea de cuenta, al lado de la adhesión israelita al pangermanismo, su odio a la Rusia imperial; pero su apoyo a ese mismo germanismo se afloja desde que es derribado el imperio ruso... El fanatismo israelita se alía, antes y durante los primeros años de la guerra, a las fuerzas antirrusas, y no se calma hasta que en 1917

(1) Enry Wickham Steed: «Mes Souvenirs», vol. II, página 368.

la revolución antirrusa y el advenimiento del bolchevismo—en gran parte judío, tanto por sus doctrinas como por sus protagonistas—hubo destruído al imperio ruso y a su iglesia ortodoxa... Sobre fines de 1916, las organizaciones sionistas de Europa y Estados Unidos empezaron a identificarse con la causa aliada, y ello principalmente gracias a los esfuerzos de Sir Mark Sykes, entonces subsecretario de Estado en el Gabinete de Guerra británico, y de Mr. James A. Malcolm, armenio-británico muy conocido. Mr. Malcolm insistía muy justamente sobre que los judíos eran menos pro-alemanes que antirusos... El Dr. Weizemann, Mr. Sokolov y el Dr. Greenberg establecieron comunicaciones con los sionistas principales americanos que usaron de su influencia en favor de la participación americana en la guerra... Mr. Balfour, secretario de Asuntos Extranjeros, hizo en noviembre de 1917 una declaración oficial preconizando el establecimiento del Hogar Nacional judío en Palestina. Esta declaración no contribuyó solamente a acrecer el interés de los israelitas americanos por la guerra, sino que tendía también a neutralizar en Rusia la influencia de los socialistas judíos pro-alemanes que trabajaban en concierto con los bolcheviques...

El retorno de Moscú de M. M. William C. Bullit y Lincoln Steffens, enviados a Rusia a mediados de febrero por el coronel (Mandel) House y Mr. Lansing... con el fin de estudiar las con-

diciones políticas y económicas por cuenta de los comisarios plenipotenciarios americanos encargados de la negociación de la paz, da lugar a cierta agitación. Mr. Philip Kerr y, seguramente, Lloyd George estaban al corriente de esta misión y la aprobaban... MUY POTENTES INTERESES FINANCIEROS INTERNACIONALES ESTABAN EN ACCION EN FAVOR DE UN RECONOCIMIENTO INMEDIATO DE LOS BOLCHEVIQUES. ESTAS INFLUENCIAS SON RESPONSABLES EN GRAN PARTE DE LA PROPOSICION ANGLO-AMERICANA HECHA EN ENERO DE HACER VENIR A PARIS REPRESENTANTES BOLCHEVIQUES, proposición que había abortado para transformarse en una sugestión de conferencia con ellos en la isla de Prinkipo.

EL BANQUERO JUDIO - AMERICANO, BIEN CONOCIDO, MR. SCHIFF, ESTABA, COMO SABIAN TODOS, DESEOSO DE OBTENER EL RECONOCIMIENTO DE LOS BOLCHEVIQUES, ENTRE LOS CUALES PREDOMINABA EL ELEMENTO ISRAELITA.

Y en el «Daily Mail» de 27 de marzo yo me elevaba enérgicamente contra toda intención de reconocer a todos los «energúmenos cuyo fin declarado es subvertir en todo y por todo los fundamentos de la civilización occidental».

EL CORONEL HOUSE (MANDEL HOUSE) ME RUEGA IR A VERLO AQUEL MIS-

MO DIA. YO LO ENCONTRE MUY ATORMENTADO POR MI OPOSICION A TODO RECONOCIMIENTO DE LOS BOLCHEVIQUES...

YO INSISTIA EN QUE, AUN CUANDO SE IGNORASE, LOS PRINCIPALES PROMOTORES DEL MOVIMIENTO ERAN JACOB SCHIFF, WARBURG Y OTROS FINANCIEROS INTERNACIONALES, DESEOSOS SOBRE TODO DE PROTEGER A LOS BOLCHEVIQUES RUSOS...

DESPUES DE DEJAR AL CORONEL HOUSE, ME ENTERE DE QUE MUY PROBABLEMENE MR. LLOYD GEORGE Y EL PRESIDENTE WILSON ACEPTARIAN AL DIA SIGUIENTE POR LA MAÑANA, BAJO SUGESTIONES DE MR. BULLITT, EL RECONOCIMIENTO DE LOS BOLCHEVIQUES.

¿QUIENES SON LOS TENTADORES QUE OSAN MURMURAR AL OIDO DE LOS GOBIERNOS ALIADOS Y ASOCIADOS? ELLOS NO ESTAN MUY ALEJADOS DE LOS HOMBRES QUE PREDICABAN AL PUEBLO BRITANICO, EN JULIO DE 1914, LA PAZ ACOMPAÑADA DE PROVECHOSO DESHONOR. ELLOS SON PROXIMOS PARIENTES, SI NO IDENTICOS, DE LOS HOMBRES QUE ENVIARON A TROTSKY Y ALGUNAS DOCENAS DE ENERGUMENOS ASOCIADOS A EL PARA DESTRUIR LA REVOLUCION RUSA, COMO FUERZA DEMOCRATICA AN-

TIGERMANICA, EN LA PRIMAVERA DE 1917» (1).

Yo ignoro si alguien será capaz de recusar el testimonio de Mr. Steed, todo un director de «The Times», en la época de su mayor apogeo e influencia, cuando pertenece al multimillonario judío y rey de la prensa inglesa Lord Northclife. Mr. Steed habla de algo vivido por él, de algo que revoluciona el concepto «científico» y popular sobre la guerra 1914-18 y sobre los auténticos progenitores y protectores del Bolchevismo ruso.

Pero la importancia de las revelaciones de Mr. Steed está refrendada en la Historia Universal por su silencio total; ciertamente, **un silencio atronador...**

Cierro este apartado sobre los orígenes del Comunismo ruso con una frase de Mr. Raimond Robins, representante personal del presidente Wilson ante los Soviets en 1918:

TROTSKY ES EL JUDIO MAS GRANDE DESDE QUE CRISTO VINO AL MUNDO.

Estas palabras las dijo el representante personal de Wilson a los representantes diplomáticos aliados, presente Lockhard, el inglés, que las refiere, y las pronunció en ocasión de «hacer un llamamiento a los aliados para que acudiesen en ayuda de los bolcheviques» (2).

Sólo hacerlo notar: es Trotsky, el judío lle-

(1) Enry Vickham Steed: «Mes Souvenirs», vol. II, página 286.
(2) R. Bruce Lockhart: «Memorias», pág. 293.

gado a Rusia desde América, el **más grande judío** desde Cristo.

Es Trotsky a quien los «dioses» de la finanza internacional han elegido para dictador de la Unión Soviética y para jefe del Comunismo mundial, cuya misión ha de ser hacer que sea «pasajero el papel» de los comunistas no judíos, que, gracias a él, han de dar paso al reinado del mesiánico pastor del «báculo férreo», su cetro atómico de Poder total y universal...

TROTSKY TOCA YA EL PODER TOTAL SOVIETICO

Es el momento en que Lenin sufre su primer ataque grave, coincidiendo con los preparativos para la Conferencia de Génova, donde los diplomáticos bolcheviques (un ruso y cuatro judíos: Rakovsky, Radek, Kamenev, Litvinof) tratarán en pie de igualdad con los jefes de los aliados, traicionados por ellos, y con el represntante alemán, el judío Rathenau.

La Conferencia de Génova se abre el 10 de abril y se cierra el 19 de mayo de 1922.

Durante la misma, Rathenau concierta y firma en secreto en Rapallo un tratado de reconocimiento y ayuda mutua económica, técnica y de armamentos con los soviéticos.

La subida de Trotsky al primer puesto del Poder soviético, pues la muerte de Lenin es segura, así lo impone.

¿Pero quién lo impone?

Samuel Gompers, judío, y presidente por entonces de la casi única organización sindical americana, la Federación Americana del Trabajador (A. F. L.), nos lo dice con una gran claridad el 7 de mayo, antes de finalizar la Conferencia genovesa:

Yo estoy enterado de la nueva política de un grupo bancario americano-anglo-germánico, que constituye seguramente el más peligros elemento en la cadena de esfuerzos realizados en América a favor de los bolcheviques, porque tal grupo posee la más grande fuerza. La verdad es que la finanza internacional tiene aguzado su apetito y cree hallar en Rusia una ocasión para el pillaje.

Yo no conozco nada más cínico que la actitud de hombres de Estado y financieros respecto al caos ruso. Esencialmente, su fin, tal como ha sido expuesto en Génova, es imponer a Rusia una servidumbre económica a cambio del reconocimiento de los Soviets. La finanza americana es invitada a tomar parte en esta miserable y despreciable empresa: el pillaje de un vasto dominio; y, para facilitar sus esfuerzos, ciertos BANQUEROS AMERICANOS, OCUPADOS EN HIPOTECAR EL MUNDO, ESTAN PRESTOS PARA SEMBRAR EN SU PROPIO PAIS LA PROPAGANDA VENENOSA Y ANTIDEMOCRATICA DEL BOLCHEVISMO, CORROMPIENDO, COMPRANDO, INTIMIDANDO O HALAGANDO. Existen espléndidas excepcio-

nes, mas las grandes potencias del combinado americano-anglo-germánico se vuelven hacia esa presa: un pueblo arrodillado...

ESPECIALMENTE IMPORTANTE ES LA ADHESION A LA CAUSA BOLCHEVIQUE DEL GRUPO DE BANQUEROS AMERICANO-ANGLO-GERMANICO, QUE TIENEN A GALA TITULARSE FINANCIEROS INTERNACIONALES PARA ENMASCARAR SU VERDADERA FUNCION.

EL MAS IMPORTANTE BANQUERO DE ESTE GRUPO HABLA EN NOMBRE DEL MISMO; NACIDO EN ALEMANIA, DONDE SE HALLA, HA ENVIADO ORDENES A SUS AMIGOS A FIN DE QUE TODOS TRABAJEN A FAVOR DEL RECONOCIMIENTO DE LOS SOVIETS (1).

Samuel Gompers no sabe muy bien de qué va. El cree que sólo se trata de una empresa financiera y comercial de altos vuelos para «colonizar» a Rusia, para lo cual los financieros americano-anglo-germánicos no tienen inconveniente en abrirle las puertas de América al Comunismo.

Pero algo importante calla Gompers, y él, judío, tiene sus motivos para guardar silencio. No identifica la personalidad de los que forman ese grupo, el más poderoso, de la finanza internacional. Son los mismos delatados por el documento del Servicio Secreto americano, por los demás

(1) Samuel Gompers: Artículo en el «New York Times» de 7 de mayo de 1922.

testimonios y por Mr. Steed: los Schiff, Warburg, Baruch, Khun, Loeb, a los cuales hay que añadir Rathenau, cómplice de ese banquero, residente en Alemania, que no es otro que un Warburg, hermano carnal de los Warburg de América.

LA PROVIDENCIA IMPIDE A TROTSKY LA TOMA DEL PODER

Cuando Lenin muere, Trotsky es la primera figura del Politburó, y el poder acumulado en sus manos no tiene par. Comisario de Guerra y generalísimo de las Fuerzas Armadas, es el seguro heredero y el infalible dictador; porque, además de su categoría personal y de la fuerza material—el Ejército Rojo, que le obedecía—, Lenin, en su «Testamento», desahuciaba totalmente a su único rival: a Stalin.

Pero un hecho providencial vino a destruir todo el plan. Y el hecho fué que unas semanas antes de morir Lenin, cuando el heredero cazaba patos en unos pantanos..., Trotsky se mojó los pies.

Cuéntelo el mismo Trotsky:

«Pero apenas pisé en el suelo, calzado como iba con zapatillas de fieltro, se me encharcaron los pies de agua. Antes de que pudiese alcanzar a saltos el automóvil, tenía los pies completamente helados. Me senté al lado del chófer, me descalcé y me calenté las piernas en el motor. Pero el enfriamiento se apoderó de mí y tuve que me-

terme en la cama. Después de la gripe sobrevino una fiebre criptógena. Los médicos me prohibieron abandonar el lecho, que hube de guardar todo lo que quedaba de otoño y durante el invierno. Es decir, que mientras se desarrollaba toda la discusión en torno al «trotskismo» durante el año 23, yo tenía que estarme atado a la cama.

PUEDE UNO PREVER LAS REVOLUCIONES Y LAS GUERRAS. EN CAMBIO, NO ES TAN FACIL PREVER LAS CONSECUENCIAS QUE PUEDEN DERIVARSE DE UNA EXCURSION DE CAZA A LOS PATOS EN EL OTOÑO» (1).

«En el otoño de 1924 me volvió la fiebre. Fué en el momento en que se desencadenaba una nueva discusión» (2).

«La recaída de L. D. (León Davidovich)—escribe mi mujer—coincidió con la monstruosa campaña desatada contra él y que teníamos que sufrir como otra cruel enfermedad» (3).

«En la primavera del año 1926 emprendí un viaje a Berlín acompañado de mi mujer. Los médicos de Moscú no acertaban a explicarse la pertinaz temperatura...; la fiebre me había puesto fuera de combate en varios momentos críticos de la campaña, como si estuviese conjurada con mis adversarios» (4).

Hemos calificado de providencial el accidente

(1) (2) (3) (4) Trotsky: «Mi vida», págs. 522, 538, 538 y 547.

y la enfermedad que a Trotsky ocasiona. Lejos de pretender sugerir que Trotsky, personalmente, sea peor que Stalin, pues ambos han demostrado ser hombres de una crueldad inaudita y con un ansia de poder tiránico infinita, lo providencial de la inutilidad temporal de Trotsky, cuando se libra la batalla por el Poder, está en que Trotsky hubiera unificado las dos fuerzas del Comunismo, la financiera-masónica con la revolucionaria en el ámbito mundial y, por lo tanto, el avance del Comunismo hubiera sido más acelerado.

SIN PRETENDER VATICINAR, A NUESTRO JUICIO. SI TROTSKY LOGRA SER LO QUE STALIN FUE. EL COMUNISMO SERIA HOY DUEÑO DE TODO EL PLANETA, salvo que la Providencia lo hubiera querido evitar. Sólo la Providencia, pues no hubiera existido fuerza humana capaz de evitarlo.

En tanto que **siendo Stalin o Malenkov el dictador, la unión y concierto de ambas fuerzas, la financiera-masónica y la revolucionaria, es imposible de manera permanente. Y si se produce, sólo es temporalmente, por oportunismo y táctica, para vencer y aplastar a fuerzas, como las fascistas, que ponen en peligro la existencia del Imperio comunista, que la Finanza-Masonería, el trotskismo en su nombre vulgar, no pierde la esperanza de volverlo a recuperar y dominar.**

No es posible, ni en índice, incluir aquí la multitud de acontecimientos que se suceden

para la eliminación de la mayoría judía del Estado soviético y del Partido bolchevique.

Baste decir que con la expulsión de Trotsky y Kamenev del Politburó el día 23 de octubre de 1926, no quedó en el centro más alto del mando comunista un solo judío.

Trotsky es desterrado a Siberia en 16 de enero de 1928.

Y de la Unión Soviética el 18 de enero de 1929.

Se ha frustrado el plan de situar a un judío de dictador de la U. R. S. S. para traspasar el Poder a los «dioses»...

¿Pero se resignaron esos «dioses»?...

LOS «DIOSES» ELEVAN AL PODER A ROOSEVELT

Si por acción interna, por acción del trotkismo, ya no les es posible adueñarse de la Unión Soviética y del mando del Comunismo mundial, deberán intentarlo por acción exterior. Y para tal acción internacional necesitan de un hombre que, adueñado del Poder en los Estados Unidos, lo emplee para el fin perseguido: para que recobre Trotsky o uno de los suyos el dominio perdido de la U. R. S. S.

El elegido de los «DIOSES» es Franklin Delano Roosevelt, un criptojudío y un elevadísimo masón, cuyo talento como farsante y cuya obediencia estricta son a toda prueba.

¿Pero cómo lograrlo?...; el Partido Republicano, en el poder con Hoover, parece inconmovi-

ble. No les faltan a los «DIOSES» hombres dentro de los republicanos, y muy altamente situados; pero ni el partido ni sus hombres representativos les obedecen con obediencia estricta, conociendo los fines y sirviéndolos, sean los que sean; los más obedecen sin saberlo, por profesar con entera buena fe ideas políticas y económicas «prefabricadas» por ellos. Y, como es natural, tales hombres han de retroceder ante la perpetración de una traición; y a la traición están los «DIOSES» dispuestos a llegar, si necesario es, para realizar su designio capital.

Uno de los obstáculos mayores para desalojar del poder a los republicanos es la **prosperidad**, aquella inaudita prosperidad que tiene sumidos en la euforia a todos los americanos...

Y, sin embargo, es ahí, en la Economía, donde los DIOSES deciden dar la batalla contra el partido dueño del poder; batalla que ganarán.

LA BANCARROTA DE WALL STREET

La catástrofe de la Bolsa de Nueva York, acaecida en octubre de 1929, tuvo consecuencias económicas mundiales, pero también consecuencias políticas decisivas.

Como nunca, se evidenció aquella tremenda verdad escrita cuatro años antes por Trotsky:

«La Internacional Comunista es una entidad casi conservadora comparada con la formidable Bolsa de Nueva York.»

Se han vertido torrentes de tinta para «in-

formar» a las gentes sobre aquella tremenda catástrofe financiera, la cual produjo una serie de catástrofes en «cadena» en todos los países de Europa (1).

Se ha escrito una enormidad de obras y artículos sin fin. He leído algunas, y un escepticismo tremendo me ha invadido sobre la capacidad racional de las gentes del siglo; porque les han dado como única explicación que la catástrofe ocurrió en América y Europa por existir un exceso de producción..., y que **si fueron 30 millones de hombres al paro, al hambre... fué por sobrar trigo, carne, patatas, azúcar, automóviles y máquinas de todas clases...; «crisis de sobreproducción»** llaman a la catástrofe todos los «expertos» de la economía mundial en su lenguaje técnico...

Y a ningún «racional» se le ha ocurrido preguntar cómo puede ser causa del hambre la existencia de exceso de pan...

Naturalmente, tampoco a los que informan a

(1) Se salvó España gracias a que Calvo Sotelo se mantuvo firme frente a la campaña de Cambó propugnando el establecimiento del «patrón oro» en vísperas de que lo abandonasen forzosamente las demás naciones. De aceptar la «sugestión» de Cambó, España también quiebra, en lugar de sufrir tan sólo las salpicaduras de la catástrofe mundial. Era mucho hombre aquel Cambó como «organizador de derrotas» económicas y políticas... A ver si nos explican todos sus biógrafos panegiristas aquel «genial» proyecto de su admirado Cambó, el hombre de Rathenau y Heineman, los dos judíos de la «corte celestial» de los «dioses»..., autores de la catástrofe de Wall Street. Naturalmente, dirán que nada sabía el «profético» Cambó y que fué un «error»...; ¿un error de hombre tan genial que no cometió ni uno solo en contra de su inaudito y **misterioso capital?...**

la opinión mundial se les ocurrió hacer notar tan insensata paradoja...; claro está, esos economistas no informan, **desinforman** al dictado de los DIOSES...

Sean unos textos para la estupefacción de los lectores:

«Desde luego, EL MECANISMO DE LA INFLACION FIDUCIARIA—pues no hubo realmente ninguna inflación monetaria—, unido a factores diversos, ha servido para ocasionar el alza de los títulos en la Bolsa...» (1).

«El índice de cotizaciones de acciones de 450 empresas, que era de 100 como media en el año 1926, alcanzaba 133,1 en diciembre de 1927, el de 172 en diciembre de 1928, y ha llegado en septiembre de 1929 hasta 225,2» (2).

«La causa del alza no puede de ningún modo encontrarse sino en la abundancia y baratura del crédito durante los seis últimos meses de 1927 y durante todo el año 1928» (3).

Según un cuadro estadístico de la misma «Revue de Economie», los créditos de los Bancos de Nueva York a los «brokers»—corredores de Bolsa—bajan de 32,52 por 100 del total prestado por ellos al 16,01 por 100 en septiembre de 1929.

A la vez, la Federal Reserve, que había bajado la tasa de descuento en 1927 al 3,5 por 100, lo que, unido a los grandes créditos abiertos a los

---

(1) «Revue de Economie», tomo XLIII, pág. 1.588.
(2) Idem, tomo XLIII, pág. 1.604.
(3) Idem. Siguen las cifras demostrativas.

especuladores, provoca el alza vertiginosa; tasa de descuento que será mantenida hasta febrero de 1928, en que se eleva sólo un 0,5 por 100, quedando así hasta abril, en que pasa al 4,5 por 100, y en julio al 5 por 100. Correlativamente, el alza del «call money» pasa del 3,6 en noviembre de 1927 al 6 por 100 en julio de 1928, hasta llegar en septiembre de 1929, víspera de la catástrofe, ¡al 9,5 por 100!... (1).

«Por otra parte, lo más grave para la estabilidad del mercado era que el aumento de adelantos a los «brokers» había llegado a ser casi únicamente en préstamos a la vista; de suerte que en octubre de 1929, sobre un total de préstamos concedidos a los «brokers» de 6.480.000.000 de dólares, 6.082.000.000 de dólares eran en préstamos a la vista» (2).

En su virtud, un «viernes negro» pudieron los Bancos **contraer** estos préstamos **a la vista** y desencadenar la catástrofe. Y así lo hicieron.

De sus efectos y resultados económicos en toda el área mundial hay noticias muy abundantes para ser traídas aquí.

Al cabo de los años, economistas «científicos» y «serios» de gran fama mundial dicen:

«... la crisis de 1929 que, a diferencia de crisis anteriores, es debida a una sobreproducción de bienes de consumo...» (1).

(1) Cifras y fechas de la «Revue de Economie», tomo citado.

(2) «Revue de Economie», tomo XLIII.

(1) Edward-Hallett Carr: «Les conditions de la Paix», página 22.

«Durante el período de reconstrucción mundial, de 1925 a 1939, se produce una supercapitalización del sistema productor, acompañada de una racionalización jamás alcanzada en la industria de todos los países capitalistas; sobre todo en Estados Unidos y en Alemania. Esta evolución conduce a una situación muy tirante y crea un paro sin precedentes cuando la crisis estalla» (2).

«Es en la crisis económica de sobreproducción de 1929 y en el paro que fué su consecuencia donde el autor percibe el factor determinante del triunfo de los nacional-socialistas en Alemania» (3).

Es un desprecio absoluto de los hechos. La «crisis» estalla en la Bolsa de Nueva York, en el mismo corazón de la finanza internacional, y se propaga «en cadena» por todo el Occidente, ocasionando tantas crisis **financieras** como países. Como **efecto** vienen las crisis monetarias, industriales y el paro. Esta es la sucesión de los hechos, y en pura lógica, **jamás un hecho ulterior puede ser causa de otro anterior.** La cosa es de una nitidez absoluta.

¿Por qué toman estos profesores los efectos por causa?...

La causa del cataclismo es financiera, ni siquiera monetaria; de moneda crédito—«scripturale»—, según la llaman en el «argot» científico de la Economía.

(2) Hans Heymann: «Plan for Permanent Peace».
(3) Antonin Basch: «The New Economic Warfare».

La técnica para provocar el estallido es muy antigua; la clásica en Bolsa:

Primera fase: **Concesión de créditos a los jugadores; consecuencia: alza. Y el alza durará tanto tiempo como se les concedan créditos; es decir, en tanto que los títulos comprados por ellos sirvan de garantía con un porcentaje relativamente elevado; no según su valor nominal y dividendo real, sino según su cotización arbitraria en Bolsa.**

Segunda fase: **Elevación del interés y restricción de los préstamos; efecto infalible, aunque el jugador, apelando a su propio capital, siga comprando para sostener los cambios; efecto infalible, repetimos: BAJA.**

Una baja tanto más honda cuanto mayor sea el valor ficticio—crediticio—atribuído y reconocido al dinero «scripturale».

Como vemos, nada nuevo. Es la maniobra permanente que vemos en el «parquet» de cualquier Bolsa. Lo singular, lo asombroso en lo sucedido en la Bolsa de Nueva York no está en la calidad genuina del hecho; radica solamente en su gigantesca dimensión. Y, concedámoslo, hacerle alcanzar a la maniobra y a la subsiguiente catástrofe un volumen tan colosal requiere un genio gigantesco y unos medios financieros descomunales..., ¡y también una moral!...

Que la catástrofe financiera ocasionase automáticamente una retirada de moneda física, que tal carestía monetaria restringiera las posi-

bilidades de compra, es natural, dentro de la psicología humana.

Que, al poderse comprar menos, la producción no hallase consumidores suficientes resulta de una lógica elemental.

Y que, al disminuir el consumo, sobrara producción y, al sobrar, disminuyera el número de trabajadores y sobreviniera el paro... son hechos en la relación perfecta de causa a efecto.

Pero deducir de lo expuesto que la causa de la catástrofe fué la existencia de una sobreproducción mundial, es como decir que alguien murió de hambre por tener sobra de pan...

El supersticioso respeto a la «deidad» Finanza, o la complicidad con ella, les impide ver a estos economistas «eminentes» la feroz ironía de aquella situación:

Un mundo rebosando de producción, producción que se pudre formando gigantescos «stocks» y, a la vez, diez millones de hombres en América y veinte más en Europa muriéndose de hambre, sometidos a un paro fatal; es decir, privados del medio de consumir aquella producción que se pudre o se destruye.

Situación de ironía sin igual, sin que por ser irónica dejase de ser criminal.

Causa primera, causa real:

Que el trabajo, la producción y el consumo del mundo entero estaban subordinados a la conveniencia e interés del «Dinero Financiero», del Crédito, y no a la inversa, el Crédito al trabajo,

a la producción y al consumo. Es decir, el hombre subordinado al Crédito, a la moneda falsa, y no el Crédito al hombre, como es lo patriótico, humano y cristiano.

Expuesta hasta su entraña queda la causa de la gran catástrofe de 1929, que fué, por sus efectos, más revolucionaria que cuanto la Internacional Comunista pudiera imaginar, como Trotsky vaticinara en 1925, en el texto ya transcrito.

Sólo nos resta personalizar; porque aquella maniobra genial que la catástrofe provoca, necesariamente ha de ser personal, pues jamás lo genial es multitudinario ni surge sin voluntad e inteligencia.

Mas antes responderemos a una posible objeción, que se nos puede formular así: «Si la catástrofe fué provocada por hombre u hombres, como a nadie, ni a ellos, pudo beneficiar, habría que atribuirles algo demencial, el hacer el mal por el placer de hacerlo, hasta sufriéndolo ellos mismos...»

No apelaremos a la sentencia de Próspero Merimé, cuando afirmaba que había muchos hombres que **hacían el mal tan sólo por el placer de hacerlo.**

Simplemente, nos limitaremos a señalar quién fué beneficiado por la crisis económica provocada en la Bolsa de Nueva York: **el beneficiado fué Roosevelt.**

Aquella crisis fué la derrota electoral del Partido Republicano, el triunfo del Demócrata

y la entronización del dictador Roosevelt, al cual sólo la muerte podría arrancar del Poder.

No hubo un solo economista «consagrado» capaz de demostrar que aquel desastre de 1929, por carecer de causa económica real, ya que todos los factores de la economía se oponían a él, fué una maniobra criminal de ese mismo grupo judío, de los DIOSES de la Finanza, denunciado por los testimonios aportados y mil más que se podrían aportar. Y no existiendo un solo economista «consagrado»—la «consagración» es obra de la prensa, radios y agencias dominadas por esos mismos financieros, acatada y reconocida por la indigencia mental de los no dominados, cuya ciencia político-económica la reciben «prefabricada» por los «expertos» a sueldo de ellos—, el hombre de la calle aceptó que aquella catástrofe tuvo causas tan impersonales como cualquier terremoto...

Ni siquiera cuando vieron sus efectos políticos, perdurables durante veinte años, que son los cuatro quinquenios durante los cuales detenta el Poder el Partido Demócrata, con Roosevelt y Truman, los **organizadores de la derrota** de la Cristiandad, porque veinte años fueron necesarios para que el pueblo americano dejase de ver al fantasma de la crisis y del hambre flotando sobre el Partido Republicano...

Hizo falta que la traición a escala mundial fuera consumada por Roosevelt y Truman, y que el espantoso y real monstruo del Comunismo

devorara media Humanidad para que aquel fantasma de la crisis y el hambre huyera en parte de la imaginación popular americana...

LOS «DIOSES» DAN EL PODER A HITLER

A la vez que provocan el derrumbe económico americano para dar el Poder a Roosevelt, los «DIOSES» realizan otra maniobra paralela para dárselo a Hítler en Alemania.

Desde luego, a primera vista, parecen ser maniobras contradictorias. Si dan el Poder en los Estados Unidos al judío y masón Roosevelt, dárselo a la vez en Alemania a un antijudío y antimasón como Hítler parece ser una flagrante contradicción.

Si para el economista Antoni Barch «es la crisis económica de 1929 el factor determinante del triunfo del Nacional-Socialismo», concédase, los autores de la catástrofe de Wall Street son objetivamente los autores del triunfo de Hítler.

Pero no se trata de «objetividad» en sus acciones; se trata de acción personal, directamente realizada para dar el Poder al Führer alemán.

En 1929 los financieros judíos americanos envían a un Warburg a Alemania, que concierte con Hítler la financiación del movimiento nazi. Desde este año hasta la toma del Poder recibe unos treinta millones de dólares el Partido Nacional-Socialista, enviados por los «DIOSES» desde América; sus filiales europeas entregan otras cantidades también respetables. Imagine-

mos el «poder de compra» de esas cifras en una Alemania con siete millones de parados, que suponen veintiocho más de personas hambrientas...

No queremos inducir a error. La financiación del Partido Nacional-Socialista no implicó la corrupción o la claudicación ideológica de Hítler. La financiación fué incondicional. Hítler quedaba en libertad de realizar su programa del «Mein Kampf»; es más, la realización a ultranza de su programa anticomunista y el buscar en el Este un «espacio vital» para el pueblo alemán fué la razón de su financiación por los banqueros «americanos»... Cierto; el anticomunismo hitleriano tenía como apéndice un antijudaísmo a ultranza; sin duda los financieros judíos lo lamentaban, pero no mucho. El martirio y muerte de unos millares o millones de judíos, mosaicos y «akezamis»—mezclados—en su mayoría, carecía de importancia frente a aquella empresa de recobrar los «DIOSES» el dominio del Imperio soviético... Y hasta el gigantesco «pogrom» hitleriano podía tener una gran utilidad para «Ellos» cuando cumplida su misión Hítler, como ya la cumpliera su antecesor Guillermo II, fuera necesario sublevar contra él a la conciencia cristiana universal en pleno, ya que la experiencia histórica les enseñaba que nada provoca mayor indignación en la Cristiandad que la muerte violenta de judíos en cualquier rincón del Planeta... Y no se engañaban al suponer que así seguiría sucediendo en el futuro. Pronto lo vieron

confirmado. Pocos años después, 12 obispos, 16.000 sacerdotes, religiosos y religiosas y cientos de miles de cristianos fueron martirizados y asesinados en España... sin que esa Cristiandad de «conciencia prefabricada» se entregase al histerismo que provocó el saqueo de unas tiendas judías de Berlín...

Ya lo enuncié; la financiación de Hítler tenía como fin que, ya Poder él en Alemania, se lanzase al ataque contra Stalin...

Que si el genio criminal-policíaco del amo de la U. R. S. S. había hecho imposible hasta la fecha el triunfo de la conspiración trotskista, las «derrotas organizadas» por los conspiradores e infligidas por el ejército alemán, como sucedió cuando el Zar, darían el triunfo al golpe de Estado de Trotsky... Momento preciso en que los «DIOSES» sublevarían a toda la conciencia de la Cristiandad contra el antisemita Hítler, y sus ejércitos serían lanzados a destruirle; igual, exactamente igual que hicieron con el Kaiser...

De la financiación de Hítler hay noticia en libro del Warbug «plenipotenciario» de los financieros, publicado como coartada y retirado de la circulación inmediatamente. Se titula la obra DE GELDBRONNEN VAN HET NATIONAL SOCIALISME - 3 GESPRKKEN MET HITLER (1). El título y el libro están escritos en holandés, y la traducción más aproxi-

(1) Editado por Van Holkema & Warendorf. Vitgewer-Maatschappw N. V. (1933).

mada de su título es: «Origen del dinero del Nacional-Socialismo - 3 conversaciones con Hítler».

Naturalmente, Warburg niega hoy el hecho. El público español ha podido leer su desmentido en las «Memorias» de Von Papen, en carta de James P. Warburg, insertada en el Apéndice número 1 (págs. 647 y siguientes). En la carta de Warburg sólo hay protestas e indignación; pero no pruebas contrarias. Confiesa, desde luego, haber estado en Alemania «en viaje de negocios» en 1929 y 1930. Pero Warburg no se ha querellado contra los editores del libro en Estados Unidos, donde se ha publicado.

Ahora bien, Von Papen, que provoca la rectificación de Warburg. sin haber afirmado que sea cierta la financiación de Hítler, desde luego, «sin querer», por un raro «descuido» en tan hábil diplomático, da una prueba muy elocuente: Existía en 1933 la reclamación de una firma americana por un supuesto sabotaje durante la guerra de 1914-18; tan falta de pruebas tal reclamación, que las Comisiones internacionales habían absuelto a Alemania de pagar la indemnización reclamada, unos 40 millones de dólares.

Pero he aquí que no bien los nazis toman el Poder, aceptan oficiosamente pagar tal cantidad a través de Mc Cloy, «casualmente» Alto Comisario americano en Alemania en 1948, y hoy, según noticias, presidente del Banco de la Reserva Federal, «Chase National», del judío Aldrich, actual embajador americano en Londres. El con-

venio lo concierta Herr Von Pleffer, un confidente del propio Hítler. Von Papen se entera por casualidad; él es en esa fecha Vicecanciller, y protesta, porque aquel convenio, aun siendo secreto, confirma la acusación aliada de que él realizó sabotajes en Estados Unidos siendo agregado militar (1).

Al parecer, Von Papen estropeó el asunto de momento. Pero es muy extraño que Hítler aceptase pagar aquella «indemnización» indebida que contradecía su repudiación de todas las reparaciones. Sin duda cabe suponer que la «indemnización» ilegal, e ilegalmente concedida, era un medio hábil para justificar el pago de la financiación; porque sería interesante saber qué personas se hallaban realmente tras Mc Cloy... ¿No estarían Warburg, Heineman y Aldrich..., los mismos judíos que lo harían nombrar primer Alto Comisario americano en Alemania?...

Y nada más de la financiación judía de Hítler.

EL SEPTENADO DE MUNICH

Es casi de ayer y todos lo podemos recordar. Desde 1933 a 1939, Hítler, canciller del III Reich, cual si lo hubieran dotado de mágicos poderes los «dioses» de la mitología teutónica, se vió acatado por el mundo aliado, vencedor de Alemania. Ni una línea del Tratado de Versalles tuvo ya vigencia; recobró el Reich, sin disparar un tiro, casi todas las fronteras kaiserianas, y hasta com-

(1) Von Papen: «Memorias», págs. 69 y 70.

pensó con creces lo no recobrado integrando en el Gran Reich todo lo alemán del fenecido Imperio austríaco.

Al conjuro mágico del Führer brotó de la nada el sin igual ejército alemán, el más poderoso del Planeta...

Tan sólo se oyeron contados y débiles lamentos de las vestales versallescas ante aquel arrollador rearme hitleriano.

Sin oro, sin materias primas y sin grandes créditos internacionales, el III Reich pudo financiar por sí mismo aquel fantástico rearme y su maravillosa euforia industrial... ; se habló de la «brujería» del Dr. Schacht, y hasta parece ser que él a sí mismo un brujo se creyó...

No tenía Hítler más capital ni más finanza que aquella prodigiosa capacidad de trabajo del pueblo alemán... ; pero los economistas nos dirán si esa virtud se la infundió repentinamente el Führer o era en el germano algo ancestral...

No fué ningún milagro de los viejos dioses teutones ni «brujería» de Schacht; el milagro fué de aquellos «DIOSES» financiadores de la ascensión hitleriana, cuyo poder fué tanto que impusieron al mundo aliado unas tarifas aduaneras a través de las cuales pudiera penetrar en él aquel torrente de la producción alemana, y que no elevara los precios de sus materias primas, y que no compitiera con las mercancías hitlerianas ni en Centroeuropa, ni casi en América del Sur... ; algo fácil, natural y sencillo; algo negado

al católico canciller Brüning—tan pacífico—y que sirvió para financiar aquel vertiginoso rearme bélico de Hítler.

«¿Quién financia a Alemania?... Alemania jamás habría podido llevar a cabo sus planes sin la ayuda de nuestro país—Inglaterra—a través del «clearing» («Gaceta de la Bolsa», Londres) (1).

«No existe ni puede existir duda de que casi la totalidad del cambio libre (divisas) que se ha puesto a disposición de Alemania para la compra de materias primas ha sido proporcionado directa o indirectamente por la Gran Bretaña... Material de guerra que, andando el tiempo, será utilizado contra dicho país y que jamás habría podido ser fabricado de no haber sido por la generosidad de Gran Bretaña, que pone a disposición del enemigo las divisas necesarias para la adquisición de esas materias primas» («Financial News», 1935).

Ni un hecho más, ni un testimonio más. ¿Está bastante claro?...

¿POR QUE AQUEL MILAGRO DE LOS «DIOSES»?

Sólo testimonios para respuesta de los extremos más opuestos: uno, de James P. Warburg, el multimillonario, consejero de Roosevelt, acu-

---

(1) Citado por I. Dreiser en su «América debe ser salvada», pág. 192.

sado de financiar a Hítler, y otros dos testimonios de Stalin y Malenkov.

James P. Warburg:

«Un elemento esencial de la diplomacia occidental fué la tentativa de torcer la agresión nazi hacia el Este, contra la Unión Soviética. Este período alcanza su punto culminante cuando Checoeslovaquia fué traicionada en Munich.» (De su libro «Por qué el Plan Marshall».)

Stalin:

«Inglaterra y los Estados Unidos de América fueron los que ayudaron a Alemania a levantarse económicamente y a restablecer su potencia económica y militar.

»Evidentemente, al ayudar a Alemania a levantarse económicamente, los Estados Unidos e Inglaterra contaban con dirigir a Alemania, una vez robustecida, contra la Unión Soviética.» («Problemas del Socialismo en la U. R. S. S.», octubre 1952.)

Malenkov:

«No es culpa de la Unión Soviética que los círculos reaccionarios de los Estados Unidos y de los países europeos occidentales minasen la política de seguridad colectiva y animasen a Alemania para la agresión.» (Informe del Comité Central al XIX Congreso del P. C.)

¿POR QUE ATACO HITLER A SUS ARMADORES Y NO A STALIN?...

Stalin no se resignó a esperar ser atacado

por Hítler sin reaccionar. Sin duda conocía muy bien el fin perseguido por los «DIOSES» al financiar al Nacional-Socialismo y al rearme alemán: repetir la maniobra realizada con el Zar; que aprovechase las derrotas del Ejército Rojo la Oposición trotskista para derribarlo y fusilarlo...

Stalin, temeroso de suscitar un ataque general del Occidente, no se había atrevido a fusilar aún en 1936 a ningún dirigente judío comunista. No se atrevía sin previamente dividir y enfrentar entre sí al Occidente.

La guerra de España, por Stalin provocada mediante el asesinato de Calvo Sotelo, le permitió enfrentar temporalmente a Inglaterra y Francia con Alemania e Italia.

La guerra española estalla el 18 de julio de 1936; un mes después, en agosto, Stalin juzga y fusila a 16 hombres de la Oposición trotskista —11 judíos de los 16—, y entre los fusilados están Zinoviev y Kamenev.

En obras anteriores he detallado el ritmo y amplitud de la purga de judíos comunistas realizada por Stalin desde agosto de 1936 a marzo de 1938 y sus repercusiones en la política internacional, haciéndole a Inglaterra y Francia ir hasta Munich, donde culmina el robustecimiento estratégico y bélico de Hítler para que pueda lanzarse al ataque contra la Unión Soviética.

Existe hasta la «prueba fonética», porque Martin Borman graba en discos aquella histórica

conversación entre Hítler y Chamberlain, en la cual el «premier» británico anima al Führer al ataque, prometiéndole dejarle «manos libres» en Rusia.

Pero Stalin, en tanto, ha dejado acéfala y sin sus más potentes fuerzas en el Ejército y la Policía a la Oposición judía y está dispuesto a exterminar en el territorio soviético hasta el último israelita.

Stalin ha privado así de finalidad—de la finalidad asignada por los «DIOSES»—al ataque hitleriano. Ya no existen judíos en la U. R. S. S. con personalidad y situación para poder derribarle, fusilarle y suplantarle... Hítler ya no podrá provocar el triunfo de los conspiradores judíos con sus victorias...; sus victorias provocarían la destrucción del Comunismo y la instauración de un régimen ruso, no judío...

¿Entonces?..., ¿qué pueden hacer ya los «DIOSES»?...

ROOSEVELT ACTUA

El mismo día que llega a Wáshington la noticia del fusilamiento de Zinoviev, Kamenev y demás judíos—25 de agosto de 1936, fecha del fusilamiento—, Roosevelt llama a Joseph Davies para enviarlo de embajador a Moscú (1).

Davies permanecerá en la capital soviética hasta julio de 1938. Presenciará la «liquidación» de los más famosos judíos trotskistas con ener-

(1) Davies: «Misión en Moscú», pág. 8.

me dolor; pero le será imposible impedir la purga sangrienta y general.

La realidad se le muestra nítida: **el ataque de Hítler provocará, no la toma del Poder por los judíos, sino el fin del Comunismo en la Unión Soviética y en el mundo entero.**

Davies conferencia reiteradamente con Litvinov, Molotov y hasta celebra una larga conferencia con Stalin, sin ser acompañado nunca por ningún diplomático americano.

Cuando Davies abandonó su puesto en el verano de 1938, ya sabe o tiene casi la seguridad de que el ataque hitleriano contra la U. R. S. S. no se producirá:

Stalin le había dicho en su conversación el día 5 de junio:

«Los elementos reaccionarios de Inglaterra, representados por el Gobierno de Chamberlain, están decididos a continuar una política de fortalecimiento de Alemania y a colocar por lo tanto a Francia en posición de creciente dependencia; todo con el propósito de armar a Alemania contra Rusia» (1).

Pero en marzo de aquel mismo año Davies había informado a Summer Welles:

«Inglaterra y Francia... han estado haciendo el juego a los designios nazis y fascistas... Esto puede llegar al punto de que las fuerzas

---

(1) Davies: «Memorándum de la Conferencia tenida en 5 de junio de 1936 por Joseph E. Davies con Mr. Stalin en el Kremlin de Moscú.» Copiado en «Misión en Moscú», pág. 228.

de la Unión Soviética se unan por puro realismo con Alemania en un futuro no muy distante. Esto parece algo muy rebuscado, pero está dentro del marco de probabilidades del futuro» (1).

La probabilidad de un pacto germano-soviético surge en 26 de marzo; doce días antes, el 14, han sido fusilados Bujarin, Rikov, Yagoda y bastantes más, que eran los últimos grandes jefes del Trotskismo con vida.

La **probabilidad** que surge al ser fusilados los últimos jefes trotskistas, ¿se transforma en **realidad** después de la entrevista Stalin-Davies?...

Davies escribe el 10 de septiembre de 1938, desde Bruselas, a Stalin:

«Agradezco el que, durante el ejercicio de mi cargo como embajador ante la U. R. S. S., las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos hayan llegado a un entendimiento mutuo, como no lo hubo nunca anteriormente.»

Esto, ¿a pesar de la probabilidad del pacto germano-soviético?..., ¿o a causa de su probabilidad?...

Es lo último, como probarán los hechos ulteriores; pero las fases de tan ardua maniobra no pueden ser precisadas por días ni aun por meses.

El momento crítico es ulterior al 19 de noviembre de 1938.

Existe un documento con fuerza para creerlo así.

---

(1) Carta de Davies a Summer Welles desde Moscú el 26 de marzo de 1938. Tomada de «Misión en Moscú», pág. 202.

El 19 de noviembre el conde Potocki, embajador polaco en Wáshington, celebra una larga entrevista con Bullitt, el «superembajador» de Roosevelt en Europa y titular de la Embajada de París.

Dice el conde Potocki:

«Bullitt informa constantemente al Presidente Roosevelt sobre la situación internacional en Europa, principalmente en Rusia, y el presidente Roosevelt y el Departamento de Estado acogen sus comunicaciones con gran atención.»

Y agrega en su informe el embajador polaco:

«Según los expertos militares habían informado a Bullitt durante la crisis de aquel otoño de 1938, una guerra duraría, por lo menos, seis años y, según ellos, se terminaría con un desastre completo de Europa y por el triunfo del Comunismo en todos los Estados. Y que era indudable que la Rusia soviética obtendría finalmente el provecho de todo ello... En lo que concierne a Alemania y al canciller Hítler, él—Bullitt—se expresa con la más grande vehemencia y un fuerte odio. Dice que sólo la fuerza, la fuerza ejercida al fin de una guerra, podían poner término en el porvenir a la loca expansión de Alemania...»

El embajador solicita de Bullitt que le diga la forma en que se producirá el conflicto.

«Bullitt responde que los Estados democráticos tenían absoluta necesidad de dos años aún para acabar sus armamentos. Durante este tiem-

po Alemania progresaría seguramente en su expansión en dirección al Este. Tal era el deseo de los Estados democráticos, que ansiaban ver desencadenarse en el Este un conflicto bélico entre el Reich alemán y Rusia. Como no se conocía hasta el presente el potencial de las fuerzas de la Unión Soviética, podría suceder que Alemania se alejase demasiado de sus bases, viéndose condenada a una larga guerra que la debilitaría. Y sería entonces solamente cuando los Estados democráticos atacarían a Alemania, obligándola a capitular.»

Como el conde Potocki le preguntase si los Estados Unidos tomarían parte en tal guerra, Bullitt le respondió:

«Sin ninguna duda, pero solamente cuando Francia e Inglaterra hayan «d'arbord bougé»...» (1).

Perfecto; es el plan primitivo de los «DIOSES», en el cual no entra como elemento la traición concreta y específica, y hasta los fines de ELLOS pueden coincidir con los intereses próximos—jamás con los lejanos—de Estados Unidos, Francia e Inglaterra...

Tomemos nota de que, aun conociendo las «probabilidades» de pacto entre Stalin y Hítler, continúa en vigor el primitivo plan: que la guerra empiece por una campaña de Hítler contra la U. R. S. S.

Sin duda no se ha logrado ajustar en todos

---

(1) «Documentos polacos», primera serie, págs. 9 y 10.

sus detalles el plan que puede realizarse a base del pacto germano-soviético. No se ha logrado el 19 de noviembre o, por lo menos, aun no lo sabe Bullitt; aun cuando **una prueba de la buena fe del «mundo judío»** le haya sido dada a Stalin doce días antes, el día 7 de aquel mismo mes.

El 7 de noviembre, el judío Grynspan, pide audiencia en la Embajada alemana de París y mata a tiros de pistola al primer diplomático que se le presenta, el secretario Ernesto Von Rath.

Crimen político cien por cien el del judío Grynspan; él no tiene personalmente nada que vengar con el asesinato de Von Rath.

¿Por qué mata?... Mejor dicho, **¿para qué mata el judío Grynspan?...**

Cuando el asesinato es cometido está celebrando sus sesiones en Ginebra el Congreso Mundial Judío.

Si el asesinato es cometido con el fin de provocar una explosión antijudía en Alemania, es algo imposible de probar, porque si se dió la orden al asesino de asesinar con tal fin o él para provocar lo cometió, ni los mandantes ni él lo dirán. Lo cierto es que, fuera o no intencionadamente una provocación, el asesinato de Von Rath fué efectivamente una provocación.

Al día siguiente, día 8, en Kassel y Dessau son maltratados los judíos por los nazis.

Acaso las represalias se hubieran limitado a Kassel y Dessau, pues el día 9 no pasa nada. Pero el Congreso Mundial Judío, reunido en Gi-

nebra, lanza una airada protesta el día 10 contra el maltrato de judíos en aquellas dos ciudades... Y la protesta provoca el mismo día diez motines en toda Alemania. No son sangrientos; los jefes nazis no deben querer fabricar mártires y las represalias caen sobre los bienes judíos.

Es igual; el asesinato de Von Rath ha producido su efecto: el «pogrom» incruento de toda Alemania que, a su vez, provoca el motín de todas las conciencias cristianas en Europa y América.

«El presidente Roosevelt ha levantado la antorcha que Chamberlain había dejado caer, y sus declaraciones a la prensa sobre el trato infligido a los judíos en Alemania lo consagran indiscutiblemente como el jefe de la opinión mundial, de la opinión democrática y de la indignación moral.»

Así dirá Davies en carta de 18 de enero a Harri Hopkins (1), el confidente de Roosevelt.

Algo nuevo ha sucedido. La opinión mundial, la democrática y la indignación moral, acaudilladas por Roosevelt, van a lanzarse a la cruzada contra Hítler, precisamente cuando el rearme que las mismas democracias le han permitido y financiado le da un poder espantable...

¿Por qué?...; ya lo veremos después.

Lo de que Roosevelt se ha convertido en el abanderado de la opinión mundial no es una megalomanía de Davies.

La Cristiandad, gran parte por lo menos,

---

(1) Davies: «Misión en Moscú», pág. 286.

será movilizada contra la barbarie antisemita hitleriana inmediatamente, al conjuro del judío Franckfurter, magistrado del Tribunal Supremo —situador luego del espía Hiss—, pues, sin duda, ninguna otra voz está más autorizada para ser escuchada por las Iglesias cristianas americanas.

El judío vienés, consejero predilecto de Roosevelt, organiza una inmensa manifestación nacional antihitleriana en Estados Unidos, cuyos ecos atronaron el Planeta, transmitidos y ampliados por los altavoces del 80 por 100 de la prensa mundial.

Franckfurter concede a las altas jerarquías de la Iglesia católica y a las de las sectas protestantes el honor de figurar en la vanguardia. El prelado francés Louis Dolivet, accidentalmente allí, será uno de los más activos; el arzobispo Mitty, los obispos Gannon e Ireton, entre los católicos; el Rvdo. Buttrick, presidente del Consejo Federal de las Iglesias; el Rvdo. Tuker, presidente de la Iglesia Episcopal, entre los protestantes, por no citar muchos más (1).

Al día siguiente, el embajador americano en Berlín, Wilson, es llamado para «consulta» a Wáshington, y el autorizado «New York Times», el más grande diario judío del mundo, insinúa: «Una ruptura de relaciones diplomáticas no está excluída dentro de las posibilidades.»

La clave del gran viraje iniciado por las de-

(1) Monseñor Louis Dolivet: «La colaboration entre les Etats Unis et la Europe». Informe de un viaje a Estados Unidos del prelado, con prólogo de lord Robert Cecil, pág. 5.

mocracias en noviembre, a partir del pistoletazo del judío Grynspan contra Von Rath nos la da el embajador de Polonia en Wáshington:

«En esta campaña han participado los diversos intelectuales judíos; por ejemplo, Bernard Baruch, Lehmann, gobernador del Estado de Nueva York; Félix Franckfurter, juez recientemente nombrado del Tribunal Supremo; Morgenthau, secretario del Tesoro, y otros que se hallan unidos por la amistad con Roosevelt... Este grupo de personas, que ocupan las más altas situaciones en el Gobierno americano y que quieren hacerse pasar por los representantes del «verdadero americanismo» y por los «defensores de la democracia», están unidos, en lo profundo, por los indisolubles lazos de la judería internacional. Para esta Internacional Judía, que tiene sobre todo como objetivo los intereses de su raza, la elevación del Presidente de los Estados Unidos a este puesto de «idealista hasta lo posible» y de defensor de los derechos del hombre ha sido un golpe genial.

»Ellos han creado de esta manera un peligroso centro de odio y hostilidad en este hemisferio y han dividido al mundo en dos campos enemigos...» (1).

Revelador como pocos el documento del católico embajador polaco y, además, profético. No le faltó a la Polonia ya sentenciada por ellos a

(1) Informe secreto al ministro de Asuntos Extranjeros de Polonia (12-1-1939). «Documents polonais», págs. 17 y 18.

morir la voz providencial del noble conde Jerzy Potocki.

Davies, desde Bruselas, en carta al confidente presidencial Harry Hopkins, fechada seis días después del Informe Potocki (18-1-1939), dirá:

«La próxima crisis estallará—y pronto—en el corredor polaco o en Ucrania.»

Podemos ver que aun existe alternativa: ataque hitleriano a un país democrático y aliado de Francia o ataque a la U. R. S. S.

Ambas posibilidades existen aún en principio para Davies; pero cabe preguntar si es que Stalin no ha entrado de lleno en el juego de Roosevelt para desviar el ataque hacia las democracias europeas, o es que las democracias aun se resisten a atraer sobre sus propias cabezas el rayo hitleriano forjado por ellas y destinado a carbonizar a Stalin.

Nos decidimos por lo segundo, basándonos en la misma misiva de Davies, en la cual agrega:

«La política de Chamberlain puede ser correspondida con una tal repugnancia de los Soviets que lleve a Rusia a un acuerdo económico y a una tregua ideológica con Hítler. Ello no está por bajo de las posibilidades o aun de las probabilidades; ellos (Chamberlain y Daladier) lo han hecho durante diez años.»

«Los reaccionarios de Inglaterra y Francia estarán, en su desesperación, dentro de poco cor-

tejando a los Soviets para obtener su apoyo, pero puede ser demasiado tarde...» (1).

¿Cómo puede adivinar Davies en enero que las democracias, desesperadas, cortejarán a Stalin en el mes de agosto, en aquella conferencia anglo-franco-soviética, cortada por la presencia de Ribbentrop?...

¿Cómo pudo adivinar aquel «Waterloo» de la diplomacia franco-inglesa?, según lo calificó Paul Reynaud...

EL TENEBROSO PLAN ROOSEVELT-STALIN

Escribirá Davies, en 17 de enero de 1939, al presidente Roosevelt:

«Las autoridades responsables del Gobierno soviético han declarado abiertamente que en un mundo en el que se hallan rodeados de enemigos, tienen completa confianza en la objetividad, justicia y honorables intenciones del Gobierno de los Estados Unidos» (2).

Lástima es que Davies sólo nos dé un extracto de su carta.

Pero con el párrafo copiado basta para demostrar la existencia de un punto de coincidencia entre los «DIOSES» y Stalin.

Ni a ELLOS ni a él les conviene que la guerra empiece por un ataque de Hítler a la U. R. S. S.,

---

(1) Davies: «Misión en Moscú», pág. 287.
(2) Extracto de una carta del embajador Davies a Roosevelt. «Misión en Moscú», pág. 285.

como era el antiguo proyecto revelado por Bullitt.

El ataque ahora, finales de 1938, no provocaría sólo la caída de Stalin, sino también la aniquilación del Comunismo, ya que habían sido fusilados los comunistas judíos con personalidad y posición para poder derribar y suplantar al dictador. Y, naturalmente, sin renunciar los «DIOSES» a su ambición secular de dominar al mundo entero, no podían permitir el aniquilamiento del primero y único Estado comunista, ya que su dictadura mundial sólo podría ejercerla tan ínfima minoría como son ellos adueñándose del poder totalitario, ya en vigor, del Estado bolchevista. No querían, no podían permitir que fuera destruído el Imperio Esclavista soviético, ya que no renunciaban a que fuera suyo; y hasta Stalin les acababa de ofrecer la oportunidad de llegar a heredarlo en no lejana fecha.

Fué un plan el convenido entre Roosevelt y Stalin a través de Davies, como todo acuerdo entre dos enemigos mortales, condicionado por tremendas reservas mentales y desarrollado por tiempos, actos recíprocos y plazos medidos y cautos, con reciprocidad estricta, bajo los dictados de una desconfianza y una suspicacia mutua.

Son los DIOSES los que han de dar el primer paso. Y lo dan el 7 de noviembre:

El pistoletazo del judío Grynspan, provocador del furor antisemita hitleriano, provocador,

a su vez, de la sublevación de la conciencia universal de la Cristiandad...

Y Stalin corresponde con otro acto muy decisivo para los DIOSES:

Nombra al cripto-judío Beria jefe supremo de la Policía soviética.

Ya vuelve a ser situado un judío en posición de heredar un día no lejano a Stalin, si muere de muerte natural o violenta, o **en posición y con poder para «heredar» al heredero**...

La gran ambición de los «DIOSES» vuelve a tener base real dentro del Estado soviético.

Ya puede y debe ser desviado el rayo de la guerra hitleriana del Kremlin hacia Londres y París...

Ya debe la sublevada Cristiandad contra la barbarie antisemita hitleriana luchar contra sí misma, suicidarse en una «guerra innecesaria»..., pero absolutamente necesaria para salvar la existencia del Esclavismo soviético y para engrandecer su Imperio esclavizando a Europa, lo más y mejor de la Cristiandad, bajo el Terror soviético...

Sí, sí: que **el judio Beria lo heredará**...

¿PERO ERA POSIBLE AQUEL GRAN MILAGRO DE LOS DIOSES?...

Inglaterra y Francia permiten y financian la creación de aquella formidable potencia militar hitleriana.

Para que Hítler se atreva a lanzarse al ataque contra la Unión Soviética, Inglaterra y Francia no rearman.

¿Es tanto el poder prodigioso de los DIOSES que podrán hacerles luchar a Francia e Inglaterra cuando es mayor la potencia militar hitleriana y más débil su potencia propia?...

Como no puedo relatar aquel milagro de los DIOSES con menos palabras ni más autoridad, refiéralo Churchill:

«El 14 de marzo (1939) quedó disuelta y subyugada la República checoslovaca...»

El día 15, Chamberlain dijo ante la Cámara:

«A las seis de la mañana ha empezado la ocupación de Bohemia por las tropas alemanas. El Gobierno checo ha ordenado al pueblo que no resista.» Añade: **«La garantía dada a Checoslovaquia, en mi opinión, ha perdido validez...; la cuestión ha cambiado, puesto que la Dieta eslovaca proclama la independencia de Eslovaquia. Esta declaración acaba, por disgregación interna, con el Estado cuyas fronteras garantizábamos, y el Gobierno de S. M. no puede, en consecuencia, sentirse obligado por tal compromiso.»**

El día 15 de marzo de 1949 Chamberlain sigue aún en la línea de fortalecer a Alemania.

Lo confirma Churchill:

Chamberlain debía hablar en Birmingham dos días después, el 17. Yo esperaba que el Primer Ministro acogiese con el mejor gesto posible lo sucedido. Esto hubiera estado en consonancia

con su discurso en la Cámara. Incluso contaba con que él defendiese al Gobierno por apartar en absoluto a Inglaterra de la suerte de Checoslovaquia y de toda la Europa Central. Tal tesis habría sido lógica después de permitir la mutilación de Checoslovaquia en Munich con el apoyo, al parecer, de todo el pueblo británico. Por ello esperé la declaración de Birmingham con previa indiferencia.

Pero añade Churchill:

... **Informado por un más amplio conocimiento y por FUERTES INSTANCIAS AJENAS** —¿qué instancias?, pregunto yo—, **prescindió del discurso que había elaborado sobre problemas internos y servicio social, y agarró al toro por los cuernos.**

Acusó a Hítler de haber faltado, con clara mala fe, al acuerdo de Munich. Citó cuántas seguridades había dado Hítler: «Esta es la última reclamación territorial que presento a Europa... Ya no me interesa Checoslovaquia y puedo garantizarlo...» ¿Cómo pueden conciliarse los acontecimientos de esta semana con las seguridades que nos dió Hítler? ¿Quién no puede simpatizar con el altivo y valeroso pueblo, repentinamente sometido por esta invasión?... ¿Es este ataque el último contra un pequeño Estado?... ¿Es un paso más hacia la dominación del mundo por la fuerza?»

No es fácil imaginar mayor contradicción —sentencia Churchill—. **El cambio de Chamber-**

lain no fué sólo verbal. El próximo «pequeño Estado» en la lista de Hítler era Polonia.

Ya lo había «vaticinado» Davies el 18 de enero, según vimos.

Pero lo extraordinario es que Stalin, siete días antes, el 10 de marzo, ante el pleno del XVIII Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. y ante la diplomacia occidental haya acusado a las democracias de animar a Alemania para que ataque a la Unión Soviética. Más groseramente, pero más ampliamente, Stalin recita con puntos y comas el plan de guerra de las democracias expuesto por Bullitt al embajador polaco.

Pero añadió algo demasiado importante:

«Y lo digo francamente, y escribiendo negro sobre blanco, que los alemanes los han «desilusionado» cruelmente, porque, en vez de lanzarse hacia el Oriente contra la Unión Soviética, vedlo, se han revuelto hacia Occidente reclamando colonias. Se puede pensar que si han cedido a los alemanes las regiones checoslovacas como compensación por el compromiso de iniciar la guerra contra la Unión Soviética, los alemanes ahora se han negado a pagar como debían y han mandado a paseo a sus acreedores.»

Y después fué cuando recitó el viejo adagio:

«No sacaremos las castañas del fuego a los otros...»

Pero todo esto es conocido, ya que el Informe

de Stalin al XVIII Congreso fué publicado y está traducido a todos los idiomas.

Es más explícito Stalin en la sesión secreta del Congreso, en la cual dice:

Chamberlain cree llegado el momento de realizar su sueño: ver a la U. R. S. S. comunista y a la Alemania hitleriana destruyéndose mutuamente en una lucha a muerte, en tanto que Inglaterra, con sus cuatro divisiones, hará como que hace la guerra, y la pareja Daladier-Bonnet mantendrá al ejército francés tras la línea Maginot.

El se equivoca. Nosotros conocemos exactamente el tema de sus conversaciones en Munich con Hítler. Nosotros estamos al corriente de esta maniobra británica que quería hacer de Hítler un segundo Napoleón en una nueva agresión contra Rusia. Nosotros obraremos en consecuencia. Si hay cándidos en Europa que quieran jugar el juego de la City, no será la U. R. S. S. quien lo jugará. Y si Mr. Chamberlain arde en el deseo de presenciar un nuevo incendio del Kremlin, él verá mucho antes el incendio de la Abadía de Westminster... (1).

¿Por qué Chamberlain, sabiendo ya que Stalin no estaba dispuesto a «sacarle las castañas del fuego», adopta tan repentina actitud belicosa?

Y aun hace más quince días después, cuando ante la Cámara de los Comunes declara:

(1) Informe del general de la N. K. V. D., Kriwitsky.

Tengo ahora que informar a la Cámara de que en caso de una acción que amenazase claramente la independencia polaca y a la cual el Gobierno polaco creyese necesario resistir con todas sus fuerzas, el Gobierno de S. M. se sentiría obligado a prestar al Gobierno polaco cuanta ayuda le fuera posible. Hemos dado al Gobierno polaco la garantía en tal sentido.

El Gobierno francés me ha dado autorización para hacer saber claramente que su actitud es la misma que la del Gobierno de S. M.... Los Dominios están plenamente informados.

La decisión de Chamberlain y de la Cámara es clarísima. Si la «garantía dada a Polonia pudo engañar al mundo aquel día y se la creyó dictada por el elevado deseo de salvar la integridad de Polonia, hoy está patente para el mundo entero que la «garantía» británica tenía como fin algo muy contrario; el insepulto cadáver de la noble Polonia asesinada lo proclama.

La «garantía» dada a Polonia era la garantía de que el ejército alemán, si pretendía realizar el antiguo y caducado plan de los «DIOSES» —de Roosevelt-Chamberlain como ejecutores— de lanzarse hacia la U. R. S. S., como forzosamente, unido a los polacos, sin los polacos o contra los polacos, tendría que atravesar Polonia, ello supondría fulminantemente entrar en guerra con el Imperio británico, Francia y el resto de su mundo «satélite».

¿Que la garantía era meramente contra el

agresor de Polonia?... ¿Sí?... ¿Por qué no le declaró Chamberlain también la guerra a Stalin, siendo tan agresor como Hítler?...

En la Historia son los hechos y sus efectos, la realidad, en suma, lo válido y verdadero, y no la falacia jurídica y verbal.

Esta es la explicación auténtica de aquella **«incongruencia»** que como nadie describe un Churchill, a quien creemos que se le puede conceder cierta autoridad. Y él, naturalmente, fingiendo hipócrita sorpresa, como si no supiera como nadie los motivos, nos habla del extraño y maravilloso viraje de Chamberlain así:

«Mirando el pretérito, veremos cómo los gobernantes habían permitido sucesivamente lo siguiente: que una Alemania, desarmada en virtud de los tratados, se rearmase violando esos tratados solemnes; que una superioridad aérea —y en el mejor caso una paridad aérea— fuese superada; la ocupación violenta de Renania; la construcción de la línea Sigfrido; el eje Roma-Berlín; la anexión de Austria; el abandono e invasión de Checoslovaquia. Todo eso se lo había llevado el viento... Y he aquí que, DESPUES DE PERDER TANTAS VENTAJAS, INGLATERRA, CON FRANCIA A SU LADO, SE LANZAN A GARANTIZAR LA INDEPENDENCIA DE AQUELLA POLONIA que, con apetito de hiena, se había lanzado hacía sólo seis meses al pillaje y destrucción de Checoslovaquia. Era lógico luchar contra Alemania en 1938,

cuando el ejército alemán apenas tenía media docena de divisiones en el frente occidental, y cuando los franceses hubieran atravesado el Rhin, entrando en el Ruhr con 60 ó 70 divisiones... En cambio, ahora, las naciones occidentales se aprestaban a jugarse sus vidas para defender la integridad del suelo de Polonia... Tal decisión costaría decenas de millones de vidas. La causa justa, conscientemente y con perversos refinamientos artísticos, era puesta en peligro mortal y ENTRABAMOS EN LA BATALLA DESPUES DE HABER PERDIDO TODAS LAS VENTAJAS.»

¿Por qué cuando Inglaterra y Francia han perdido la superioridad en tierra y aire y cuando la potencia hitleriana es tanta que la catástrofe para las dos es infalible, atraen sobre sus naciones el alud del ejército alemán, que permitieron forjar y financiaron para lanzarlo contra la U. R. S. S.?...

¿Es que ahora ya les importa más a Chamberlain y Daladier la existencia del Esclavismo soviético que la existencia de su propia patria?...

Churchill, el belicoso, el antinazi Churchill, no halla razón, ni siquiera excusa, para algo sin par ni parecido en toda la Historia Universal.

Y si una razón no existe, **¿quién fuerza a Chamberlain y a Daladier a batirse en el peor momento para sus pueblos con el único fin de salvar al Comunismo?...**

En dos obras anteriores ya he dicho quién forzó a Chamberlain; pero tantas veces como deba publicaré la revelación más asombrosa de toda la Historia:

«27 diciembre 1945.

»Hoy he jugado al golf con Joe Kennedy (Joseph P. Kennedy, que fué embajador de Roosevelt en Gran Bretaña en los años inmediatos al estallido de la guerra). Yo le pregunté sobre la conversación sostenida con Roosevelt y Neville Chamberlain en 1938. Me dijo que la posición de Chamberlain en 1938 era la de que Inglaterra no tenía que luchar y que no debería arriesgarse a entrar en guerra con Hítler. Opinión de Kennedy: Que Hítler habría combatido a Rusia sin ningún conflicto ulterior con Inglaterra, si no hubiese sido por la instigación de Bullitt (William C. Bullitt, después embajador en Francia) sobre Roosevelt en el verano de 1939 para que hiciese frente a los alemanes en Polonia, pues ni los franceses ni los ingleses hubieran considerado a Polonia causa de una guerra si no hubiese sido por la constante presión de Wáshington. Bullitt dijo que debía informar a Roosevelt de que los alemanes no lucharían; Kennedy replicó que ellos lo harían y que invadirían Europa. CHAMBERLAIN DECLARO QUE AMERICA Y EL MUNDO JUDIO HABIAN FORZADO A INGLATERRA A ENTRAR EN LA GUERRA» (1).

(1) James Forrestal: «The Forrestal Diaries», páginas 121-122.

Es el primer Secretario de Defensa—un superministro—de los Estados Unidos—Forrestal—quien da fe de su puño y letra de la confesión que le hizo uno de los tres hombres que intervinieron en el hecho de **«forzar»** a Inglaterra a entrar en la guerra, Kennedy, embajador americano en Londres.

Fueron los «DIOSES» los forzadores; los mismos «DIOSES» que **fuerzan** a Roosevelt mismo a cometer la traición de Pearl Harbour. Una traición, como la traición de Chamberlain, cometida con el mismo fin: **salvar al Comunismo.**

Si los hechos y testimonios careciesen de fuerza para ciertos lectores, la misma palabra que tantas veces les «prefabricó» ideas y fe puede que los convenza.

«En 1946 se publicaron las averiguaciones de una investigación parlamentaria; con riqueza de detalles se exponían los acontecimientos que llevaron a la guerra con el Japón, y también el FRACASO EN CURSAR ORDENES DE ALARMA A LAS FLOTAS Y GUARNICIONES QUE SE HALLABAN EN SITUACION EXPUESTA...»

Explicación de la misma persona:

«LA POTENCIA DE AMERICA ERA LO BASTANTE GRANDE PARA PERMITIRLE SOPORTAR AQUELLA DURA PRUEBA QUE EXIGIA LA CONSTITUCION AMERICANA..., PUES ERA ESPANTOSA LA POSIBILIDAD DE UN ATAQUE JAPONES CONTRA

BRITANICOS Y HOLANDESES, EVITANDO METICULOSAMENTE INSULTAR A LOS ESTADOS UNIDOS, Y ASI EL CONGRESO JAMAS HABRIA APROBADO UNA DECLARACION DE GUERRA... Y ESTO PODIA SIGNIFICAR UNA VICTORIA ALEMANA EN RUSIA.»

Esta es la «razón» y «justificación» dada por Churchill en sus «Memorias» para la traición de Roosevelt en Pearl Harbour:

LA TRAICION TENIA COMO FIN HACERLES ENTRAR EN LA GUERRA A LOS ESTADOS UNIDOS PARA IMPEDIR LA DERROTA DEL COMUNISMO.

El autor afirma que Churchill dice la verdad.

¿Y tú, lector?...

F I N A L

Al investigar por qué traicionó Roosevelt, se ha revelado la existencia de una Fuerza, calificada por Stalin en su postrero escrito (1) de **invisible** y **abisal**, y **determinante** siempre de los acontecimientos históricos.

Esa Fuerza invisible y abisal es la de los «DIOSES», así llamados en su literatura panteísta por Heine.

Fuerza la de los «DIOSES» tan ignota como lo fuera la de la «gravitación universal» y las bacterias hasta Newton y Pasteur, o la fuerza del átomo hasta nuestros días.

En sí muy potente la Fuerza de los «DIOSES», y decisiva, **omnipotente**, por **invisible** y abisal, ya que ni conciencia ni sospecha tienen los hombres de su existencia y acción; y al sentir su acción sobre ellos mismos, es a las cosas más extrañas a las que achacan la causa, y, por lo tanto, ninguna otra fuerza racional y positiva le oponen... Si se investiga la calidad esencial

---

(1) Stalin: «Problemas del Socialismo en la U. R. S. S.».

de la potencia incontrastable de los DIOSES, la veremos radicada en su «divino» arte para negar su propia existencia y disipar toda sospecha en la «Inteligencia» y en las masas sobre su realidad y acción personal.

Acepta el mundo entero la existencia de hombres dotados con tal ansia de dominio personal que sólo se satisface con ejercer una dictadura totalitaria universal.

Admiten que un Lenin, cobijado en una buhardilla ginebrina; que un Trotsky, de «quincena» en una celda de la «Modelo» de Madrid; que un Stalin, aterido de frío en una isba siberiana, soñasen apasionadamente con dominar totalitariamente al mundo entero y que fanáticamente consagrasen su vida en absoluto a tan maravillosa y alucinante hazaña...

Pero nadie, ni los «egregios» ni los vulgares, admitieron jamás, ni admiten, ni admitirán, que los DIOSES de la FINANZA mundial, dueños del dinero y, por lo tanto, dueños de tanto y tanto más, puedan sentir allá, en lo alto de las atalayas de sus rascacielos newyorquinos, tan feroz ansia de dominio totalitario y universal como la padecieron un Lenin, un Trotsky o un Stalin...

Ansia de poder totalitario, espiritual, político y físico, que sólo es posible ejercer sobre una Humanidad en retroceso a la zoología; bestializada, muerta su alma y aterrorizada; sin Dios, Patria, familia ni bien; tal como es la Humanidad del perfecto Estado Esclavista.

Si sólo a través de tal Estado Esclavista podrán ejercer los «DIOSES», como cualquier otra minoría, su dictadura total y planetaria, es de pura lógica que crearan, conserven y engrandezcan tal Estado Esclavista.

Si, como Lenin dijo, y lo dijo con verdad, **el Capitalismo se transmuta en su contrario, el Comunismo,** los «Dioses» deberán transmutarlo de nuevo en Capitalismo. No en su Capitalismo limitado e imperfecto de hoy, el posible sobre una sociedad con Dios, Patria, familia y propiedad aun, sino en el Capitalismo total, Capitalismo de Estado, el mismo e idéntico al llamado comunista; idéntico al Estado Esclavista soviético.

Han de darse necesariamente ahora, en esta época de transición, de transmutación, esos tipos llamados vulgarmente **hombres-error**; los que se equivocan «infaliblemente» y permanentemente a favor del Comunismo. Capitalistas-comunistas objetivamente, como los calificaron los propios marxistas:

Capitalistas-comunistas en la realidad más perfecta, en traición permanente, histórica, contra la sociedad cristiana que quieren destruir para esclavizar al género humano, como denuncio yo...

Sí, lector; ya sé que la «inteligencia» cristiana occidental, esa «inteligencia prefabricada» por los DIOSES, dándoselas de «racionalista» y «dialéctica», no puede admitir la existencia y realidad viviente de tal antítesis, la del Capita-

lismo-Comunismo y, por lo tanto, la del capitalista-comunista...

El traidor atómico Fuchs habló al tribunal que lo juzgó de la coexistencia en él de dos personalidades; en su materialismo, de su cerebro dividido en dos hemisferios, uno científico y otro comunista...; era la suya una metáfora referida a estos capitalistas-comunistas, lo que él es y al servicio de los cuales traicionó...

Unas líneas más para examinar el motivo de que la «inteligencia» occidental no admita la existencia del tipo **capitalista-comunista**, considerándolo su «racionalismo» como antítesis **insuperable**, sin posible **síntesis**...

Esa **síntesis** de los «contrarios» que sería el hombre capitalista-comunista, ¿por qué no puede darse para la «inteligencia» occidental?...

Sencillamente, por el **significado** que aceptó para una palabra, para la palabra «comunismo».

Para la «inteligencia prefabricada», la palabra «comunismo» evoca en ella una realidad de «igualdad», de «justicia distributiva total»...; ¿no es así?...

La evocación identifica prácticamente a «comunismo» con estado de indigencia... y, recíprocamente, a «capitalismo» con estado de **opulencia**: antítesis inconciliable, pues entraña para esa «inteligencia» una **imposibilidad moral**...

Si hace siglos, para Mison, las palabras debían ser la representación de las cosas y no las cosas la representación de las palabras, la regla

no es válida para la «inteligencia prefabricada».

La «cosa comunismo» ha de ser lo evocado en la imaginación por la «palabra comunismo»: **justicia, igualdad e indigencia**... Nada le importa en absoluto al inteligente occidental que **la realidad de la cosa, el Comunismo soviético,** no sólo no sea justicia, igualdad e indigencia, sino lo más opuesto: ESCLAVISMO.

El esclavismo es un Estado-Poder en grado sumo, totalitario, que lucha por ser universal... Tal es la realidad; y yo interrogo:

El Estado comunista real, el soviético, ¿tiene algo que ver con la justicia y la igualdad para con sus esclavos ni con la indigencia para con sus jerarcas?... ¿Hay o hubo hombre más rico que Stalin?... ¿Hay o hubo hombre más indigente que el esclavo soviético?...

La «inteligencia mecanizada» nos dirá...

* * *

Dialécticamente:

El Estado comunista es Poder, Poder en grado sumo.

¿Qué es el Capitalismo?...

Dígalo un Warburg:

EL DINERO ES PODER.

EL PODER; he ahí la síntesis Capitalismo-Comunismo, encarnada en el hombre capitalista-comunista.

Ambición, ansia y agonía de PODER; he ahí el motivo de que Roosevelt traicionara en Pearl

Harbour por mandato y al servicio de los DIOSES, los hombres del Capitalismo-Comunismo.

* * *

He centrado en la AMBICION, en la **ambición de Poder**, la razón de la traición secular cometida por los DIOSES contra la Cristiandad.

La ambición de alcanzar un Poder total y universal es para el «homo economicus» de hoy la razón de más fuerza para explicarse los fines de cualquiera; por lo tanto, para creer que el Poder sea también la gravitación de los DIOSES de la Finanza internacional: el Capitalismo.

Del Capitalismo, que se define así:

FUNESTUS ET EXECRANDUS REI NUMERARIAE INTERNACIONALISMUS IMPERIALISMUS SEU IMPERIALISMUS INTERNATIONALIS, CUI UBI BENE, IBI PATRIA EST.

(Funesto y execrable es el Imperialismo internacionalista de la Finanza, o sea, el Imperialismo internacional, para el cual la patria está donde halla su bien.)

La definición precedente no es de ningún demagogo marxista o hitleriano. Es del santo Papa Pío XI (1).

* * *

Dado el estado de la mentalidad del «homo economicus» de hoy, yo he puesto el acento en el

(1) «Quadragesimo anno» (1929).

ansia de Poder y de bienes—si el «dinero» es Poder, el Poder es dinero—para que pueda ser aceptada la existencia y acción de los «DIOSES», hallando ahí, en su ambición de Poder Total y Universal el motivo de sus traiciones en favor del Comunismo y en contra de la Cristiandad. Ya que tal Poder sumo es incompatible con el Cristianismo y sólo es posible con el Comunismo.

Pero, en realidad, existe otro impulso humano—demasiado humano—tan potente como la ambición en el hombre; tan potente o más, y conexo: el ODIO.

La traición de Pearl Harbour, como todas las de su secular cadena, inmediata y concretamente fueron cometidas contra ciertas naciones, pero mediata y trascendentalmente se cometieron contra la Cristiandad entera.

Llenaría muchas páginas con la síntesis más apretada y escueta demostrando que la Ambición de Poder en los DIOSES no es «causa suficiente», porque aun siendo pasional, es la pasión del odio infinitamente más poderosa y ardiente si se quiere hallarle razón suficiente al crimen secular de lesa Cristiandad.

Sólo como incitación a imaginar, unos textos Benjamín Disraeli:

«Se puede medir hasta dónde llegó la influencia judía en las últimas revoluciones de Europa. Se produjo un movimiento contra la tradición, la religión y la propiedad. La destrucción del

principio semítico y su extirpación en la religión judía, tanto en su forma mosaica como en sus formas cristianas; la igualdad natural de los hombres y la anulación de la propiedad FUERON DECRETADAS POR LAS SOCIEDADES SECRETAS QUE FORMAN EL GOBIERNO PROVISIONAL, Y AL MANDO DE CADA UNA DE ELLAS ESTAN HOMBRES DE RAZA JUDIA.

El «PUEBLO DE DIOS» coopera con los «sin-dios»; los más ardientes acumuladores de la propiedad se unen a los comunistas, y la raza elegida va de la mano con la escoria de las castas inferiores de Europa.

Y TODO ELLO TAN SOLO PORQUE QUIEREN DESTRUIR LA CRISTIANDAD...» (1).

Heine:

«Yo he leído que los japoneses no odian a nada tanto como al Cristianismo... ¡Yo quiero ser japonés!» (2).

Moisés Hess, íntimo de Heine, dirá, orgulloso de haber iniciado en el Comunismo a Marx y Engels:

«Marx es el único filósofo verdadero con vida...; es mi ídolo y es quien dará el golpe de gracia a la Religión.»

---

(1) Benjamín Disraeli: «Life of Lord George Bentinck».
(2) Carta de Heine a Moisés Mosser, octubre de 1835.

Karl Marx:

«EL JUDAISMO ES LA MUERTE DEL CRISTIANISMO» (1).

Lafargue, yerno de Marx, antes de suicidarse junto con la hija de éste, como un eco, blasfemará:

«Guerra a DIOS!... ¡Odio a DIOS!...

He ahí el progreso. Es necesario hacerle estallar al Cielo como si fuera una cúpula de papel.»

A la mente viene por sí sola la sentencia del Discípulo Amado y apocalíptico:

«¿Quién es mentiroso sino aquel que niega que JESUS es el CRISTO? Este tal es el ANTICRISTO» (2).

Un odio lúcido, frío, racional, dialéctico, SATANICO.

AMBICION en grado diabólico.

ODIO en grado satánico.

He ahí los dos polos del eje sobre el cual gira el destino del Mundo...; he ahí también los dos polos de la razón de las traiciones cometidas contra la Cristiandad.

Y, por lo tanto, las dos razones por las cuales traicionó Roosevelt.

FIN

Madrid, 18 julio 1954.

---

(1) Marx: «Zur Juden frage». (Weke., pág. 576.)
(2) San Juan, Ep. I, cap. II, ver. 22.

INDICE

COLECCION
«HOMBRES DECISIVOS»

MALENKOV
(Publicado)

BERIA
(Próximamente)

TITO
(Próximamente)

MAC CARTHY

ROOSEVELT

MARX

HITLER

STALIN

TROTSKY

LENIN

MUSSOLINI

CHURCHIL

MAO

Editorial NOS - Avd. de José Antonio, 38 - MADRID